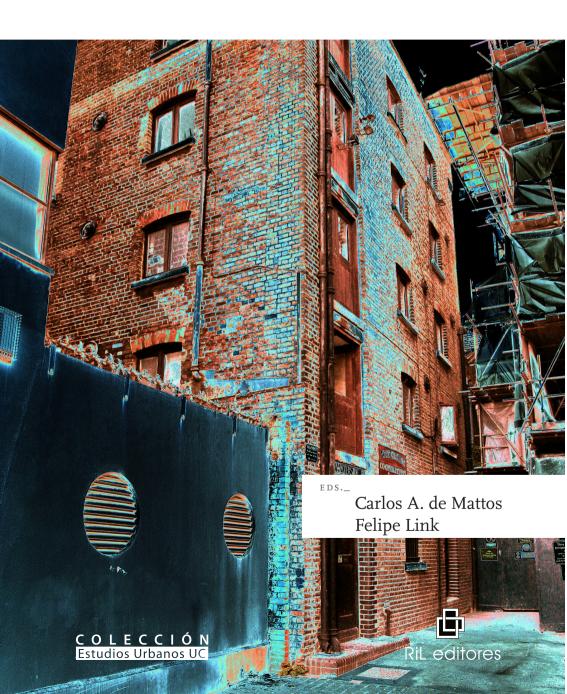
LEFEBVRE REVISITADO: CAPITALISMO, VIDA COTIDIANA Y EL DERECHO A LA CIUDAD



Lefebvre revisitado Capitalismo, vida cotidiana y el derecho a la ciudad

Carlos A. de Mattos Felipe Link (Editores)

LEFEBVRE REVISITADO: CAPITALISMO, VIDA COTIDIANA Y EL DERECHO A LA CIUDAD





300 De Mattos, Carlos A. y Link, Felipe

D Lefebvre revisitado: capitalismo, vida cotidiana y el derecho a la ciudad / Editores: Carlos A. de Mattos y Felipe Link — Santiago: RIL editores - Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales UC, 2015.

308 p.; 23 cm.

ISBN: 978-956-01-0225-6

1 URBANISMO-ASPECTOS SOCIALES. 2 SOCIOLOGÍA URBANA. 3. ESPACIO Y POLÍTICA



LEFEBVRE REVISITADO: CAPITALISMO, VIDA COTIDIANA Y EL DERECHO A LA CIUDAD Primera edición: agosto de 2015

© Carlos A. de Mattos y Felipe Link, 2015 Registro de Propiedad Intelectual N° 255.823

> © RIL® editores, 2015 Los Leones 2258 CP 7511055 Providencia Santiago de Chile

ril@rileditores.com • www.rileditores.com

© Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales UC, 2015
Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos
Pontificia Universidad Católica de Chile
El Comendador 1916
CP 7520245 Providencia
Santiago de Chile

(56) 22 3545505 www.ieut.cl

Este libro agradece al Proyecto Anillos SOC 1106 y al proyecto Fondecyt 1141157, de la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica Conicyt.

> Composición e impresión: RIL® editores Diseño de portada: Marcelo Uribe Lamour

Impreso en Chile • Printed in Chile

ISBN 978-956-01-0225-6

Derechos reservados.

Índice

Presentación
Carlos A. de Mattos y Felipe Link9
La burguesía y el espacio
Henri Lefebvre19
Capítulo I
La producción del espacio
Y LA SUPERVIVENCIA DEL CAPITALISMO
Lefebvre, producción del espacio, revolución urbana y urbanización planetaria
Carlos A. de Mattos37
Totalidad y tríadas: comprendiendo el pensamiento de Lefebvre Sandra Lencioni
La producción supraestatal del espacio y las crisis en la financiarización inmobiliaria global Antonio Daher
Campo ciego, ideología y lo subjetivo en la periferia del Gran Santiago Paula Rodríguez Matta
Capítulo II
Urbanismo y vida cotidiana
La crítica de la vida cotidiana y los «post-urbanismos» Rosanna Forray Claps

Sobre la ciudad, lo urbano y el urbanismo en Lefebvre: entre el campo ciego y los imaginarios Arturo Almandoz
Re-imaginando el marxismo: hacia una arquitectura para la felicidad y el disfrute Francisco Vergara Perucich
Los aportes de Henri Lefebvre en los estudios sobre la vida cotidiana en la ciudad contemporánea Francisca Pérez
El cuerpo del diseño urbano y de la arquitectura claman por venganza: ritmo-análisis y sus interpretaciones metodológicas <i>Camillo Boano</i>
Capítulo III El derecho a la ciudad
El «derecho a la ciudad» como pensamiento-acción Ana Fani Alessandri Carlos
Derecho a la ciudad: alienación, contradicción y praxis Ana Núñez
El derecho a la ciudad. ¿Un programa de acción política? Felipe Link

Presentación

Carlos A. de Mattos y Felipe Link

Con la multiplicación de las investigaciones y los estudios sobre los procesos de crecimiento y transformación urbana que se produjo durante las últimas décadas bajo el impacto del avance de la globalización y financiarización de la dinámica económica mundial, se observó el desarrollo de un conjunto de trabajos orientados a recuperar y revalorizar la contribución realizada a este respecto por Henri Lefebvre. Esta contribución se ubica en el contexto de la vasta obra que este autor desarrolló sobre un muy variado espectro de temas y problemas de las ciencias sociales prácticamente a lo largo de todo el siglo pasado, la cual se concretó en la elaboración y publicación de más de sesenta libros y en un elevado número de artículos, conferencias y notas periodísticas.

En esta obra, concebida desde una visión heterodoxa, humanista y libertaria de fundamento marxista, Lefebvre desarrolló y propuso un fundado análisis crítico sobre la evolución previsible de la dinámica urbana. En esa dirección, anticipó el avance de una revolución urbana que habría comenzado a gestarse con la industrialización y que debería culminar con la urbanización a escala planetaria. Si bien la presentación del fundamento conceptual específicamente referido a la producción social del espacio y a la formación de la sociedad urbana se realizó a través de un conjunto de trabajos elaborados y publicados entre 1968 (*El derecho a la ciudad I*) y 1974 (*La producción del espacio*), diversos aspectos que lo complementan se pueden encontrar en trabajos publicados anterior y posteriormente a este momento. En este sentido, en particular cabe hacer referencia, por una parte, a dos libros fundamentales sobre la vida cotidiana, el

primero publicado en 1968 y el segundo en 1981 y, por otra parte, a los cuatro volúmenes sobre el Estado (*De l'Etat*) publicados entre 1976 y 1978, en los que desarrolla sus ideas sobre la incidencia de lo que denominó como el «modo de producción estatal» sobre la producción social del espacio.

De esta manera, Lefebvre logró configurar un marco teórico consistente que permite explicar tanto las razones estructurales como coyunturales de las transformaciones que incidieron en un progresivo e incontenible proceso de urbanización, que necesariamente debía desplegarse con alcance planetario. En este contexto, le fue posible identificar las condiciones y los factores que se fueron afirmando en un ámbito social en el que se impuso políticamente el propósito de establecer un orden general regido por la lógica de la mercancía. Fue en este contexto emergente —que Lefebvre denominó como neocapitalista o «capitalismo organizado de consumo dirigido»— en el que el neoliberalismo y la financiarización fueron adquiriendo crucial importancia y en el que situó el inexorable avance hacia una urbanización planetaria marcada por una creciente mercantilización.

No obstante la indiscutible relevancia de este análisis —que resultaba validado por una evidencia empírica que la propia realidad iba suministrando día a día—, luego de la desaparición de su autor en el año 1991, el mismo entró en una larga fase de relegación, desvalorización y olvido, la cual se extendió por más de veinte años. Fue solamente cuando, con la ineludible crisis del fordismo keynesiano, se produjo la emergencia de un proceso en el que el despliegue de la urbanización planetaria se hizo incontrolable y los aportes de Lefebvre comenzaron a ser rescatados y revalorizados.

No deja de llamar la atención que haya sido principalmente en el mundo académico anglosajón donde se manifestaron los principales esfuerzos por recuperar y resituar sus ideas y propuestas. En ese sentido, cabe destacar que fue a partir de una rápida y elusiva mención realizada por Harvey en la parte final de un libro publicado en 1973, con la explícita y fundamentada argumentación realizada por Mark Gottdiener en 1985 y con la sustantiva reivindicación de la heterodoxia lefebvriana de Edward Soja en 1989 que se puso en

Presentación

marcha el proceso de recuperación y revalorización del pensamiento de Lefebvre.

Más adelante, los importantes trabajos de Bob Shields en 1999 y de Stuart Elden en 2003, complementados por la traducción al inglés de algunos textos básicos de Lefebvre sobre estos temas, desencadenó este proceso reivindicatorio que continúa hasta el día de hoy. Específicamente, la traducción en 2003 de la La Revolución Urbana (por parte de la Universidad de Minnessotta y prologada por Neil Smith) y la recopilación de diversos trabajos en Henri Lefebvre: Key Writings (realizada por Stuart Elden, Eleonore Kofman y Elizabeth Lebas en 2003), contribuyeron decisivamente a despertar un mayor interés en el ámbito académico anglosajón por los trabajos de Lefebvre, lo cual ha terminado por proyectar su influencia en otras partes del mundo. Posteriormente, el libro State, Space, World, publicado por Neil Brenner y Stuart Elden en el año 2009, aportó elementos de juicio fundamentales sobre el enfoque lefebvriano y el papel del Estado en los procesos de producción del espacio, muy poco conocido hasta entonces.

Por otra parte, el resurgimiento de reivindicaciones sociales asociadas a los planteos y propuestas sobre el derecho a la ciudad y justicia urbana también contribuyó a reimpulsar la lectura, el análisis y la discusión de los escritos de Lefebvre. En este contexto aparecieron en los últimos años diversas publicaciones procedentes ya no solamente del mundo anglosajón: autores como Andy Merrifield, Christian Schmid, Neil Brenner, Laurence Costes, Kanishka Goonewardena y Lukasz Stanek (entre muchos otros) incrementaron significativamente la difusión de su pensamiento en diversas partes del mundo.

La situación en América Latina hasta ahora solamente parece haberse encaminado marginalmente en esta dirección. Si bien en un comienzo las obras de Lefebvre —traducidas y publicadas en España bajo la iniciativa de su colega y amigo español Mario Gaviria— tuvieron cierta difusión en algunos países de la región, no lograron tener mayor influencia en la respectiva investigación urbana, con algunas excepciones entre las que cabe destacar: por una parte, los

trabajos desarrollados en las áreas de sociología y geografía de la Universidad de Sao Paulo en Brasil y, por otra parte, diversos trabajos elaborados —por lo general en forma individual— por investigadores de Argentina, Brasil, Colombia y México. En lo fundamental, puede afirmarse que en América Latina tendió a predominar un enfoque marxista más rígido y ortodoxo; asociado a la influencia de Manuel Castells, por entonces adscripto a ese enfoque y cuyas discrepancias y rivalidad con Lefebvre eran manifiestas. Esto incidió en que aun la autoproclamada «corriente contestataria» en estudios urbano regionales latinoamericanos ignorase totalmente la existencia y el aporte de este autor.

Más allá de todos estos desencuentros, cabe concluir que, hoy en día, Lefebvre aparece como una lectura ineludible para el análisis y la reflexión desde una perspectiva crítica del proceso de transformación urbana, que se está acelerando en los inicios del siglo XXI. En este sentido, la anticipación conceptual y el grado de profundidad alcanzado por los aportes de Lefebvre resulta insoslayable en su relectura actual. El amplio espectro de cuestiones abordadas por el autor en diferentes escalas, desde la lógica del Estado hasta las formas de la vida cotidiana, resulta realmente sorprendente. Su revisión y profundización se plantea como un desafío imprescindible e ineludible.

Fue en el contexto de estas consideraciones que el Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales (IEUT) de la Pontificia Universidad Católica de Chile, a través del Núcleo de Estudios Metropolitanos (NEM) y en asociación con la Corporación de Estudios Sociales y Educación SUR decidió organizar el seminario *Lefebvre y la revolución urbana*, que se llevó a cabo en Santiago en septiembre de 2013. En dicho seminario se realizó la presentación, análisis y discusión de algunos de los principales aspectos desarrollados por este autor, sobre temas relacionados con la producción del espacio, la revolución urbana, la vida cotidiana y el derecho a la ciudad, entendidos en ese momento como dimensiones centrales para comprender el amplio desarrollo teórico elaborado por el autor.

Dada la acogida y el interés que suscitó este evento, el IEUT decidió promover la publicación de un libro que permitiese una

Presentación

difusión más extensa de algunas de las presentaciones realizadas en el Seminario, complementadas con otros trabajos de autores de América Latina y Europa que han realizado aportes importantes sobre diferentes aspectos de la producción *urbana* de Lefebvre, quienes fueron invitados a sumarse a este proyecto. Este es el caso de Ana Fani Alessandri Carlos, Sandra Lencioni, Ana Núñez, Francisco Vergara Perucich y Camilo Boano. Al mismo tiempo se decidió incluir, el texto revisado de la conferencia que Lefebvre dictó durante el año 1972 —primero en Santiago de Chile y luego en Caracas—, titulada *La Burguesía y el Espacio*, en el entendido de que la misma contiene una muy estructurada síntesis del marco teórico que el autor había planteado y desarrollado hasta entonces. Algunas de sus ideas fuerza de mayor relevancia ya están claramente enunciadas en este trabajo.

El libro Lefebvre revisitado: capitalismo, vida cotidiana y el derecho a la ciudad busca, de esta manera, rescatar y revalorizar el aporte del autor para la investigación urbana contemporánea en América Latina, así como reproblematizar algunas de sus propuestas a la luz de procesos actuales, como las consecuencias de la globalización y financiarización, las presiones a la democracia y el surgimiento de nuevos movimientos sociales, entre otros. Todo esto considerando las modalidades que ha adquirido la transformación urbana en nuestra región.

El libro se estructura en tres partes: I. La producción del espacio y la supervivencia del capitalismo; II. Urbanismo y vida cotidiana; III. El derecho a la ciudad. Esta segmentación intenta abordar diferentes escalas y aproximaciones al fenómeno urbano desde una inspiración lefebvriana. A pesar de lo anterior, hay inevitables cruces y superposiciones conceptuales y temáticas, dada la complejidad propia de las referencias al autor.

En el capítulo *La producción del espacio y la supervivencia* del capitalismo se analizan principalmente las contribuciones de Lefebvre relativas a los elementos estructurales de la producción del espacio, a los elementos constitutivos de la revolución urbana en diferentes escalas. De Mattos analiza diferentes trabajos de Lefebvre que en su conjunto intentan explicar la interacción entre

«las relaciones sociales de producción y la producción social del espacio, otorgando especial importancia a los cambios que se produjeron bajo el impacto de la industrialización». Específicamente, de Mattos destaca la capacidad de «anticipación de Lefebvre en el análisis del capitalismo (sociedad neocapitalista) y en su impacto en la configuración de lo urbano a escala planetaria». En el segundo artículo de esta sección, Lencioni describe y analiza la complejidad del pensamiento y obra de Lefebvre en cuanto al funcionamiento del capital y en cuanto al método dialéctico como metodología para dar cuenta de la noción de totalidad. En este contexto es que se entiende la concepción planetaria de lo urbano, así como los vínculos entre procesos estructurales y coyunturales en la producción del espacio. Desde una comprensión y exposición de los principales aportes conceptuales, la autora destaca la vigencia de Lefebvre y de una reflexión crítica de lo urbano para la comprensión de la sociedad contemporánea. Por su parte, Daher aborda la relación entre la producción financiarizada del espacio y crisis globales a partir de la comprensión del espacio como «fuerza productiva determinante e insustituible, con capacidad de incidir decisivamente en la economía global y en sus ciclos de auge y recesión, al punto que puede sostenerse la tesis de que hay una verdadera 'urbanización de las crisis' como consecuencia de su origen inmobiliario-financiero». Rodríguez Matta desarrolla en su capítulo cuatro conceptos —el campo ciego, la ideología, lo subjetivo y la periferia—, a partir de los que analiza «un caso emblemático de autoproducción del espacio en la periferia del Gran Santiago: la población La Victoria». Este ejercicio es un ejemplo de la pertinencia teórico-metodológica de los aportes de Lefebvre para el estudio de la realidad contemporánea en contextos muy diferentes a los planteados originalmente por el autor.

El segundo capítulo, titulado *Urbanismo y vida cotidiana*, reúne artículos que analizan, desde diferentes perspectivas, las contribuciones de Lefebvre en una escala diferente a la aproximación estructural general de la producción del espacio a escala planetaria. En este apartado se desarrolla una mirada crítica a la economía política desde una dimensión coyuntural, es decir, desde las formas de la vida cotidiana

Presentación

en la ciudad, entendidas como las formas de la reproducción social en sentido amplio. A partir de ahí, este segundo capítulo analiza la relación con el urbanismo como disciplina y práctica; como forma y estructura de la propia vida cotidiana en la ciudad.

Forray desarrolla una mirada al urbanismo desde la vida cotidiana retomando una «perspectiva crítica desde la economía política del espacio y de la ciudad –propia de los enfoques estructuralistas– manteniendo como derrotero -a través de la fenomenología- la crítica de las estructuras y las prácticas de la vida cotidiana». La autora se apoya en la lectura de Lefebvre para «recorrer las propuestas de las corrientes del urbanismo que se han desplegado en el marco de la restructuración mundial de la economía y de su relación con el espacio y el tiempo, a partir de la crisis de los años 1970». Por su parte Almandoz elabora una interpretación de Lefebvre referida específicamente a la condición tríadica de su pensamiento, particularmente al espacio percibido e imaginado, como una posible lectura menos reductora de lo urbano, permitiendo que el espacio y las «geografías de acción social» se reinsertaran en el pensamiento contemporáneo. más allá de la ortodoxia del materialismo histórico. El artículo de Vergara, inspirado en la lectura de un libro hasta hace poco inédito de Lefebvre sobre la arquitectura para el placer y el disfrute, realiza un análisis sobre las prácticas políticas y la formalización de la vida cotidiana desde la arquitectura, entendiendo que ésta es «capaz no solo de pensar la utopía concreta, sino de expresarla gráficamente, luego de construirla y ser redefinida en el espacio». Con algunos ejemplos concretos se reivindica una dimensión poco estudiada a partir de la obra de Lefebvre, empujando hacia una transformación disciplinar, una revolución arquitectónica. El artículo de Pérez vuelve sobre la relevancia de lo cotidiano en la producción y reproducción de la vida social y específicamente de la vida urbana. Se analiza la relación entre vida cotidiana y modernidad, entre el carácter cíclico de lo cotidiano y su rol en la reproducción de la vida social y, finalmente, entre lo cotidiano y los imaginarios sociales para dar cuenta de la complejidad de esta dimensión en la trama teórica y conceptual de Lefebvre. En el último artículo del capítulo II, Boano aborda otra

de las dimensiones poco estudiadas en Lefebvre: describe y analiza el ritmo-análisis, entendido como una fuente metodológica para la reflexión e investigación sobre la producción capitalista del espacio, coherentemente alineada con el debate sobre la vida cotidiana. Se trata de reivindicar una escala de análisis que conecta a la arquitectura con los procesos de transformación urbana en sentido amplio.

El tercer y último capítulo del libro, titulado *El derecho a la ciudad* se refiere específicamente a las contribuciones de Lefebvre en el ámbito de la reivindicación sobre lo urbano. Se pone en tensión el carácter político de un concepto ampliamente difundido y apropiado por diferentes actores a nivel global. Se discuten sus posibilidades como elemento de movilización política en el contexto general de la producción del espacio.

Ana Fani Carlos analiza el concepto de derecho a la ciudad observando que muchas veces ha sido despojado de sus contenidos más profundos, liberado del movimiento del pensamiento y del contexto en que el concepto fue elaborado, transmutando en ideología. Así, reconoce que «la idea del «derecho a la ciudad» surge, por lo tanto, como necesidad de un pensamiento alrededor de una teoría de la praxis centrada en la consciencia y en el conocimiento acumulado, mostrando las formas de alienación, uniendo pensamiento y acción». Desde un argumento complementario, Núñez destaca una «estrategia urbana, definida a partir de la reflexión sobre el fenómeno urbano, que se presenta bajo un doble aspecto: una estrategia del conocimiento y una estrategia política», donde el derecho a la ciudad cobra forma e importancia. A través del análisis de la vida cotidiana como objetivo revolucionario, se reivindica el derecho a la ciudad como una reconquista de la cotidianeidad; como un ejercicio y práctica política permanente que tiene como objetivo la transformación de la propia sociedad. En el tercer artículo de este capítulo, Link plantea que el concepto de derecho a la ciudad abrió un campo de reivindicación relativamente nuevo y revalorado, en el sentido de ofrecer desde cierta interpretación lefebvriana un ámbito de posibilidad para la transformación socio-espacial, eminentemente urbana. Se trató, según el autor, de la posibilidad de una salida revolucionaria

Presentación

en un campo paralelo o complementario a la lucha tradicional en el ámbito de la producción. A partir de ahí desarrolla una crítica a la utilización del concepto de derecho a la ciudad, desvinculado de la teoría general sobre la producción del espacio. A pesar de eso, resalta el carácter indispensable de un concepto que justamente pretende una utilidad política: que permita experimentar con la realidad. Por último, Sugranyes, basándose en uno de los últimos escritos de Lefebvre y en la noción de «contrato de ciudadanía», reivindica la práctica política a partir de la idea del derecho a la ciudad, entendiéndolo como un «derecho colectivo de las y los pobladores que les confiere legitimidad de acción y de organización, basado en el respeto a sus diferencias, expresiones y prácticas culturales, con el objetivo de alcanzar el pleno ejercicio del derecho a la libre autodeterminación y a un nivel de vida adecuado».

Finalmente, este libro es un intento por reconocer y actualizar la obra del autor, entendiendo su vigencia y capacidad de anticipación en el análisis del fenómeno urbano, particularmente en América Latina. A partir de aquí se abren múltiples posibilidades de investigación y problematización de la realidad urbana contemporánea desde una perspectiva crítica que intenta dar cuenta de la complejidad de la producción del espacio.

LA BURGUESÍA Y EL ESPACIO¹

Henri Lefebvre

Quiero precisar ante todo que no hablo en tanto representante de la Universidad francesa, aun cuando enseño sociología en la Universidad parisiense de Nanterre, que los acontecimientos de 1968 han hecho famosa. De paso, quiero decirles que los estudiantes de sociología de Nanterre habían recibido una enseñanza marxista. De esta enseñanza, resultó para ellos que no debían replegarse en una micro-sociedad contestataria, a la manera de los estudiantes en otros países, sino que debían atacar a la sociedad burguesa en su conjunto y a su cabeza, el Estado. Yo creo que esa enseñanza marxista ha tenido cierta importancia en el curso de los acontecimientos que se produjeron en Francia en 1968.

No hablo como miembro de la Universidad francesa, ni como delegado de una determinada institución, sino en nombre propio. ¿A qué título estoy aquí para dirigirme a ustedes? Yo soy un filósofo, pero no un filósofo en el sentido en el que la filosofía se pretende «pura», así como también autosuficiente. Para mí, la filosofía interroga la práctica social y política; se esfuerza en llevarla al nivel del lenguaje, del concepto, de la teoría. En esa práctica actual, la arquitectura, el urbanismo, el problema de la vivienda y el de la

Intervención en el Congreso Internacional de la Vivienda, Santiago de Chile (el 14 de septiembre de 1972), y en el XXIII Congreso del Instituto Internacional de Sociología (Caracas, el 20 de noviembre de 1972). Traducción revisada por Carlos A. de Mattos a partir de la original, publicada por Península en 1977. Este texto se reproduce aquí con el propósito de enseñanza e interés en la investigación académica, para facilitar el trabajo de los lectores respecto de los comentarios e hipótesis de los autores.

ciudad, revisten gran importancia. Hay más: es el nivel actual de las fuerzas productivas y de sus posibilidades lo que hay que interrogar.

En una palabra, es como marxista que me dirijo a ustedes; quiero proponerles un análisis teórico del capitalismo moderno, análisis basado en el estudio de los países desarrollados y centrado en los problemas del espacio. (Me excuso de no hablar de Chile, de América Latina; no tengo los conocimientos como para poder hacerlo). Ante todo deseo rememorar cuál era el método utilizado por Marx. Partía de los rasgos dominantes, los más generalizados de la época, de los rasgos más acentuados, para ir captando seguidamente las diferencias existentes. Partía de los conflictos fundamentales para determinar y justipreciar los conflictos secundarios, derivados y coyunturales. Dicho método, que pongo en aplicación, queda ampliamente justificado, por demás, debido a que este encuentro es un encuentro internacional.

En un lenguaje más simple, quiero hablarles brevemente de Francia y de Europa, de lo que allá hay de nuevo, y de algunas enseñanzas que se pueden extraer de tales contingencias. Dejaré a vuestras reflexiones la tarea de llegar a conclusiones. Mi misión no consiste en dar lecciones a quien sea.

Francia, ustedes ya los saben, es un país industrial desarrollado, es decir, que las fuerzas productivas han alcanzado en él un alto nivel, en el marco del modo de producción capitalista. Sin embargo, Francia no figura en la lista de los más grandes países industriales. Tan es verdad, que una modernización está en proceso (económica, tecnológica, institucional), modernización que permite estudiar y definir en base a un buen ejemplo el neocapitalismo, dicho en otras palabras, al capitalismo de organización. No digo el capitalismo organizado y, posteriormente, se podrá apreciar que esta diferencia tiene mucha importancia.

Francia es también un país imperialista. No es el más poderoso. Desde los inicios del siglo XX, el imperialismo ha sido presa de imperialismos: inglés, alemán, americano. El rasgo más característico de Francia es la profunda contradicción existente entre la revolución demorática, la gran Revolución Francesa (con sus consecuencias: los derechos del

hombre), por una parte, y, por otra, el imperialismo, la burguesía en tanto que clase dominante hábil y muy dura, el Estado policíaco, la explotación de los trabajadores franceses, la sobre explotación de los trabajadores extranjeros, cuyo número, en Francia, rebasa los tres millones y medio. Este conjunto de contradicciones quedó de manifiesto en 1968. Ahora bien, he aquí otros aspectos de la realidad francesa. Existe en Francia una capital enorme, demasiado grande para el país: París. La capital atrae todo hacia ella: los hombres, los cerebros, la riqueza. Es un centro de decisión y de opinión. En torno a París se extienden espacios subordinados, jerarquizados; esos espacios están a la vez dominados y explotados por París. La Francia imperialista ha perdido sus colonias, pero en ella se ha instaurado una suerte de neocolonialismo. La Francia actual comprende zonas superdesarrolladas, superindustrializadas, superurbanizadas. Y numerosas zonas en las que el subdesarrollo se agrava, especialmente en Bretaña, y en la zona meridional del país.

Examinemos ahora el problema de la vivienda en Francia. Dista mucho de estar resuelto por completo, dentro del sistema capitalista, tal como lo había dicho Engels en un libro célebre. Sobre todo para los trabajadores extranjeros. Subsisten numerosos tugurios, tanto en el centro de las ciudades antiguas, como en sus arrabales. A pesar de ello, una parte importante de la clase obrera francesa está relativamente bien alojada; en los suburbios, con pequeñas casas individuales (pavillions) y en lo que se podría denominar los «grandes conjuntos» (grupos importantes de inmuebles con apartamentos para arriendo) que se alzan alrededor de las ciudades de nuevo cuño y en los arrabales de las ciudades antiguas. En el curso del proceso acelerado de urbanización que se desarrolla desde hace veinte años, gran parte de los trabajadores y de las clases medias han sido alojados de forma relativamente aceptable, pero sin inventiva arquitectónica o urbanística. Al contrario, esa expansión de las ciudades conlleva una degradación de la arquitectura y del marco urbanístico. Las personas son dispersadas, sobre todo los trabajadores, alejados de los centros urbanos. Lo que ha imperado, en esta expansión de las ciudades, es la segregación económica, social, cultural. El crecimiento

cuantitativo de la economía y de las fuerzas productivas no ha provocado un desarrollo social, sino al contrario, un menoscabo de la vida social. Los arrabales son ciudades estalladas y ruralizadas. Y no se trata únicamente de París. La urbanización de la sociedad siempre va acompañada de un deterioro de la vida urbana: fragmentación de los centros, privados a partir de ese momento de todo tipo de vida social, gente repartida de forma segregativa en el espacio. Allí hay una verdadera contradicción. Yo la llamo una contradicción del espacio. De un lado, la clase dominante y el Estado refuerzan la ciudad en tanto que centro de poder y de decisión política, del otro, el dominio de dicha clase y de su Estado hace estallar la ciudad.

Es al pensar en esos habitantes de los suburbios, en la segregación, en el aislamiento, por lo que hablo en un libro acerca del «derecho a la ciudad». No se trata de un derecho en la acepción jurídica del término, sino de un derecho análogo a los que están estipulados en la célebre Declaración de los Derechos del Hombre, base constitutiva de la democracia. Esos derechos no son jamás literalmente cumplidos, pero se refiere uno constantemente a ellos para definir la situación de la sociedad. La Declaración de los Derechos del Hombre se ha visto completada con los derechos de la mujer, del niño, etc. Yo he propuesto que se añadiese a esa lista: «el derecho a la ciudad», así como también al «derecho a la diferencia», pensando en las diferentes etnias y en los diferentes pueblos que constituyen, en el espacio, las sociedades modernas y la sociedad a escala planetaria.

Pasaré ahora a hablar del creciente malestar que se manifiesta en Francia. A través de la prosperidad capitalista relativa y del crecimiento de la producción (lo que se denomina la sociedad de consumo), hay mucha insatisfacción; innumerables personas se han puesto a hablar acerca de la «calidad de la vida», tanto en las filas de la oposición como en los partidos en el poder. Algunas de ellas hablan de la calidad del espacio; otras, llegan hasta querer «cambiar la vida».

¿Y qué es lo que quiere decir la calidad del espacio? Esa idea renueva la antigua idea de una calidad arquitectónica, de una calidad de la construcción; ella ha adquirido un sentido más amplio: es la idea de un espacio social elaborado, complejo y logrado, en una

palabra, apropiado, y no solamente dominado por la técnica y por el poder político, lo que iría con el «cambiar la vida». A la espera de esa calidad del espacio, reinan una inquietud, un tormento, que no se contenta con el antiguo humanismo liberal. Y he aquí ahora una gran noticia, de la cual no estoy seguro de que sea buena, dado que algunos encuentran, incluso, que es una mala noticia. El crecimiento económico y el desarrollo social no pueden confundirse más entre sí. Durante largo tiempo se ha venido identificando el crecimiento en todas sus direcciones —demográfico, económico, tecnológico con el desarrollo social cualitativo. Se les ha mezclado, pensando que el crecimiento aportaría el desarrollo, que lo cuantitativo aportaría tarde o temprano lo cualitativo. Ahora bien, lo cuantitativo no aporta lo cualitativo más que tras ser puesto en cuestión y en disponibilidad, post crisis; es decir, ¡punto y umbral críticos! La ideología del crecimiento ha sido herida de muerte; otrora, se creía, con tenaz optimismo, en el crecimiento indefinido de la producción y de la productividad: siempre mayor número de automóviles, siempre mayor número de aparatos de televisión, siempre mayor número de máquinas de lavar o de máquinas de calcular. Se conjeturaba, con el mismo optimismo, que dicho crecimiento económico aportaría, tarde o temprano, la solución de todas las necesidades: materiales y «espirituales», tal como se suele decir. Ese crecimiento debía ser relevado por la izquierda, en el caso en que la burguesía y los partidos en el poder fracasasen. Se creía, siempre siguiendo la misma ideología, en el carácter favorable de las empresas gigantes, en el carácter benéfico del crecimiento demográfico y técnico. Esta vasta construcción ideológica se derrumba lenta, pero seguramente. ¿A consecuencia de qué? A consecuencia del malestar urbano, de la destrucción de la naturaleza y de sus recursos, debido a los bloqueos de todo tipo que paralizan el desarrollo social, incluso cuando ellos no impiden el crecimiento económico.

De tal suerte que desde hace algún tiempo, algunos meses, uno o dos años cuando más, el antiguo optimismo ha dado paso a una ideología milenarista, apocalíptica. ¡Mucha gente se pregunta si llegaremos al año 2000!

Agregad a esas preocupaciones las del medio ambiente, de la polución —fenómenos reales, aun cuando secundarios, de los que se acostumbra a echar mano para enmascarar lo esencial. Pensad en la crisis del productivismo, en el hecho de que la ideología productivista va a acabar desapareciendo en los países «desarrollados». Proceso contradictorio, pero un cambio de dirección, una suerte de inflexión, se consuman. El crecimiento por el crecimiento es, desde ahora, algo superado. Y ya están teniendo lugar transformaciones de importancia, más o menos relacionadas con ese cambio de orientación.

¿La economía política? Consiste en una teoría de la producción industrial, del crecimiento, de la repartición y de la transformación de los productos. Los economistas elaboran modelos de crecimiento más o menos logrados, armonizando en mayor o menor grado los diferentes sectores, el «pleno empleo», el equilibrio monetario, la expansión. ¿Qué deviene ahora la economía política? EIIa también atraviesa por una crisis. Los modelos de crecimiento se desacreditan. La economía política se transforma en una economía política del espacio. Insisto sobre estas palabras. No se trata más de una aplicación al espacio geográfico o geométrico, ambiente vacío, de modelos económicos abstractos relativos a la producción de cosas, a las mercaderías, a los bienes de consumo. La economía política se transforma en economía política del espacio. ¿Qué significa esto? En primer lugar, la movilización del suelo, del espacio, cuando, antaño, se hablaba de la riqueza «inmobiliaria». El mercado de la vivienda se generaliza. El espacio, es decir el volumen, es tratado de forma de hacerlo homogéneo, sus partes comparables, por lo tanto, intercambiables. La construcción deja de ser una rama de industria secundaria, un sector subordinado de la economía. Se convierte en un sector primordial. Ella no juega solamente el papel de feed-back, de equilibrio, de reactivación, sino un papel estimulante en la economía capitalista actual; se convierte en una rama esencial de la producción.

Me permito insistir en cada uno de estos aspectos. Digo que el mercado de la vivienda se generaliza en los grandes países capitalistas; eso quiere decir que el espacio es tratado de manera de hacerlo homogéneo. ¿Por quién? Por los constructores, los arquitectos, los

promotores (llamamos así a la gente que dispone de capitales y toman la iniciativa de una construcción rentable). Las partes del espacio, puestas en migajas, se convierten en intercambiables. La subordinación del espacio al dinero y al capital acarrea una cuantificación que se extiende desde la evaluación monetaria y la comercialización de cada lote hasta el espacio entero. La propiedad del suelo, de origen feudal, tanto en Francia como en el resto de Europa, se vio otrora desquiciada en tanto que propiedad feudal por la gran Revolución Francesa (1789). Desde entonces, vuelve a constituirse en tanto que propiedad capitalista del suelo agrícola. Este proceso se acelera y se convierte en propiedad capitalista de la totalidad del espacio. Así, lo «inmobiliario» —como se dice aun entre nosotros— se moviliza, es decir, se convierte en riqueza mobiliaria, arrastrada por el flujo de los intercambios, en los flujos y reflujos del dinero y del capital. Al mismo tiempo, lo que complica la cuestión, el espacio constructible, otrora abundante, se torna escaso en la proximidad de los centros. El espacio pasa a formar parte de las nuevas y modernas escaseces. Esta escasez, mantenida y utilizada, en torno a los núcleos urbanos permite una especulación desenfrenada. ¿Acaso es necesario añadir que la escasez del espacio corre pareja con la creciente escasez de recursos y de bienes antaño abundantes: el agua, el aire, e, incluso, la luz?

Por supuesto, tal análisis debería tener en cuenta determinados factores demográficos y técnicos, así como de toda suerte de fenómeno. Dejémoslos por ahora al margen de la cuestión. Llegamos a una idea esencial: el capitalismo se ha mantenido por la conquista y la integración del espacio. Hace ya mucho tiempo que el espacio ha dejado de ser un ámbito geográfico pasivo o un ámbito geométrico vacío. Se ha convertido en *instrumental*.

Por descontado, no hablo en estos momentos de los cosmonautas; la conquista del espacio interplanetario ha seguido a la del espacio terrestre; el anhelo de conquista ha desbordado los límites del globo terráqueo. Insistamos sobre este punto para que quede totalmente esclarecido: en los países industriales adelantados, el capitalismo se mantuvo inicialmente apoderándose de las formaciones

precapitalistas, enajenándose su espacio al amparo de sus puntos de apovo: las grandes empresas industriales. No existen, jamás han existido, varios sistemas de producción simultáneos, tal como lo asevera la escuela estructural-funcionalista de Althusser. Ha habido y aún hay, en el seno del capitalismo, persistencia de relaciones sociales precapitalistas, vinculadas con la propiedad privada del suelo; ha habido, aún hay, integración de esas relaciones precapitalistas al capitalismo, tomando siempre la propiedad privada del suelo como medio y base. Consideremos la agricultura. En los tiempos de Marx, únicamente Inglaterra poseía una agricultura capitalista. Hoy en día, en Francia y en otros muchos países, basándose en el fundamento jurídico y práctico de la propiedad del suelo, la producción agrícola se ha transformado en un sector de la producción industrial, por tanto capitalista. Inversamente, ésta tiene muy en cuenta el conjunto del suelo cultivado y se adapta tanto a los recursos económicos como a las necesidades técnicas de dicho conjunto. La integración de la agricultura no se ha operado únicamente a través de la constitución de grandes explotaciones destinadas al cultivo de los cereales o a la cría de ganado; también se ha realizado a través de numerosas explotaciones pequeñas en superficie, pero que exigían mucha inversión: fruta, productos lácteos, hortalizas, productos tempranos y viñedos.

Consideremos ahora la ciudad. Ella fue también una realidad histórica, una formación social pre-capitalista: piensen en la ciudad antigua, en la ciudad del medioevo. El capitalismo se apodera de ella, la modifica según sus exigencias económicas, políticas y «culturales». La ciudad, más o menos estallada en arrabales, en periferias, en aglomeraciones satélites, se convierte a la vez en centro de poder y en fuente de inmensas ganancias. La aglomeración urbana ha dejado de ser tejido intersticial, contexto pasivo de las grandes empresas. Literalmente hace parte de ellas: Ella provee los múltiples servicios, transportes y sub-contratación de los cuales no pueden prescindir dichas empresas. Existe en la ciudad moderna un verdadero consumo *productivo* del espacio, de los medios de transporte, de las edificaciones, de las carreteras y calles. Allí, se emplea una inmensa fuerza de trabajo, tanto productiva como la destinada a la

conservación y a la alimentación de las máquinas. En ello radica, en mi opinión, uno de los secretos, si se lo puede expresar así, de la actual prosperidad capitalista. La fuerza de trabajo utilizada en la producción y conservación del espacio, en los transportes, en la multitud de actividades denominadas «servicios», es, por lo general, mal pagada, y débil composición orgánica del capital invertido. Todo ello se cumple aun y siempre sobre la base jurídica y práctica de la propiedad del suelo. Al mismo tiempo, lo que queda de la ciudad histórica se degrada; el consumo del espacio histórico corresponde a la producción del espacio capitalista, pero el capitalismo destruye así su propia condición, a saber, la ciudad como centro de decisión. Contradicción del espacio, como he dicho anteriormente.

¿La agricultura más la ciudad? Esto representa ya al espacio entero. Esa tesis sobre la conquista y la producción del espacio puede controlarse a través del análisis de las fuerzas productivas (en lengua-je marxista). Esas fuerzas productivas no están amarradas a lugares determinados y aislados: las empresas, aun cuando esta localización siga conservando gran importancia. Las fuerzas productivas conciernen al espacio entero: flujos diversos, energía, materias primas, informaciones, redes de distribución de los productos.

Coloquemos, si me lo permiten, la siguiente pregunta: «¿Cómo es posible que el capitalismo se haya mantenido en los grandes países industriales, cuando la clase obrera lo amenazaba, cuando las crisis y las guerras (por él desencadenadas) tendían a destruirle?» Dicho en otras palabras y en términos marxistas claros: «¿Cómo se ha operado y opera la reproducción de las relaciones sociales de producción?» Digo bien: reproducción de las relaciones sociales de producción y no reproducción de los medios materiales y humanos de producción. Ésta es una cuestión capital, planteada más claramente desde la publicación de un capítulo inédito de *El Capital*, en el cual Marx vislumbró este problema. Dicha cuestión envuelve la cuestión siguiente: ¿cuándo y cómo cesa la reproducción de esas relaciones sociales? ¿Cuándo y cómo se producen nuevas relaciones sociales?

Para esas cuestiones existen ya respuestas bien conocidas. Unos opinan que todavía el capitalismo se sostiene por la sola presión

ideológica, por aquello que algunos llaman los aparatos ideológicos del Estado. Otros afirman que las nuevas relaciones de producción se instauran a través de la vía política y están constituidas por medios políticos. Ninguno de esos razonamientos me parece satisfactorio y pido que reflexionemos sobre ellos. En mi opinión, las relaciones sociales en el capitalismo, es decir, las relaciones de explotación y de dominación, se mantienen por y en el espacio entero, por y en el espacio instrumental. Volveremos sobre esta cuestión más adelante. En cuanto a la política como tal, ésta jamás ha constituido y mantenido más que relaciones políticas y no relaciones sociales; ésta es la esencia de la crítica marxista de la filosofía hegeliana del Estado y de la tesis hegeliana sobre la clase política.

Limitemos nuestro examen al capitalismo. El no ha integrado solamente el espacio previo insertándolo en su extensión; ha instituido sectores nuevos, insertándolos en su expansión. El ocio se ha convertido en Europa y en los grandes países industrializados avanzados en una industria de importancia capital. Se ha conquistado para el empleo del ocio: el mar, las montañas e, incluso, los desiertos. La industria del ocio se conjuga con la de la construcción para prolongar la ciudad y la urbanización a todo lo largo de las costas y en las regiones montañosas. En estos precisos momentos, estov entregado al estudio, en colaboración con Mario Gaviria, de este conjunto de fenómenos en España, y tengo el firme propósito de proseguir dicha investigación en otros muchos países. Esta industria del ocio se extiende al espacio no ocupado por la agricultura y la producción idustrial clásicas. Para los arquitectos y los urbanistas, ella reviste un interés que queda aún por despejar. El ocio requiere determinadas cualidades del espacio. Decenas de millones de europeos, entre ellos un gran contingente de obreros, se desplazan desde el norte hacia el sur de Europa, teniendo por objetivo España, Italia, la zona meridional de Francia. Se puede decir que ellos abandonan el espacio del consumo, a saber, los lugares de la riqueza capitalista (Londres, Hamburgo, París, etc.) por el consumo del espacio: la playa, el mar, el sol, la nieve... Esa exigencia cualitativa tiene una consecuencia interesante para los arquitectos y los urbanistas: parece

que es sobre todo en las ciudades del ocio donde la arquitectura y el urbanismo modernos han producido alguna cosa nueva; no gran cosa, y más bien caricaturesco que logrado, pero hay en esos lugares una tentativa de apropiación cualitativa del espacio que entra en conflicto con el carácter cuantitativo dominante por todas partes.

El estallido de las ciudades históricas de hecho ha estado acompañado por la urbanización generalizada que no representa más que la degradación de la ciudad histórica, y que podemos llamar su «ruralización». La urbanización generalizada no ha generalizado únicamente la especulación llamada inmobiliaria; ella no solamente ha acompañado la comercialización del espacio; ella ha acarreado, en lugar de la superación de la relación ciudad-campo, un magma, un caos en los cuales la ciudad y el campo se mezclan en forma confusa. Es, por tanto, la conquista del espacio terrestre lo que se ha realizado, pero a partir de la propiedad del suelo y de la manera prescrita por esta propiedad en la descomposición.

De este estado de cosas, resulta una consecuencia, o más bien una implicación muy importante: una nueva forma de planificación, la planificación espacial. Esta forma de planificación va más allá de los antiguos métodos de planificación a través de las materias y balances-materias; va más allá de las técnicas de planificación a través de balances financieros; se integra dentro de una estrategia y de una práctica más globales. Esa estrategia de planificación está bastante avanzada en Francia. Se calcula con cierta precisión las travectorias y los flujos de las materias primas, de la energía. Las máquinas dedicadas a la misión informática permiten también prever las redes de evacuación de los productos. Se localiza de esta suerte las empresas tras investigaciones operacionales llevadas muy a fondo, por ejemplo en Fos-sur-Mer, cerca de Marsella, en Dunkerque a orillas del Mar del Norte. Sobre todo, se reparte espacialmente a la clase obrera; se la manipula así de una forma que hasta aquí resultaba inconcebible. Yo podría mostrar cómo los mecanismos y los trayectos de la plusvalía se van tornando más complejos. La plusvalía no se realiza más allí donde se produce, se reparte a escala mundial en función de la estrategia de las potencias económicas, financieras y políticas. La producción, la realización y la repartición de la plusvalía conciernen así al espacio planetario entero.

Es de una economía política del espacio de lo que se trata. Las cuestiones concernientes a la producción de cosas *en* el espacio no han desaparecido, ni mucho menos, pero los problemas se desplazan. Se pasa de la produción de las cosas *en* el espacio a la producción *del* espacio planetario, esto envolviendo, suponiendo aquello. Se pasa de la consideración clásica de los lugares de implantación industrial al espacio entero. De ello se desprende que el espacio se torna estratégico. Por estrategia entendemos que todos los recursos de un determinado espacio dominado políticamente sirven de medios para apuntar y alcanzar objetivos a escala planetaria e, incluso, más allá. Las estrategias globales son a la vez económicas, científicas, culturales, militares y políticas.

Antaño, se creía con Marx que el capitalismo chocaría con los obstáculos opuestos a las fuerzas productivas por las relaciones de producción y de propiedad. Se creía que los capitalistas eran incapaces de asegurar el crecimiento económico y de proporcionar a la producción industrial la menor organización. El pensamiento y la acción inspirados por el marxismo se proponían arrancar la producción industrial a la burguesía a fin de asegurar el crecimiento.

Hoy en día, la burguesía ciertamente no ha tenido éxito en constituir una sociedad capitalista coherente a escala mundial, un capitalismo organizado; sin embargo, ella ha logrado establecer un capitalismo de organizaciones que consigue, en gran medida, dominar y mantener un mercado mundial, frágil, amenazado en el plano monetario, pero siempre presente e incluso dominante.

Como base para su acción, la burguesía y el capitalismo tienen una forma de propiedad inherente a las relaciones de producción: la propiedad del suelo. Lejos de constituirse en un obstáculo para el crecimiento en el marco del capitalismo, ella le ha condenado a un caos espacial sobre el cual yo los incito a reflexionar.

Las clases dominantes se sirven hoy en día del espacio como un instrumento. Instrumento con varios fines: dispersar la clase obrera,

repartirla en los lugares asignados, organizar los flujos diversos subordinándolos a las reglas institucionales, subordinar por tanto el espacio al poder, controlar el espacio y regir tecnocráticamente a la sociedad entera, conservando las relaciones de producción capitalistas.

¿Las clases dominantes logran hacerlo? Mi respuesta es negativa, porque nuevas contradicciones aparecen. Son aquellas que denomino como contradicciones del espacio y que ya no son exactamente aquellas del tiempo histórico analizado por Marx a continuación de Hegel. Hay una contradicción entre la capacidad técnica de tratar el espacio globalmente y el desmembramiento del espacio en parcelas para la venta y el intercambio. Es la forma adoptada actualmente por la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de propiedad. Otra contradicción del espacio, que apenas comenzamos a descubrir, es la contradicción entre, por una parte, el movimiento, los flujos, lo efímero y, por otra, las fijaciones, las estabilidades, los equilibrios buscados.

¿Es posible despojar a las clases dominantes de este instrumento (el espacio)? Quizá sea posible, pero a condición de plantear la cuestión clara y abiertamente, es decir, en función de realidades nuevas y no en función de los problemas de la producción industrial planteados hace ya más de un siglo. Puede ser, digo yo, pero a condición de elaborar una estrategia consecuente.

Y ahora, he aquí algunas conclusiones de este análisis. La cuestión de la vivienda tratada por Engels hace más de un siglo, se ha modificado un poco; ella se ha convertido en una parte de la cuestión urbana, la cual a su vez, ha pasado a ser parte de la cuestión del espacio. Estas cuestiones no pueden resolverse sino que por una gestión y por una apropiación colectiva del espacio. Lo que queda ligado, por una parte, a la propiedad del suelo, y, por otra, es necesario reconocerlo, a la gran estrategia planetaria.

Los diversos movimientos de los usuarios (incluidos entre ellos, según los países, las reivindicaciones concernientes a los alquileres, los transportes, las expropiaciones, etc.) forman parte integrante del movimiento político general; sus problemas forman, por tanto,

parte de los problemas políticos inherentes al poder. ¿Quién detenta el poder? ¿Y con qué fin? Estoy, en consecuencia, de acuerdo con que todo movimiento de usuarios contribuya a la toma del poder por parte del pueblo, en nombre del pueblo. Pero, ¿el poder para hacer qué? ¿Acaso se trata únicamente de llevar a buen término la lucha de clases, para y con la clase obrera? De acuerdo, por supuesto, pero, ¿y después? ¿Es que tan sólo se va a tratar de incrementar la producción, de repartir mejor los «ingresos» tal como se dice, de planificar la producción en relación al consumo? Sí, pero el crecimiento no comporta en sí mismo su verdadera finalidad, su sentido real. ¿Detener el crecimiento pura y simplemente? Es imposible. Lo que es necesario, es orientarlo pero reduciéndolo; es necesario orientarlo hacia el desarrollo social cualitativo.

Nosotros sabemos —y lo repito insistiendo en ello— que el desarrollo y el crecimiento no coinciden, que el crecimiento no conlleva automáticamente desarrollo. En lo que concierne al desarrollo, la experiencia y la historia nos enseñan que no hay creación de formas sociales y de relaciones sociales sin creación de un espacio apropiado.

¿«La calidad de la vida»? ¿Otra forma de vivir? ¿«Cambiar la vida»? Sí, ciertamente, pero ello no puede encararse si no es considerando el espacio de la totalidad del planeta, sin excluir aquí y allá la creación de espacios apropiados, cuya apropiación escapando a la propiedad podría servir de ejemplo. En una estrategia opuesta a la de la burguesía, un proyecto global tendría lugar. En Francia, la CFDT es más sensible que la CGT a esas cuestiones, lo que permite decir que el movimiento obrero tiene una vanguardia y que esta vanguardia afronta ya, no sin dificultades, los nuevos problemas.

La posesión y la gestión colectivas del espacio tienen, evidentemente, una condición previa: la supresión de la propiedad del suelo. ¿Cómo? Todavía no se ha encontrado la fórmula adecuada. La estatización da resultados desastrosos, dado que ella transfiere al Estado los derechos absolutos del propietario. La municipalización del suelo ha revelado sus inconvenientes y sus límites. Quedaría, evidentemente, la socialización, es decir, que el pueblo en su totalidad, transgrediendo las relaciones de propiedad, ocupe y se apropie del

espacio social. ¿Sería, hoy en día, una consideración utopiana? (llamo utopiano, oponiéndolo a utópico, lo que no resulta factible hoy por hoy, pero que puede llegar a serlo mañana). Desde esta perspectiva, ¿cuál es el papel del arquitecto, cual es el papel del urbanista? Ellos son productores de espacio. No hablo de «producción arquitectural». Quiero decir que ellos no son solamente abastecedores en el mercado y para el mercado de la construcción. Ciertamente, ellos no son los únicos en producir espacio; existe todo tipo de agentes de esta producción, desde los planificadores, los banqueros, los promotores, hasta las autoridades políticas y administrativas, hasta los obreros de la construcción y los usuarios. Arquitectos y urbanistas operan en el marco del modo de producción existente, pero ellos tienen un rol esencial; sobre ellos descansa el futuro del principio según el cual el espacio tiene un valor de uso y no solamente un valor de cambio.

Hoy, una posibilidad se esboza: la de una intervención del arquitecto relativamente bien definida. Entre el inmueble y la casa individual, la parcela de terreno como encuadre de la construcción, por una parte, y, por otra, el conjunto urbano amplio y complejo a cuya escala intervienen los ingenieros, los técnicos de la circulación, hay un nivel intermedio. Es el nivel macro-arquitectónico y micro-urbanístico; no es más el de la aldea, y tampoco el de la gran ciudad. A este nivel se sitúan las investigaciones de algunos de los arquitectos, en mi opinión los más eminentes de nuestra época (por ejemplo, Constant en Amsterdam, Ricardo Bofill en España) y los de los sociólogos, como Mario Gaviria. Quiero destacar que estas experiencias arquitectónicas no desdeñan los procedimientos antiguos, artesanales y tradicionales de la construcción. Los materiales tales como la piedra y el ladrillo, las técnicas tradicionales siguen siendo utilizados por ellos. ¿Prefabricación? ¿Coordinación modular? De acuerdo, pero, ¡atención! No emplear a no importa qué precio y en no importa qué condiciones, bajo pretexto de modernidad, las técnicas más recientes. Me gustaría llamar la atención sobre este punto.

CAPÍTULO I La producción del espacio y la supervivencia del capitalismo

Lefebvre, producción del espacio, revolución urbana y urbanización planetaria

Carlos A. de Mattos

Introducción

En un lapso comprendido entre fines de la década de los años sesenta y comienzos de la de los setenta, Henri Lefebvre concentró sus esfuerzos en la elaboración y publicación de un conjunto de libros y artículos dedicados a analizar y discutir las relaciones entre sociedad y espacio en el mundo contemporáneo. En el desarrollo de esa tarea se abocó a identificar, analizar y explicar la interacción entre las relaciones sociales de producción y la producción social del espacio, otorgando especial importancia a los cambios que se produjeron bajo el impacto de la industrialización en la estructuración del espacio y, en especial, del espacio urbano. Estos trabajos, cuya parte medular se inició con la publicación de El derecho a la ciudad en 1968 y culminó con La producción del espacio en 1974, no conforman sino una parte cuantitativamente menor de su vastísima producción intelectual, que comprende más de 60 libros y decenas de artículos y entrevistas, en los que buscó cubrir un muy amplio abanico de temas, principalmente referidos al ámbito de la filosofía, la economía, la sociología y la ciencia política.

En su conjunto, el aporte de Lefebvre responde a la voluntad de elaborar, desde una perspectiva crítica, una base conceptual coherente y comprensiva –enfocada en las principales tendencias y problemas que aquejan a la sociedad moderna– para proyectarse hacia el futuro

mediante cauces de acción hacia una sociedad alternativa. Toda esta obra fue concebida desde una perspectiva marxista, pero con un enfoque relativamente heterodoxo, apegado invariablemente a una visión humanista y libertaria. Como reconocía en una de sus innumerables conferencias, «[...] intento desarrollar un marxismo libre y sin dogmatismos» (Lefebvre, 1977).

En cualquier caso, para una plena comprensión de las ideas de Lefebvre sobre la producción del espacio y la «metamorfosis planetaria», es necesario tener en cuenta que un pleno conocimiento sobre sus hipótesis y proposiciones al respecto no solamente se deben revisar los libros y artículos relacionados directamente con esta materia, sino también sus escritos sobre otros temas, donde hay importantes referencias y aportes conceptuales a la cuestión de la producción del espacio y, en particular, del espacio urbano; entre esos escritos se destacan, en particular, los que versan sobre la vida cotidiana (escritos entre 1962 y 1981) y, muy especialmente, los que se refieren al Estado (producidos entre 1976 y 1978).

Frente a esa obra y a su contenido, este trabajo tiene el propósito de revisar y reseñar algunas de sus hipótesis, proposiciones y anticipaciones en lo que específicamente atañe a la interacción entre espacio y sociedad, considerando en particular las relaciones entre capitalismo y producción social del espacio. Para ello abordaremos tres aspectos: i) la producción del espacio y sus efectos en la reproducción de las relaciones sociales capitalistas; ii) la producción del espacio urbano en la actual fase de desarrollo capitalista, que Lefebvre denominó como «sociedad burocrática de consumo dirigido», o más simplemente, como «sociedad neocapitalista», considerando sus efectos en la evolución hacia una urbanización generalizada; y iii) las consecuencias que tuvo la imposición de un orden general regido por la lógica de la mercancía en el desencadenamiento de una metamorfosis urbana que avanza hacia una creciente mercantilización del desarrollo urbano a escala planetaria.

Producción del espacio, espacio político, espacio instrumental

Carácter político e ideológico del espacio social

Para reseñar y analizar la contribución de Lefebvre al estudio de los temas urbanos y territoriales tomaremos como punto de partida su hipótesis sobre la *producción social del espacio*, en la que postula que a lo largo de la historia de la humanidad cada modo de producción (con las diversidades que implica cada uno de ellos) produce su espacio y su tiempo, al mismo tiempo que ciertas relaciones sociales. Vale decir, «[...] toda sociedad produce su espacio o, si se quiere, toda sociedad produce 'un' espacio» (Lefebvre 1972b, p. 46). En esta hipótesis subyace, además, la proposición de que todo cambio sustantivo en el desarrollo de las relaciones de producción induce una reactivación de la interacción entre estas relaciones y el espacio producido, lo cual ocasiona nuevos cambios en este. En lo esencial, según Lefebvre, lo que caracteriza a este tipo de interacción es que «el modo de producción proyecta sobre el terreno [territorio] sus relaciones, el cual reacciona sobre ellas» (2000 [1974], p. xxv).

Esta interacción se manifiesta en procesos en los que «el espacio ha sido moldeado, modelado, a partir de elementos históricos o naturales, pero políticamente», lo que tiene como implicancia fundamental que «el espacio es político e ideológico. Es una representación literalmente poblada de ideología. Hay una ideología del espacio. ¿Por qué? Porque ese espacio que parece homogéneo, que parece dado como un bloque en su objetividad, en su forma pura, tal como lo constatamos, es un producto social» (Lefebvre, 1972b, p. 53). Esto tiene como consecuencia que, desde esta perspectiva, no se puede entender la producción del espacio (y su transformación) si no se considera el papel de las fuerzas que impulsan dichos procesos: el Estado y el poder político.

¿Qué es lo que contiene y caracteriza al espacio producido en cada una de las fases del desarrollo capitalista? Según Lefebvre, en la interacción entre relaciones de producción y espacio, en su contenido esencial el espacio producido se caracteriza por *dos tipos de relaciones*, las cuales pueden considerarse como constitutivas del mismo: i) *las relaciones sociales de reproducción*, a saber, las relaciones bio-fisiológicas entre los sexos/las edades (con una organización específica de la familia) y ii) *las relaciones de producción*, a saber, la división del trabajo y su organización, esto es, las funciones sociales jerarquizadas (2000 [1974], p. 41¹). Estos dos encadenamientos –reproducción y producción– no pueden separarse, por cuanto la división del trabajo repercute en la familia y se sostiene en ella e, inversamente, la organización de la familia interfiere con la división del trabajo (Idem, p. 41).

En cuanto a cómo se han desarrollado estos procesos específicamente en sociedades capitalistas, Lefebvre plantea que en ellas la producción del espacio ha cumplido, y continúa cumpliendo, un papel instrumental/estratégico en la reproducción de las respectivas relaciones sociales de producción y, en consecuencia, en la propia supervivencia de este tipo de sociedad («survie du capitalisme»). Esto es, el capitalismo necesita producir espacio para poder reproducirse y sobrevivir. En ese sentido, Lefebvre es categórico cuando afirma que «el capitalismo ha podido atenuar (si no resolver) durante un siglo sus contradicciones internas y en consecuencia ha logrado el "crecimiento" [...]. ¿Por qué medios? Lo sabemos, ocupando el espacio, produciendo un espacio» (Lefebvre, 2000 [1972], p. 15, destacado nuestro). De lo que se deriva una conclusión de crucial importancia: «el capitalismo se ha mantenido por la conquista y la integración del espacio. El espacio ha cesado desde hace mucho tiempo de ser un medio geográfico pasivo o un medio geométrico vacío. Se ha convertido en instrumental» (Lefebvre, 1972b, pp. 148-149).

Desde esta perspectiva, Lefebvre sostiene que a lo largo de su historia, «[...] el capitalismo solamente ha podido mantenerse extendiéndose al espacio entero, esto es, desbordando los lugares

La traducción de las citas incluidas en este trabajo que han sido tomadas de los textos originales en francés de Lefebre ha sido realizada en todos los casos por el autor. Aun cuando muchos de los textos citados tienen versiones en español, para este trabajo se ha preferido no utilizarlas, pues algunas de ellas contienen errores importantes.

de su nacimiento, de su crecimiento, de su poder: las unidades de producción, las empresas, las firmas nacionales y supranacionales» (1972b, p. 110). Así se llega a una situación en la que «el espacio entero deviene en lugar de la reproducción de las relaciones de producción» (1972b, p. 44). Cuando se observan y analizan estos procesos desde una perspectiva histórica, se puede comprobar que ellos se generan, avanzan y se fortalecen conforme a una evolución en la que el nuevo modo de producción (la nueva sociedad) se apropia, es decir, acondiciona a sus fines, el espacio pre-existente, modelado anteriormente, lo que no ocurre de forma inmediata, sino a través de modificaciones lentas que van penetrando una espacialidad ya consolidada, pero cambiándola a veces con brutalidad» (Lefebvre, 1985², pp. xxv-xxvi).

¿Cuáles son las fuerzas que operan para que esta dinámica pueda imponerse? En lo medular, la producción social del espacio en una sociedad capitalista es impulsada por el Estado, que actúa atendiendo las exigencias, demandas e intereses de las clases y grupos que detentan el poder político, y donde la misma es utilizada como un instrumento para activar la acumulación de capital y para promover el crecimiento económico. De tal forma, el Estado y cada una de las instituciones que lo componen, al intervenir en la producción del espacio, lo impregnan de un contenido político e ideológico que adquiere el carácter de constitutivo del espacio producido.

En esa dinámica, también «la naturaleza como espacio es despedazada, vendida por fragmentos y ocupada globalmente», con lo que resulta destruida como tal y modificada según las exigencias de la sociedad «neocapitalista». En ese contexto, el progresivo encarecimiento del espacio tiene consecuencias que afectan la propia posibilidad de reproducción y supervivencia de las relaciones de producción de este tipo de sociedad, puesto que al ser la producción del espacio el instrumento para ello, su agotamiento «marca el límite de la misma» (Lefebvre, 1972b, p. 45). Límite que ahora parece estar mucho más próximo en el tiempo que cuando Lefebvre

² Tomado del prólogo escrito por Lefebvre en 1985 para a la 4ª edición de *La production de l'espace* (Paris, Anthropos, 2000).

hizo esta afirmación, habida cuenta de la rapidez con la que se ha intensificado el deterioro generalizado del medio ambiente.

Estado, orden general mercantilizado y espacio instrumental

Al analizar el proceso de expansión urbana que se desplegó bajo el avance de la industrialización, Lefebvre realza la importancia que en ello ha tenido el Estado desde el momento en que el poder político dominante se propuso enfrentar las contradicciones generadas a lo largo de este proceso. A estos efectos, el Estado asumió la tarea de intentar extender la experiencia de la división manufacturera del trabajo a todas las actividades como medio para lograr la imposición de un *proyecto de racionalidad universal* compatible con la de dicha experiencia (Lefebvre, 1970, pp. 49-50). Esto redundó en que, desde entonces, para el «Estado y para la clase que ostenta la hegemonía» se impusiese un objetivo básico, derivado de la convicción de que «todo es válido para legitimar, para entronizar un *orden general*, que corresponde a la lógica de la mercancía, a su "mundo" realizado a escala verdaderamente mundial por el capitalismo y por la burguesía» (1970, p. 49, destacado nuestro).

Desde el momento en que se impuso esta voluntad de entronizar un *orden general regido por la lógica de la mercancía*, este se ha transformado en el objetivo político medular de la acción estatal, cuya expresión culminante se puede situar en el momento que alcanzan su apogeo las prescripciones neoliberales. El despliegue e imposición de este orden general mercantilizado como encuadramiento básico de esta nueva fase de modernización capitalista se materializa a través de procesos de producción de espacio a escala planetaria, para cuya implementación se utiliza una *nueva forma de planificación espacial global* (1972b, p. 153).

Al respecto, Lefebvre plantea que tanto bajo apariencias neoliberales como burocráticas –no sin conflictos a veces profundos– toma forma la utilización habilidosa del espacio instrumental (el espacio como instrumento), como base para una planificación espacial que tiene objetivos mucho más amplios que los del «urbanismo»

(Lefebvre, 1972b, p. 170). La especificidad de esta planificación espacial radica en el hecho de que trabaja con los flujos (de bienes, personas, objetos, materias primas, productos terminados, dinero, capitales, informaciones, conocimientos), considerando que ellos tienen un origen, un recorrido y un punto terminal que pueden ser alterados por la acción estatal. Como efecto de ello se genera un conjunto de arreglos institucionales tanto a escala nacional como global que pueden considerarse como constitutivos del modo de operar del "estado moderno"» (Lefebvre, 2012 [1977]).

Ha sido mediante este tipo de planificación espacial, motivada por la voluntad de entronizar a escala mundial dicho orden general mercantilizado, que se ha logrado imponer en un contexto que desborda lo nacional la lógica dominante de la producción, la realización y la repartición de la plus-valía al espacio planetario. En este sentido y con relación a este contexto es que Lefebvre (2000 [1974], p. 126) destaca como un «hecho nuevo» que «[...] las estrategias mundiales intentan engendrar un *espacio global*, el *suyo*, y erigirlo en absoluto» (p. 126, destacado en el original).

Para viabilizar la imposición, supervivencia y/o reproducción de dicho orden general mercantilizado, fue necesario que el Estado y el poder político implementasen a lo largo de esta trayectoria una estrategia funcional a esos efectos. ¿Cuál fue esa estrategia? En lo fundamental, la de la lógica del capital: «el capital tiene su lógica, es decir, su estrategia. El capital obedece a la lógica del capital: la acumulación. Él acumula para acrecentar la plusvalía (la ganancia, en su lenguaje). Él acrecienta sus ganancias para acumular capital» (Lefebvre, 1976, p. 109). La acción del Estado para impulsar la producción de este espacio, que tiene que ser geográficamente expansiva, debe recurrir a la violencia: desde que el Estado provee una infraestructura para la interconexión económica y formas tanto burocráticas como militares para intervenciones estratégicas, no solamente a la escala de cada Estado, sino también hasta la escala internacional y mundial, esto es, a la escala del sistema planetario estatal (Brenner y Elden, 2009, p. 358).

Desde esta perspectiva, Lefebvre otorga especial importancia al papel cumplido por el Estado en la producción de la espacialidad capitalista, importancia que se habría acentuado desde que, en la fase postindustrial, se impuso un tipo organización y gestión estatal que deriva en lo que conceptualiza como *Modo de Producción Estatal* (MPE). De esta manera, se refiere a una institucionalidad y a un conjunto de funciones y tareas que el Estado ha ido asumiendo desde el momento en que *estableció como su objetivolfunción básicos la promoción del crecimiento económico* (Lefebvre, 1976, p. 149), lo cual ocurre con diversos alcances y modalidades en un número creciente de países y a escala planetaria.

A partir de este marco conceptual, Lefebvre plantea que bajo el MPE se ha producido y regulado la evolución de un espacio que representa la matriz de organización socio-espacial de la fase actual del desarrollo capitalista:

El capitalismo y el neocapitalismo han producido el espacio abstracto que contiene al «mundo de la mercancía», su «lógica» y sus estrategias a escala mundial, al mismo tiempo que la fuerza del dinero y la del Estado político. Este espacio abstracto se apoya sobre las enormes redes de bancos, de centros de negocios, de grandes unidades de producción. Y también sobre el espacio de las autorutas, de los aeropuertos, de las redes de información. En este espacio, la ciudad «cuna de la acumulación, lugar de la riqueza, sujeto de la historia, centro del espacio histórico» ha estallado (2000 [1974], pp. 65-66).

Fue frente a este nuevo escenario que Lefebvre planteó una de sus conclusiones más controvertidas: la de que el espacio social es un producto que se utiliza, que se consume, pero que *también es un medio de producción*. A este respecto, en diversos trabajos relativos a la producción del espacio reiteró su convicción de que «este medio de producción, producido como tal, no puede ser separado ni de las fuerzas productivas, de las técnicas y del saber, ni de la división del trabajo social, que lo modela, ni de la naturaleza, ni del Estado y de las superestructuras» (Lefebvre, 2000 [1974], p. 102). Donde, a partir de la dinámica que entonces se desencadenó, considera que,

El espacio no puede ser concebido más como pasivo, vacío, o bien que no tiene otro sentido, como los 'productos' que se intercambian, que se consumen, que desaparecen. En tanto que producto, por inter-acción o retro-acción, el espacio interviene en la propia producción: organización del trabajo productivo, transportes, flujos de materias primas y de energías, redes de distribución de productos. En su calidad de productivo y productor, el espacio entra en las relaciones de producción y en las fuerzas productivas (mal o bien organizadas) (Lefebvre, 2000 [1974]).

Es en ese sentido que Gottdiener, al destacar la importancia de esta proposición, concluve que «para Lefebvre, el espacio posee el mismo status ontológico en el modo de producción que el capital o el trabajo» (1988, p. 125). Fue justamente en torno a este carácter instrumental del espacio que se generó una importante discrepancia con otros autores más apegados a la ortodoxia marxista, quienes optaron por descalificar —o, simplemente, por ignorar— los planteamientos y argumentos de Lefebvre, en el entendido de ellos formaban parte de una interpretación equivocada de las ideas de Marx. Según ha señalado Soja, tanto Castells como Harvey, «insinuaron que [Lefebvre] había elevado la 'problemática' espacial urbana a una posición intolerablemente central y aparentemente autónoma» (1989, p. 76). Dada la influencia lograda por alguno de los autores discrepantes, en especial por Manuel Castells (1972), su enconado rechazo a esta tesis tuvo una fuerte influencia en la marginación y el ostracismo intelectual que afectó a las ideas de Lefebvre durante algunas décadas.

No obstante ello, el tiempo terminó por dar la razón a Lefebvre, sobre todo por cuanto las tendencias observadas y comprobadas durante las últimas décadas suministraron elementos de juicio que avalan ampliamente sus principales proposiciones teóricas y sus anticipaciones y la mayor parte de sus previsiones terminaron siendo validadas empíricamente. Mientras los más obstinados alegatos antilefebvrianos de la década de los años setenta han pasado al olvido, las contribuciones de Lefebvre han estado siendo objeto de una continua revalorización, lo que les ha hecho cobrar una renovada influencia

en importantes estudios sobre la cuestión urbana³. En este sentido se puede afirmar que, en su conjunto, el aporte de Lefebvre ha pasado a ser reconocido como uno de los más completos, comprensivos y consistentes dentro del marco de la teoría crítica urbana.

Industrialización, revolución urbana, sociedad urbana

Industrialización y revolución urbana

Conforme al mismo marco teórico con el que abordó en términos generales el tema de la producción social del espacio, Lefebvre analizó la producción del espacio urbano al proponer que «[...] cada modo de producción ha "producido" (no como una cosa cualquiera, sino como una obra privilegiada) un tipo de ciudad que "lo expresa" de manera inmediata (visible y legible sobre el terreno) al tornar sensibles a las relaciones sociales más abstractas, jurídicas, políticas e ideológicas» (Lefebvre, 1970, p. 36, destacado nuestro). Desde esta perspectiva, analizó cómo a lo largo de la historia los cambios en el modo de producción dominante generaron una secuencia de producción del espacio urbano que se expresó, sucesivamente, en la ciudad política, la ciudad comercial, la ciudad industrial, para culminar en la sociedad urbana en la fase «neocapitalista»; y destacó cómo en esta secuencia es posible identificar los cambios que se produjeron en las respectivas funciones, formas y estructuras urbanas, los cuales son los que establecieron las diferencias entre uno y otro tipo de ciudad a lo largo de la historia.

Sobre esta base sostuvo que «la realidad urbana modifica las relaciones de producción sin, por otra parte, llegar a transformarlas. Se convierte en fuerza productiva, como ocurre con la ciencia. El

Al respecto, merece especial mención una recopilación de trabajos sobre la urbanización planetaria, organizada por Neil Brenner (2014), que incluye numerosos trabajos que, tanto desde el punto de vista teórico como empírico, dan cuenta de la validez de las proposiciones y de las explicaciones de Lefebvre para interpretar y explicar las tendencias actualmente dominantes en el mundo entero.

espacio y la política del espacio "expresan" las relaciones sociales, al tiempo que inciden sobre ellas» (Lefebvre, 1970, p. 25). Este constituye uno de los aspectos claves de la explicación lefebvriana, desde que muestra que, como ya se ha mencionado, el espacio cumple un crucial papel instrumental en la reproducción de las específicas relaciones sociales que caracterizan a una sociedad capitalista, donde la ciudad, «no es un lugar pasivo de la producción o de la concentración de los capitales, sino que "lo urbano" interviene como tal en la producción (en *los medios* de producción)» (Lefebvre, 1968, p. 65, destacado en el original).

Al centrar su atención en los efectos de la industrialización, Lefebvre concluyó que el crecimiento y expansión de la industria incidió en el desencadenamiento de una revolución urbana, que ha estado generando un tipo de espacio urbano que se diferencia, cada día en mayor grado, de los tipos de ciudad que existieron en el pasado: «con la industria, la extensión del mercado, el mundo de la mercancía, con la importancia de lo económico y el capitalismo, la ciudad histórica, atacada de todas partes deja lugar a otra cosa» (Lefebvre, 2000[1974], p. 397). En otras palabras, la interrelación entre industrialización y urbanización generó, intensificó y aceleró la transición desde «la ciudad» (tal como había sido concebida hasta entonces), hacia un fenómeno diferente («otra cosa»), que se manifiesta a través de la «urbanización completa de la sociedad» a escala planetaria, esto es, como la «urbanización consumada» («l'urbanization accomplie»): «ella prolonga la tendencia fundamental del presente: a través y al seno de la "sociedad burocrática de consumo dirigido", la sociedad urbana está en gestación» (1970, p. 11).

En esta proposición sobre la revolución urbana subyace el reconocimiento de un cambio medular, que constituye una de las anticipaciones más audaces y originales de Lefebvre: el paso de la problemática industrial a la problemática urbana (Lefebvre, 1970, pp. 12-13), que alude al desplazamiento de la base de la dinámica de acumulación desde la industria hacia lo urbano, lo cual estaría en la génesis de la formación de de la «sociedad burocrática de

consumo dirigido», en la que la sociedad urbana se encontraría en gestación (Lefebvre, 1970, p. 11). Es en este cambio donde se pone de manifiesto que, como señala Le Breton (2012), «para Lefebvre lo urbano no es simplemente un tipo de territorio. Es un modo de producción, en el sentido marxista, de la sociedad en su conjunto; es en este sentido que el habla de "revolucion urbana"» (p. 100). Lo que puede interpretarse como que bajo esta revolución (y en esto radicaría lo realmente revolucionario) lo urbano estaría remplazando a lo industrial en la dinámica de acumulación y crecimiento en esta nueva fase de desarrollo capitalista⁴.

Industrialización, implosión-explosión, sociedad urbana

¿Cómo caracterizó Lefebvre la metamorfosis urbana que se inició bajo el impacto de la industrialización en la ciudad pre-industrial? Básicamente, mediante un proceso que ilustra en base a un metáfora tomada de la física nuclear, la «implosión-explosión» de la ciudad, cuyos efectos se manifiestan en «una enorme concentración (de gentes, de actividades, de riquezas, de cosas y de objetos, de instrumentos, de medios y de pensamiento) en la realidad urbana, y el inmenso estallido, la proyección de fragmentos múltiples y dispersos (periferias, arrabales, residencias secundarias, satélites, etc.)» (Lefebvre, 1970, p. 24).

Todo esto aparece como expresión de ese estallido hacia adentro y hacia afuera (implosión-explosión), en un proceso que comienza a materializarse en una nueva función, forma y estructura urbana, para la cual la denominación de «ciudad» ya no resulta apropiada. Así, la «otra cosa» emergente aparece como resultado de un proceso

A este respecto, Soja (1989, p. 101-102) alude a este proceso de cambio en el eje de la acumulación, al que caracteriza como uno en el cual la ciudad transita desde una situación en la que se la puede considerar como una máquina de producción hacia otra en la se constituye en una máquina de consumo. Como ejemplo empírico de lo afirmado por Lefebvre se puede mencionar que en el caso de China, en los últimos años, frente a la ralentización de la tasa de crecimiento, las autoridades políticas de este país, han postulado que la reactivación del crecimiento deberá lograrse mediante un incremento de la tasa de urbanización y del crecimiento del consumo urbano.

que tiene su génesis en las tendencias locacionales de la industria, cuando se comienza a generalizar un «extraño y admirable movimiento que viene a renovar el pensamiento dialéctico: la no-ciudad y la anti-ciudad van conquistar la ciudad, penetrarla, hacerla estallar y, de esta manera, extenderla desmesuradamente, para conducir a la urbanización de la sociedad, al tejido urbano que recubre los restos de la ciudad anterior a la industria» (Lefebvre, 1970, p. 23).

Fue a medida que un número creciente de países comenzó a industrializarse que en sus principales aglomeraciones urbanas empezaron a generarse las condiciones para que se incrementase la concentración urbana de los medios de producción, asociada a la de la población, lo cual, a su vez, contribuyó a impulsar una persistente expansión territorial del tejido urbano en detrimento de los «residuos de vida agraria». Lefebvre precisa que la expresión «tejido urbano» no se refiere «de manera estrecha la parte construida en las ciudades, sino al conjunto de las manifestaciones del predominio de la ciudad sobre el campo» (Lefebvre, 1970, p. 10).

Conforme a esta dinámica, tendió a generalizarse, en forma paulatina, la ocurrencia de la implosión-explosión en distintas partes del mundo como un fenómeno inherente a la producción de espacio que acompaña a la afirmación de la «sociedad neo-capitalista», iniciando e intensificando la transición desde «la ciudad hacia lo urbano», en una situación que corresponde a lo que Lefebvre caracteriza y denomina como «sociedad urbana». Habida cuenta de las fuerzas sociales y de los factores que incidieron en la generación e intensificación de esta transformación, Lefebvre argumenta que «la problemática urbana, el urbanismo como ideología e institución y la tendencia global a la urbanización son hechos mundiales. La revolución urbana es un fenómeno planetario» (Lefebvre, 1970, p. 152), lo que considera plenamente compatible con su hipótesis sobre la evolución hacia la sociedad urbana, planteada como «objeto virtual» y cuyo destino «no es otra cosa que la sociedad planetaria y la "ciudad mundial" [...]» (Lefebvre, 1970, p. 28).

Al respecto, cabe tener en cuenta que aun cuando Lefebvre, que planteó estas conclusiones cuando todavía no se había producido

el derrumbe del mundo socialista, ya entonces generalizaba sus conclusiones, afirmando que «las causas demográficas, las razones sociológicas, las ventajas económicas y políticas de la ciudad son las mismas en China que en otros lugares. Por tanto, la urbanización global prosigue a largo plazo. El espacio urbano no se define en forma distinta en un país socialista que en otro país». Lo que pone en evidencia que Lefebvre anticipó la formación de una sociedad urbana de alcance planetario —y de la que la ciudad mundial se ubica como paradigma— bastante antes que la literatura especializada en la materia comenzase a hacerlo.

Otro aspecto que tiene fundamental relevancia en la explicación lefebvriana sobre la revolución urbana radica en que entiende que «la ciudad se transforma no solo en razón de "procesos globales" relativamente continuos (tales como el crecimiento de la producción material en el curso de las épocas con sus consecuencias en los intercambios, o en el desarrollo de la racionalidad), sino en función de modificaciones profundas en el modo de producción, en las relaciones "ciudad-campo", en las relaciones de clase y de propiedad» (Lefebvre, 1968, p. 59). Al hacer referencia a la industrialización como factor desencadenante de la revolución urbana, Lefebvre tiene presente que para explicar este proceso en toda su complejidad, no es posible soslavar que en un proceso de esta naturaleza «intervienen activamente, voluntariamente, clases y fracciones de clases dirigentes, poseedoras del capital (los medios de producción) y que manejan no solamente el empleo económico del capital y las inversiones productivas, sino también la sociedad entera, con el empleo de una parte de las riquezas producidas en "la cultura", el arte, el conocimiento, la ideología» (1968, p. 15). En este sentido, Lefebvre reafirma que «la ciudad y lo urbano no pueden comprenderse sin las *instituciones* salidas de las relaciones de clase y de propiedad» (1968, p. 59, destacado en el original). En este mismo orden de ideas, adquiere singular importancia el papel cumplido por el Estado en la realización de ese conjunto de «modificaciones produndas», que son las que marcan la evolución hacia esta nueva fase de modernización capitalista, a medida que se fue imponiendo el modo de producción estatal.

LÓGICA DEL CAPITAL, MERCANTILIZACIÓN, METAMORFOSIS PLANETARIA

En su argumentación sobre la transición desde la ciudad industrial hacia lo urbano generalizado (la «sociedad urbana»), Lefebvre destaca que como parte del avance de la industrialización se produjo una progresiva pérdida de importancia del valor de uso *vis-à-vis*, el valor de cambio en el respectivo proceso de producción del espacio urbano: «con la industria se ha producido la generalización del intercambio y del mundo de la mercancía: el uso y el valor de uso han desaparecido casi enteramente, no persistiendo sino como exigencia del consumo de mercancías, desapareciendo casi enteramente el lado cualitativo del uso. Por otra parte, a medida que desde entonces se fue imponiendo el «*orden general regido por la lógica de la mercancía*», el suelo afirmó su condición de mercancía, lo que significa que, desde entonces, «el espacio –indispensable para la vida cotidiana– se vende y se compra» (Lefebvre, 1972b, p. 75).

De hecho, esta atenuación de la importancia del valor de uso en relación al valor de cambio es lo que abrió paso a la paulatina mercantilización de la metamorfosis urbana que entonces se puso en marcha, en un proceso en el cual «[...] la naturaleza como espacio, con el espacio, es a la vez despedazado, fragmentado, vendido por partes y ocupado globalmente. Ella es destruida como tal y reorganizada según las exigencias de la sociedad neocapitalista» (Lefebvre, 1972b, p. 45). De esta manera, la producción del espacio urbano pasó a estar asociada, cada día en mayor grado, a la *lógica de la plusvalía*: «la ciudad, o lo que queda de ella, o en lo que ella se convierte, sirve mejor que nunca a la formación de capital, es decir, a la formación, la realización y la repartición de la plusvalía» (Lefebvre, 1970, p. 51).

A ello contribuyó poderosamente el hecho de que la intensificación de la urbanización que se produjo bajo los efectos de la industrialización redundó en que fuesen las áreas urbanas los lugares que ofrecieron las mejores condiciones para la valorización del capital y, por tanto, para la maximización de la plus-valía y para la continuidad de la acumulación, no obstante las contradicciones que

se han ido generando a lo largo de los procesos respectivos. Con ello, se afirmó una tendencia que favoreció a diversas dimensiones de la vida urbana: «ha habido también en la ciudad un proceso acumulativo relativamente continuo: acumulación de conocimientos, de técnicas, de cosas, de gentes, de riquezas, de dinero y luego de capital» (Lefebvre, 1970, p. 36). Todo esto lleva a la conclusión de que «la ciudad se puede considerar como una máquina de acumular» (Lefebvre, 1977, p. 90).

Por otra parte, se debe tener en cuenta que las reformas y políticas que caracterizan a esta fase de modernización capitalista («neocapitalismo») tuvieron una decisiva incidencia en un progresivo aumento de la importancia de las inversiones y negocios inmobiliarios, lo cual, por su parte, tuvo un fuerte impacto en la metamorfosis urbana a la que aquí se hace referencia. En esta dirección, el hecho que tuvo mayor influencia al respecto fue que, en particular desde la década de los años setenta, dichas reformas y políticas comenzaron a establecer condiciones favorables para una progresiva financiarización de la vida económica y social en diversas partes del mundo. A este respecto, importa consignar que, con bastante anterioridad de la puesta en marcha sistemática de las reformas prescriptas por la ortodoxia neoliberal (Chile 1975, Reino Unido 1979, Estados Unidos 1981), va en 1972 Lefebvre había señalado que «la movilización de la riqueza fundiaria e inmobiliaria debe comprenderse como una de las grandes extensiones del capitalismo financiero, desde un cierto número de años; la entrada de la construcción en el circuito industrial bancario y financiero ha sido uno de los objetivos estratégicos durante la última década» (1972b, pp. 62-63).

Bajo la financiarización, que al avanzar en su proceso de consolidación continuó imponiendo su lógica específica en un espacio cada día más amplio, se generaron las condiciones para el progresivo e incontrolable aumento del flujo de capital orientado hacia los negocios inmobiliarios. En ese sentido, Lefebvre reconoce que «el sector inmobiliario deviene tardíamente, pero de manera de más en más neta, en un sector subordinado al gran capitalismo, ocupado por grandes empresas (industriales, comerciales, bancarias), con

una rentabilidad cuidadosamente arreglada bajo la cobertura del acondicionamiento del territorio» (1972a, p. 139).

En este contexto, Lefebvre también anticipó que uno de los cambios ocasionados por el avance de la financiarización fue la posibilidad de convertir activos físicos inmóviles en activos patrimoniales móviles: «[...] lo "inmobiliario" [...] se moviliza, es decir, deviene riqueza mobiliaria, arrastrada en el flujo de intercambios, en el flujo y reflujo de dinero y de capital» (1972b, p. 148). Este cambio tuvo como consecuencia que las inversiones y los negocios inmobiliarios adquiriesen una magnitud desconocida hasta entonces, en especial desde que permitió que el proceso de cosecha y siembra de capitales se realizase a escala planetaria, donde la movilidad de los capitales respectivos tendió a encontrar cada día menos restricciones.

Al ubicar estos procesos en el contexto de una dinámica financiarizada, Lefebvre buscó identificar y explicar la creciente importancia que adquirió el circuito de la producción inmobiliaria en la producción del espacio urbano en la fase neocapitalista. Aun cuando la dinámica emergente se complejizó en forma considerable desde la fecha en que Lefebvre publicó sus trabajos sobre esta materia hasta ahora, se puede sostener que, en lo medular, su diagnóstico continúa manteniendo plena validez. En particular, esto se aplica a su afirmación relativa a que a medida que se reduce el atractivo de las inversiones productivas, debido a una ralentización de la tasa de ganancia de las mismas, las inversiones de carácter especulativo tienden a mostrar un fuerte crecimiento: «mientras que baja la parte de la plusvalía global formada y realizada en la industria, aumenta la parte de la plusvalía formada y realizada en la especulación y en la construcción inmobiliaria. El segundo circuito suplanta al principal. De accidental, se transforma en principal» (Lefebvre, 1970, p. 212). Aun cuando desde los tiempos de Lefebvre el circuito secundario ha incrementado significativamente su complejidad, esta afirmación es clave para entender el aumento de la importancia de la mercantilización de la producción del espacio urbano que caracteriza a la actual metamorfosis urbana.

Todo indica que las inversiones y los negocios inmobiliarios urbanos pueden continuar manteniendo todavía por un tiempo su actual importancia en la producción del espacio urbano, pues como afirmó Lefebvre, «la inversión en lo inmobiliario y las construcciones privadas y públicas (en la producción del espacio) se ha revelado fructifera, pues esta producción comporta todavía, y por largo tiempo, una proporción superior de capital variable en relación al capital constante» (1972b, p. 112). Como consecuencia de ello, hoy en día esta tendencia parece haber llegado a su apogeo, generando fenómenos urbanos cuva existencia no había sido prevista en el pasado y cuya actual presencia aparece como un camino alternativo para enfrentar la sobre-acumulación de capacidades productivas, lo que constituye una de las contradicciones hasta ahora insolubles de la actual crisis financiera mundial (Chesnais, 2010). No obstante ello, parece inevitable que las crisis especulativas del sector inmobiliario se hagan cada vez más frecuentes y que a la larga las contradicciones que suscita su sobre-crecimiento generen crisis imposibles de superar.

«Cuando la ciudad se diluye en la metamorfosis planetaria»

Observado en su conjunto, el aporte de Lefebvre aparece como la más amplia, consistente y convincente explicación, concebida desde una perspectiva crítica, sobre la génesis y el contenido de la metamorfosis urbana que se desencadenó bajo el impacto de la industrialización y sobre la evolución de la interacción entre relaciones sociales de producción y producción del espacio urbano en esta la nueva fase de modernización capitalista. Los resultados y consecuencias de ese proceso, tal como fueron explicadas y evaluadas por Lefebvre, se han hecho realidad en sus aspectos más relevantes, como lo documenta una abundante evidencia empírica procedente de las más diversas partes del planeta.

Hoy en día hay un amplio y generalizado consenso en que hemos estado evolucionando hacia una situación en la que se ha impuesto, en forma prácticamente incontrolable, una tendencia, cuyo contenido esencial fue sintetizado en el título del último artículo que publicó

sobre este tema: «Cuando la ciudad se diluye en la metamorfosis planetaria». Su nueva forma, función y estructura, se resume en que «la urbanización generalizada no solamente ha generalizado la llamada especulación inmobiliaria [...] y la comercialización del espacio; ella ha acarreado, en lugar de la superación de la relación ciudad-campo, un magma, un caos en el cual la ciudad y el campo se entremezclan confusamente» (Lefebvre, 1972b, p. 153).

Lo que hacía referencia, en lo esencial, a un objeto virtual, la sociedad urbana, se ha estado haciendo realidad concreta en estas últimas décadas: vale decir, la urbanización planetaria (Brenner, 2012). En definitiva, lo que Lefebvre enunciaba como una virtualidad es ahora una realidad observable en todo el planeta, lo cual en última instancia significa que, tal como entonces lo anticipó, si persisten las tendencias que han predominado durante las últimas décadas, será inevitable la continuidad de la planetarización de lo urbano, por lo que «dentro de poco, no quedará más en la superficie de la Tierra que islas de producción agrícola y desiertos de cemento» (Lefebvre, 2004 [1989]).

Dados los problemas y los riesgos que comporta la continuidad de estas tendencias, ampliamente identificadas y evaluadas por la mayor parte de los foros y paneles científicos especializados, la situación con la que deberemos enfrentarnos será realmente preocupante. En especial por cuanto en la actualidad, de hecho, no hay gobierno en el mundo que no esté prometiendo y buscando caminos para lograr un mayor crecimiento económico, a sabiendas de los costos políticos, económicos, sociales y ambientales que implica el crecimiento ilimitado en un planeta limitado. Más allá de la convicción de que cualquier camino alternativo tiene que plantearse y decidirse políticamente, parece evidente que no hay respuestas consensuadas para enfrentar las consecuencias de esta evolución y a la crisis urbana que tiende a agudizarse en todo el mundo.

REFERENCIAS

- Brenner, N. & Stuart E. (2009). «Henri Lefebvre on State, Space and Territory». *International Political Sociology*, n. 3, pp. 353-377.
- Brenner, N., Ed. (2014). *Implosions / Explosions. Towards a Study of Planetary Urbanization*, Berlin, Verlag GmbH.
- CHESNAIS, F. (2010), «Crisis de sobreacumulación mundial, crisis de civilización». *Herramienta web 5*, Buenos Aires, mayo. En http://www.herramienta.com.ar/herramienta-web-5/crisis-de-sobreacumulacion-mundial-crisis-de-civilizacion
- GOTTDIENER, M. (1997 [1985]. *The Social Production of Urban Space*. Austin, University of Texas Press.
- LE Breton, E. (2012). Pour une critique de la ville. La sociologie urbaine française 1950-1980. Rennes, Presses Universitaires de Rennes.
- Lefebvre, H. (1968). Le droit à la ville I. Paris, Éditions Anthropos.
 - _____ (1970). La revolution urbaine. Paris, Éditions Gallimard.
- _____ (1972a). *La pensée marxiste et la ville*. Paris, Casterman, Poche, fevrier 1972.
- _____ (1972b). *Espace et politique. La droit a la ville II*. Paris, Éditions Anthropos, novembre1972.
- _____(1973). La survie du capitalisme. La reproduction des rapports de production. Paris, Editions Anthropos, 2002 (3ª edición) Ref. SC _____(2000 [1974]. La production de l'espace. Paris, Editions Anthropos, (4ª edición)
- _____ (1977). De l'Etat 3. Le mode de production étatique. Paris, Union Générale d'Editions.
- _____ (2004 [1989]). «Quand la ville se perd dans une métamorphose planétaire», Paris, *La Somme et le Reste*, Etudes lefebvriennes . Reseau mundial, Paris, n. 3, fevrier, pp. 21-23.
- _____ (2012 [1977]). «El Estado moderno». *Geopolítica(s)*. *Revista de estudios sobre espacio y poder*, v. 3, n. 1, pp. 137-149.
- Soja, E. (1989), Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory. London, Verso.

Totalidad y tríadas: comprendiendo el pensamiento de Lefebvre

Sandra Lencioni

Introducción

En *El derecho a la ciudad*, Henri Lefebvre apunta en dirección a la esperanza, a la utopía de que las virtudes humanas se podrán realizar de forma completa luego de la deshumanización de la ciudad capitalista. Se trata de un verdadero manifiesto político, una esperanza en lo humano, en sus posibilidades y también de un grito indignado contra el horror que nos espanta día tras día.

Soñar... hacer de lo imposible el mundo posible. Esa es la perspectiva de Lefebvre, que sigue los senderos de Marx, un pensador de lo posible. No sería del todo correcto decir que esta es la perspectiva lefebvriana, tal vez porque es la nuestra, la de sus lectores. La suya es una perspectiva marxiana. Expresamos esa idea inspirados en Lacan, en ocasión de una conferencia que dio en Nueva York ante un gran público, ávido por oír sus ideas. Dijo que sus oyentes podrían ser lacanianos, pero que él quería decir que no lo era, que realmente era freudiano. En ese sentido, tal vez sea más preciso decir que Lefebvre presenta una perspectiva marxiana y que sus lectores y seguidores, ellos sí, una perspectiva lefebvriana, la que evidentemente contiene una concepción marxiana.

Aunque defienda una utopía e indique caminos para rescatar la dignidad del hombre, Lefebvre es bastante amargo, duro y radical cuando busca develar la sociedad y, lo que nos interesa más de cerca, la problemática del espacio contemporáneo. Analiza la urbanización

del espacio y de la sociedad mostrando indignación y revelando la perversidad de la forma de vida en la que estamos sumergidos. Cabe preguntarse: ¿por qué llegamos y cómo llegamos a esa dura realidad? ¿Cómo podemos desembarazarnos de las cadenas que nos aprisionan?

Cómo no conmoverse al leer un pasaje de Lefebvre que considera común oír decir que el «"capitalismo produce las clases, los señores y los hombres comunes, los ricos y los pobres"... Algo que no es falso pero que tampoco es suficiente para medir la potencia maléfica del capital. Éste se construye y se edifica sobre el desprecio por la vida y por su fundamento: el cuerpo, el tiempo de vivir. Algo que no deja de espantar: que una sociedad, una civilización, una cultura pueda reconstruirse a partir de ese desdén» (Lefebvre, 1992, p. 72).

¿Será el dinero el que tiene toda la culpa? No. Para Lefebvre, esa responsabilidad le cabe al funcionamiento del capital, que todo lo «mata a su alrededor, en una escala planetaria. El capital no construye. Produce. No edifica, se reproduce. Simula la vida» (Lefebvre, 1992, p. 73). El desprecio por la vida es universal y comprender el mundo como una totalidad dialéctica llevará a Lefebvre a concebir la idea de urbanización planetaria.

Valiéndose de forma rigurosa del método dialéctico, impregnado de la noción de totalidad, Lefebvre antevé que la universalidad de la producción del capital es también la de lo urbano. De forma pionera habla en los años 70 de la planetarización de lo urbano.

Para comprender aquello que Lefebvre defiende –y para discutir sus ideas– es necesario comprender, aunque sea parcial y aproximadamente, su pensamiento, sus referencias teóricas y metodológicas; sus elecciones y pasiones. Por ello, para iniciar la discusión ponemos de relieve la preocupación de Lefebvre con respecto a la noción de totalidad, que le sirvió de puerto seguro para resguardar y desarrollar sus reflexiones. Por un lado, le permitió percibir el proceso de planetarización de lo urbano cuando nadie hacía referencia de eso; por otro lado, orientó metodológicamente sus análisis al constituir un parámetro para concebir una forma de pensar basada en tríadas, las cuales permiten componer un universo de infinitas totalidades.

En verdad, de totalidades dialécticas. Tomamos como momento de esa discusión dos tríadas teóricas y metodológicas sumamente comunes cuando se discute el espacio urbano: aquella formada por las nociones de forma, función y estructura, y otra constituida por las nociones de homogeneización, fragmentación y jerarquización con que finaliza ese texto.

La noción de totalidad y la precocidad de Lefebvre al hablar de planetarización de lo urbano

La idea de totalidad es universal, forma parte de las reflexiones desde tiempos inmemoriales y es usual en el abordaje filosófico. En este texto queremos solo recordar algunas contribuciones de Lefebvre acerca del tema, porque permiten, entre otros aspectos, comprender su idea de planetarización de lo urbano. Esa idea, entendida como universalización de lo urbano, es importante para la comprensión del «manifiesto» *El derecho a la ciudad* y su hipótesis sobre una sociedad completamente urbanizada.

En su texto *La notion de totalité dans les sciences sociales* de 1955, Lefebvre deja claro que la noción de totalidad puede comprenderse de dos maneras (Lefebvre, 1955). La primera, como una totalidad cerrada y, la segunda, como una totalidad abierta y en movimiento. La totalidad cerrada puede entenderse como única, pero también puede ser comprendida como algo que contiene varias totalidades cerradas, en la que cada totalidad es considerada en sí misma. No importa el número de totalidades; lo que vale es que cada una de ellas se coloca de forma exterior a las otras. La imagen que podemos construir como representación es la de un círculo o la de varios círculos. En el caso de que sean varias totalidades, tenemos la representación de varios círculos, y cada uno de ellos es exterior e independiente con relación a los demás.

Desde la perspectiva de la segunda forma de comprensión, la totalidad es abierta y en movimiento e incluye otras totalidades, igualmente abiertas y en movimiento. En ese caso, es más pertinente imaginar una figura en espiral, dado que la misma no constituye una representación cerrada, lo que permite representar la idea de una

totalidad abierta y en relación con otras totalidades igualmente abiertas y en movimiento. Esa segunda forma de comprensión se apoya en la lógica dialéctica, mientras la primera lo hace en la lógica formal.

La comprensión de la totalidad como una totalidad cerrada es bastante común. Con ese sentido aparece en la idea de holismo y de sistema. En el caso de la perspectiva holística, la preocupación se da respecto a la integración de los fenómenos y el todo; aunque entendido como una totalidad cerrada, no se lo concibe como una suma de las partes, lo que es positivo. Dentro de esa concepción se hace presente la ruptura con la idea de que el todo no podría tener cualidades diferentes de las partes que lo contienen. Este ejemplo, sin muchas vueltas, puede ser esclarecedor: la suma del número 1 y del número 5 da 6. Como sabemos, el número 1 no es divisible por 3, tampoco el 5, pero la suma de 1 y 5, que da 6, es divisible por 3 y por 2. Por lo tanto, la suma tiene cualidades diferentes de las partes que la componen. Constituye un todo que es más que una simple suma de las partes.

La idea de totalidad como una totalidad cerrada también aparece con fuerza en la idea de sistema. En general, un sistema se refiere a un todo organizado formado por un conjunto de elementos que se integran y constituyen una totalidad cerrada. Si esa integración es buena, se dice que hay sinergia y se entiende que la integración entre los elementos se da en medio de relaciones causales que se retroalimentan.

Esa concepción de sistema relacionada con la idea de totalidad cerrada bajo el imperio de relaciones causales es lo que ha llevado al rechazo de la palabra sistema por parte de aquellos que buscan desarrollar un pensamiento dialéctico y que, por lo tanto, rechazan la idea de totalidad cerrada. Pero debemos advertir que la cuestión no está en el uso de la palabra sistema sino en el contenido que ésta puede tener; es decir, el nudo de la cuestión no está en el empleo del vocablo sistema. También aprovechamos para advertir que la relación de causa y efecto en el análisis de los elementos que se integran en una totalidad, concebida como una totalidad abierta y en movimiento, no debe ser objeto de abjuración, una vez que las

relaciones de causa y efecto, de hecho, son reales. El cuidado que hay que tener es el de no tomar la causa y el efecto como absolutos e incondicionales.

Queremos decir con ello que la palabra sistema no carga un pecado original y que hablar de causa y efecto no es en sí mismo una referencia que limite el pensamiento. Con relación a esta segunda observación, lo importante es comprender que las relaciones que se establecen entre los elementos, ya se trate de objetos, hechos, fenómenos o procesos, no se establecen de forma absoluta, pues no son independientes y soberanos, como si constituyesen cada uno de ellos una causa absoluta de uno o de varios acontecimientos.

La perspectiva de análisis relacionada con la concepción de la totalidad como una totalidad abierta y en movimiento considera las relaciones causales como condicionantes, una vez que existen en relación con otras relaciones menos esenciales, sin ser absolutas ni independientes unas de otras. Para decirlo de otro modo, causa y efecto son momentos de interdependencia universal y únicamente la perspectiva de análisis que concibe la totalidad como abierta y en movimiento puede comprenderlas en su dimensión de condicionantes, sin tomarlas de modo absoluto o completo. Si consideramos la referencia a las condicionantes y a la idea de una totalidad abierta y en movimiento, cabe decir que la aprehensión de la totalidad está lejos de significar una aprehensión de todos los elementos o de todas las partes, sino que significa la aprehensión de una lógica teórica e histórica.

La idea de interedependencia universal es fundamental en la concepción de la totalidad como totalidad abierta. «Estudiar un hecho, querer conocerlo, es –después de haberlo discernido, es decir, aislado por lo menos parcialmente– restituirlo a un conjunto de relaciones que se extiende paulatinamente a todo el universo» (Lefebvre, 1979 [1969], p. 198).

Lefebvre advierte que discernir un hecho, un fenómeno o un proceso exige penetrar en él. No con el sentido de descubrir lo que se esconde por detrás de su apariencia, sino para descubrir lo que se esconde en la misma, pues solo así se llega a lo esencial. Por ello, el

conocimiento debe «partir de la unidad de dos aspectos contradictorios del universo: el fenomenal y el esencial, íntima y objetivamente mezclados» (Lefebvre, 1955, p. 61).

La visión de Lefebvre es la de que el «Universo (que abarca la Naturaleza, el hombre y la historia) se presenta como una Totalidad infinita de totalidades parciales, círculos de círculos, o mejor, esferas de esferas (la imagen es defectuosa y evoca figuras cerradas). Y ese Universo está allá, distante de nosotros, presente en todos los acontecimientos, en todo acto, en todo fenómeno de la naturaleza o de la sociedad. El análisis nos obliga a separar pero, por otro lado, a penetrar en las "esferas" más y más profundas, amplias y escondidas» (Lefebvre, 1955, p. 77).

Entender esa perspectiva universalista de Lefebvre sobre la totalidad como una totalidad infinita de totalidades parciales en movimiento, igualmente abiertas y que se relacionan con otras totalidades, permite comprender por qué tan temprano, allá por la década del setenta, Lefebvre ya hablaba de urbanización planetaria. Esto ilumina la comprensión de su posición pionera y su precocidad al hablar de desarrollo de una urbanización completa de la sociedad, que en aquella década solo se anunciaba y que actualmente se encuentra plenamente desarrollada.

Al decir que la constitución de esa sociedad urbana posee una zona crítica referida como de implosión-explosión de la ciudad, resultado de la concentración (de personas, actividades, riqueza, objetos...) y, simultáneamente, de la explosión de la realidad urbana en múltiples fragmentos (periferias, suburbios, ciudades satélites...), él refuerza la imagen de la ciudad que se desarrolla a un tiempo no solo de forma densa, sino también dispersa (Lefebvre, 1970, p. 24).

Para él, las contradicciones del espacio y su producción se dirigen hacia la profundización. Dice que «la contradicción principal se sitúa entre el espacio globalmente producido, en escala mundial, y en sus fragmentaciones y pulverizaciones, que son resultado de las relaciones de producción capitalistas (de la propiedad privada de los medios de producción y de la tierra, es decir, del espacio en sí mismo)» (Lefebvre, 1972, p. 167).

Por los cuatro costados del mundo se desarrolla esa sociedad urbana como inmanencia universal de los tiempos actuales. Planeta, villa miseria, ciudad global y las megaciudades expresan, como dijimos más arriba, el «Universo... que se presenta como Totalidades infinitas de totalidades parciales».

Años más tarde, en 1989, en una entrevista al diario *Le Monde Diplomatique*, hablando de las formas nuevas de lo urbano, Lefebvre plantea tres hipótesis relativas a los cambios en curso. La primera, la hipótesis de que estaríamos frente a formas nuevas que se imponen al mundo entero y que se imponen sobre las ciudades. La segunda, la de un nuevo modelo urbano que se extenderá poco a poco a escala mundial. Su tercera hipótesis es que estaríamos presenciando los cambios relativos a un período transitorio en el que lo urbano y lo mundial se mezclan uno en el otro y se perpetúan recíprocamente (Lefebvre, 2004 [1989], p. 22). En las tres hipótesis sobre las formas nuevas de lo urbano se hace presente la idea de la urbanización planetaria.

Otra observación puede resultar útil para comprender la posición de Lefebvre al hablar de zona crítica y, por extensión, de urbanización crítica. Él percibe la reproducción del capital en su universalidad, lo que significa como reproducción crítica, dado que entiende que el movimiento de reproducción del capital contiene en sí mismo, como inmanente (es decir, que está inseparablemente contenido en su misma naturaleza), la propia crisis de su reproducción.

Para él, esa planetarización de lo urbano se constituye como una amenaza y si no se hace nada para controlar ese movimiento, esa planetarización urbana se extenderá por todo el mundo, lo que homogeneizará el espacio y hará desaparecer las diversidades e incluso estará acompañada por una fragmentación. No se trata solo de homogeneización y fragmentación sino también de jerarquización, dado que el espacio urbano está divido en parcelas que se compran y venden y el precio de esas parcelas depende del lugar relativo que cada una de ellas ocupa en una jerarquía determinada (Lefebvre, 2004 [1989], p. 23). Enfrentar esa amenaza es proclamar el derecho a la ciudad, reconociendo en primer lugar lo urbano como un problema del mundo actual.

La preocupación con la totalidad dialéctica acompañó a Lefebvre durante toda su vida e iluminó el conjunto de sus reflexiones. Como afirmó: «todo es un todo – y todo es en el todo» (Lefebvre, 1955, p. 63). Por ello, defiende que la totalidad concebida dialécticamente debería convertirse en la clave no solo de la teoría del conocimiento, entre otras, sino de las ciencias sociales en particular (Lefebvre, 1955, p. 77). Él se opuso al conocimiento urbanista paracializado y desarrolló la noción de «campo ciego» (Lefebvre, 1970).

El pensamiento triádico de Lefebvre

En la lectura de los textos de Lefebvre el lector es siempre llevado a pensar en tríadas la construcción del todo. Las nociones de forma, función y estructura son un ejemplo de esa aprehensión de la totalidad. U homogéneo, fragmentado y jerarquizado, al referirse al espacio urbano capitalista. O, incluso en relación al espacio, en la consideración de que este es concebido, producido y vivido, o incluso cuando habla de práctica espacial, representación del espacio y espacio de representación, o aún de espacio construido, producido, proyectado... Sin duda, hay un encantamiento con las tríadas, con la idea de conjunto, de totalidad formada por tres elementos y que, como totalidad dialéctica, no se encierra en sí misma y se relaciona con otras totalidades.

Pero el número 3 no solo aparece en las innúmeras tríadas a las cuales se refiere. Surge también en el título de sus libros. Precisamente, en el libro titulado *Hegel, Marx y Nietzsche (o el reino de las sombras)*, en el que discute la contribución genial de esos pensadores para «descifrar el mundo moderno en toda su terrible complejidad. Con todas sus contradicciones» (Lefebvre H., 1976 [1975], p. 68).

Toma esos tres autores porque considera que el mundo moderno es hegeliano, marxista y nietzscheano. Argumenta que el mundo moderno es hegeliano porque fue Hegel quien «afirmó la realidad y el valor supremo del Estado» (Lefebvre, 1976 [1975], p. 1). Dice también que el mundo moderno es marxista porque «las preocupaciones esenciales de los poderes denominados públicos son: el

crecimiento económico, considerado como base de la existencia y de la independencia nacional y, por lo tanto, de la industrialización y la producción» (Lefebvre, 1976 [1975], p. 2). Alega que el mundo es nietzscheano porque fue Nietzsche quien destacó que «el vivir y lo vivido individuales se reafirman contra las presiones políticas, contra el productivismo y el economicismo» (Lefebvre, 1976 [1975], pp. 2-3). Aquello que Lefebvre está queriendo decir es que el pensamiento de esos tres autores está atravesado por la modernidad y al mismo tiempo en que sus obras esclarecen la modernidad, ella también esclarece las obras de esos autores.

Tres autores, numerosas tríadas concebidas. ¿Por qué es recurrente la mención al 3? ¿Por qué esa fascinación por el número 3? De forma simple, podemos decir que eso deriva de su visión triádica del mundo. Y, para ir más allá, de su adjunción a la visión dualista del mundo en la que dos términos se contraponen: lo bonito a lo feo, el bien al mal, el capital al trabajo, el pobre al rico, Dios al diablo, el saber popular al saber erudito... Esa visión dualista, binaria, contrapone dos principios antagónicos e irreductibles y con frecuencia se desliza al maniqueísmo. Esa forma de ver impregnó la visión marxista, lo que contribuyó en su vulgarización.

Es contra esa vulgarización que Lefebvre se rebela; es contra el simplismo deletéreo que se indispone. Al recuperar a Hegel, Marx y Nietzsche para la comprensión de la modernidad, lo hace trayendo a la luz la forma del pensamiento en tríadas. Por ejemplo, en Hegel tenemos la naturaleza, la idea y el concepto; en Marx, el trabajo, el capital y la tierra; en Nietzsche, las tres metáforas del espíritu.

No son casuales esos tres autores, como no es casual, sin razón ni fundamento, su perspectiva triádica. Lefebvre se inserta dentro de una tradición triádica de pensamiento, como muchos autores, como Hegel, Marx y Nietzsche. Esa tradición está fundada en el pensamiento del abad Joaquim de Fiore, filósofo del siglo XII. Cabe mencionar que Lefebvre leyó, con poca edad –a los 22 años–, en versión original y en latín, algunos textos de Joaquim de Fiore. Dentro de esa tradición joaquimista el punto de partida –infiriéndose aquí, del conocimiento– está en la unidad y solo a posteriori se comienza

a examinar la composición de esa unidad. Otro aspecto importante de esa visión joaquimista es la idea de una expectativa de transformación radical de la realidad.

Lefebvre considera que las tríadas tienen un alcance inestimable. Sobre la potencia de una tríada, afirma que como «esquema de la realidad y como modelo del pensamiento debe recordarse que posee una flexibilidad más grande que un esquema binario o unitario. Engloba ritmos, corresponde a procesos» (Lefebvre, 1976 [1975], p. 41). Cabe recordar aún que el hecho de que se inspire en un marxismo hegeliano trae como consecuencia que las contradicciones examinadas no se estanquen en la negación de los términos, es decir, por el conflicto entre el primer y el segundo término se llega a la negación de uno y otro. Va más allá, no se sitúa en la negación en sí sino que la supera por la negación de la misma, es decir, por la negación de la negación (en sentido hegeliano se trata de una negación absoluta), que tiene positividad. O sea, que tiene un contenido positivo; que contiene un camino para un nuevo comienzo. Esa posición –de un camino nuevo- es la que marca su producción intelectual, que jamás dejará de entrever el devenir, jamás dejará de contener lo posible y jamás dejará de vislumbrar la posibilidad de un nuevo comienzo. Continúa así las sendas de Marx, un pensador de lo posible.

La primera tríada: forma, función y estructura

Como dijimos, dentro de la producción intelectual de Léfevre podemos encontrar varias tríadas. Elegimos tratar acerca de dos de ellas porque los términos que las componen son muy recurrentes en la discusión sobre el espacio. Comenzamos por la discusión de la forma, función y estructura porque consideramos adecuado destacar un hecho: el devenir, que acabamos de discutir, necesita momentos relativos de estabilidad para realizarse.

¿Qué es el devenir? No es otra cosa que un momento del venir a ser, un momento del comenzar a ser lo que no se era antes. Destaca lo siguiente: para que el devenir se constituya es necesario que haya momentos de estabilidad y momentos que lo estructuren, incluso si esas estructuras que le dan sustento a su constitución son provisorias (Lefebvre, 1971, p. 161). Agrega que en el «devenir hay estructuras que se constituyen: después el futuro las disuelve gradualmente o las destruye bruscamente. Pero la disolución o la ruptura de los equilibrios momentáneos, la desestructuración no viene después de la constitución de las estructuras. En el seno de los equilibrios, en el corazón de las estructuras es donde éstas actúan; desde el comienzo las fuerzas que las disolverán o las romperán producirán la desestructuración» (Lefebvre, 1971, p. 162). Esto quiere decir que la «desestructuración opera en el seno de las estructuras desde su nacimiento, incluso antes de su plena y completa maduración. Jamás las estructuras se pueden consolidar ni afirmar. Lo negativo opera y trabaja en el corazón de lo positivo. Lo posible no es exterior a lo real, ni lo futuro a lo presente: estos ya son presentes y actuantes. Tanto en la sociedad como en la naturaleza hay gérmenes que portan el mañana, virtualidades que se desprenden según las coyunturas» (Lefebvre, 1972, p162).

El énfasis en la estructura se convirtió en central en determinada forma de pensamiento: el estructuralismo. Pero en el interior de ese pensamiento se la concibe como formada por un conjunto de elementos que mantienen relaciones entre sí y constituyen un sistema; por lo tanto, relacionada con la concepción de totalidad como totalidad cerrada, muy distante de la comprensión de Lefebvre. Cabe notar queel estructuralismo enfatizó la estructura, el funcionalismo resaltó la función.

La perspectiva de Lefevre es otra y sigue los senderos de Marx, quien además de analizar la estructura enfatiza la forma y la función y le atribuye a cada una de esas nociones la misma importancia. Para Lefebvre, al privilegiarse uno de los términos –o la estructura, o la forma, o la función–, el análisis no queda impune, pues «se opera una reducción del conocimiento que lo mutila al convertirlo en unilateral; el conocimiento solo aprehende una parte de la realidad» (Lefebvre, 1971, p. 165). Para decirlo de otro modo, en primer lugar, él afirma que las tres nociones –forma, función y estructura– se deben utilizar igualmente y con el mismo peso para analizar lo real. En segundo

lugar, esas nociones permiten concebir estabilidades provisorias y equilibrios momentáneos. En tercer lugar, ellas revelan un contenido a veces resguardado, implícito y disimulado en las formas, estructuras y funciones analizadas. A través del empleo lógico de esos conceptos para el análisis se llega a un movimiento más profundo, más real: el movimiento dialéctico de la sociedad y de la historia (Lefebvre, 1971, p. 189).

Cuando analiza lo real, Lefebrvre se detiene no solo sobre las nociones de forma, función y estructura, sino que destaca el hecho de que «el análisis debe distinguir pero no separar los momentos de un todo. Esos momentos son momentos de producción, ya sea de producción de bienes, ya sea de relaciones sociales, ya sea de ideas... Todos esos momentos no deben estar separados y presentados en la forma de articulación de unos en relación a los otros. La abstracción necesaria para distinguirlos no debe aislarlos, por el contrario, debe revelar las contradicciones que se desarrollan históricamente entre ellos» (Lefebvre, 1971a, p. 105).

No solo los momentos no deben ser separados sino que también hay que percibir en la realidad la diversidad y coexistencia de tiempos históricos. No es necesario dar prioridad absoluta a ninguna de las nociones de forma, función ni estructura, porque en algunos momentos la función puede ser relativamente más relevante para el análisis, mientras que en otros pueden serlo la estructura o su forma.

Como la forma es más aparente, se espera un esfuerzo de superación de lo aparente que puede caer en su opuesto; un desprecio por la forma. Para demostrar la importancia de la forma, Lefebvre discute un pasaje del antropólogo Morgan, que Engels comenta en *El origen de la familia*, *de la propiedad privada y del Estado*. En ese pasaje, la familia aparece como un elemento activo de la sociedad y los sistemas de parentesco como pasivos, dado que solo a lo largo de determinado período ocurre que los sistemas de parentesco comienzan a registrar los progresos hechos por la familia. Es, por lo tanto, en la forma y no en el sistema de parentesco donde reside la dinámica social; es decir, en la forma (familia) y no en el sistema, en la estructura (Lefebvre, 1971a, p. 105).

Nos gustaría destacar que los momentos no están planteados como articulación de niveles de análisis, como si fuesen instancias separadas y en simple relación unas con las otras, sino que deben ser analizados en las contradicciones que engendran y en las tensiones de su coexistencia. Esto quiere decir que la realidad no puede ser encarada como la expresión de un momento histórico que contiene únicamente un tiempo; por el contrario, hay que examinarla como algo que contiene varias temporalidades; algunas residuales –provenientes de otro tiempo– y otras que indican las virtualidades, es decir, las posibilidades futuras, con lo que redimensionan la idea de pasado, presente y futuro.

Otro punto importante es tratar de localizar dónde reside la contradicción, dónde habitan las tensiones en los procesos, pues son ellas las que imprimen el movimiento de la historia. Allí reside una de las posibilidades en donde se pueden percibir los descompases entre forma, función y estructura, pues los descompases posibilitan que se vea el desplazamiento entre la forma y la función, así como la estructura, lo que rompe con la falsa idea de sincronía entre los mismos.

Esto es importante cuando se busca analizar el espacio, pues transposiciones reductoras pueden enmascarar más que revelar, lo que crea un campo de ideas simplistas, como la que ve la necesidad de armonía entre la producción social y la producción espacial, o para decirlo más apropiadamente, la que entiende que a determinada estructura social le correspondería una estructura espacial. Un ejemplo puede aclarar lo que queremos decir.

Imaginemos un establecimiento de reparación de televisores en el que el dueño trabaja con dos ayudantes, remunerados por el número de reparaciones hechas al final del día. Imaginemos que haya un cambio; una nueva estructuración de las relaciones de trabajo en la cual esos dos ayudantes no percibirán más la remuneración por el número de televisores arreglados sino por la jornada de trabajo de ocho horas, independientemente del número de reparaciones efectuadas. Es decir, al final de un mes recibirán un pago en función de la jornada diaria de ocho horas. Dejaron de ser remunerados

por el número de televisores reparados (remuneración por pieza) para transformarse en empleados pagos por el tiempo de trabajo (se convirtieron en asalariados).

Ese ejemplo ilustra una reestructuración de las relaciones de trabajo y una nueva organización de las relaciones sociales en ese establecimiento. Esto es un hecho. Pero si ese establecimiento continúa funcionando con el mismo número de trabajadores y equipos instalados sin ninguna expansión del negocio, cerrando las puertas a la misma hora y localizado en el mismo lugar, en la misma dirección, estamos frente a un caso en el que aunque haya habido una reestructuración social, ésta no está acompañada por una reestructuración espacial. Es decir, no hay una relación directa, causal, entre estructura social y estructura espacial.

Ese ejemplo permite señalar otro aspecto en discusión. Los cambios producidos en las relaciones de trabajo significan cambios sociales de peso: no se trata de cualquier cambio. Decimos que se constituyen en cambios significativos porque imprimen un sentido social nuevo a las relaciones establecidas. Y es ese sentido nuevo el que hace que las relaciones sociales se planteen con forma y contenido diferente y renovado, lo que significa una nueva estructura social.

Lo que es importante retener es que las estructuras no son fijas ni estables. Tienen un equilibrio provisorio y cuando ese equilibrio intermitente se estremece puede producirse una desestructuración-reestructuración que se gesta en el seno de la propia estructura, pues ésta tiene una dinámica que no solo la constituye sino que busca romper los movimientos y equilibrios provisorios. Por lo tanto, estructuración-desestructuración se constituyen en un único movimiento.

Como último aspecto queremos resaltar que no todas las formas son formas capaces de producir una estructuración; es decir, en determinados momentos las formas pueden ser estructuradoras, pero en otros no. En este caso, ésta puede simplemente desempeñar una función en una determinada estructura. Para que esa idea de momentos estructuradores y estructurados quede clara, tomemos el ejemplo de Lefevre, que es muy ilustrativo.

Su punto de partida es considerar que la primera forma de capitalismo es competencial, duró en Europa desde el siglo XVI hasta el XIX y fue superado por el capitalismo industrial. Esto significó que ese período, fundado en la competencia comercial de las mercaderías, acabó por llevar al desarrollo de la forma de competencia entre capitales sin haber eliminado con todo la primera forma de competencia. En ese movimiento, la primera forma de competencia fue superada por la segunda. Aquella estructura comercial, en tanto forma superada, dejó de ser determinante en la estructuración de la sociedad industrial, pero no por ello dejó de desempeñar una función (Lefebvre, 1971, pp. 182-183).

Para finalizar estos señalamientos al respecto de la forma, función y estructura como totalidad, parece adecuado hacer una síntesis. Primero, las nociones de forma, función y estructura constituyen una tríada y así componen momentos de un todo que el análisis debe distinguir pero no separar; segundo, no existe necesariamente una concordancia entre forma y función; tercero, no todo cambio social conduce a una reestructuración espacial y viceversa; cuarto, algunas formas que desempeñan funciones pueden ser también estructuradoras. Aquello que da movimiento a la totalidad de esos tres términos es el movimiento de la historia; son los procesos continuos y discontinuos que la dinamizan y que hacen que se relaciones con el pretérito y con el futuro, así como con otras totalidades abiertas y en movimiento.

La segunda tríada: homogeneización, fragmentación y jerarquización

Si en el análisis del espacio es común el uso de las nociones de forma, función y estructura, es igualmente común el análisis del espacio que incorpora la discusión sobre el espacio como algo homogéneo, fragmentado y jerarquizado. Pero debemos hacer una advertencia: ese abordaje viene a *posteriori* del primero, ya bajo la influencia del pensamiento de Lefebvre, mientras la primera tríada presentada es clásica en el pensamiento occidental.

SANDRA LENCIONI

Para Lefebvre, el espacio está lejos de significar un reflejo de la sociedad y aunque el espacio no sea un sujeto, igualmente tiene acción. Si fuese un reflejo, el espacio sería sincrónico y no permitiría comprender las temporalidades diferentes entre sociedad y espacio y los descompases y disyunciones entre forma y estructura espacial. Tampoco permitiría que entendiésemos el espacio como activo, como algo que tiene acción, pues la acción está en la cosa y no en el reflejo de la cosa. Un simple ejemplo es ilustrativo: en la ciudad los congestionamientos urbanos o la valorización inmobiliaria son producidos y también producen efectos; en ese sentido son productores de acción, de dinámicas.

El espacio no tiene una lógica propia: su lógica es social, la de la sociedad que lo produce y la de cómo es producido. Esa sociedad, bajo el signo del capital se constituye en una sociedad que disciplinó el tiempo, instauró el tiempo de lo cotidiano con sus exigencias de horarios y repeticiones y desarrolló una forma de organización social repetitiva. Capturó el espacio, pues su producción vinculada a la idea de propiedad substrajo su condición de ser imprescindible para la vida.

La disciplina del tiempo se constituye en una necesidad de reproducción social del capital. Es tan así que medir el tiempo y subordinarlo al tiempo del dinero se volvió inherente al mismo. Nada más lógico que el reloj mecánico como representación del tiempo, y como lo conocemos hoy, como algo que mide el tiempo en veinticuatro horas, haya sido también una invención de la revolución industrial. Es imposible imaginar el desarrollo del capitalismo sin la difusión del control del tiempo asociado a esa poderosa invención. Como dice Lefebvre, el reloj subordina «el tiempo cíclico al tiempo lineal, relacionado al espacio social. Con él se preside, no solo se reina bajo el tiempo de trabajo, sino sobre la totalidad de las coacciones y obligaciones sociales. El reloj permitió la producción y el trabajo generalizados, permitió también el pleno desarrollo del capitalismo con su adagio "El tiempo es dinero"» (Lefebvre, 2006 [1980], p. 38).

El tiempo de trabajo se constituye como una de las claves abiertas del enigma del capital en la obra de Marx. El trabajo, el centro. Es por eso que Lefebvre va hace una introyección en la obra de Marx en la búsqueda por aprehender cómo éste desarrolla el tema del trabajo; de manera precisa, cómo desarrolla la temática del trabajo social para comprender por qué el trabajo se constituye en la categoría central del pensamiento de Marx. Lefebvre expone sus conclusiones en el texto *Le Schéma Général*, de su libro *Faut-il abandonner Marx?* (Lefebvre, 1980).

La lectura de Lefebvre resalta una tríada presente en la discusión que Marx hace sobre el trabajo: la homogeneización, la fragmentación y la jerarquización. Esa tríada va a inspirar y va a llevar a Lefebvre a tratar el espacio como homogéneo, fragmentado y jerarquizado. Comienza esa discusión diciendo que es «en la escala mundial que el espacio engendrado durante la segunda mitad del siglo XX se repite: aeropuertos, autopistas, ciudades verticales de cemento, ciudades horizontales con grandes conjuntos... [en los que] los elementos se conocen y reconocen» (Lefebvre, 1980, p. 151). Dice que los poderes homogeneizantes tienen estrategias potentes, tales como las ideologías del productivismo, del crecimiento ilimitado y de modelos, entre muchas otras.

El espacio presenta la monotonía, los paisajes se asemejan, las ciudades se parecen... *Resorts* por los cuatro costados, con paisajes naturales diferentes, mantienen el mismo escenario donde se desarrolla el poder del dinero. Las soluciones, proyectos e intervenciones urbanas se repiten unas a otras. La creatividad se enreda en las ligaduras de lo homogéneo que sofocan las potenciales diferencias. Pero esas diferencias, que se «mantienen en estado latente, se manifiestan en las irreductibilidades» (Lefebvre, 1970 a, p. 50).

Las modernas ciudades contemporáneas se parecen cada vez más. Y las clases sociales con mayor poder adquisitivo se asemejan a otras alrededor del mundo, sin que importe cuál sea distancia en kilómetros o en horas de vuelo que las separa. Al mismo tiempo, en la misma ciudad, las clases sociales se distancian. La distancia entre las clases sociales no es y nunca fue exclusivamente topográfica; es, sí, social. Las ciudades de Brasil, en especial las grandes metrópolis, son un ejemplo nítido, en el cual las habitaciones de renta alta son

SANDRA LENCIONI

vecinas de los más pobres, de las innúmeras «favelas», pero mantienen una distancia social de años luz.

Las diferencias fragmentan lo homogéneo. El espacio parece lógica e históricamente fragmentado porque la fragmentación es inmanente a esa sociedad. Esa fragmentación se presenta en todo y ahí se incluye, como una razón originaria, la fragmentación del trabajo. Solo por la comprensión de esa profunda fragmentación, en todos los niveles y esferas de esa sociedad, es posible comprender las contradicciones de la misma. Como bien recordó Lefebvre, la sociedad capitalista tiende a separar todo, inclusive sus propias condiciones de existencia. «El efecto de separación es inherente a esa sociedad, a su eficacia; ella se funda prácticamente sobre la división del trabajo... La separación manifiesta las contradicciones internas, inaccesibles a los sentidos de la sociedad» (Lefebvre, 1972, p. 135).

La fragmentación es nítida cuando analizamos la ciudad desde la perspectiva de las funciones urbanas; cuando la vemos como un mosaico de zonas. Advierte que «la separación de los elementos v de sus componentes es a la vez ficticia, pues no se pueden separar completamente las funciones, los "equipamientos" (incluso si cada función localizada se presenta y aún se efectúa en sí y para sí, como dicen los filósofos), pero por otro lado, es real (pues todos los fragmentos del espacio con sus funciones, divididos así, como los trabajos en las empresas, obtienen y conservan cierta autonomía). El espacio –como el trabajo– se torna fragmentado... Absolutamente cuantificado, medido en metros cuadrados como en dinero, ese espacio dividido se coloca libre para el cambio (compra y venta), precisamente en cuotas, frecuentemente mínimas. Antiguamente sagrado –e incluso inalienable como bien patrimonial y colectivo-, el espacio se convierte en una mercadería como las otras, sin un privilegio particular, excepto el de estar sometido a las formalidades previstas para proteger la propiedad» (Lefevre, 1980, p. 154).

Cada fragmento se jerarquiza en relación a los demás fragmentos y es en ese sentido que el espacio se presenta jerarquizado. En esa jerarquía se produce dominación y subordinación, así como valorización y desvalorización. Espacios de ricos en la ciudad, espacios

de pobres; espacios privilegiados y espacios populares... Guetos, espacios de clase media, espacios con la repetición de casitas propias de las soluciones arquitectónicas para los más pobres o de grandes monumentos arquitectónicos revelan las posiciones estratégicas de los estratos sociales, de los intereses inmobiliarios y del diseño urbano.

La jerarquía es como un cimiento que amalgama los fragmentos y garantiza la unidad por la relación dominación-subordinación. Ese tercer término de la tríada significa la expresión de la espacialización del poder y también de la economía y de la política. Eso quiere decir que «el proceso que subordina las fuerzas productivas del capitalismo se reproduce al apuntando a la subordinación del espacio sometido al mercado de inversión de capitales, es decir, al lucro y a la reproducción de las relaciones de producción capitalistas...» (Lefebvre, 1972, p. 155). Es en ese sentido que la comprensión de esa sociedad pasa por la comprensión del espacio, así como las utopías sociales pasan por las utopías espaciales, como la del derecho a las ciudades.

CONSIDERACIONES FINALES

Lefebvre describe con tintas cargadas y con pasión las iniquidades, las injusticias de la vida urbana contemporánea. Como dijimos, su pensamiento es radical, bastante amargo y duro, pero no es un pensamiento de desesperanza. Ello se debe al hecho de que él es un pensador de lo posible, un pensador del momento de la práctica que tiene en el horizonte un devenir, un venir a ser. Esa perspectiva teórica y práctica se conjuga con su noción de totalidad, en tanto totalidad dialéctica que no se encierra en sí misma, se abre y se integra a otras totalidades en un movimiento infinito de venir a ser.

Para Lefebvre, esa esperanza en el futuro no es un atributo únicamente de la clase operaria como demiurgo con poderes de hacer que la historia avance. Él dice que al «comienzo del siglo [en referencia al siglo XX]» se imaginaba que sería la clase trabajadora la que realizaría la unificación del mundo. Pero ya no es así. «El

SANDRA LENCIONI

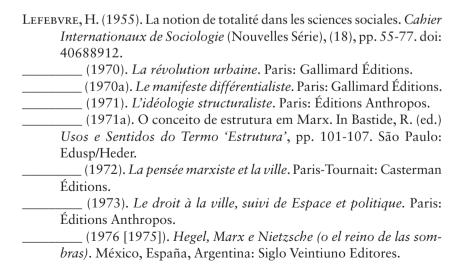
capitalismo y el mercado produjeron la mundialización. La revolución está por reinventarse y el partido por rehacerse... Eso no es fácil» (Lefebvre, 1991, p. 111).

Pensar el futuro requiere la crítica radical del presente. Utilizar el pensamiento triádico como una llave que devela los secretos tras las puertas, se constituye en un instrumental práctico para que se comprenda la producción y reproducción del espacio urbano.

Rescatar el pensamiento de Lefebvre es actualizar, sí, el pensamiento de Marx. Pero es más que eso, es actualizar ese pensamiento y avanzar en la reflexión crítica de lo urbano, lo cual se presenta progresivamente como estratégico para la producción del capital.

Fue con el propósito de sostener la posición acerca de que la obra de Lefebvre es indispensable para comprender la sociedad urbana contemporánea que elegimos elaborar una interpretación circunscrita a nociones esenciales de su pensamiento, por lo que buscamos en sus textos originales aquello que es imprescindible retener de sus ideas. Tal vez podamos así contribuir a revelar la riqueza de su pensamiento y a situarlo como un autor indispensable para la comprensión del espacio y de la sociedad contemporáneas.

REFERENCIAS



((1979 [1969]). Lógica formal/lógica dialética. São Paulo: Ci-
viliza	ção Brasileira.
(1980). Une Pensée devenir monde Faut-il abandonner Marx :
Paris	: Fayard.
(1992). Éléments de rythmanalyse. Introduction à la connais-
sance	des rythmes. Paris: Messidor.
(2004). Quand la ville se perd dans la métamorphose planétaire
La Se	omme et le Reste (3), février, 21-23. Em http://www.lasom-
meet	lereste.com/pages/LA_SOMME_ET_LE_RESTE_No_03_fe-
vrier_	_2004-1307403.html.
((2006 [1980]). La presencia y la ausencia. Contribución a la
teoría	a de las representaciones. México: Fondo de Cultura.

La producción supraestatal del espacio y las crisis en la financiarización inmobiliaria global¹

Antonio Daher

Introducción

El concepto *lefebvriano* de producción del espacio se torna hoy más patente y más complejo. Tempranamente, Lefebvre (1978, p. 22) constataba que «las concentraciones urbanas han acompañado las concentraciones de capitales». En particular, en América Latina y el mundo emergente, con una muy alta urbanización de su población, las metrópolis constituyen su mayor reserva de capital y trabajo, su más importante recurso y potencial económico y, por ende, resultan claves en cualquier estrategia de desarrollo. En verdad, en muchos países «la capital es el capital»: el aporte de las metrópolis al producto suele superar al de cualquier sector económico, y sus problemas sociales marcan decisivamente la agenda nacional: ellas representan así el más complejo desafío de administración y de política pública.

A nivel mundial, Golub (2010) constataba que en la década pasada la población urbana por primera vez fue más numerosa que la rural y que más de 500 millones de personas vivían en ciudades con más de 5 millones de habitantes. Y afirmaba, siguiendo a Mumford, que el planeta se había configurado como una red de polos urbanos, verdaderos epicentros del espacio económico globalizado.

¹ Una primera version de este texto, con el título «Crisis in the Financialized Production of Space» está en evaluación para su publicación en un número especial de Archivio di Studi Urbani e Regionali, cuyo tema es «Casa e crisi: dinamiche financiarie, concentrazione di capitali e mercato immobiliarie».

En este nuevo escenario, «Stanek se preguntó por el significado del redescubrimiento de la teoría de Lefebvre en la fase postsocialista y postfordista» (Stanek y Schmid, 2012, p. 2). Y frente a estos cambios y a dicho redescubrimiento, Goonewardena (2012, pp. 1-2) reaccionó afirmando: «Ahora somos todos seguidores de Lefebvre, si a esto se le puede llamar serlo. Porque se ha reivindicado a Lefebvre con distintos fines desde colectivos muy variados, incluyendo a marxistas, heideggerianos y nietscheanos, así como anarquistas, postmodernos y liberales de variadas denominaciones».

Porque si bien Lefebvre, como se sabe, concibió la sociedad urbana y la urbanización planetaria como una fase o estado posindustrial, el ocaso de los socialismos reales y la emergencia generalizada de neoliberalismos prefiguraron un inédito *grafitti* histórico. Se sumará a este escenario la hipertrofia de la producción urbana del sector servicios y la terciarización generalizada, el fenómeno de la financiarización y, en particular, el de la «producción financiarizada del espacio» junto a la globalización de los mercados inmobiliarios.

Más aún, se sumarán las crisis financiero-inmobiliarias de las últimas decenios, es decir, ni más ni menos que «las crisis en la producción del espacio», que pondrán en jaque a la economía mundial: en efecto, «de la mano de la revuelta de 1968 vino la crisis financiera de las instituciones crediticias que, al financiar la deuda, habían propiciado un *boom* inmobiliario durante las décadas precedentes. La crisis se intensificó a finales de la de 1960 hasta que el sistema capitalista colapsó, primero con la explosión de la burbuja del mercado inmobiliario en 1973, a la que siguió la quiebra de la ciudad de Nueva York en 1975» (Harvey, 2008, p. 28, y también en Harvey, 2013).

Y continúa el mismo autor: «Como indicó William Tabb, la respuesta a las consecuencias de esta última avanzaron, de hecho, la construcción de la respuesta neoliberal». En pocas palabras, la crisis inmobiliaria y la quiebra urbana de la capital del mundo, es decir, la crisis en la producción del espacio, catalizó el cambio de paradigma al punto que podría afirmarse que contribuyó a la «neoliberalización del modo de producción» a nivel mundial.

Estas primeras y breves reflexiones sirven para introducir los contenidos y objetivos de este artículo. La primera parte del mismo desarrolla el nuevo contexto de la producción del espacio: el de la financiarización de lo inmobiliario a escala global, y por ende aborda la relación entre la producción financiarizada del espacio y las crisis globales.

En la segunda sección se plantea que el espacio, más que principalmente un «valor de uso», y la ciudad, más que sólo un «medio de reproducción», son una «fuerza productiva» determinante e insustituible, con capacidad de incidir decisivamente en la economía global y en sus ciclos de auge y recesión, al punto que puede sostenerse la tesis de que hay una verdadera «urbanización de las crisis» como consecuencia de su origen inmobiliario-financiero. Además, se hace referencia al concepto lefebvriano de «modo de producción estatal» del espacio, funcional incluso en medio de la liberalización económica tanto a «la ciudad de la reproducción social» como a «la ciudad fuerza de producción».

La producción estatal del espacio permite introducir al tema central de la última sección: la geopolítica interestatal y supraestatal manifiesta en las políticas públicas anticrisis y poscrisis. Se retoma así la dimensión global y planetaria de la producción financiero-inmobiliaria del espacio –desarrollada en la primera parte del artículo—, esta vez desde la perspectiva de su determinación por las políticas macro de los organismos estatales y supranacionales de la gobernanza global, enfatizando el re-escalamiento supraestatal de la producción del espacio.

Crisis en la producción financiarizada del espacio

La urbanización incremental de la economía se conjuga con una progresiva concentración y metropolización de los sectores inmobiliario y financiero. Se suma a ellas la tendencia a la desregulación o liberalización de tales sectores y de su producción urbana, los que detentan una relevante incidencia macroeconómica. Esta hace posible, en períodos expansivos del ciclo de inversiones y precios

de la vivienda, un mayor incremento del producto interno bruto (PIB) (Roubini y Mihm, 2010), tal como se ha constatado en varias economías y, últimamente, en Estados Unidos (EE.UU.), España y otros países. La alta participación del sector de la construcción en el producto español durante varios años (Fernández y Cruz, 2010; Janoschka, 2011) y la expansión del crédito en EE.UU., especialmente hipotecario, luego del *crash* bursátil de las punto.com y como incentivo de su economía en el primer quinquenio de los años 2000 (Attali, 2009; Foster y Magdoff, 2009; Roubini y Mihm, 2010; Cassidy, 2011), prueban que el gran efecto macroeconómico del sector inmobiliario puede generarse a través del mercado e inducirse mediante políticas públicas con el propósito de prevenir o mitigar recesiones o directamente como instrumento de aceleración económica.

Todo lo expuesto hace comprensible el proceso contrario, vale decir, el poderoso potencial del sector inmobiliario para gestar por sí mismo recesiones económicas, aún sin la concomitancia de derrumbes bancarios (Krugman, 2010), con el agravante de que sus ciclos recesivos duplican en duración a los bursátiles (Reinhart y Rogoff, 2011) y suelen tener un más agudo impacto financiero y en la inversión, en el empleo y el consumo.

Esta verdadera «industria inmobiliaria», que como se ve ha desarrollado significativas proporciones macroeconómicas, se ha magnificado de la mano de una creciente financiarización. La globalización y el maridaje de ambas industrias –financiera e inmobiliaria—hacen de la producción del espacio –ahora habría que agregar de la producción financiarizada del espacio— uno de los sectores más decisivos en los ciclos económicos y, como se ha demostrado más recientemente en Estados Unidos y España, uno de los factores –si acaso no el principal— detonantes de las crisis más graves y globales, como la iniciada por las hipotecas «subprime» de la vivienda social norteamericana. Por lo demás, el actual plan de urbanización masiva de China confirma, como contracara, no solo el uso tradicional del sector inmobiliario como potente dinamizador económico, sino también la recurrencia a la producción del espacio con fines de planificación estratégica, innovación en el modelo de desarrollo,

ajustes en los sectores claves de la economía, política migratoria y transformaciones socioculturales.

La economía urbana y la inmobiliaria están fuertemente vinculadas a los procesos de metropolización de la producción y de las finanzas, así como a sus ciclos de auge y crisis. En efecto, y a modo de ilustración cuantitativa, «el mercado inmobiliario es uno de los activos más importantes, comparable en tamaño a todo el mercado de valores» (Shiller, 2009, p. 121). Asimismo, la inversión privada en vivienda creció hasta representar más de la tercera parte de la inversión privada total de los EE.UU (Foster v Magdoff, 2009). Continuando con la elocuencia de las cifras, el sector vivienda dio cuenta en un semestre del 50% del incremento del producto de ese país (Soros, 2008). Además, la deuda hipotecaria llegó a ser casi equivalente al PIB norteamericano (Foster y Magdoff, 2009). Los créditos con respaldo hipotecario superaron en monto al déficit en cuenta corriente de la más grande economía del mundo (Soros, 2008). Y la cuantía total de títulos, incluidos entre estos los inmobiliarios, llegó a ser similar a la de los bonos del Tesoro de EE.UU (Attali, 2009). Con tamaño peso macroeconómico, no es casual que el mercado inmobiliario se relacione tan profunda e indisociablemente con el sector financiero. La articulación entre el sector financiero y la economía real estriba, estratégicamente y en gran medida, en el sector inmobiliario.

En atención a lo expuesto, es más inteligible que el riesgo del sector inmobiliario-financiero aumente la vulnerabilidad urbana y que la sustentabilidad de las ciudades dependa más del riesgo de ese sector que éste del riesgo urbano y del riesgo país. Es evidente que, para bien o para mal, las economías nacionales están muy relacionadas con las de las ciudades y que el riesgo supranacional se ha hecho por ende dependiente del riesgo subnacional urbano. La creciente y selectiva concentración metropolitana de los flujos de capital y de la inversión de los fondos inmobiliarios transnacionales cataliza burbujas y crisis, arriesgando la sustentabilidad económica urbana y con ella la nacional y hasta la global, como en la crisis *subprime*.

Sin embargo, la complejidad de las crisis globales y su propagación asimétrica y asincrónica requieren de ciertas precisiones. En efecto, no basta hacer referencia a los orígenes urbanos y a la centralidad metropolitana de las crisis. Deben tenerse presentes tanto las diversas dinámicas de las áreas metropolitanas (Brookings, 2010) como la gran variabilidad inter e intradistrital en ellas (Federal Reserve System, 2012); y asimismo los desiguales ciclos inmobiliarios en ciudades al interior de un país o entre países (Shiller, 2007). «A esta asimetría y asincronía intermetropolitana –con causas y efectos geográficamente diferenciales de la crisis– se suma, por similares razones, una desigual resiliencia urbana y regional frente a los impactos de las crisis, y ritmos muy variados de recuperación de sus periodos recesivos» (Daher, 2013^a, p. 27).

Laeven y Valencia (2008), Roubini y Mihm (2010) y Reinhart y Rogoff (2011) han demostrado que los ciclos de precios inmobiliarios han estado recurrentemente correlacionados con las crisis bancarias y financieras. A partir del siglo XIX se verifica con regularidad y en muy diferentes países dicha relación (Marichal, 2010; Roubini y Mihm, 2010). Cronológicamente, ella precede a los procesos de bancarización generalizada y financiarización. La titularización y demás instrumentos derivados no han causado la crisis, pero sí la han contagiado y multiplicado (Stiglitz, 2010). Se prueba así que el factor inmobiliario ha inducido las crisis más agudas luego de la segunda guerra mundial (Ramonet, 2009; Reinhart y Rogoff, 2011), aunque igualmente fue el preámbulo de la Gran Depresión (Attali, 2009; Shiller, 2009) y más recientemente de la crisis *subprime* y sus réplicas aún sensibles.

Se comprueba de este modo que la producción financiarizada del espacio multiplica el riesgo no solo del propio sector, sino de la economía en su conjunto. Se verifica asimismo que la financiarización contribuye a globalizar el riesgo de crisis y su contagio. En efecto, la titulización, reproduciendo casi sin límites la transabilidad hipotecaria (Ramonet, 2009; Roubini y Mihm, 2010) y ampliando en consecuencia la liquidez de activos históricamente poco líquidos con costos de transacción muy altos, «constituyó, más que una

sola innovación de ingeniería financiera, una verdadera revolución inmobiliaria. (...) La titulización, incrementando su transabilidad y liquidez, financiarizó al sector inmobiliario a la vez que "inmobiliarizó" al sector financiero» (Daher, 2013 b, pp. 69 y 70)

Según Corpataux, Crevoisier y Theurillat (2009), la titulización hizo posible –transformando capitales reales en financieros – la financiarización radical del sector inmobiliario ampliando y multiplicando la movilidad de activos prácticamente inmóviles, lo que contribuyó no solo a una mayor cartera hipotecaria en las colocaciones de los fondos de inversión, de pensiones y de seguros, sino que incentivó el incremento de la deuda hipotecaria de los hogares y de los actores privados.

Así pues, la producción inmobiliaria y financiarizada del espacio multiplica, junto a su globalización, su potencial de inducción y propagación de crisis mundiales. De hecho, «antes de la última crisis –2008– las instituciones financieras y fondos de inversión inmobiliaria transnacionales encontraron en la financiarización y titulización una vía eficaz para su diversificación geográfica y distribución del riesgo hipotecario. Fue también la vía expedita del contagio de una crisis con ubicuidad financiera, aunque no social ni territorial. Las hipotecas *subprime* fueron para las minorías marginadas en los barrios con más hispanos, negros, inmigrantes y pobres» (Daher, 2013 b, p. 47).

En relación a la geografía del riesgo, Harvey (2008:30) advierte: «Pero dispersar el riesgo no significa eliminarlo. Además el hecho de que éste pueda distribuirse tan ampliamente, estimula comportamientos locales todavía más arriesgados, porque el pasivo puede transferirse a otra parte».

La amplia y cada vez mayor movilidad geográfica de capitales a escala global (Soros, 2008; Krugman, 2010; Reinhart y Rogoff, 2011) se verifica como uno de los factores que incrementan la oferta crediticia con intereses más bajos, el mayor consumo y endeudamiento, y ciertamente también la especulación, induciendo un efecto precio en los activos inmobiliarios y bursátiles (Roubini y Mihm, 2010). La crisis de 1997 en el sudeste asiático, y entre otras y más recientemente las

de los Estados Unidos y España, ejemplifican el vínculo de las burbujas inmobiliarias con la llegada de capitales y condiciones crediticias locales favorables al sobreendeudamiento (Shiller, 2009; Roubini y Mihm, 2010; Stiglitz, 2010). La inversión externa, directamente incrementada por la cada vez más amplia movilidad geográfica de capitales, contribuyó así a la transnacionalización de la producción del espacio y de las ciudades. Estas no solo se hacen más globales, sino que son cada vez más «producidas» globalmente.

La financiarización contribuyó, casi paradojalmente, a la resolución de algunas «contradicciones» en la producción del espacio: dio movilidad al capital «in-mueble»; confirió liquidez a su capital «fijo»; hizo divisible su muy imperfecta divisibilidad; y permitió su alta transabilidad a pesar de su esencial condición de «no-transable». Así pudo lograrse con más plenitud una mayor «simbiosis» inmobiliaria-financiera, impedida o al menos muy restringida antes de la financiarización. Con ella, sin embargo, se diluyeron las barreras que otorgaban tradicionalmente reconocida seguridad a las inversiones inmobiliarias, exponiéndolas a un riesgo no solo local, sino que también global. Así también, por esta mayor sensibilidad al contagio universal de crisis, el riesgo supranacional se hizo paradojalmente más vulnerable al riesgo subnacional. El riesgo global es más dependiente del metropolitano porque la «economía real» tiende cada vez más a la concentración urbano metropolitana, aunque, sin contradicción, las finanzas -obviamente más los flujos y menos las inversiones- tiendan a ser cada vez más globales y ubicuas.

Ciertamente no todas las ciudades y ni siquiera entre ellas todas las metropolitanas detentan esta condición estratégica. Su diferenciación endógena y la de sus realidades nacionales y entornos internacionales les confiere una heterogénea primacía y desigual hegemonía, exponiéndolas más o menos al contagio de crisis y otorgándoles una resiliencia variable frente a sus impactos. Esta inequivalencia se expresa en la asignación geográfica discriminatoria de los fondos inmobiliarios y los de otros inversionistas institucionales, tales como los fondos de pensiones y soberanos. La acentuada concentración urbana de estos agrava las disparidades territoriales y las desigualdades sociales.

«Urbanización de las crisis» y producción estatal del espacio

Consecuentemente con lo ya expuesto, en esta sección se plantea que el espacio –más que principalmente un «valor de uso» – y la ciudad, –más que sólo un «medio de reproducción» – son una «fuerza productiva» determinante e insustituible, con capacidad de incidir decisivamente en la economía global y en sus ciclos de auge y recesión, al punto que puede sostenerse la tesis de que hay una verdadera «urbanización de las crisis» como consecuencia de su origen inmobiliario-financiero. Además, se hace referencia al concepto lefebvriano de «modo de producción estatal» del espacio, funcional incluso en medio de la liberalización económica tanto a «la ciudad de la reproducción social» como a «la ciudad fuerza de producción». La producción estatal del espacio permite introducir al tema central de la última sección: la geopolítica interestatal y supraestatal manifiesta en sus políticas públicas anticrisis y poscrisis.

Si la relación entre crecimiento económico y urbanización está ampliamente verificada, y si la economía –y sus crisis– se han urbanizado crecientemente, entonces es oportuno recordar, también con Harvey (1985a, p. 23), que «la conexión entre la formación de una ciudad y la producción, apropiación y concentración de un excedente económico hace mucho tiempo se viene señalando», lo que lleva a destacar «el origen urbano del capitalismo²».

Esta aseveración subraya la relación entre ciudad y capital, y más específicamente el vínculo entre formación de la ciudad (producción del espacio) y producción (además de apropiación y acumulación) de plusvalía. Dicha relación histórica permite sostener más explícitamente que «la producción del espacio se convierte en parte integral del régimen de acumulación (...y también que) cada régimen crea nuevas o renovadas formas de crisis espacial» (Moulaert y Swyngedouw, 1989, p. 330; González, 2005).

El propio Lefebvre (1998, p. 417) es aún más categórico: «La inversión en el espacio –la producción del espacio – no tiene nada de incidental en sí misma: es una cuestión de vida o muerte». Esta

² Salvo indicación contraria, todas las traducciones son nuestras.

contundente afirmación, que relaciona explícitamente la «inversión» espacial con la producción del espacio, se entiende en relación a unas aclaraciones previas del autor: «Podemos, por lo tanto, hablar justificadamente de un período de transición entre el modo de producción de cosas en el espacio y el modo de producción del espacio» (Lefebvre, 1998, p. 410). El mismo autor remarca: «Puntualicemos: "producción del espacio" y no de tal o cual objeto, de tal o cual cosa *en el espacio*» (Lefebvre, 1976, p. 19). Aunque ciertamente la producción de «cosas» (por ejemplo, bienes económicos) en el espacio tiene efectos sobre este y requiere por lo general también de una cierta producción «del» espacio (por ejemplo, infraestructuras, instalaciones...), la distinción analítica de Lefebvre permite retomar la tensión dual del espacio como valor de uso y cambio, así como las crisis que resultan de ella.

En el contexto de «la teoría de la producción del espacio de Henri Lefebvre, formulada entre 1968 (El derecho a la ciudad) y 1974 (La producción del espacio)» (Stanek v Schmid, 2012, p. 1), dicho autor afirma que «la ciudad y la realidad urbana son reveladoras de valor de uso. El valor de cambio, la generalización de la mercancía por obra de la industrialización, tiende a distribuir, subordinándosela, la ciudad y la realidad urbana, refugios del valor de uso...» (Lefebvre, 1978, p. 20). Más radicalmente él mismo define «"lo urbano", (como) lugar de encuentro, prioridad del valor de uso» (Lefebvre, 1978, p. 138), aunque con realismo reconoce la existencia de un «urbanismo de los promotores. Estos conciben y realizan para el mercado, con propósitos de lucro, y ello sin disimularlo. Lo nuevo y reciente es que ya no venden alojamientos o inmuebles, sino urbanismo» (Lefebvre, 1978, p. 42). «La calidad de la vida urbana se ha convertido en una mercancía, como la ciudad misma» (Harvey, 2008:31). La mercantilización del espacio, su promoción desmedida -exacerbada por la financiarización- y la inflación inducida de burbujas inmobiliarias terminarán por hacer crisis cíclicamente.

La distinción entre valor de uso y valor de cambio en Lefebvre se asocia a una tensión conflictiva entre ambos. En efecto, «Lefebvre comentó que el valor de uso está relacionado con la necesidad, la expectativa, el deseo, mientras el valor de cambio emerge de la relación entre una mercancía con otras mercancías, en efecto, con todas las cosas en el mundo de las mercancías» (Stanek, 2011, p. 151). La tensión se expresa en «la acción de estos conflictos (que) se ejerce en el sistema urbano que pretendemos analizar: entre el valor de uso y el valor de cambio, entre la movilización de la riqueza (en dinero, en papel) y la inversión improductiva en la ciudad» (Lefebvre, 1978, p. 20).

Esta «inversión» en la producción del espacio, la «inversión improductiva» (en valor de uso), se relativiza, sin embargo, cuando Lefebvre (1998, p. 403) explica: «Cada red o secuencia de enlaces –y como corolario cada espacio– sirve al intercambio y al uso de formas específicas. Cada uno es *producido* –y sirve un propósito– y cada uno se agota o es consumido, a veces de manera improductiva, a veces productiva».

En tal perspectiva, puede afirmarse que la ciudad no es sino una forma particular, históricamente específica, de relaciones socioespaciales y de producción social del espacio. Su origen y desarrollo se explican por los cambios económicos y sociales en cada caso concreto. Los procesos de urbanización y metropolización y las ciudades globales actuales así lo demuestran. Sin embargo, más allá de una forma espacial particular, la ciudad es, por sobre todo, una unidad económica, una unidad peculiar de producción -más que industrial, terciaria-, de consumo e intercambio, especificada siempre históricamente. La ciudad es una dotación organizada de capital fijo y medios de producción -incluidos los elementos económico/espaciales- y de fuerza de trabajo. Es efecto, y a la vez factor causante, de la progresiva división del trabajo y de los procesos de cooperación e interdependencia que de ella se derivan. La ciudad es, por una parte, efecto de la socialización progresiva de las condiciones de producción y consumo y, por otra, elemento contribuyente a tal socialización. La ciudad se revela como condición determinante del aumento de la productividad y de la acumulación del capital y sus crisis, a la vez que condición de la reproducción de la fuerza de trabajo al mínimo costo social. La ciudad es, en síntesis, una importante fuerza o potencia

productiva, condición insustituible a un nivel tecnológico dado, del desarrollo económico de una sociedad. La eficiencia económica de la ciudad no depende, sin embargo, solo de su tamaño, sino también de manera muy importante de la disposición y organización espacial de la aglomeración (Daher, 1975).

En el mismo texto, dicho autor ha sostenido que los elementos que conforman el espacio social son, al mismo tiempo, productos económicos y condiciones de la producción y de la actividad económica en general; el valor económico de tales elementos no es indiferente a su organización, localización y disposición espacial. El espacio social, en tanto medio de producción, circulación y consumo, forma parte de las fuerzas partícipes en la producción y actividad económica en general; en tanto tal, no es un mero reflejo o un simple efecto de los procesos económicos, ni mucho menos algo independiente de ellos, sino que, en rigor, es un componente de las estructuras y procesos económicos de cada sociedad y, crecientemente, de la sociedad global. El espacio producido históricamente, en tanto bien económico y factor de producción, es afectado por y afecta a las relaciones que las sociedades contraen en los procesos de generación de los medios de trabajo y subsistencia. El espacio no es, por tanto, un resultado pasivo de la acción social, sino que cumple un rol activo en la vida económica y social en general. De aquí también su especialísima relevancia en los ciclos de auge y recesión, y particularmente en las crisis. Así pues, el espacio está determinado por v es determinante para la sociedad; se transforma y participa en y según el cambio social; expresa y sirve al sistema social que lo produce, aunque no está exento de contradicciones frente a él y, evidentemente, no es ajeno a los problemas estructurales y circunstanciales de cada sociedad ni a la competencia, intereses y tensiones internacionales. La organización espacial resulta determinada simultáneamente tanto por el desarrollo tecnológico (los excedentes agrarios, el intercambio comercial, la industrialización y ahora la tercerización y la nueva ingeniería informática y financiera globalizadas) cuanto por las formas sociales en cada etapa histórica. La variación de las formaciones espaciales depende, pues, de las leyes que rigen el desarrollo social.

Ese rol mediador del espacio y su incidencia no neutral en los procesos sociales lo manifiesta claramente Lefebvre al preguntarse v responder: «¿Es el espacio un medio? ¿Un entorno? ¿Un intermediario? Él es sin duda todo esto, pero su rol es cada vez menos neutro, cada vez más activo, a la vez como instrumento v como meta, como medio y como fin» (Lefebvre, 1998, p. 411). Esta función activa se desarrolla también en la dimensión económica, especialmente ligada al tránsito histórico hacia una «segunda naturaleza» (social) del espacio: «desde una naturaleza primaria y primordial hacia una "segunda naturaleza", desde el espacio natural hacia un espacio que es a la vez un producto y un trabajo» (Lefebvre, 1998, p. 409). El espacio, producto v tarea, producto v trabajo, producto v «producción», son conceptos en cierta forma y medida relacionables con la distinción de Lipietz entre «espacio-en-sí» y «espacio-para-sí». El «espacioen-sí» es «un componente de la producción social (...) condición determinada por el modo de producción» (González, 2005, p. 10).

La producción social del espacio y de la ciudad condiciona, a su vez, las relaciones sociales y productivas. En efecto: «La realidad urbana modifica las relaciones de producción sin ser suficiente para transformarlas. Se convierte en una fuerza productiva, como la ciencia. El espacio y la política del espacio "expresan" relaciones sociales, pero reaccionan contra ellas» (Lefebvre, 2003, p. 15). Lefebvre reconoce aquí dos cuestiones muy relevantes: de un lado, la «modificación» de las relaciones de producción causada por la realidad urbana, aunque no su «transformación». De otro, la realidad urbana como 'fuerza productiva' (más allá de su valor de uso). Por cierto, ambos reconocimientos están ligados: si la ciudad (la realidad urbana) es una fuerza productiva —y no solo un producto—, entonces consecuentemente afecta las relaciones sociales y productivas.

La dualidad producción-reproducción se hace igualmente manifiesta en la siguiente aseveración de Smith (2002, p. 80): «El nuevo urbanismo revanchista, que sustituye la política urbana liberal en las ciudades del mundo capitalista avanzado, crecientemente expresa los impulsos de la producción capitalista en lugar de la reproducción social». Y también de modo preclaro en Brenner y Elden (2009, p.

34), quienes afirman que «la forma hiperproductivista del Modo de Producción Estatal (MPE) actualmente emergente, parece implicar un aumento significativo del rol del Estado en la movilización del espacio como una fuerza productiva». La concepción del espacio como fuerza productiva ayuda ciertamente a la comprensión de su rol en las crisis económicas.

Pues bien, la movilización del espacio y la ciudad como fuerzas productivas, asociada a la acción del Estado y al «modo de producción estatal», tiene en Lefebvre a un observador precursor: «La producción del espacio, del territorio nacional (...) En el transcurso de este proceso, la ciudad y el país desarrollan un nuevo relacionamiento en y a través de la mediación de un tercero término – el Estado que tiene a la ciudad como su centro» (Lefebvre, 2009a, p. 224).

La «centralidad urbana» y –más aún– metropolitana del Estado, o el «Estado urbanizado», tanto o más importante que el Estado urbanizador, conceptos con un potencial que requiere ser desarrollado, pueden también emparentarse al de «espacialidad del Estado», contenido en la introducción de los editores al capítulo *Space and the State*, quienes expresan; «y también en términos de la propia espacialidad inherente al Estado como una forma institucional territorial» (Brenner y Elden, 2009, p. 223).

Los mismos autores, reconociendo que «La teoría de Lefebvre sobre el Modo de Producción Estatal (...) ofrece una poderosa lente analítica a través de la cual las cambiantes dimensiones políticas, institucionales y geográficas...» (Brenner y Elden, 2009, p. 34), destacan el rol urbanizador-commodificador del Estado: «En efecto, tal como proponen los análisis contemporáneos sobre Estados competitivos, podemos estar presenciando actualmente la emergencia de una nueva forma histórica del Modo de Producción Estatal, en la cual el rol del Estado como un agente de mercantilización de su territorio –a la vez en las escalas nacional, regional y urbanas– ha adquirido una supremacía sin precedentes en relación a otras operaciones regulatorias en el interior de la arquitectura institucional del Estado». A estas escalas más bien subnacionales de la producción

estatal del espacio se suma e integra –en la sección siguiente– la escala supranacional y supraestatal.

La tesis de Lefebvre que plantea «que las instituciones estatales han llegado a desempeñar un rol crecientemente esencial en la producción del espacio y, por lo tanto, ayudan en la supervivencia del capitalismo» (Brenner y Elden, 2009, p. 28), resulta válida no solo para el urbanismo del Estado kevnesiano, sino incluso para el urbanismo neoliberal, y ciertamente para la «sobrevivencia» de su base económica en medio de las sucesivas crisis. Harvey (2005, p. 2) describe el rol del Estado en esa perspectiva: «el rol del Estado es crear y preservar un marco institucional apropiado para dichas prácticas» (libertad de emprendimiento individual, sólidos derechos de propiedad privada, libre mercado y libre comercio), agregando que, por ejemplo, «el Estado tiene que garantizar (...) la cualidad y la integridad del dinero (y) el correcto funcionamiento de los mercados. Además, si los mercados no existen (en áreas como suelo, agua, educación, salud, seguridad social o contaminación ambiental) entonces ellos tienen que ser creados, por acción del estado si necesario».

Esta constatación del rol estatal en medio de paradigmas más o menos neoliberales contrasta con algunas teorías críticas del neoliberalismo, que proveen una «narrativa moral» según la cual la historia reciente es entendida como una transición de valores públicos y colectivos hacia valores privados e individualistas: «existe un marco normativo preconstruido de estas teorías en torno a un conjunto de bibnomios conceptuales y morales: mercado versus Estado; público versus privado; consumidor versus ciudadano; libertad versus equidad; utilidad individual versus solidaridad colectiva; egoísmo auto-interesado versus altruismo preocupado con el otro» (Barnett, 2010, p. 3).

La producción social y estatal del espacio y de la ciudad, y la apropiación y uso de los bienes que de ella resultan no están, sin embargo, desprovistos de ineficiencias, incompatibilidades y contradicciones, tanto de orden técnico como social, que se manifiestan como intereses conflictivos entre los distintos actores, sectores y estratos a escala local, nacional y global. En la medida que las

ANTONIO DAHER

relaciones técnicas y sociales devienen más complejas y se tornan planetarias, estos problemas adquieren una dimensión que requiere de la intervención ya no solo del Estado sino cada vez más de organismos supraestatales en su superación o regulación.

Crisis, poscrisis y geopolítica supraestatal

Aunque con frecuencia se alude a la dimensión global de la financiarización, la producción –inmobiliaria y financiarizada– del espacio y de la ciudad remite las más de las veces a la operación de empresas y capitales privados, como actores principales, y a la escala del proyecto o emprendimiento, edilicia y local, propia de su gestión. La aproximación predominante es más bien microeconómica y sectorial. Suele omitirse o minimizarse la producción estatal –directa e indirecta– del espacio mediante su inversión en obras públicas y vivienda social –a veces con probados efectos regresivos-, o bien vía cooperación público-privada: concesiones, subsidios, etc.; y por cierto también mediante normativas urbanas más o menos liberales. El Estado terrateniente, el Estado empresario inmobiliario y, más recientemente, el Estado financiarizador urbano -como en la crisis subprime- y el Estado urbanizador -como en el actual plan chino- se desdibujan frente al protagonismo del mercado y los privados.

Más invisible resulta ser la producción estatal del espacio mediante políticas públicas supuestamente neutras territorialmente, como las monetarias, cambiarias y demás políticas macroeconómicas, las que sin embargo resultan tener fuertes impactos geográficamente discriminatorios. Y definitivamente apenas se intuye la producción supranacional del espacio, no principalmente por las corporaciones transnacionales, sino por las políticas y orientaciones de los organismos públicos internacionales tales como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), la Organización Mundial de Comercio (OMC), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM), el Banco Central Europeo (BCE) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), entre

otros. O simplemente por la acción de algunas instituciones que, aunque nacionales, tienen una determinante influencia global, como el *Federal Reserve System* –alias la FED– de los Estados Unidos.

Esta tercera sección retoma la dimensión global y planetaria de la producción financiero-inmobiliaria del espacio –desarrollada en la primera parte del artículo– esta vez desde la perspectiva de su determinación por las políticas macro de los organismos estatales y supranacionales de la gobernanza global, en especial por aquellas implementadas para los periodos de crisis y poscrisis, enfatizando el re-escalamiento supraestatal de la producción del espacio.

La producción estatal del espacio, como parte integrante de su producción social, es planteada por Lefebvre no solo en cuanto funcional a los procesos de acumulación, sino también como una necesaria injerencia en la resolución de contradicciones y crisis, es decir, en circunstancias similares a las planteadas en la sección inicial de este texto. En efecto, «Lefebvre desarrolla un análisis sobre el modo de producción estatal como una base institucional y territorial para administrar el proceso de acumulación de capital, sus contradicciones y sus tendencias de crisis» (Brenner y Elden, 2009, p. 223).

Más aún, la temprana visión lefebvriana de las tendencias a la globalización, la urbanización planetaria y las ciudades globales se traduce, de manera pionera, en una percepción del rol estatal y de sus estrategias espaciales en escenarios mundiales: «Lefebvre se basa en los fundamentos teóricos del Estado (...) para explorar las estrategias espaciales en un contexto mundial» (Brenner y Elden, 2009, p. 28).

La producción transnacional empresarial y sobre todo supraestatal del espacio no solo se expresa a escala local y urbana, sino que también ciertamente a escala regional y geográficamente global. A la operación internacional de los fondos de inversión inmobiliaria y demás fondos de inversión, incluidos los soberanos, se agrega la total globalización de la banca y las finanzas. A la competencia o colusión interempresarial a nivel mundial se suma la competencia o «alianza» entre naciones. A la integración regionalista, los acuerdos y tratados de libre comercio, las uniones aduaneras, las zonas monetarias y otros esfuerzos de cooperación internacional se oponen

las guerras de divisas, la estatización y externalización internacional de los costos de las crisis, la geopolítica financiera y el riesgo moral asumido por los gobiernos y organismos internacionales.

La producción global del espacio, exigida por la urbanización masiva, generalizada y universal de la población y de la economía, ha requerido un desarrollo inmobiliario sin precedentes, en gran medida apoyado por la financiarización y co-responsable también de sus excesos, así como de las burbujas y crisis que aquél y ésta han inducido. Crisis detonadas en las ciudades y metrópolis, vinculadas a la producción global del espacio –financiarizada y supranacional– que han puesto en jaque a la economía mundial con profundas cicatrices sociales.

Las políticas públicas anti y postcrisis, tanto las estatales como las emanadas de organismos supranacionales, aun cuando explícitamente no territoriales ni menos urbanas, afectarán indefectiblemente la producción global del espacio no solo en términos cuantitativos—menor o mayor dinamismo financiero inmobiliario según medidas de austeridad o fomento—, sino sobre todo cualitativamente: emergencia de nuevas asimetrías y desigualdades socio-territoriales, endoso y contagio de la crisis a terceros países y externalización internacional de sus costos.

Los organismos de la gobernanza financiera mundial, tanto estatales como sobre todo supraestatales, han formulado e implementado políticas reactivas ante la crisis y sus consecuencias, y se han involucrado en una suerte de financiarización pública a escala nacional e internacional. Ellas se han traducido en una auténtica geopolítica financiarizada que se materializa tanto en pugnas de competitividad entre las economías más desarrolladas como en subordinación de las emergentes a los efectos de las primeras. Las políticas cambiarias y monetarias de las principales potencias alteran los diferenciales de tipos de cambio y de tasas de interés con consecuencias globales y también nacionales y subnacionales: se trastoca la competitividad internacional pero también la de las regiones interiores de los países, y se modifica la geometría de los flujos de capitales que no solo pueden resultar afectados cuantitativamente, sino sobre todo

redireccionados territorialmente. En definitiva, y como resultado de lo anterior, muchos de los costos económicos y consecuencias sociales de la crisis son externalizados a los países y territorios más vulnerables. Así, tales políticas, lejos de ser neutrales en términos espaciales y sociales, tienen un correlato de ganadores y perdedores que suele incrementar la inequidad entre países y entre regiones.

Tal arquitectura global supone ciertamente variadas escalas, sucesivos ajustes y reconversiones territoriales. A propósito de ello, González (2005, p. 6) recuerda que Brenner propone, además del concepto de «anclaje espacial», el de «anclaje escalar»: un «andamio geográfico socialmente producido sobre, en y a través del cual las diferentes formas del capital son sucesivamente des y re-territorializadas» (Brenner, 1999, p. 434).

En el desarrollo de los temas anteriores puede decirse que si la crisis y sus consecuencias han redibujado la geografía, también lo han hecho y lo seguirán haciendo las políticas anti y poscrisis. La financiarización pública, reactiva en gran medida a la financiarización privada originaria de la crisis y sus políticas fiscales, monetarias y cambiarias formuladas a-espacialmente, pero discriminatorias territorial y socialmente en sus consecuencias, exigen discernirlas y mitigarlas o compensarlas. Los costos de las políticas de austeridad se distribuyen muy diferencialmente entre sectores económicos y sociales, no solo al interior del país que las implementa, sino también entre terceros países y sus espacios subnacionales cuando estos son económicamente dependientes de aquél y más aún si la relación comercial y financiera entre ellos es muy asimétrica. Los países más pequeños y/o menos desarrollados deben asumir así desequilibrios y recesiones, deterioros en sus términos de intercambio, desbalances comerciales y financieros y muchos otros efectos con graves consecuencias sociales e incluso políticas. Similarmente, las políticas pro-competitividad, catalizadas por los ciclos poscrisis, detonan efectos sectoriales y subnacionales muy diferenciados junto a impactos sociolaborales muy inequitativos. Las guerras de divisas y las devaluaciones y apreciaciones cambiarias, que aparentemente solo se dan a escala nacional e internacional, trastocan desigualmente la competitividad de los variados sectores y regiones interiores de los

países, redistribuyendo socio-territorialmente sus costos y beneficios. Por añadidura, a veces la desenfrenada competencia entre países minimiza o atrofia la solidaridad y cooperación internacionales requeridas en tiempos de crisis.

Al respecto resultan ilustrativas unas observaciones de S. Sassen (1999) relativas a tensiones propias de la integración europea: «Tales condiciones hacen de la Unión Europea un campo de pruebas para el cambiante equilibrio de poder entre el Estado nacional y los actores supranacionales o transnacionales. (...) La regulación y la administración estatal de varios procesos transfronterizos requieren arreglos instituciones específicos cuando son compartidos con las instituciones de la Unión Europea». Este equilibrio inestable entre los estados nacionales y los organismos supraestatales ciertamente se hace más evidente y conflictivo en tiempos de crisis.

Por las razones anteriores, la comunidad internacional no debe desatender las consecuencias secundarias de las políticas de sus organismos, en especial aquellas ligadas a la externalización de los costos de la crisis cuando no de las crisis propiamente tales. Más allá de la igualdad jurídica, la desigualdad real entre naciones y su dispar capacidad para enfrentarlas, requieren de una atenta y justa consideración. No es aceptable que la sustentabilidad para unos sea a costa de vulnerabilidad para otros.

Todas estas contradicciones rememoran unas breves pero elocuentes palabras de Lefebvre (1998, p. 404): «A través de todo tipo de interacciones, el mercado mundial crea configuraciones e inscribe espacios cambiantes en la superficie de la tierra, espacios gobernados por conflictos y contradicciones». Tales tensiones conflictivas, agudizadas en medio de las crisis, se originan no solo en el mercado global, sino también en y entre los organismos estatales y supraestatales que intentan, proactiva o reactivamente, gestionarlo o regularlo. Así, «las políticas nacionales e internacionales pierden la coherencia (...), los planes para mejorar la competitividad (...) dentro de una alianza regional (...) exportan el desempleo al exterior. Las políticas diseñadas para exportar la devaluación al tercer mundo no solo desencadenan revueltas (...) sino que ponen en peligro la enorme

deuda de dichos países (...) en un caso clásico de desplazamiento geográfico y temporal» (Harvey, 2007, p. 361).

Complementariamente, debe tenerse presente que «en la escala de la geopolítica global, las crisis inducen a acelerar cambios radicales en los procesos de externalización, deslocalización y relocalización productiva entre naciones. La crisis actual (Fumagalli, 2011) pondría fin a la primacía occidental en las finanzas y a la primacía oriental en la «economía real» y el comercio internacional. Por lo demás, la propia crisis de la Eurozona y la vulnerabilidad del proyecto de integración europea acusan las notables diferencias entre los países llamados «periféricos» y las economías del centro norte del continente. La geografía de la crisis y de sus consecuencias económicas, sociales y políticas se hace allí tan evidente como dramática» (Daher, 2013a, p. 27).

En relación a la escala de la geopolítica global y de las nuevas geografías emergentes es oportuno recordar la precursora contribución de Smith. En efecto, «en lo que se refiere al concepto de escala (...) Neil Smith (1984) hizo una de las aportaciones más importantes (...) para explicar los cambios espaciales en la organización del capitalismo una vez que se ha roto el consenso fordista que funcionaba mayoritariamente alrededor del Estado-Nación» (González, 2005, pp. 4 y 5). La superación del fordismo conjugada con la transnacionalización y la supraestatalidad define el nuevo paisaje y las inéditas escalas propias del cambio de época.

Conclusiones

La crisis *subprime* ha sido una auténtica crisis de la producción del espacio, una crisis localizada y globalizada que hizo patente la fuerza productiva y «destructiva» de la industria inmobiliario-financiera y, a la vez, la des-gobernanza financiera estatal y supranacional en la producción del espacio.

La financiarización generalizada de la industria inmobiliaria o, en otros términos, la producción financiarizada del espacio, ha hecho posible su plena globalización a la vez que la difusión mundial

ANTONIO DAHER

de su crisis. Un fundamento de esto último es sin duda la creciente urbanización de la población y de la economía y, en consecuencia, el también creciente peso macroeconómico del sector inmobiliario-financiero. Así, la «urbanización de las crisis» va asociada a su globalización: las «crisis en la producción del espacio» logran poner en jaque a la economía mundial.

En contextos de una liberalización más o menos generalizada, la producción estatal del espacio se hace funcional a aquella y, por el escalamiento multinacional de la producción del espacio y de sus crisis, se ve subordinada muchas veces a las políticas macro de los organismos internacionales y supraestatales de la gobernanza financiera global. De la crisis y de las políticas públicas poscrisis emerge una nueva geografía global de la «financiarización pública», en gran medida reactiva menos al origen de la misma y más a sus dilatadas y dolorosas consecuencias. Surge así una nueva arquitectura global como subproducto de las políticas macroeconómicas, en especial de las fiscales, monetarias y cambiarias, expresión de la territorialización imprevista de los efectos y consecuencias sociales de las políticas de austeridad y competitividad formuladas a-espacialmente.

Empero, las políticas nacionales no solo afectan a sus respectivos territorios: los «subproductos» o externalidades presuntamente inadvertidos de las políticas públicas gubernamentales de las economías más desarrolladas, y más aún sus explícitas o implícitas estrategias de «geopolítica financiarizada» —con propósitos de competencia entre potencias y/o de de control sobre economías emergentes— terminan por producir ajustes territoriales y sociales de significación en estas últimas.

Se hacen patentes así multiples contradicciones que involucran a los estados y a las relaciones interestatales en medio de la globalización: «Este análisis político de la espacialidad se amplió aún más para considerar dimensiones mundiales, incluso desigualmente articuladas e internamente contradictorias, de la espacialidad capitalista; el rol del Estado en la gestión de procesos globales y sus contradicciones...» (Brenner y Elden, 2009, p. 29). A propósito de esto, el propio Brenner (2004, p. 6), recordando a Scott, afirma:

«estos complejos de producción territorial subnacionales hoy representan los motores regionales de la economía global». Entre tales propulsores subnacionales se encuentran sin duda muchas regiones de países primario-exportadores, y entre las externalidades interestatales, los ciclos *boom-bust* de sus recursos naturales. Ello se expresa en la volatilidad de sus «regiones-*commodities*» y de sus «ciudades-*commodities*», con evidentes implicancias para sus respectivas economías y sociedades nacionales, que alteran sus tasas de crecimiento y equilibrios comerciales, sus balanzas de pago y presupuestos fiscales, y sensiblemente sus mercados laborales.

Todo lo planteado en las páginas precedentes permite concluir, con Lefebvre, que la producción (estatal) del espacio está estrechamente ligada a una «política del espacio». En efecto, dicho autor enfatiza: «Yo repito que existe una política del espacio porque el espacio es político» (il y a politique de l'espace, parce que l'espace est politique) (Lefebvre, 2009b, p. 174).

Tales contradicciones en la producción social y estatal del espacio se manifiestan políticamente en la ciudad: «Lo urbano funciona pues, obviamente, como un ámbito relevante de acción y rebelión política. Las características propias de cada lugar son importantes, y su remodelación física y social así como su organización territorial son armas para la lucha política (...) las protestas populares y los movimientos políticos en el entorno urbano» (Harvey, 2013, p. 174).

Estas protestas masivas en espacios urbanos significativos, en diferentes latitudes y continentes, promovidas muchas veces por nuevos movimientos sociales urbanos, se han intensificado recientemente como consecuencia inevitable de las secuelas de la última crisis: «Graves y persistentes recesiones económicas. Dramáticos y la más de las veces injustos impactos laborales y sociales. Y costos políticos no menores. ¿Qué hacen las políticas públicas? La responsabilidad de las políticas públicas en el desarrollo y las crisis (...) aparece muchas veces asociada a los procesos de liberalización, desregulación y privatización. El Estado deja de hacer en el campo de las políticas propiamente urbanas, pero hace mucho, para bien o mal de las ciudades, como subproducto de las demás políticas». Continúa el

mismo autor: «En la crisis *subprime*, para algunos la desregulación es la responsable de la misma. Para otros fue el resultado de una acción excesiva del gobierno y de las políticas monetaria, crediticia y de vivienda social (Roubini y Mihm, 2010). La responsabilidad de las políticas públicas parece ser de cualquier modo innegable. En el mejor de los casos, por no prever, evitar o mitigar las crisis. En el peor, desgraciadamente, por inducirlas» (Daher, 2013a, pp. 27-28).

No pocas veces se reivindica la acción del Estado frente a neoliberalismos urbanos más o menos acentuados, como si la desregulación o regulación urbanas fueran las opciones fundamentales. Se omite así –quizá porque es menos evidente– que la acción del Estado en la producción del espacio y de la ciudad es mucho más determinante cuando indirectamente se implementa a través de políticas públicas no territoriales y menos urbanas, como lo son las políticas macroeconómicas. Las consecuencias de éstas, con impactos geográficos muy diferenciales y consecuencias sociales muy desiguales, pueden llegar a contradecir e incluso a minimizar o anular a las políticas, inversiones, subsidios y demás acciones propiamente regionales y urbanas. El Estado, por lo demás, muchas veces es directamente responsable de agravar inequidades, como ha sucedido con algunas políticas habitacionales; de producir efectos perversos que terminan beneficiando al sector empresarial privado, según se ha verificado con ciertos subsidios; o de ser definitivamente cómplice de crisis, malas prácticas y e incluso de corrupción. Así, la producción estatal del espacio y de la ciudad, lejos de corregir su producción mercantil, concluye confirmando que la producción social -privada y estatal- del espacio es menos dicotómica o dualista, y más compleja y contradictoria.

REFERENCIAS

ATTALI, J. (2009) ¿Y después de la crisis qué...? Propuestas para una nueva democracia mundial. Barcelona: Gedisa.

BARNETT, C. (2010). Publics and markets. What's wrong with Neoliberalism? En S. Smith, S. Marston, R. Pain, & John P. Jones III. (pp. 269-296) London: Sage Publications.

- Brenner, N. (1999). Globalisation as reterritorialisation: the re-scaling of urban governance in the European Union. *Urban Studies* 36 (3): 431-451.
- _____ (2004). New State Space. Urban governance and the rescaling of statehood. New York: Oxford University Press.
- Brenner, N. & Elden, S. (Eds.) (2009). *State, Space, World. Selected Essays. Henri Lefebvre*. Minneapolis: U. of Minnesota Press.
- Brookings (2010). *The state of metropolitan America*. Washington DC: Brookings Institution.
- Cassidy, J. (2011). ¿Como os mercados quebran? A lógica das catástrofes econômicas. Rio de Janeiro: Intrínseca.
- CORPATAUX, J., CREVOISIER, O. & THEURILLAT, T. (2009). The expansion of the finance industry and its impacts on the economy: a territorial approach based on swiss pension funds. *Economic Geography*, 85 (3), 313-334.
- Daher, A. (1975). Producción y espacio. Elementos para una teoría general de la producción del espacio. Tesis. Instituto de Planificación Urbana, Pontificia U. Católica de Chile.
- _____(2013 a). Territorios de la financiarización urbana y de las crisis inmobiliarias *Revista de Geografía Norte Grande 56*, 7-30.
- _____ (2013 b). El sector inmobiliario y las crisis económicas. *EURE* 39 (118): 47-76. *Revista de Geografía Norte Grande* 56, 7-30.
- FEDERAL RESERVE SYSTEM (2012). *Beige Book* (06.06-12) Washington DC: Board of Governors of the Federal Reserve System.
- Fernández, A. & Cruz E. (2010). Análisis territorial del crecimiento y la crisis del sector de la construcción en España y la Comunidad Autónoma de Andalucía. *EURE* 39 (116): 5-37.
- Foster, J. y Magdoff, F. (2009). *La gran crisis financiera: causas y consecuencias*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Fumagalli, A. (2011). *Nada será como antes: dez teses sobre a crise financeira*. En A. Fumagalli y S. Mezzadra (orgs). A Crise da economia global (pp. 75-105). Río de Janeiro: Civilização Brasileira.
- GOLUB, PH. (2010). Las capitales del capitalismo. De las ciudades estado a la ciudad global. En Monde Diplomatique (Ed), *Las capitales del capitalismo*. *Ciudades. Urbanismo y desastre en Chile*. (pp. 25-30). Santiago: Editorial Aún creemos en los sueños.
- González, S. (2005). La geografía escalar del capitalismo actual. *Scripta Nova*, vol IX, N° 189: 1-21.
- GOONEWARDENA, K. (2012). Henri Lefebvre y la revolución de la vida cotidiana, la ciudad y el Estado. *Urban* 502: 1-15.
- HARVEY, D. (1985 a). *The urban experience*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

- (1985 b). The urbanization of capital: Studies in the history and theory of capitalist urbanization. Michigan: John Hopkins University Press. (2005). A Brief History of Neoliberalism. Oxford: Oxford University Press. _ (2007). Espacios del capital. Hacia una geografía crítica. Madrid: Ediciones Akal. (2008). El derecho a la ciudad. New Left Review 53: 23-39. ____ (2013). Ciudades rebeldes. Del derecho a la ciudad a la revolución urbana. Madrid: Ed. Akal. JANOSCHKA, M. (2011). Urbanismo neoliberal, expansion urbana y crisis financiera en el litoral español: Análisis empírico y reflexión crítica. http://www.michael-janoschka.de. KRUGMAN, P. (2010). De vuelta a la economía de la gran depresión y la crisis del 2008. Bogotá: Norma. LAEVEN, L. & VALENCIA, F. (2008). Systemic Banking Crises: a New Database. IMF Working Paper, WP/08/224 International Monetary Fund. Lefebure, H. (1976). Espacio y política. El derecho a la ciudad II. Barcelona: Ed. Península. (1978). El derecho a la ciudad. Barcelona: Ed. Península. _____ (1998). The production of Space. Oxford: Blackwell. (2003). The urban revolution. Minneapolis: U. of Minnesota Press. (2009a). Space and the State. En Brenner, N. & Elden, S. (Eds.) op. cit. (223 v ss.) (2009b). Reflections on the Politics of Space. En Brenner, N. & ELDEN, S. (Eds.) op. cit. (167 y ss.)
- MARICHAL, C. (2010). Nueva historia de las grandes crisis financieras. Una perspectiva global, 1873-2008. Buenos Aires: Debate.
- MOULAERT, F. & SWYNGEDOUW, E. (1989). A regulation approach to the geography of flexible production systems. *Environment and Planning* 7: 327-345.
- RAMONET, I. (2009). La catástrofe perfecta. Crisis del siglo y refundación del porvenir. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Reinhart, C. y Rogoff, K. (2011). Esta vez es distinto: ocho siglos de necedad financiera. México: FCE.
- ROUBINI, N. Y MIHM, S. (2010). Cómo salimos de ésta. Santiago: Destino. SASSEN, S. (1999). Guests and Aliens. N. York: The New Press.
- SHILLER, R. (2007). Historic turning points in real estate. *Discussion Paper*, n° 1610. Cowles Foundation for Research in Economics. New Haven: Yale University.
- _____ (2009). El estallido de la burbuja. Cómo se llegó a la crisis y como salir de ella. Barcelona: Gestión 2000.

La producción supraestatal del espacio...

- SMITH, N. (1984). Uneven development. Oxford: Blackwell.
- _____(2002). New globalism, new urbanism: Gentrification as global urban strategy. En N. Brenner & N. Theodore: Spaces of Neoliberalism. Urban restructuring in North America and Western Europe (pp. 80-103). Malden, MA: Blackwell.
- Soros, G. (2008). El nuevo paradigma de los mercados financieros. Para entender la crisis económica actual. Buenos Aires: Taurus.
- STANEK, L. (2011). Henri Lefebvre on space. Architecture, urban research, and the production of theory. Minneapolis: U. of Minnesota Press.
- STANEK, L. & SCHMID, CH. (2012). Teoría, no método: Henri Lefebvre, investigación y diseño urbanos en la actualidad. *Urban* 502: 1-8.
- STIGLITZ, J. (2010). Caída libre. El libre mercado y el hundimiento de la economía mundial. Buenos Aires: Taurus.

Campo ciego, ideología y lo subjetivo en la periferia del Gran Santiago

Paula Rodríguez Matta

Presentación¹

En este artículo se habla de cuatro conceptos (el campo ciego, la ideología, lo subjetivo y la periferia), los que se desarrollan en un pequeño ejercicio de análisis de un caso emblemático de autoproducción de espacio en la periferia del Gran Santiago: la población La Victoria, en el sur de la ciudad.

El ejercicio propuesto se realiza en el marco de la teoría de producción del espacio de Lefebvre. En ella, y al contrario de lo que propone el marxismo estructural, el espacio no se comprende sólo como entorno, emplazamiento geográfico o escenario², sino como territorio y como producto social (Gottdiener, 1988, p. 123). De acuerdo con Lefebvre (1980 [2009], pp. 211-212), la teoría marxista había fallado al pensar en la ciudad tan solo como el lugar de los mercados porque también es producto, medio y fuerzas de producción. Esto queda especialmente de manifiesto en la noción de circuito secundario del capital que desarrolla Lefebvre (1970 [2003],

Este texto se estructura sobre la base de apuntes de tesis doctoral, en los que se incluyen extractos de algunas de las entrevistas que se realizaron como parte del trabajo de campo, entre 2011 y 2013.

Véase Brenner y Elden (2009, pp. 357-356), en una interpretación de la crítica de Lefebvre a la visión de Marx de la ciudad solo como escenario o el territorio de varios mercados, lo que excluye la posibilidad de plantear el carácter abstracto del espacio, así como el rol del Estado y el capitalismo en la producción del espacio abstracto y el espacio del capital.

pp. 159-160), uno de sus aportes más importantes que le permitió el tránsito desde hablar de la producción en el espacio urbano a la producción del espacio urbano.

En la teoría de la producción del espacio, éste tiene múltiples propiedades y niveles (Gottdiener, 1988, p. 123), en cada uno de los cuales se reproducen o legitiman relaciones capitalistas de producción, dominación, enajenación, desposesión o disputas colectivas:

Se podrá decir, ya se puede decir del espacio (bien sea de un segmento, bien sea de un conjunto espacial) lo que, de cada cosa producida, decía y explicaba Marx: encierra y oculta, en tanto cosa, relaciones sociales (...) entre otras, la relación «trabajo-capital», el salario y la plusvalía (Lefebvre, 1972 [1976], p. 99).

CUATRO CONCEPTOS

El campo ciego. La primera categoría analítica que se desarrolla es campo ciego, la que se toma de *La revolución urbana* (Lefebvre, 1976 [1983]). En dicho texto se define campo ciego como un pliegue o un corte entre campos, los cuales son tres: lo rural, lo industrial y lo urbano. Estos campos, que no son lineales, sino que se superponen (*op. cit.*, p. 92), deben ser pensados como campos de lucha:

Son campos de guerra y de conflictos. No se trata únicamente de campos de guerra y de conflictos. No se trata únicamente de campos oscuros, inciertos y mal explorados, sino que son ciegos de igual forma que existe en la retina un punto ciego, centro de la visión y, sin embargo, su propia negación (*op. cit.*, p. 35).

Lefebvre registra dos campos ciegos: (a) cuando el campo de lo rural pasa a ser subordinado de las actividades comerciales e industria, luego de haber predominado; y (b) cuando el campo de lo industrial pasa a ser subordinado de la realidad urbana. Estas fases críticas son zonas en las que, por una parte, no sirven los viejos conceptos y, por otra, se elaboran nuevos (Lefebvre (1976 [1983], p. 171).

Las preguntas que se deben plantear son: ¿En qué consiste la ceguera en el campo ciego? ¿Qué es lo que no se ve? Lefebvre dice que la ceguera consiste en que se mira la emergencia de un nuevo campo sin poder reconocer que se trata de un nuevo conjunto de percepciones, espacios, tiempos, imágenes, conceptos, lenguaje, teorías y principios sociales (*op. cit.*, 34). Esta incapacidad se traduce en pugnas, conflictos, incertidumbres, negaciones y en la imposición de limitaciones a nuevas formas sociales de producción del espacio. Esta ceguera implica una ideología (Lefebvre, 1976 [1983]: 36-37).

La ideología. Lefebvre habla de ideología no solo para referirse al campo ciego. Toda su teoría de producción del espacio está traspasada por reflexiones acerca de la política y de la ideología. Ahora bien, recurriendo a Gramsci (2004), el término ideología hace referencia simplemente a determinados sistemas de ideas, definición muy cercana al uso que le da Lefebvre, porque éste —al igual que Gramsci— no habla de ideología en un sentido peyorativo o sin distinguir entre ideología y estructura. Lefebvre tampoco afirma que las ideologías cambian las estructuras ni habla de ideologías como soluciones inútiles, estúpidas, etc.

Si se habla de producción social del espacio, se debe tomar en cuenta que, por lo general, es solo un pequeño grupo el que toma las decisiones acerca de cuál será la forma que tendrán las ciudades en las que vivimos. Este grupo que toma las decisiones está conformado por inversionistas, especuladores, constructores y desarrolladores; a ellos se suma el Estado, el que transforma las decisiones de estas personas y grupos en políticas de gobierno (Feagin, 1987, 1998). Estos agentes crean un patrón hegemónico, un conjunto de relaciones de poder, mediante el cual también emiten discursos favorables a sus acciones. Y difunden sus discursos por muchos canales: medios de comunicación, cine, investigaciones, voces de especialistas, entre otros (Cheetham, 1973). Se trata de lo que señalaron Marx y Engels (1846 [1974], p. 50): las personas que ejercen el poder no solo tienen conciencia de ello, no solo producen ideas; también regulan cómo estas ideas se distribuyen y fluyen. Es decir, los sistemas de ideas, las ideas son producidas por personas y -obviamente- envuelven relaciones sociales y pugnas de poder.

Lo subjetivo. Lefebvre comprende que el espacio es un producto social y que es realizado por personas. Quizá lo anterior sea más evidente cuando él se refiere al nivel P, del habitar, cuando habla de las dimensiones del espacio. En este nivel, se incluye claramente lo subjetivo al hablar de los sueños y deseos.

Como se sabe, Lefebvre indica que los niveles del espacio son tres: el G, el espacio de lo global; el M, de los espacios mixtos; y el P, del habitar. Estos niveles no son excluyentes. Cada uno de ellos está o puede estar en relación con los otros dos tipos. Lo urbano es definido por Lefebvre (1976 [1983], p. 96) como la unidad de los tres niveles, pero con el nivel P en relación de predominio por sobre los otros dos.

Los sueños, los deseos y los sentimientos, conforman lo subjetivo. Para reconocer este conjunto en la producción social del espacio, se recurre a Heller (1980 [2004]). En el ejemplo que se desarrollará en este texto, los planteamientos de la autora citada son de especial importancia porque permiten dar cuenta de cómo las personas gestionan sus emociones en determinados momentos históricos. Además, porque sus reflexiones –tanto si se enmarcan en un proyecto antropológico como si lo hacen en uno sociológico-3 permiten superar los enfoques positivistas o ecologistas que son bastante habituales en los estudios del espacio urbano y lo subjetivo. Desde las perspectivas señaladas, usualmente, los sentimientos son descritos como una serie de fenómenos que las personas experimentan a nivel corporal o mental (casi en un nivel reactivo), o como la capacidad de (re)producir representaciones sociales (imaginarios) en escenarios urbanos determinados. Los planteamientos de Heller se acercan más a aquellas visiones culturales normativas en el estudio de los sentimientos o a los enfoques que los relacionan con estructuras y estratificaciones sociales o con procesos sociales de conocimiento o cognición (Thoits, 1989)4.

Las reflexiones de Heller son bastante extensas y detalladas. En este caso, sólo interesa decir que ella habla de las emociones con relación al concepto marxista de esencia humana, señalando que uno de sus componentes más importantes es la libertad de las personas (Heller, 2004).

En la introducción de *Teoría de los sentimientos* (1980 [2004]), Heller señala que si bien los sentimientos son una parte inherente de la acción y del pensamiento

Para Heller (1980 [2004]), las partes constitutivas de las emociones no solo son hechos empíricos o realidades subjetivas, también son valores; como tales, las emociones pueden ser jerarquizadas. Además, indica que se debe tomar en cuenta que las personas no experimentamos solo una emoción. Nos involucramos en conjuntos de emociones; por ejemplo, sentimos miedo y alegría, temor y disgusto, amor y odio, etc.

La periferia. El último concepto que interesa abordar es el de periferia, porque cuando se habla de la teoría de producción del espacio se está hablando de la producción de centralidad y de periferia.

En *La revolución urbana*, Lefebvre (1976 [1983], p. 122) define lo urbano a partir de las nociones de centralidad y de periferia, en lo que comprende un movimiento dialéctico de construcción / destrucción. Esta afirmación permite profundizar en cinco puntos:

Primero. Lo urbano es entendido como una «realidad social compuesta por relaciones a concebir, a construir o reconstruir» (*op. cit.*, 67).

Segundo. La tendencia de lo urbano es ser centro, centralidad. Esto no se refiere al punto cero de las ciudades (el centro), porque cualquier punto de la ciudad puede ser centralidad y cualquiera periferia. La centralidad hace referencia a la creación de la situación urbana, «en la cual las cosas diferentes influyen, unas en otras, y no existen distintivamente, sino según las *diferencias*» (op. cit., 123; destacados en cursiva en el original).

Tercero. Una vez establecido que al hablar de lo urbano se hará referencia a la posibilidad de que se produzca la situación urbana, se debe indicar que, para Lefebvre, la ciudad es el sustrato objetivo que permite y articula lo urbano. La democracia urbana sería la ciudad donde no se busca el plusvalor, el lucro. Lo anterior, además, porque lo urbano está fundado sobre el valor de uso. Por el contrario, el debilitamiento de lo urbano produciría la ciudad segregada,

⁽no son solo algo que los acompaña), se ha producido una separación entre emoción, cognición y voluntad (Benhabib, 2000, p. 215). Esta escisión, que es el signo de nuestra época, se ha visto reforzada por distintas teorías positivistas, de acuerdo con Heller (1980 [2004]), y de debe ser superada.

articulada en torno a la jerarquía de las diferencias, con primacía del valor de cambio.

Cuarto. La centralidad está formada por la concentración de instituciones, relaciones, redes, intercambios lúdicos, productivos y simbólicos. La centralidad es el lugar donde se construye el derecho a la ciudad, que es el derecho a la producción de espacio urbano. Cuando Lefebvre habla de centralidad, no se refiere al punto 0 (cero) de las ciudades, al lugar fundacional, porque no hay un único centro. Lefebvre dice que cualquier lugar puede ser centro. Las personas sueñan y desean centralidad, también hay quienes la necesitan. Los sueños y deseos pueden ser individuales o colectivos, pero las necesidades son siempre sociales.

Quinto. La periferia, por el contrario, señala Lefebvre, es el lugar donde habitan personas que no pueden participar de lo urbano. Estas personas no han podido reivindicar sus derechos debido a una serie de obstáculos que pueden ser definidos y caracterizados.

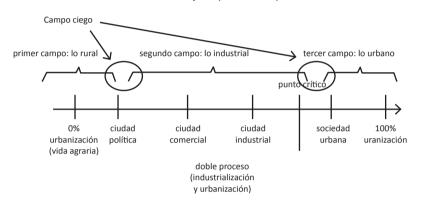
Ejercicio de aplicación

El ejercicio de aplicación consiste en revisar de qué manera las cuatro categorías conceptuales desarrolladas permiten ordenar información acerca de modos emblemáticos de autoproducción de espacio urbano en el Gran Santiago, en los años cincuenta.

Como primer paso se trazará el eje diacrónico que propone Lefebvre. Se debe recordar que el autor citado señala que el análisis del espacio debe tomar en cuenta los niveles (eje diacrónico) y dimensiones (eje sincrónico) en los cuales se articula el espacio (Lefebvre, «La vida social...», 1970 [1978]). Se trata de una consideración metodológica, en palabras del autor, que permite trazar ejes y cuadros para ordenar «los discursos confusos concernientes a la ciudad» (op. cit., 84).

El eje diacrónico permite establecer coordenadas espacio-temporales. Como se observa en la siguiente gráfica, Lefebvre distingue desde el grado 0 de urbanización (la vida agraria) hasta llegar al grado 100 de urbanización (cuando la ciudad absorbe la vida agraria).

Se trata del establecimiento de propiedades topológicas y sociales del espacio. Estas distinciones deben servir tan solo para describir movimientos dialécticos de los cuales forman parte los objetos en el espacio, producto del trabajo; las prácticas de acumulación, apropiación (o desposesión) de riqueza, conocimientos y técnicas (Lefebvre, 1974 [1991], pp. 218-219).



Gráfica 1. Eje espacio-temporal

Fuente: Elaboración propia sobre la base de Lefebvre, «En las proximidades del punto crítico» (1968 [1978], pp. 91-92); y Lefebvre, «El campo ciego» (1976 [1983]), pp. 29-51).

En un extremo de la Gráfica 1 se ha marcado el 0 por ciento de urbanización, que corresponde a la vida agraria. Se trata del campo de lo rural. En el otro extremo tenemos el 100 por ciento de urbanización. Se trata del campo de lo urbano.

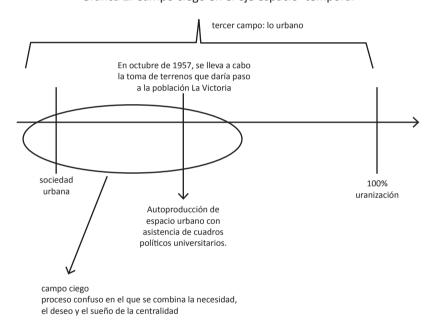
Este eje espacio-temporal permite que situemos las relaciones y transformaciones entre el campo y la ciudad. Nos ayuda a que nos fijemos en cómo se desplaza la formalización, realización. y apropiación de la plusvalía desde el campo a la ciudad. Ése es el objetivo que guía a Lefebvre.

Como se observa en la Gráfica 1, en el eje espacio-temporal se ha marcado lo que podría corresponder a dos campos ciegos. El primero, entre el campo de lo rural y lo industrial; el segundo, entre el campo de lo industrial y lo urbano.

PAULA RODRÍGUEZ MATTA

Recordemos que Lefebvre define el campo ciego como un pliegue entre campos. No se trata ni de una metáfora ni de una imagen literaria. No es un asunto de retórica.

Mediante la Gráfica 2 hacemos un acercamiento al segundo campo ciego que se marcó en el eje espacio-temporal, entre el campo industrial y el campo urbano. Recordemos que durante un punto ciego no se reconoce la emergencia de un nuevo campo; no se detecta que se trata de un nuevo conjunto de percepciones, espacios, tiempos, imágenes, conceptos, lenguaje, teorías y principios sociales.

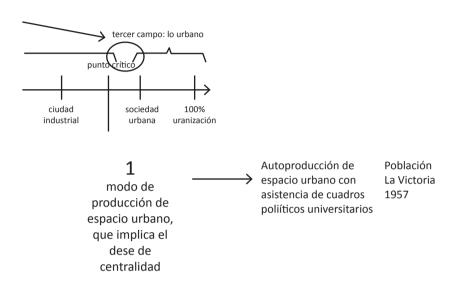


Gráfica 2. Campo ciego en el eje espacio-temporal

Fuente: Elaboración propia sobre la base de Lefebvre, «En las proximidades del punto crítico» (1968 [1978], pp. 91-92); y Lefebvre, «El campo ciego» (1976 [1983]), pp. 29-51).

En este campo ciego, que ubicamos a fines de la década de los años cincuenta, se comenzó a producir espacio urbano de una forma que no se había producido antes en el Gran Santiago: autoproducción de espacio urbano con asistencia de cuadros políticos universitarios de adscripción marxista. Este fue el caso de la población La Victoria, en esos años en la comuna de San Miguel, al sur de la ciudad.

Gráfica 3. Toma de terrenos La Victoria



Fuente: Elaboración propia sobre la base de Lefebvre, «En las proximidades del punto crítico» (1968 [1978], pp. 91-92); y Lefebvre, «El campo ciego» (1976 [1983]), pp. 29-51).

Hacemos un nuevo acercamiento y nos encontramos en octubre de 1957, cuando el conflicto y el antagonismo cruzan la producción del espacio (véase Gráfica 3). Se trata de un caso emblemático, muy conocido. Por lo mismo se seleccionó para hacer este ejercicio.

La toma de La Victoria se llevó a cabo a fines de octubre de 1957. Existen diferentes registros acerca de quiénes participaron en la toma y en la construcción de la población, en los cuales hay algunos consensos, pero también no pocos disensos. Si bien las historias varían, se sabe que fue apoyada por cuadros políticos universitarios, de adscripción marxista; por la familia de los Palestro (del Partido Socialista, alcaldes, concejales y parlamentarios); por el cardenal José María Caro, quien intervino por ellos frente a Carlos Ibáñez del Campo, Presidente de la República en ese

momento; y por la Agrupación Provincial de Pobladores; entre otros actores sociales.

La mayoría de las familias que invadieron la chacra La Feria provenían de las orillas del Zanjón de la Aguada, un canal de 5 kilómetros de largo que cruza la ciudad de oriente a poniente, ubicado en el límite sur del municipio de Santiago. Ahí, desde los años cuarenta, numerosas familias y personas de menores ingresos habían construido viviendas precarias (las poblaciones callampa).

Dicen que en el Zanjón existía una gran cantidad de comités de personas y familias sin casa que habían intentado (sin resultado) acceder formalmente al terreno agrícola La Feria (Grupo de Trabajo La Victoria, 2007, pp. 13-14). Algunos señalan que el gobierno desestimó las peticiones de los comités y organizaciones de pobladores no porque no quisiera urbanizar ese terreno agrícola, sino porque lo iba a destinar a la construcción de viviendas sociales para personas de menores ingresos con capacidad de ahorro, aprovechando que estaba ubicado en las cercanías del Aeródromo de Cerrillos, el antiguo aeropuerto de la ciudad. Los pobladores siguieron buscando terrenos hasta octubre de 1957, cuando se produjo un gran incendio en el Zanjón que destruyó varias viviendas. En esas circunstancias, decidieron que la toma de terrenos se haría.

El 30 de octubre, los pobladores ingresaron a la chacra por la avenida San Joaquín «como en una romería» (María, 79 años, primera generación en La Victoria)⁵. El primer grupo que llegó estaba compuesto por cerca de 500 familias. Ésta fue la noticia que se escuchó en la 12ª Comisaría y fue el motivo por el cual enviaron policías a caballo con el mandato de impedir la invasión y arrestar a los invasores.

En una de las entrevistas realizadas en el trabajo de campo, se le pidió a Augusto (78 años, de la primera generación de La

Esta y las otras entrevistas que se citan corresponden a parte del trabajo de campo realizado en el marco de la tesis doctoral. Se entrevistó a tres generaciones de pobladores: fundadores (hombres y mujeres) de la población, hijos de fundadores (hombres y mujeres) y nietos de fundadores (hombres y mujeres). Las entrevistas fueron realizadas entre el 2011 y el 2013. Cada uno de los entrevistados escogió su seudónimo, por lo general, un nombre y no un apellido.

Victoria) que contara cómo fue la toma de terrenos. La describió de la siguiente manera:

Luchábamos. Calcule [usted] que los carabineros llegaban a caballo en la noche, pegándole a la gente; y la gente luchando a palos, con piedras. Los carabineros meta palos con la gente (...). Cuando recién nos tomamos esto, había que hacer guardia. La gente quería seguir llegando y el espacio ya no alcanzaba. Había que hacer guardia en toda la población, por comités, para que la gente no entrara a quitarnos los sitios. Luchamos, oiga, a brazo partido, hasta que nos quedamos con los terrenos.

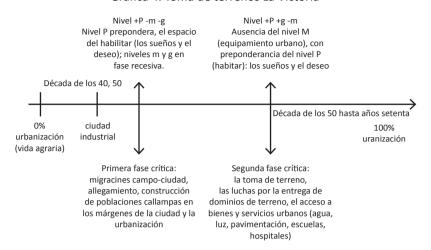
Si se utiliza el encuadre de clase que sugiere Feagin (1987, 1998), quien sigue a Lefebvre en sus análisis, se puede decir que la narración citada es muy diferente a buscar arriendos o venta de departamento un domingo por la mañana en la sección de propiedades de cualquier periódico. En La Victoria, las personas lucharon cuerpo a cuerpo por obtener un terreno en el cual construir su casa.

Las dimensiones del espacio

Para profundizar en lo señalado en las secciones anteriores se recurre a otro conjunto de categorías propuestas por Lefebvre, que se refiere a las dimensiones del espacio, de las que ya hicimos referencia al hablar de lo subjetivo.

Sobre el eje espacio-temporal, Lefebvre propone trazar un cuadrado sincrónico en el que distingue tres niveles (G, M y P), como se observa en la siguiente gráfica.

Gráfica 4. Toma de terrenos La Victoria



Fuente: Elaboración propia sobre la base de Lefebvre, «En las proximidades del punto crítico» (1968 [1978], pp. 91-92); y Lefebvre, «El campo ciego» (1976 [1983]), pp. 29-51).

El nivel G se refiere a los espacios de mayor extensión, en su mayoría de carácter público (como templos, edificios políticos y administrativos, entre otros). Es el nivel del poder (como voluntad y representación), del Estado y del pueblo; de las estrategias, de las políticas, de las lógicas de clase y de las ideologías.

El nivel M hace referencia a los espacios intermedios (como arterias, áreas de transición, plazas). Es el espacio de la ciudad, el conjunto específicamente urbano (formas-funciones-estructuras).

El nivel P se refiere al habitar. No puede ser definido como micro-social en oposición a macro-social. No se refiere el hábitat ni el lugar de la economía a menor escala o de los agentes (como la familia, los vecinos) de las relaciones primarias. El nivel P hace referencia a la vida de las personas, a «su relación con lo posible y con lo imaginario» (Lefebvre, 1976 [1983], p. 89); es el nivel de los sueños, del deseo, de los sentimientos y las pasiones. Es el espacio íntimo, que no se opone al público, sino que puede (o no) prolongarse en éste.

Como se observa en la Gráfica 4, se han distinguido dos fases críticas en la historia de La Victoria; dos momentos en los cuales ya

no sirven los antiguos conceptos y se crean nuevos: (a) cuando las personas migran del campo a los márgenes de la ciudad; (b) cuando se produce la toma de terreno.

En la primera fase crítica:

- El Nivel P (habitar) se encuentra en fase activa (P+). Se trata de las migraciones del campo a la ciudad con el objeto de mejorar las condiciones laborales y remuneración («yo salí a andar, a disfrutar de la vida y a sufrir», Augusto, 78 años, primera generación en La Victoria); aunque ese deseo no se cumple en todas las ocasiones, es el que guía las acciones y decisiones de las personas.
- El Nivel M (equipamiento urbano) está en fase recesiva (-m); se trata de familias o de personas que viven allegados, construyen viviendas precarias y sin equipamiento urbano en los márgenes de la ciudad (el Zanjón), en cités en el centro o en poblaciones en otros municipios. Si bien las condiciones materiales no son las óptimas, reconocen aspectos positivos en sus vidas, todos ligados al Nivel P (deseos, sueños).
- El Nivel G está en fase recesiva: el Estado o no dispone de los medios para responder a las necesidades de vivienda y de ciudad de quienes habitan en el Zanjón, o no le interesa darles solución, o su interés es ubicarlos en el límite de la ciudad.

En la segunda fase crítica se distingue:

- La ausencia de Nivel M (-m), que se manifiesta en la ausencia de equipamiento urbano, puesto que se trataba de terrenos agrícolas que rápidamente van urbanizando con el apoyo de cuadros técnicos y políticos, quienes también median las relaciones entre los pobladores y el Estado.
- La preponderancia del Nivel P (+P), que se manifiesta en las necesidades y el deseo de «una casita, un terrenito, algo para levantar una pieza al menos» (Juan, 80 años, primera generación en La Victoria).
- El Nivel Global (-g), el Estado y la ideología se hacen presentes mediante la represión policial, los golpes y la violencia

hacia las personas que ingresan a la chacra; estas agresiones no terminaron cuando comenzaron a construir la población:

Lo que pasó es que nosotros teníamos mucho miedo aquí, a los, a los aviones de chorro, porque pasaban muy despacio [imita el ruido de los aviones]. Estaban ahí pa' que nosotros nos fuéramos. Pasaban demasiado... Pasaban al nivel de un poste más o menos (Luis, 66 años, segunda generación en La Victoria).

La producción de espacio urbano en La Victoria

En ausencia del Estado, los pobladores señalaron que fueron supliendo las funciones y agencias estatales, el Nivel G que plantea Lefebvre (1976 [1983]). Dicen que formaron comisiones (vigilancia, salud, etc.) con delegados, que se constituyeron por bloques con presidente, secretario y tesorero, que tuvieron reuniones todas las noches, las que duraban hasta la madrugada. En estas reuniones recibían la ayuda y dirección de cuadros políticos y estudiantes universitarios (Farías, 1989, p. 61).

Junto con los estudiantes universitarios, los pobladores comenzaron a urbanizar el terreno agrícola, a producir el nivel M (el equipamiento, lo que es propiamente urbano).

Cuentan que el proyecto original de la trama de la población incluía escuelas, espacios públicos, policlínicos, sedes sociales y centros comerciales, pero debió ser modificado porque se incrementó el número necesario de sitios para viviendas. Finalmente, se trazaron sitios de 16 por 8 metros y se desecharon los espacios públicos, los centros comerciales, entre otros.

Se formaron calles, veredas; se escogieron los primeros nombres de calles, entre otros. Entre todos los vecinos construyeron la primera escuela, que era de forma redonda y de adobe. Los pobladores también levantaron las primeras viviendas, del mismo material que la escuela:

Entonces, cuando ya estábamos listos, había que construir. Yo llegaba, trabajaba por turnos; y en el turno que estuviera, yo me acomodaba. Si trabajaba de tres a once, me levantaba

a las siete, picaba mucha tierra, le plantaba paja y la pisaba. La dejaba ahí hasta el otro día. Al otro día, cuando llegaba, cortaba todo lo que le salía y al otro día igual. Cuando yo tenía los adobes listos para levantar las piececitas que hay ahí. De a poco Dios nos comenzó a dar. Hice la casa de ladrillos (Augusto, 78 años, primera generación en La Victoria).

En 1958, los pobladores consiguieron que la Corporación de la Vivienda (Corvi), del Ministerio de Obras Públicas (MOP), los encuestara para distribuir los sitios de acuerdo con la ley. Al año siguiente lograron que el Estado reconociera el campamento mediante la entrega de títulos de dominio por parte de la Corvi (Garcés, 2002, p. 145).

La escuela redonda que habían construido en la población fue reconocida por el Ministerio de Educación en 1959. En esos años, los pobladores comenzaron a pagar la cuota Corvi⁶, entendiendo el dinero como una objetivación de las relaciones sociales; en este caso, entre ellos y el Estado, como «prenda de garantía social» (Marx, 1971, p. 88):

Entonces, ahí el gobierno, entonces se dio cuenta de que era toda gente trabajadora, toda, toda, toda. Y ahí nos dejaron en paz. Así pudimos pagar. Algunos pagamos todas las semanas 50 pesos.

(Juan, 80 años, primera generación en La Victoria).

Por lo general, los entrevistados de la primera generación dijeron que la cuota Corvi era razonable y que no expresaba lo que les había costado su casa. Ninguno de los entrevistados, por ejemplo, perdió su vivienda por no haber podido pagar la cuota, como sí ocurrió con relación a la Ley de Habitaciones Baratas

En el año 1959 se crearon los Depósitos de Ahorro para la vivienda Corvi; estos ahorros se expresaban en cuotas (la cuota Corvi). El valor de la cuota Corvi se ajustaba anualmente de acuerdo con el Índice de Sueldos y Salarios (ISS) del año anterior y no podía ser más alta que el Índice de Precios al Consumidor (IPC). El ahorro necesario para postular a una vivienda social se medía en cuotas Corvi; una vez que se adquiría el préstamo (de acuerdo con una tabla en la que se incluía el ahorro previo del postulante, el tipo de casa que buscaba y los años en que se saldaría el préstamo), las deudas se reajustaban anualmente, de acuerdo con el ISS.

(1925). Si tenían un trabajo formal, con contrato, los pobladores podían optar a que les descontaran la cuota Corvi de la planilla de pago, mensualmente:

Teníamos que pagar después, porque era lo justo (...); la pagábamos [la cuota Corvi] mensual, al lado de Carabineros (...). Nos costó como 600 pesos este sitio, 600 pesos de la época (Augusto, 78 años, primera generación en La Victoria)⁷.

Los pobladores también construyeron el primer policlínico de la población. Por el año 61, 62, llegó el agua potable. «Todo eso fue un sacrificio de nosotros, de poner las cañerías» (Alicia, 73 años, primera generación en La Victoria). La población La Legua les regaló los primeros postes de luz, que eran de madera, algunos de los cuales no han sacado para que sigan de recuerdo. Dicen que la primera luz que tuvieron, la robaban a Ferrocarriles del Estado; y que instalaron la red de alcantarillado a fines de los años sesenta y comienzo de los setenta.

El terreno agrícola tomado está ubicado al sur del Zanjón; en ese entonces, en el municipio de San Miguel. Después de la división municipal implementada durante la dictadura militar, a partir de mediados de los años setenta, La Victoria se encuentra en el municipio Pedro Aguirre Cerda. Actualmente, debido a la expansión del Gran Santiago, La Victoria no solo está incluida en la trama urbana, sino también en situación de cercanía al centro antiguo de la ciudad.

COMENTARIOS FINALES

Para terminar, algunos comentarios finales a los apuntes que se han presentado.

El campo ciego. Como se ha visto, el campo ciego constituye un campo de conflicto, de choque, de luchas cuerpo a cuerpo. El campo ciego involucra procesos confusos. En él comparece una

De acuerdo con lo señalado en las entrevistas realizadas en esta tesis, el dinero que destinaban los pobladores para pagar la cuota Corvi era comprendido como «sustancia de todos los contratos» (Marx, 1972, p. 356), no como medida del valor y pauta del precio de la vivienda, o como expresión material del tiempo o el trabajo en la vivienda, de las emociones objetivadas en la construcción de sus casas.

gran cantidad de actores opuestos (los pobladores / el Estado) que se definen mediante el conflicto, las pugnas y las luchas por la centralidad (las luchas cuerpo a cuerpo por sacar a los pobladores del terreno agrícola) o por condenar a las personas a seguir habitando en la periferia. En el campo ciego aparece una gran cantidad de necesidades (sociales), deseos y sueños (individuales o colectivos).

La ideología. Los sistemas de ideas se configuran en patrones hegemónicos de producción de espacio. Estos patrones son defendidos por el Estado y la policía (a palos), pero también se ordenan en patrones contrahegemónicos y contraconductas. En el caso que se revisó, la producción contrahegemónica se expresó en el espacio producido por los pobladores, acompañados por cuadros políticos universitarios de adscripción marxista, entre otros actores sociales

Lo subjetivo. En el caso revisado, lo subjetivo aparece en el temor producto de la represión, de las acciones violentas de las agencias del Estado, entre otros; pero también en el orgullo de haberlo conseguido, de haber vencido, lo que se expresa en el nombre de la población. Los pobladores dicen estar muy conscientes de que la población se llama La Victoria por la lucha, «porque luchamos mucho y porque vencimos, por eso se llama La Victoria» (Adriana, 78 años, primera generación en La Victoria).

Como señala Lefebvre (1972 [1980]), el lenguaje cumple una función importante en la vida cotidiana, que es el lugar de la praxis, de la producción en un sentido amplio; y por praxis entiende tanto la acción como las actividades que son motivadas por la ideología (Lefebvre, 1972 [1980], p. 45), donde las personas pueden modificar sus vidas. La Victoria es un ejemplo de lo señalado: es un espacio producido y estructurado cotidianamente por la satisfacción de haber participado en la toma de la chacra, de haber conseguido un terreno donde construir una casa.

Los pobladores señalaron que sintieron miedo durante la ocupación y los primeros años, pero también dijeron que lograron reducir este sentimiento. Esta es la curva de tensión-reducción de la que habla Heller: los pobladores fueron capaces de reducir su temor, de gestionar sus sentimientos. Este es un buen ejemplo de por qué no

es posible pensar en las emociones como condenas, hechos fatales⁸; también, de la importancia de retomar los planteamientos de Heller acerca de los sentimientos entendidos como un conjunto activo de relaciones y práctica sociales.

La subjetividad y la periferia. Los pobladores sublimaron el temor; luego apareció el orgullo, que aún se hace presente en las conversaciones. Es la emoción resultante de haber logrado dejar atrás el Zanjón de la Aguada, las poblaciones callampa, el margen de la ciudad. El orgullo que expresan los pobladores se relaciona con la satisfacción que sintieron al haber conseguido responder a su deseo de dejar la periferia, a las competencias (colectivas e individuales) que supieron desplegar para responder a su necesidad de centralidad.

La producción de espacio urbano. Las historias de los pobladores de La Victoria apuntan a la urbanización de la sociedad, no a la sociedad urbana. Esta distinción, que proviene de Lefebvre, resulta clave para comprender cómo se produjo espacio urbano en la población seleccionada. Con esta reflexión se finalizan estos apuntes.

Las narraciones de los pobladores acerca de la urbanización del terreno agrícola de La Feria, en la que se incluye la aparición de una gran cantidad de actores e instituciones para la resolución del acceso a servicios urbanos, también debe ser comprendida como el incremento de la complejidad en las relaciones, producto del aumento del grado de urbanización (Pírez, 2000). Se trató de un incremento de la cantidad de actores e instituciones que convergieron y se ubicaron desigualmente en el espacio urbano. No se trató de la socialización de la sociedad, como acertadamente lo advierte Lefebvre (1968 [1978]), p. 93), sino de la urbanización de la sociedad. El grado de urbanización alcanzado en La Victoria no se vinculó necesariamente

Los tiempos cambian y también lo hacen las personas y las relaciones que establecen con ellas mismas y con su entorno. No debe extrañar, entonces, que los sentimientos varíen. Una de las principales reflexiones de Heller es que las personas aprendemos a gestionar las emociones en 'curvas reguladoras de tensión-reducción' porque «no se puede vivir en un estado de tensión constante» (Heller, 1980 [2004], p. 53). La disminución permite experimentar alegría de la reducción, por ejemplo, por haber logrado disminuir el temor mediante el autocontrol o el conocimiento de lo que provocaba el miedo (Heller, 1980 [2004]).

con la democracia urbana, en la cual lo urbano se presentaría como forma utópica, articulado en una ciudad incluyente, que se produce en torno a la justicia, a la posibilidad de producir espacio con valor de uso por sobre el valor de cambio.

REFERENCIAS

- Benhabib, S. (2000). «A. Heller, On Instincts, A Theory of Feelings». *Telos*, 1980 (44): 211-221.
- Brenner, N., y Elden, S. (2009). Henri Lefebvre on State, Space, Territory. *International Political Sociology*, 3, 353–377.
- Снеетнам, R. (1973). El sector privado de la construcción: patrón de dominación. En M. Castells, *Imperialismo y urbanización en América Latina* (pp. 359-396). Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- FARÍAS, G. (1989). Lucha, vida, muerte y esperanza. Historia de la población La Victoria. En D. J. Avello, J. C. Cartagena, A. Escalona, G. Farias, E. Hernández, S. Vivanco y otros, Constructores de ciudad. Nueve historias del Primer Concurso de «Historia de las poblaciones» (pp. 49-63). Santiago: Ediciones SUR.
- FEAGIN, J. R. (1987). The secondary circuit of capital: office construction in Houston, Texas. *International Journal of Urban and Regional Research*, 11, 172–192.
- _____ (1998). The New Urban Paradigm. Critical Perspectives on the City. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.
- GARCÉS, M. (2002). Tomando su sitio: el movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- GOTTDIENER, M. (1988). *The Social Production of Urban Space*. Texas: University of Texas Press.
- GOTTDIENER, M., Y FEAGIN, J. R. (1990). El cambio de paradigmas en la Sociología urbana. *Sociológica* (12), 209-236.
- Gramsci, A. (2004). *Antología.* Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Grupo de Trabajo La Victoria (Santiago, Chile) (2007). *La Victoria*. *Rescatando su historia*. Santiago de Chile: Editorial Arcis.
- HELLER, Á. (1977 [1994]). *Instinto*, agresividad y carácter. Barcelona: Ediciones Península.
- _____ (1980 [2004]). *Teoría de los sentimientos*. México D.F: Ediciones Coyoacán.
- LAWNER, M. (2013). *Memorias de un arquitecto obstinado*. Concepción: Ediciones Universidad del Bío-Bío.
- Lefebvre, H. (1968 [1978]). En las proximidades del punto crítico. En H. Lefebvre, *El derecho a la ciudad* (pp. 91-104). Barcelona: Ediciones Península.

- (1972 [1976]). La ciudad y lo urbano. En H. Lefebvre, El derecho a la ciudad II. (pp. 63-126). Barcelona: Ediciones Península.
 (1974 [1991]). The production of space. Oxford: Oxford Publishing.
 (1976 [1983]). La revolución urbana. Madrid: Alianza Editorial.
 (1980 [2009]). Space and Mode of Production. En N. Brenner y S. Elden, State. Space. World. Selected Essays. Henri Lefebvre (pp.
- MARX, K. (1972). Elementos Fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858. (Vol. 2). Buenos Aires: Siglo XXI.

210-222). Minneapolis: University of Minnesota Press.

- Marx, K., y Engels, F. (1846 [1974]). Feuerbach. Contraposición entre la concepción materialista y la idealista. En K. Marx y F. Engels, *La ideología alemana* (W. Roces, trad., pp. 15-93). Barcelona: Coedición Ediciones Pueblos Unidos, Ediciones Grijalbo.
- Merrifield, A. (2006). *Henri Lefebvre*. A Critical Introduction. New York: Routledge.
- Pírez, P. (2000). Servicios urbanos y equidad en América Latina. Un panorama con base en algunos casos. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal). Disponible en http://bit.ly/1bD1zwy [07-10-2013].
- THOITS, P. A. (1989). The sociology of Emotions. *Annual Review of Sociology*, Vol. 15, pp. 317-342.

Capítulo II Urbanismo y vida cotidiana

La crítica de la vida cotidiana y los «post-urbanismos»

Rosanna Forray Claps

Introducción

En su obra destinada a la crítica de la vida cotidiana, Lefebvre sustenta la tesis de que es allí –en la vida cotidiana– es donde se expresan y se pueden leer las formas manifiestas y las estructuras profundas de la vida social que están implícitas en los «modos de producción» de las sociedades, las que a su vez son modificadas al interior y a través de los modos de producción (2008, p. 2). Es allí donde estas estructuras se manifiestan y cobran forma en el espacio y en el tiempo. Y a ello agrega que es en el ejercicio de la *crítica* –que consiste en la interpelación necesaria para comprender y dar a ver los fenómenos subyacentes– *de la vida diaria* donde se pueden analizar y comprender las relaciones sociales y los modos de producción, así como sus expresiones espaciales y sus secuencias temporales.

A lo largo de su prolífica trayectoria, la reflexión crítica de la vida cotidiana en Lefebvre guarda estrecha relación con la inquietud por la producción del espacio y el tiempo social asociados a los «modos de producción¹» y a sus posibilidades de cambio. Ello hace de este autor una figura prominente e inspiradora de los esfuerzos marxistas por teorizar la urbanización. Sin embargo, desde su perspectiva, como

Entendidos estos como las maneras específicas en que se organiza la economía en cada momento histórico, a partir de las particulares relaciones entre las bases productivas –fuerzas de trabajo y medios de producción–, y las relaciones sociales, políticas, técnicas y culturales de producción.

señalan Kipfer et al. en Lefebvre, «la ciudad no es el mero producto de instancias abstractamente concebidas de la formación social» –a la manera en que los autores del marxismo estructuralista la teorizan–, sino más bien es resultado de «una contradictoria mediación entre la vida cotidiana y el orden social» (2008, p. 6).

La crítica de la vida cotidiana es entonces en Lefebvre un campo esencial de reflexión filosófica y exploración sociológica sobre los cambios sociales (Trebistch en Lefebvre, 2008), que permite poner en perspectiva crítica la economía política del espacio y de la ciudad –propia de los enfoques estructuralistas– manteniendo como derrotero –a través de la fenomenología– la crítica de las estructuras y las prácticas de la vida cotidiana, entendidas éstas a la vez como producto y productoras de esa economía política. Tal como el mismo Lefebvre señala, su preocupación central no es la economía política de la ciudad en sí, sino la *crítica* de la economía política (Kipfer et al., 2008, p. 7), y en este caso, a la luz de la crítica de la vida cotidiana.

Teniendo como hilo conductor esa relación dialéctica entre la vida cotidiana, los modos de producción y la producción del espacio, por una parte, y por otra, que el urbanismo es expresión de los modos en que la sociedad concibe, proyecta y pone en obra las transformaciones de la ciudad en estrecha relación con los modos en que produce (la economía), significa (la cultura) y se organiza (la política), la idea central de este artículo es reflexionar sobre cómo la crítica de la vida cotidiana de Lefebvre puede sernos útil hoy como una clave para visitar las propuestas contenidas en las tendencias actuales del urbanismo y sus relaciones con los cambios sociales en curso.

Haciendo un paralelo con la trilogía «espacio vivenciado», «espacio concebido» y «espacio percibido» de su teoría de la Producción del Espacio, la hipótesis de trabajo es que la crítica de la vida cotidiana, inscrita en el «espacio vivenciado», nos puede dar pistas para leer sus encuentros y desencuentros con el urbanismo que participa en la «concepción del espacio», traduciendo, reflejando, interpelando o contestando los modos de producción económica, social, cultural y política.

A partir de las tesis del autor sobre la vida cotidiana y su pertinencia para comprender cómo la producción del espacio y las prácticas sociales son reflejo o expresión de modos de producción específicos e históricamente situados, retomaré en un primer momento su crítica –desde la vida cotidiana– al urbanismo funcionalista de postguerra, para posteriormente invitar al lector a recorrer las propuestas de las corrientes del urbanismo que se han desplegado en el marco de la restructuración mundial de la economía y de su relación con el espacio y el tiempo, a partir de la crisis de los años 1970, para dar a ver la pertinencia de visitarlas desde la crítica de la vida cotidiana.

La vida cotidiana en Lefebvre

Lefebvre deja muy claro por qué para él la vida cotidiana constituye un campo de interés filosófico, sociológico y político. La pregunta que lo anima no es solo una cuestión de comprensión de los hechos, «no se trata de identificar lo que cambia o no para prever lo que será consolidado o alterado. No, también involucra establecer si el análisis crítico de la vida cotidiana puede servir como un hilo conductor (como el hilo de Ariadna) para el conocimiento de la sociedad como un todo y su inflexión en una dirección particular, con el objetivo de cargarla de sentido» (Lefebvre, 2008, p. 2). A sus ojos, este análisis permite pensar y abrir espacio a «lo posible», más allá de «lo real» (económico) o de lo «factual» (histórico) (Lefebvre, 2008, p. 15). Se expresa así claramente lo que moviliza el trabajo intelectual del pensador y cómo este se inscribe en lo político, tal como ha esbozado en su texto « Vers un romantisme révolutionnaire» (Lefebvre, 1957), en el cual revivía el ideal marxista de una revolución que solo podría tener éxito si se extendía más allá de las transformaciones económicas (relaciones de producción) o las transformaciones políticas (personas o instituciones), a las mentalidades y a la cultura, en el seno de la vida cotidiana (Lefebvre, 2008, p. 15). Desplaza así el foco de la discusión entre «base y superestructura» para poner énfasis en «lo social», en las relaciones entre los individuos y los grupos, en

lo que él llama «la totalidad de esas relaciones: la vida cotidiana» (2008, p. 16). Sitúa de este modo el análisis de la vida diaria en el marco de un proyecto revolucionario que se expresará en la figura del slogan «*changer la vie*» (cambiar la vida) hacia fines de los 60.

¿De qué enfoque de la vida cotidiana se trata? Stuart Elden, parafraseando a Lefebvre, señala que una definición inicial de la vida cotidiana sería sugerir que «la vida cotidiana es todo lo que resta fuera del trabajo: la vida cotidiana es la subsistencia, el vestuario, el mobiliario, el hogar, la vivienda, el vecindario, el medio ambiente. Como un texto a ser leído, la vida diaria es un perpetuo palimpsesto: está continuamente siendo reescrito. Es el punto de contacto y conflicto entre el deseo y la necesidad, lo serio y lo frívolo, la naturaleza y la cultura, lo público y lo privado» (citado en Elden, 2004, p. 111).

¿Pero cómo leerlo? Desde su primer tomo, escrito en 1946, Lefebvre toma distancia de las lecturas que reducen la vida cotidiana a una esfera nostálgica por una parte, o a un estatus trivial, ordinario, mundano, y por lo tanto de escaso interés y significación para el pensamiento filosófico y el conocimiento científico, por la otra. Rehúsa las miradas dicotómicas entre lo trivial y lo esencial para poner la vida diaria en el centro del conocimiento de la vida social como un «todo», como canal de comprensión holística e históricamente situada de la sociedad. Y ello, desde una perspectiva radicalmente dialéctica que es una clave de su búsqueda de «lo posible». Así, asumiendo que la realidad social está marcada por contradicciones y solo puede ser entendida a través de la comprensión de estas contradicciones (Schmid, 2008), Lefebvre emprende el estudio de la vida cotidiana en la búsqueda de las alternativas emancipadoras latentes en las contradicciones de las relaciones sociales existentes, entendidas las contradicciones como un terreno fértil para la interpelación y la producción de un conocimiento reflexivo.

El principio de totalidad en la vida cotidiana

Una clave en la tesis de la vida cotidiana en Lefebvre es la centralidad que otorga al principio de «totalidad». Según él, la palabra «cotidiana» se refiere al conjunto de actos del día a día, y especialmente

al hecho de que estos están articulados, que configuran un «todo», como expresión de la coherencia interna e integral de la vida humana. Estos actos no son hechos aislados o reservados al ámbito de la reproducción o el consumo, sino que deben ser considerados en su contexto: las relaciones sociales en que ocurren. Cada uno es una micro-decisión estrechamente ligada con los modos de organización y existencia de una sociedad (específica) que se despliega en un espacio-tiempo social asociado a su modo de producción (es decir, está históricamente situada). En este sentido, siendo en sí fragmentos de una realidad los actos de la vida cotidiana, encarnan en ellos las expresiones globales de la sociedad en que se inscriben, sus modos de ser, de pensar, de hacer y de producir. De este modo lo puntual, «conduce hacia la totalidad (el modo de producción) vía un "elemento" –la vida cotidiana– que ofrece el camino para aproximar concretamente el todo» (Lefebvre, 2008, p. 16).

Este sentido de totalidad, como señala Goonewardena (2008), sitúa la vida cotidiana en Lefebvre en una perspectiva dialéctica: sus actos, por una parte, tienen una connotación residual «definida por "lo que resta" [lo que queda] después de retirar del análisis lo distintivo, superior, especializado, las actividades estructuradas» (Lefebvre citado en 2008, p. 124); por otra parte, son producto y manifestación de ellas. La vida cotidiana es, así, «su espacio de convergencia –con todas sus diferencias y conflictos– y es allí donde la suma total de las relaciones que hacen de lo humano –y de cada ser humano– un todo, cobra forma. En ella se expresan y consuman aquellas relaciones que ponen en juego la totalidad de lo real, aunque siempre de una cierta manera que es parcial e incompleta: la amistad, camaradería, el amor, la necesidad de comunicar, el juego, etc.» (Lefebvre citado en 2008, p. 125).

En su tercer volumen esta relación dialéctica es confirmada y el principio de totalidad de la vida cotidiana es asociado a los modos de producción, entendidos estos –también en una perspectiva dialéctica– como estructurantes de los modos de ser y hacer de la sociedad que se manifiestan en los actos y las relaciones de la vida cotidiana, al mismo tiempo que encuentran en ella su expresión:

En relación con las actividades en mayor o menor grado especializadas, y por lo mismo fragmentadas –pensar, circular, habitar, vestirse, e incluso comprometerse en un trabajo en particular-, la vida cotidiana es definida a la vez como un «producto» (el resultado de sus conjunciones) y como un «residuo» cuando uno se abstrae de ellas. Recibe los remanentes, lo que queda de estas actividades «mayores»; es su medida común, su suelo fértil, su recurso, su terreno compartido. Este producto-residuo, resultado y terreno compartido, no puede en ningún caso ser reducido a la suma aritmética o mecánica de estas actividades. Por el contrario, la vida cotidiana puede solo ser entendida si se consideran sus variadas actividades en la totalidad que las engloba, es decir, el modo de producción. Este no es visto fuera o por encima de estas múltiples actividades, sino que más bien cobra realidad (se realiza) en y a través de ellas, en la vida cotidiana. La vida cotidiana es entonces un producto del modo de producción (en este caso el modo capitalista de producción...). El modo de producción como productor y la vida cotidiana como producto, se iluminan uno al otro (Lefebvre, 2008, p. 11) [Traducción propia].

Este enfoque eminentemente dialéctico plantea una cuestión epistemológica e ideológica que trajo muchos problemas a Lefebvre con las corrientes estructuralistas del marxismo en su época. Para él, «el socialismo (la nueva sociedad, la nueva vida) puede ser solo definida concretamente en el nivel de la vida cotidiana, como un sistema de cambios en lo que puede llamarse la experiencia vivida [...]. Cambiar la vida es sobre todo cambiar la manera en que el día a día, la vida real, es vivida (vivenciada)» (Lefebvre 2002 citado en Goonewardena, 2008, pp. 123-124). Lefebvre sitúa la alienación allí, en esa estrecha relación entre las estructuras y la vida cotidiana, ya que los trabajadores no solo tienen una vida en el lugar de trabajo, tienen también vida social, familiar, política: «hay tanta alienación en la recreación como en el trabajo» (Lefebvre citado en Elden, 2004, p. 111). «La alienación reside en la (relativa) autonomía y la desvinculación (incompleta) de las actividades 'elevadas' con la vida cotidiana donde las creaciones genuinas son consumadas, creaciones que el hombre produce como parte de su proceso de devenir humano» (Lefebvre 1957a, citado en Goonewardena, 2008, p. 128).

De este modo, frente al estructuralismo que deifica las estructuras en lugar de mirar su interrelación con el mundo de la acción, el nivel de la vida y la individualidad, Lefebvre propone interesarse en cómo estas estructuras de la vida social se integran con los signos y códigos de la vida cotidiana, retroalimentándose (Elden, 2004). Ello implica entrar en diálogo con la fenomenología y la semiología. Sin embargo, la fenomenología tampoco basta, según él; cubre sólo parte del campo, «observa a tan pequeña escala que excluye muchos de los elementos contextuales y no logra ver el cuadro en su conjunto [...] solo la filosofía propone una 'totalidad'» (Lefebvre, citado en Elden, 2004, p. 113); esto es, la búsqueda de una concepción o de una visión global.

La «crítica» de la vida cotidiana

Ya en su primer texto, *Critica de la vida cotidiana: introducción*, escrito en 1946, Lefebvre introduce algunas matrices conceptuales para la producción de un cuerpo de conocimiento de la vida cotidiana. Sin embargo, estas apuntaban –según su mismo autor– a un conocimiento definido no por su «pureza» epistemológica sino por su valor crítico, es decir, «o es crítico, o no es (es solo discurso)» (2008, p. 22).

La relación dialéctica entre los actos de la vida cotidiana y las estructuras societales –los modos de producción– y su iluminación mutua solo se puede aproximar según Lefebvre a través del pensamiento crítico, que es el que permite dilucidar qué es lo que me dice lo que veo o constato en los hechos y a través de sus contradicciones. A Lefebvre no le interesa en particular el estudio de la vida cotidiana en una perspectiva descriptiva o factual: se distancia así del conocimiento positivista dominante de su época. Para él, el pensamiento crítico es dialéctico y reflexivo, introduce la reflexión sobre lo que observa. El pensamiento crítico busca las pistas en las contradicciones presentes en lo observado, mientras que a sus ojos el pensamiento positivista no se desplaza del hecho consumado: lo factual, lo real. En él, el pensamiento crítico es eclipsado o eliminado por una «realidad» que parece elocuente y evidente, afirma.

«De este modo "lo real" es paralizado y aislado como objeto de conocimiento, sin embargo "la realidad" está en constante movimiento, deslizándose hacia otra cosa» (Lefebvre, 2008, p. 4). «¿Qué significa hoy la palabra 'real'? Es lo dado, lo sensible y práctico, lo actual, la superficie perceptible. Así, la opinión general dice que la vida cotidiana forma parte de la realidad. ¿Pero coincide con ella? No, porque contiene algo más, algo menos, y algo distinto: la experiencia vivenciada, la subjetividad efímera —emociones, afectos, hábitos, y modos de comportamiento», incluye incluso abstracciones, «como el dinero y los *commodities*, que poseen una dimensión abstracta que forma parte de la realidad diaria, que están cargados de imágenes sin por ello desvanecerse en el "imaginario"» (Lefebvre, 2008, p. 5).

Sin embargo, para abordar su conocimiento crítico es necesario remontar un obstáculo conceptual. Haciendo referencia a Hegel en su enunciado «lo familiar [das Bekannte], justamente por ser familiar [bekannt] no es bien conocido [erkannt]» (citado por Elden, 2004, p. 111), Lefebvre sustenta que para investigar o examinar la vida cotidiana tenemos que poner una distancia crítica entre nosotros y el objeto de investigación: «es imposible medir lo cotidiano al mismo tiempo que lo aceptamos, "viviendo dentro" de él pasivamente, sin poner un pie afuera». «La vida cotidiana puede ser familiar a nosotros, pero eso no significa que por ello sea entendida. Analizar la vida diaria implica extraer lo extraordinario que está en lo ordinario» (Lefebvre, citado por Elden, 2004, p. 111).

«Pocos entendían que se llega a la "totalidad" (modo de producción) vía la vida cotidiana que provee un camino para acercarse al "todo" de manera concreta. Que la vida diaria provee una mediación entre lo particular y lo universal, lo local y lo global, escasamente comprendida», dice Lefebvre en su tercer volumen, mirando sobre su hombro las 3 décadas de postguerra y haciendo una crítica a los enfoques estructuralistas (2008, p. 16). Pocos entendían que la transformación social no puede ser confinada a las relaciones económicas y las formas políticas, que corre el riesgo de ser degenerada si no tiene como objetivo y sentido la creación de una cotidianeidad diferente (2008, p. 29). Pocos entendían que de lo que se trataba era

de entender la experiencia vivida, situarla y restaurarla en el ámbito de los conceptos (explicativos de lo que implica). El conocimiento crítico de la vida cotidiana estaba llamado a «mostrar que el carácter confuso de la experiencia vivida (*vécu*), así como de la vida cotidiana, es la evidencia no de su pobreza, sino de su riqueza». El proyecto subyacente a este trabajo era abrir espacio a «una renovada unidad y totalidad de lo experiencial, lo filosófico y lo político» (Lefebvre, 2008, p. 17). Esta es una clave que vinculará más tarde este trabajo con su teoría sobre la Producción del Espacio.

Algunas claves para el conocimiento crítico de la vida cotidiana

Desde su primer volumen, Lefebvre traza algunas claves conceptuales –que revisa en su tercer volumen a la luz del tiempo transcurrido- para el conocimiento de la vida cotidiana, que vale la pena traer a colación aquí en la medida que constituyen ejes de lectura de los cambios sociales y sus relaciones con el espacio y el tiempo, como expresiones de los cambios en los modos de producción en la economía, la política y la cultura. Muy a grosso modo, se trata de las siguientes: la relación al tiempo y al espacio; las diferencias y similitudes entre la experiencia vivenciada y las representaciones mentales que toman lugar y cobran forma en la vida cotidiana; las relaciones entre las actividades elevadas, especializadas y las ordinarias cómo se iluminan mutuamente: las tensiones entre los procesos cíclicos propios de la naturaleza y los lineales procedentes de nuestros modos de organizar la agenda de actividades en el corto y en el largo plazo; las relaciones entre el valor de uso y el valor de cambio; las relaciones entre las necesidades naturales y las culturales; las relaciones de distancia/proximidad espacio/temporal; las relaciones entre lo religioso, la fiesta, el juego y las actividades serias, de negocio, trabajo (separación /continuidad/ inclusión). Estas relaciones no existen *per se*; son socialmente producidas en el contexto de una sociedad específica y son entendidos como parte integral de las prácticas sociales. Por lo tanto, ellas son al mismo tiempo resultado y precondición para la producción de la sociedad

y requieren un análisis que incluye las formaciones sociales, las relaciones de poder y los conflictos inherentes en cada situación específica (Lefebvre, 2008).

El urbanismo: *espace conçu,* a la luz de la crítica de la vida cotidiana: *expérience vécue*

Para abordar el interés que presenta la tesis sobre la crítica de la vida cotidiana en Lefebvre como clave de lectura de las corrientes del urbanismo en nuestros días, es necesario hacer un vínculo entre el análisis de la «experiencia vivida» en la vida cotidiana como fuente de conocimiento de la realidad social (como un todo) y la trilogía «espacio concebido, vivenciado y representado», propuesta por el autor en su teoría sobre la Producción del Espacio. Pondremos aquí el foco en el urbanismo en tanto participante en la producción del «espacio concebido» en el marco de las lógicas económicas y políticas históricamente situadas, siguiendo el registro conceptual del autor.

Escapa a este artículo la indagación en el concepto de «espacio representado», que podría ser entendido como lugar de diálogo conflictivo entre la representaciones emanantes de la experiencia vivenciada por el habitante – «espace vécu» – y las representaciones que se construyen en el seno de las ideologías y las lógicas técnicas, políticas y económicas – «espace conçu» –. Este podría ser un campo fértil para un urbanismo «dialéctico» – en el sentido en que el autor concibe esta relación –, en el cual el espacio vivenciado y el espacio concebido podrían iluminarse mutuamente a través del diálogo crítico y conflictivo entre las representaciones del espacio emanantes de uno y del otro.

En su teoría sobre la producción del espacio, Lefebvre afirma que el espacio no existe como una realidad «en sí misma», sino como una producción social históricamente situada; «el espacio (social) es un producto (social)» (1974, p. 35). Esto significa que «cada sociedad (y por lo tanto cada modo de producción con todas sus subvariantes...) produce un espacio, su propio espacio» (1974, p. 40), y la ciudad es expresión de ello. A sus ojos, el espacio «en sí mismo» no puede servir como un punto de partida epistemológico;

su producción –siempre en obra– está íntimamente vinculada con la realidad social y su devenir.

En su brillante lectura sobre la teoría de la producción del espacio en Lefebvre, Christian Schmid (2008) nos da a ver su construcción del concepto de «producción del espacio» a través de lo que llama una «dialéctica tridimensional²» que se despliega en tres dimensiones de la realidad social -presentes en el pensamiento de Marx, Hegel y Nietzsche-- que Lefebvre articula dialécticamente como constituyentes de la producción del espacio: la práctica social material; el lenguaje y el pensamiento; y la creación, el acto poético (2008, p. 33). Según Schmid, estas tres dimensiones están doblemente determinadas en series paralelas que apuntan a un doble enfoque del espacio: uno lingüístico o semiótico y el otro fenomenológico (2008, p. 29). Ellas se refieren, por una parte, en el registro lingüístico, a la tríada: «práctica del espacio» (que designa la dimensión material de la actividad y la interacción social), «representación del espacio» (que construye una imagen, y por lo tanto define un espacio a través del discurso o la teoría, o bien del plano, el mapa o la imagen) y «espacio de representación» (que se refiere a la dimensión simbólica del espacio). Por otra parte, en el registro fenomenológico, estas dimensiones se refieren al «espacio percibido» (aquel que se aprehende con los sentidos), el «espacio concebido» (aquel que emana de un acto del pensamiento vinculado a la producción del saber) y el «espacio vivenciado» (o experienciado por los seres humanos en la práctica de sus vidas cotidianas) (2008, pp. 36–40).

Queda fuera del alcance de este texto profundizar sobre los significados de estas tres dimensiones, en la medida que, como señala Schmid, estos solo quedan claros en el contexto general de la teoría de la producción del espacio y solo pueden ser reconstruidos a la luz de la obra completa de Lefebvre. Sin embargo esta elipsis era necesaria para

² Es importante la distinción que hace el autor entre la concepción de la dialéctica en Hegel, Marx y Lefebvre. En la versión de este último, esta se compone de tres dimensiones (o momentos) de igual valor que se interrelacionan y retroalimentan en diversos y complejos movimientos, teniendo por objetivo no la construcción o la producción de un devenir, sino el reconocimiento de un significado, de un horizonte de lo posible y de sus incertidumbres, dentro del cual se pueden elaborar estrategias sin la certeza de alcanzarlas. (Schmid, 2008, pp. 34–35).

establecer el potencial de la crítica de la vida cotidiana como asiento de la «experiencia vivenciada» –aquella donde se conjugan las estructuras y la acción, y se localizan en la «práctica del espacio» y del tiempo—, para interpelar el «espacio concebido» o las «representaciones del espacio» –producto de ideologías conceptuales de origen disciplinario o político-técnico, que guardan estrecha relación con los modos de producción— en las corrientes del urbanismo de las últimas décadas. De hecho, Lefebvre nunca separó lo vivenciado de lo concebido, para él se enriquecen mutuamente (Hess y Weigand, 2006), en su proximidad y en su distancia se visualizan las alianzas y conflictos de interés, de representación y de poder entre los actores de la ciudad.

La crítica del urbanismo funcionalista desde la vida cotidiana

Lefebvre hace una severa crítica al urbanismo funcionalista que se gesta en las primeras décadas del siglo XX y encuentra su apogeo después de la segunda guerra mundial en Europa. Haciendo la relación entre la vida cotidiana y los modos de producción en la sociedad moderna, su crítica apunta a la manera en que el funcionalismo hizo abstracción del principio de totalidad en la vida cotidiana, por una parte y, por otra –no obstante su voluntad de ser revolucionario respecto a las condiciones de vida de su tiempo—, terminó por confirmar la producción espacial que requería el modo de producción capitalista –y socialista—, monopolista de Estado de su momento (Lefebvre, 1974).

Una vida social intensa tiene su fuente en las condiciones del trabajo y se extiende fuera de él en la vida cotidiana, hasta en los placeres [...]. En la mayoría de los barrios, grandes o pequeños, técnicos de buena voluntad han hecho desaparecer, como inútiles y superfluos, el café y también la calle. Estos técnicos obedecían, sin saberlo bien, a imperativos de orden moral o filosófico que los hechos terminarían por desmentir. El remedio a los males que se querían combatir –alcoholismo, tiempo perdido– ha demostrado ser peor que la enfermedad. En estos nuevos barrios, la vida social se ha empequeñecido y deteriorado singularmente. Los habitantes se repliegan en

su vida privada, no sin quejarse de las molestias provocadas en el seno de esta existencia familiar por el ruido, la casi desaparición de las relaciones tradicionales de vecindad, el vecindario –unas veces demasiado homogéneo, otras demasiado heterogéneo y de los inmuebles. En resumen, a pesar del relativo confort de los alojamientos, estos hombres y mujeres no son felices (Lefebvre, 1978, p. 135) [Traducción propia].

El funcionalismo, según él, desconoce que «la ciudad proyecta sobre el terreno una sociedad, una totalidad social o una sociedad considerada como totalidad, comprendida su cultura, instituciones, ética, valores, en resumen sus supra-estructuras, incluyendo su base económica y las relaciones sociales que constituyen su estructura propiamente dicha» (Lefebvre, 1978, p. 140), separa todos los elementos de la vida social y los proyecta en espacios especializados, en circunstancias que la vida social se construye sobre la polifuncionalidad y no puede funcionar sin ella. Olvida funciones esenciales de la vida social como la lúdica, la simbólica y la informacional. Olvida que la ciudad, como un todo, no se reduce a una suma de elementos visibles sobre el terreno, tangibles, sean funcionales, morfológicos, demográficos, etc. (1978). A sus ojos, mientras más sofisticado, mejor intencionado, más previsor sea este proyecto, sin apertura hacia 'lo posible' solo logra enmascarar la insatisfacción de quienes lo habitan. Con medios nuevos, más poderosos, más inteligentes, el tecnócrata reproduce la actitud paternalista. Aunque este esfuerzo tenga méritos incontestables, a partir de esta concepción el hábitat y la vida cotidiana (pública y privada) se mantienen siendo auxiliares y anexos a la organización técnica del trabajo (Lefebvre, 1960, p. 191).

Ningún problema fue arreglado, concibieron «el hábitat» y no «el habitar», el espacio habitable, vivido, animado. Ya no sabemos más qué es «habitar», qué es un espacio «habitable», asistimos al fracaso del urbanismo. Las causas son múltiples: la pérdida de la representación del espacio «habitable/habitado» como obra de la actividad humana, tan importante como el juego, la risa, el amor, el trabajo; la desaparición de esta percepción del espacio paraliza el conocimiento, la imaginación y el empleo de las técnicas a disposición de los arquitectos y los urbanistas [...]. Pero no son los sabios, no

son los arquitectos, los urbanistas quienes van a reencontrar el sentido del habitar, si queremos reconstituir el trayecto de la idea del «habitar» que se perdió en la funcionalización del «hábitat», lo haremos a partir de la filosofía y la poesía (Nietzsche, Heidegger, Bachelard). Le Corbusier creyó hacer una obra revolucionaria, pero hizo la obra del capitalismo monopolista de Estado y del socialismo de Estado. Queriendo ser revolucionarios, Le Corbusier y La Bauhaus se instalaron literalmente al frente de las formas arquitectónicas y urbanísticas que les reclamaba la economía moderna. De allí su éxito mundial (*Entretien avec Henri Lefebvre*, 1972) [Traducción propia].

El urbanismo funcionalista es a sus ojos la expresión del modo de producción taylorista que se apoya en el Estado como mediador de los conflictos entre capital y trabajo, el cual se dota de un sistema ad hoc de instituciones y tecnocracias para su implementación. Un modelo marcado por la división jerárquica y especializada de las tareas, ritmado por la automatización, la segmentación y la repetición de los procesos, la estandarización de los productos; que a partir del mundo del trabajo da forma a la vida cotidiana en la ciudad formateando los hábitos y los modos de vida de la sociedad de masas. El espacio urbano del funcionalismo moderno es la traducción espacial de esta organización y su experiencia cotidiana. Sus conceptos operan «como ideologías del espacio urbano, son reproducidos por los especialistas del espacio –arquitectos, planificadores, geógrafos, sociólogos– y son representados en constructos espaciales: en las disciplinas y las tecnologías políticas de construcción de la ciudad, el espacio moderno y sus formas y posibilidades de uso, se transforman en formaciones discursivas», que se erigen como objetos legítimos de conocimiento y al mismo tiempo se transforman en factores prácticos de configuración del espacio (Prigge, 2008, p. 53), los que son recogidos por las instituciones y las tecnocracias del Estado y puestos en marcha en las prácticas del urbanismo sin una comprensión cabal de las prácticas sociales de los contextos en que se inscriben.

Los post-urbanismos y la economía política de la globalización a la luz de la vida cotidiana

A partir de mediados de los 70 emergen una serie de nuevos discursos sobre lo urbano que se inscriben de una u otra manera en diversas corrientes y prácticas del urbanismo y en distintos enfoques de la vida cotidiana. Estos están ciertamente ligados a los cambios de ciclo de los procesos de acumulación de la riqueza inducidos por las crisis, los cuales han redefinido las condiciones políticas, institucionales y epistemológicas en que se modifica la producción del espacio. Es decir, están relacionados con el paso del modo de producción de tipo «fordista», que se apoyaba en el rol regulador y redistribuidor del Estado nacional, hacia el proceso de acumulación «flexible», que se basa en la restructuración de la producción y los intercambios a escala global y en la redefinición del rol del Estado frente a los mercados, así como con su ulterior reconfiguración, en el siglo XXI, en el contexto de la formación crecientemente globalizada y financiarizada del capitalismo neoliberal (Brenner, Peck, y Theodore, 2010).

Estos cambios se acompañan de profundas transformaciones en todos los ejes de análisis de la vida cotidiana propuestos por Lefebvre. Por nombrar algunos, en términos de la organización de los espacios y los tiempos, la flexibilidad laboral implica la diversificación de los horarios y los lugares del trabajo y el ocio, la reorganización de las actividades domésticas y del tiempo libre, el incremento de la movilidad, de la ubicuidad y de la necesidad de hiper-conectividad permanente; con lo cual se modifican las relaciones de distancia y proximidad social y espacial. En términos de las relaciones (similitudes y diferencias) entre la experiencia vivenciada y las representaciones mentales en la vida cotidiana, el cambio de estatus del trabajo como eje estructurante de la identidad pone en tensión los ejes de reconocimiento social, la ética del mérito y las modalidades de acceso a los bienes y servicios, y al dinero. El fin de la estabilidad salarial -y con él de la seguridad de la economía familiar a corto y a largo plazo- cambia las relaciones entre los tiempos cíclicos y los tiempos lineales de la vida cotidiana, modifica la certidumbre de los proyectos de largo plazo –antes asegurados por el sueldo fijo- y profundiza el endeudamiento, la dependencia del crédito

ROSANNA FORRAY CLAPS

y la inestabilidad en el corto plazo. El tiempo libre cobra relevancia en la vida cotidiana y se convierte en una inagotable fuente para la creación de necesidades culturales y recreacionales que pasarán a ser parte importante de los bienes de consumo en la nueva economía. Junto con los efectos de moda asociados a la obsolescencia programada de los productos, estos reconfiguran los estilos de vida a través de ciclos cada vez más cortos, poniendo en tensión las relaciones entre valores de uso y valores de cambio.

El modelo neoliberal no olvida las funciones esenciales de la vida social que Lefebvre le solicitaba al funcionalismo, tales como la lúdica, la simbólica y la informacional, pero las transforma en fuente de producción de demanda de *commodities* que no son más asociados a valores de uso e identificación social, sino a valores de cambio que operan en los procesos de homogeneización, integración, distinción y segregación social.

En lo que se refiere a la producción de la ciudad, a la salida de los años 70 las críticas al urbanismo funcionalista y la planificación central hacen un llamado al repliegue del Estado desde ángulos opuestos: por una parte, la demanda por un urbanismo en que se integren las necesidades expresadas desde las prácticas cotidianas en el seno de las comunidades, un urbanismo desde abajo y desde adentro de la vida cotidiana que apele a la democratización de la toma de decisiones a través de procesos participativos. Por otra parte, la demanda por la apertura de los mercados tanto a nivel nacional como internacional acusa la ineficiencia de las instituciones públicas y apela a la desregulación y a una mayor participación del sector privado en la producción de la ciudad y en la oferta de los servicios públicos. La transición hacia gobiernos neoliberales hace prevalecer la segunda opción, aunque incorpora, cuando lo necesita, la participación como una técnica para instrumentalizar la eficiencia de los procesos.

Tal como lo había visualizado Lefebvre en gran parte de su obra a partir de la década de los 60, la ciudad será la arena de la acumulación de capital. Por una parte, «lo urbano» será incorporado en el marketing como un signo, un medio para orientar la demanda, una marca que vehicula estilos de vida con sus patrones de consumo asociados. Por otra parte, la ciudad será no solo valorizada como

centro de articulación de las redes del capitalismo, sino su producción material será en sí misma un mecanismo de valorización del capital: frente a la pérdida de rentabilidad del sector productivo, el sector inmobiliario aparecerá como una alternativa para la valorización de los capitales móviles (de Mattos, 2013).

LOS DISCURSOS DE LA SOCIEDAD POST-INDUSTRIAL Y LAS RESPUESTAS DEL URBANISMO

Con la incorporación de la ciudad en los intercambios globales, el paso de la economía industrial a la economía de los servicios y el conocimiento, la aceleración de las comunicaciones a distancia y en tiempo real, la crisis ecológica y el cambio climático a escala mundial, emergen distintos discursos sobre el rol de la ciudad y las relaciones de la sociedad al espacio, los cuales dan lugar a distintos enfoques del urbanismo, ya sea en el plano de la teoría como en el de la práctica. Si bien son mucho más complejos de lo que parecen, para efectos de este texto identificaremos cuatro grandes grupos: la sociedad global, el post-urbanismo y la ciudad genérica; la sociedad de los flujos, el urbanismo de las redes y la metápolis; la sociedad «bio», el eco-urbanismo y la eco-ciudad o eco-región; la sociedad local, el nuevo urbanismo, el urbanismo cotidiano y la ciudad lenta. Estas «concepciones del espacio» (espace conçu), que se configuran desde distintas relaciones con los procesos de acumulación en curso y se erigen como ideologías que son reproducidas por los especialistas en objetos de conocimiento e instrumentos prácticos -como sugiere Prigge-, invitan a un análisis crítico desde la perspectiva de la vida cotidiana, desde la experiencia vivenciada (expérience vécue), que nos abra un espacio de reflexión crítica sobre las maneras en que el urbanismo se posiciona en relación con la economía, la política y sus proyectos de sociedad.

La sociedad global, el post-urbanismo y la ciudad genérica

Con la terciarización y la restructuración de la economía a escala mundial y su herencia de sitios desafectados y de población cesante en las ciudades, la regeneración urbana surge como una vía para la creación de nuevas dinámicas económicas a partir de la construcción de la ciudad sobre sí misma, revalorizando su contexto físico construido de largo período y utiliza como su instrumento la figura del «proyecto urbano». En este contexto surge la corriente del «post-urbanismo», que se autodefine como post-estructuralista y crítico, que busca representar las sensibilidades y los tecno-flujos de las vanguardias de la sociedad globalizada a través de una ciudad «genérica». Un urbanismo heterotópico, sensacionalista que no pretende cambiar la sociedad sino reflejar la condición de la sociedad; desestabilizarla en lugar de darle forma. Sus autores rehúsan lo comunitario y la *polis* en nombre de la libertad y la emancipación que ofrece el mundo de las tecnologías y las comunicaciones. Son esencialmente nihilistas: aceptan y celebran la fragmentación, la deslocalización y la efemeridad de la vida contemporánea como una vía de escape hacia nuevas formas de conocimiento (Kelbaugh, 2000). En el marco de una competitividad intensificada, los provectos urbanos integran esta arquitectura emblemática y disruptiva, que pasa a ser el instrumento para la valorización de fragmentos de ciudades bien servidos y conectados como plataformas de intercambios globales, en los cuales la sociedad local encuentra dificultades para insertarse económicamente y reconocerse simbólicamente. Se profundiza con ella la segregación de los modos de habitar en las grandes ciudades, la ciudad a distintas velocidades.

LA SOCIEDAD DE LOS FLUJOS, EL URBANISMO DE LAS REDES Y LA METÁPOLIS

En la era de la valorización de la producción inmaterial, de la sociedad del conocimiento y la información, el discurso de la ubicuidad preconiza la aespacialización de las relaciones sociales –laborales, educativas, recreacionales, políticas y comerciales—, hecha posible por la simultaneidad de las comunicaciones a distancia y en tiempo real, y con ello celebra la popularidad de los espacios virtuales y la supresión de la necesidad de interactuar en el espacio material de la ciudad, dando lugar a nuevas formas urbanas y a nuevos usos del espacio a través del urbanismo de las redes (Castells, 2001). Pone así en tensión el estatus de los intercambios cotidianos en el espacio público y las relaciones cara-a-cara. En una vertiente similar, el discurso de la aceleración de los flujos y la hiper-movilidad en el espacio y en todos los ámbitos de la vida social celebra la autonomía individual y la elección a la carta «donde quiera, como quiera, cuando quiera y con quien quiera» y, con ella, la sociedad hipertexto y la meta-ciudad, la conectividad y accesibilidad a distancia de personas, bienes y servicios: la desvinculación con el territorio de proximidad (Ascher, 1996).

LA SOCIEDAD «BIO», EL ECO-URBANISMO Y LA ECO-CIUDAD O LA BIO-REGION URBANA

Con la crisis del petróleo y las consecuencias climáticas de los patrones de urbanización y su consumo energético, la dependencia de los combustibles fósiles, las demandas crecientes de agua y seguridad alimentaria, los desafíos medioambientales pasan a ocupar la escena en las discusiones sobre la ciudad, desplazando la centralidad de la vida social en la cuestión urbana. La metáfora de la «naturaleza» sustituirá a la de la «máquina» como orientadora de la relación del hombre con el mundo, de la relación en sociedad y con el espacio.

Las tesis del crecimiento económico ilimitado son puestas en tela de juicio por el desarrollo sustentable. Sin embargo, este se debate entre una teoría que busca cambiar la relación del hombre con la sociedad y el territorio –un valor de uso– y una práctica que tiende a ser confiscada por los procesos de acumulación en curso como valor de cambio, como un nuevo atributo de los *commodities*. Así, las ecuaciones entre crecimiento económico, desarrollo social y protección medioambiental se debaten en medio de discursos y posturas que ponen en tela de juicio los modos de producción en curso en un

ROSANNA FORRAY CLAPS

extremo y, en el otro extremo, los que se focalizan en cumplir los estándares medioambientales para entrar con sus productos (sean estos bienes, servicios o ciudades) en los mercados internacionales, como si se tratase de una cuestión exclusivamente técnica, haciendo una escasa crítica a las bases del modelo económico que engendra esos desequilibrios. E incluso en algunos casos desde una perspectiva simplemente a-crítica, como se observa en los postulados del «urbanismo verde»: «[...] El imperativo es evitar errores manteniendo los estándares de vida, orientándose lo más eficientemente posible hacia ciudades más sustentables, compactas, con menos emisiones de gas con efecto invernadero, con tráfico vehicular reducido y con cadenas de distribución más cortas» (Lehmann, 2010, p. 65).

Emerge así desde distintos ángulos la crítica al crecimiento disperso, la defensa de la «ciudad compacta» y la urbanidad, el «crecimiento inteligente» y el llamado a una movilidad también inteligente a través de una mejor relación entre el transporte y el desarrollo urbano, en la figura del desarrollo orientado por el transporte público (*transit oriented development*). Los modelos físicos se buscan en ciudades policéntricas y multifuncionales, con barrios más densos y mixtos, con espacios urbanos amigables al peatón, lugares para encontrarse, divertirse y congregarse, caminar y andar en bicicleta, más seguros y atractivos; que integren consumo de energía renovable y de recursos locales, transporte público, manejo de desechos y agua, estrategias pasivas y activas en diseños urbanos sustentables.

Desde unas perspectiva se trata de «mejorar la vida», reformular la relación del hombre en sociedad y con la naturaleza y su territorio como «bien común» (Magnaghi, 2014), promover la vida saludable, resignificar el espacio público. Desde otras, más funcionalistas y normativas, se trata de: «restructurar la economía hacia modelos "low-to-no-carbon", basados en conocimientos probados y adoptados en el diseño urbano contemporáneo para mejorar el desempeño social y ambiental de nuestras ciudades» (Lehmann, 2010, p. 64) [traducción propia], donde la experiencia cotidiana se desperfila en nombre de la gestión del medio ambiente e incluso de la valorización de lo ambiental como *commodity*.

El urbanismo Ecológico, por ejemplo, busca dar al medio ambiente, al asiento físico de la ciudad y sus características bioambientales, una importancia y densidad tan sólida como la que ha adquirido a lo largo de siglos la ciudad como proceso/producto cultural. Según él, lo topográfico y lo metabólico debiera informar el diseño urbano tanto como lo cultural y lo económico lo han hecho hasta ahora. Invita así a la exploración de diseños respetuosos del medio ambiente y a una retroalimentación entre constructos culturales y necesidades ecológicas (Hagan, 2013). Sin embargo no apela, al menos explícitamente, a una interpelación o reconsideración de la relación –ya sea existencial, instrumental, funcional, u otra– del hombre con la naturaleza.

El urbanismo Integral, por su parte, frente a las heridas del modernismo y el post-modernismo, la dispersión, la inseguridad, la decadencia del sentido de comunidad, la degradación medioambiental y la aceleración de los flujos, propone una reorientación hacia la lentificación, la simplicidad, la espiritualidad y restaurar la relación entre el individuo y la naturaleza. En una perspectiva menos normativa, propone una mirada de la ciudad y la sociedad a la luz de la metáfora ecológica: «dejar de diseñar a la imagen de la máquina y empezar a hacerlo a la imagen de la naturaleza» (Ellin, 2006). Hacer del diseño urbano una forma de ecología aplicada; aprendiendo de la naturaleza, de sus membranas permeables, de la diversidad de sus sistemas, de su capacidad de autoajuste, su evolución permanente.

LA SOCIEDAD LOCAL, EL NUEVO URBANISMO, EL URBANISMO COTIDIANO Y LA CIUDAD LENTA

El Nuevo Urbanismo, frente a la dispersión urbana y la vida individualista y mono-funcional del suburbio, aspira a una ética social reparadora de la comunidad y a una relación armónica con el medio ambiente a partir del diseño del espacio (Kelbaugh, 2000). Sosteniendo que existe una relación entre la forma física y el comportamiento social, su proyecto social se expresa en el diseño urbano a través de la figura de la ciudad compacta, caminable, mixta, diversa y equitativa, servida por el transporte público, que promueve la

ROSANNA FORRAY CLAPS

vida pública y el encuentro cara-a-cara, todo ello en el marco de una arquitectura neo-tradicional que juega un rol simbólico en la identificación comunitaria. Cuenta así con la mayoría de los ingredientes de la crítica al urbanismo funcionalista moderno, e incluso con los del urbanismo sustentable. Sin embargo, sus resultados son discutibles desde la perspectiva de los efectos de homogeneidad y disciplinamiento social que vehiculan las referencias simbólicas de sus estilos arquitectónicos.

El «Placemaking» a la reconquista del espacio público. Como contra-discurso de la ubicuidad, y en reacción a la especialización del espacio en el urbanismo moderno, una serie de movimientos sociales defienden el espacio público como lugar de la restauración de las relaciones sociales en la ciudad diversa. Por una parte, apelan a la recuperación de la urbanidad, mientras que por la otra critican al suburbio mono-funcional y socialmente homogéneo, contrarrestándolo con la necesidad de crear espacios intensos, vitales y animados en una ciudad más densa, social y funcionalmente mixta. La figura de la producción de «lugar» hace referencia aquí a la carga de sentido social, cultural, patrimonial y simbólico del espacio público como asiento de una sociedad que se reconoce a sí misma en las prácticas de la vida cotidiana (Gehl, 2010, 2011). Por una parte, en su vertiente localista; este discurso promueve una narrativa que busca involucrar la imaginación popular, haciendo referencias a la historia, la cultura y la geografía local en la producción de un paisaje urbano identitario (Fleming, 2007). Por otra parte, los mercados también valorizan los contenidos significantes de los lugares como medio de valorización de capital. ¿En qué medida estas corrientes enriquecen la vida social? A este punto, Margaret Crawford ofrece una buena discusión en su texto Contesting the Public Realm (1995). La pregunta llama a una mayor exploración desde la vida cotidiana en sus contextos específicos.

La Ciudad Lenta, el urbanismo Integral, la Bioregión Urbana. Como contra-corriente a la ciudad de los flujos y su tentación planetaria, aparecen los movimientos que promueven otra relación con el espacio y la naturaleza, una vida arraigada en el espacio de proximidad, regida por la reducción de las velocidades y los ritmos en la vida cotidiana, la conexión con el territorio local, con su medio natural como paisaje productivo y contemplativo, con las redes locales de producción y comercialización; una vida en que «cada uno pueda adueñarse de su existencia». Entre ellos está el movimiento que se inicia en Italia, oponiéndose a la estandarización de la gastronomía y a los monopolios de la alimentación, en torno a la «cittá lenta». En una postura más radical, Alberto Magnaghi propone la «bioregión urbana», el «retorno a un territorio bien común»; promueve formas conviviales de habitar, producir y autogestionar el «patrimonioterritorio», capaces de fabricar la riqueza sostenible basada en las culturas, los saberes locales y las redes económicas locales (2014).

Everyday Urbanism y el potencial creativo y liberador de la vida cotidiana. Inspirándose en los conceptos de Lefebvre, De Certeau y Debord sobre la vida cotidiana, el «urbanismo cotidiano» se focaliza en los significados estéticos, sociales y espaciales que se encuentran en la vida cotidiana, donde «lo ordinario» revela una producción del espacio definida por un complejo sistema de prácticas pocas veces estudiadas por los arquitectos o diseñadores urbanos, y afirma que «la experiencia vivenciada debiese ser más importante que la forma física en la definición de la ciudad», que «el diseño del espacio cotidiano de la ciudad debiera comenzar con la comprensión y la aceptación de la vida que allí tiene lugar» (Chase, Crawford, y Kaliski, 2008, p. 9 y 10), valoriza como rasgo central en la vida cotidiana, las «diferencias» (de origen, género, edad, etc) y el diálogo (la transacción social y económica) entre ellas, donde el urbanista es un «mediador», no un experto. Entiende la ciudad como un espacio que no es «propio» en el sentido de la propiedad o del ejercicio del poder, donde la práctica cotidiana hace «uso» y despliega tácticas que son efímeras pero abren posibilidades de cambio. Sin embargo, no pretende 'un' cambio; se reconoce fragmentario e incompleto, da respuestas específicas a tiempos y lugares específicos en la pequeña o la micro-escala. Discute los enfoques normativos sobre el diseño del espacio público, construye sobre la vida ordinaria sin pretensión de perfectibilidad, valoriza lo vernáculo, lo informal y la práctica diaria como productores del espacio. Así, Crawford, refiriéndose a

ROSANNA FORRAY CLAPS

Lefebvre, dice: «[Él] pensaba que la ciudad es el campo de quienes a través de sus actividades producen no solo la ciudad como espacio, sino también su propia existencia en la ciudad» (Sankalia, 2014, p. 20). Esta corriente, que se sitúa en la postura más cercana a la vida cotidiana como fuente de iluminación del diseño de la ciudad como «espacio concebido», deja sin embargo una pregunta abierta sobre la producción de conocimiento a partir de la evidencia, que Lefebvre identifica bien cuando se refiere a que la realidad es elusiva, que la fenomenología no basta, el pensamiento crítico necesita ser reflexivo, interrogar la realidad que observa, para extraer de lo ordinario lo extraordinario, porque su foco no es confirmar lo que está, sino explorar lo posible.

PARA TERMINAR

La crítica de la vida cotidiana ofrece un campo de comprensión, de interpelación del conocimiento de la sociedad y sus necesidades respecto a la ciudad que está fuera del alcance –hoy– del mundo de los técnicos y los políticos de la ciudad, quienes buscan aproximarse a ellas de diversas formas: propuestas discursivas, soluciones normativas y prácticas participativas, pero no dan cierto. Como dice Lefebyre:

Los problemas han cambiado. Hoy contamos con una profusión de publicaciones de todo tipo que nos informan sobre esas alteraciones. Pero ¿cuál es su significación? Aquí surge nuestra problemática... ¿Es la vida cotidiana un resguardo contra los cambios? ¿Es una fortaleza de resistencia a los grandes cambios o a los cambios menores pero significativos? ¿O, contra-intuitivamente, es el lugar de los cambios principales, sean estos pasivos o activos? [...] Uno de los objetivos de este trabajo (sobre la crítica de la vida cotidiana) es evitar una alternativa, abriendo un camino que no es ni de nostalgia ni de futurología animada por la «revolución científica y tecnológica». [...] Lo más importante es no asfixiar el debate, sino seguirlo sin imponer una solución prefabricada, sea esta una apología de la tecnología y el conocimiento positivista, o del historicismo y la recolección obsesiva del pasado (Lefebvre, 2008, p. 9) [Traducción propia].

Frente al pensamiento normativo que se construye a partir de la sobre-valoración de la evidencia y, desde allí, el análisis de tendencias que se ciernen como condiciones sine qua non sobre nuestra existencia bajo la forma de modelos ineluctables, enmascarando las ideologías y las teorías que les subvacen, la perspectiva crítica y la vida cotidiana abren un campo de reflexión sobre «lo posible» que -siguiendo a Brenner- necesariamente contiene reflexiones epistemológicas y filosóficas, construye conceptos, argumentaciones y generalizaciones sobre la sociedad y su espacio a partir de procedimientos deductivos e inductivos. Es decir, genera «teoría», pero no la usa como receta ni se sitúa en la perspectiva normativa. Una teoría que debe ser retroalimentada, orientada, interpelada –en una relación dialéctica- por las condiciones de existencia espaciotemporales específicas en contextos históricamente situados y que, por lo mismo, está en permanente «reflexión» y transformación. La crítica abre así un campo de exploración heurístico que rechaza la racionalidad instrumental -positivista y tecnocrática- del conocimiento, la aplicación de la teoría y los datos como abstracciones instrumentalmente orientadas por fines de eficiencia o eficacia. Un enfoque que permite no focalizarse en las formas de dominación, sino buscar dentro de sus complejidades y contradicciones las fisuras entre «lo actual» y «lo posible» (Brenner, 2009).

Lefebvre nos ofrece, así, en la perspectiva crítica y en el análisis de la vida cotidiana un campo fértil para no perder la lucidez sobre las relaciones entre la producción del espacio y la economía política, interpelando el quehacer del urbanismo y el diseño urbano en su tarea de concebir el espacio.

REFERENCIAS

Ascher, F. (1996). *Metapolis ou l'avenir des villes*. (A. Colin, Ed.). Paris. Brenner, N. (2009). What is critical urban theory? *City*, *13*(2-3), 198–207. doi:10.1080/13604810902996466

Brenner, N., Peck, J., & Theodore, N. I. K. (2010). Variegated neoliberalization: geographies, modalities, pathways. *Global Networks*, 10(2), 1–41.

ROSANNA FORRAY CLAPS

- CASTELLS, M. (2001). La société en réseaux. L'ère de l'information. Paris: Fayard.
- CHASE, J., Crawford, M., & Kaliski, J. (2008). *Everyday Urbanism*. (Expanded, Ed.). New York: Monacelli Press.
- Crawford, M. (1995). Contesting the Public Realm: Struggles over Public Space in Los Angeles. *Journal of Architectural Education*, 49(1), 4–9. doi:10.2307/1425371
- DE MATTOS, C. (2013). Globalización financiera, dinámica inmobiliaria y mercantilización del desarrollo urbano (p. 68).
- ELDEN, S. (2004). *Understanding Henry Lefebvre*, *Theory and the Possible* (p. 272). London New York: Continuum.
- Ellin, N. (2006). *Integral Urbanism*. *Integral Urbanism*. Routledge. doi:10.4324/9780203956854 *Entretien avec Henri Lefebvre*. (1972). Canadá: Office Nationale du Film du Canada.
- FLEMING, R. L. (2007). The Art of Placemaking: interpreting Community through Public Art and Urban Design (p. 384). London: Merrell.
- Gehl, J. (2010). Cities for People. Washington: Island Press.
- _____ (2011). *Life Between Buildings, using public spacce* (p. 207). Washington, Covelo, London: Island Press.
- GOONEWARDENA, K. (2008). Marxism and Everyday Life. On Henri Lefebvre, Guy Debord, and some others. In S. Kipfer, K. Goonewardena, R. Milgrom, & C. Schmid (Eds.), *Space*, *Difference*, *Everyday Life*. *Reading Henri Lefebvre* (pp. 117–133). New York, London: Routledge Taylor & Francis.
- HAGAN, S. (2013). *Ecological Urbanism: the nature of the city*. Routledge. Hess, R., & Weigand, G. (2006). *Henri lefebvre et son oeuvre*. Paris.
- Kelbaugh, D. (2000). Three Paradigms: New Urbanism, Everyday Urbanism, Post Urbanism--An Excerpt From The Essential COMMON PLACE. *Bulletin of Science, Technology & Society*, 20(4), 285–289. doi:10.1177/027046760002000406
- KIPFER, S., GOONEWARDENA, K., MILGROM, R., & SCHMID, C. (2008). On the Production of Henri Lefebvre. In K. Goonewardena, S. Kipfer, R. Milgrom, & C. Schmid (Eds.), *Space*, *Difference*, *Everyday Life*. *Reading Henri Lefebvre* (pp. 1–24). New York, London: Routledge Taylor & Francis.
- Lefebvre, H. (1957). Vers un romantisme revolutionnaire. *Nouvelle Revue Française*, 58, 644–72.
- _____ (1960). Les nouveaux ensembles urbains. *Revue de Sociologie Française*, 1(2), 186–201.
- _____(1974). La producción del espacio.
- _____ (1978). *De lo rural a lo urbano* (Cuarta Edi., p. 261). Barcelona: Ediciones Península.

- _____ (2008). Critique of Everyday Life, Volume 3: From Modernity to Modernism. (M. Trebitsch & G. Elliot, Eds.) (2nd (engl)., p. 172). London, New York: Verso.
- Lehmann, S. (2010). The Principles of Green Urbanism. Transforming the City fo Sustainability. London, Washington: Earthscan.
- MAGNAGHI, A. (2014). La biorégion urbaine. Petit traité sur le territoire bien commun» (p. 174). Paris: Eterotopia France Rhizome.
- PRIGGE, W. (2008). Reading the Urban Revolution. In S. Kipfer, K. Goonewardena, R. Milgrom, & S. Schmidt (Eds.), *Space*, *Difference*, *Everyday Life*. *Reading Henri Lefebvre* (pp. 46–61). New York London: Routledge Taylor & Francis.
- Sankalia, T. (2014). The Median Picnic: Street Design, Urban Informality and Public Space Enforcement. *Journal of Urban Design*, (June), 1–24. doi:10.1080/13574809.2014.923747
- Schmid, C. (2008). Henri Lefebvre's Theory of the Production of Space. In K. Goonewardena, S. Kipfer, R. Milgrom, & C. Schmid (Eds.), Space, Difference, Everyday Life. Reading Henri Lefebvre (pp. 27–60). New York London: Routledge Taylor & Francis.

Sobre la ciudad, lo urbano y el urbanismo en Lefebvre: entre el campo ciego y los imaginarios

Arturo Almandoz

CULTURA Y CONCENTRACIÓN URBANAS

Justificación inicial

Recién graduado de urbanista en 1982, dando mis primeros pinitos como asistente de docencia en cursos de sociología urbana en la Universidad Simón Bolívar de Caracas, recuerdo que me correspondía desarrollar el tema de la cultura urbana y deseaba discutir la famosa tesis de Manuel Castells, esgrimida en La cuestión urbana (1972), suerte de biblia marxista de varios de los cursos de urbanismo a la sazón. Como se sabe, Castells argumenta que esa supuesta cultura urbana es una herramienta y un «mito» que «cuenta ideológicamente la historia de la especie humana», atribuyendo un contenido y localización específica (ciudad-capitalista) a la supuesta «modernidad», en la cual la humanidad aspira alcanzar la plenitud de su bienestar (Castells, 1976, p. 104). Fue en medio de esa búsqueda argumentativa cuando comencé a leer textos de Henri Lefebvre, poco utilizado en los cursos de mi pregrado, pero de hecho analizado por Castells en el capítulo «De la sociedad urbana a la revolución urbana». Es allí donde, por cierto, el primer Castells formula su crítica temprana a Lefebvre, quien habría partido, según aquél, de «un análisis marxista del fenómeno urbano» para desembocar, devorado por la complejidad de éste, «en una teorización urbanística de la problemática marxista» (Castells, 1976, pp. 107-108).

Arturo Almandoz

Afortunadamente fue así, podemos decir hoy, en vista del eco que la obra lefebvriana ha tenido en las ciencias sociales, no obstante la pérdida de influencia de las lógicas marxistas. En efecto, expulsado del partido comunista desde finales de la década de 1950, el profesor de sociología de las universidades de Estrasburgo y Nanterre se había venido moviendo desde la sociología rural hacia la cotidiana para desembocar en la urbana (Lefebvre, 1978a); ello le había hecho colocar su entendimiento de la dinámica y espacialidad de la ciudad a la base de los profundos cambios que tenían lugar en las sociedades industriales modernas. Aunque regresara a las filas del partido comunista a finales de los años setenta, Lefebvre siguió creyendo, con cada vez menos ortodoxia marxista, que tales cambios podían ser entendidos y explicados «a través de la cultura urbana y el rol mediador jugado por el espacio en remodelar las relaciones sociales en la fase avanzada de la modernidad» (Caves, 2005, p. 289).

Para contraponer a Castells -y apoyándome en la concepción de Lefebvre que acababa de descubrir-, traté entonces de desarrollar el argumento sobre la verdadera y particular existencia de una cultura urbana, la cual viene dada por el conocimiento de las «posibilidades», «dimensiones» y «niveles» conjugados por el «fenómeno urbano» (Lefebvre, 1979, pp. 105-138). En el marco de éstos, esa dimensión cultural de la ciudad, en vez de «mítica», debería ser calificada de inexorable e irreversible, en el sentido de que la auténtica vida urbana muestra al individuo un conjunto de actitudes y valores, los cuales, una vez conocidos, si bien no tienen que necesariamente que ser adoptados y ya no pueden dejar de considerarlos en tanto existentes (Almandoz, 2000, pp. 31-32). Y tal como lo esbocé entonces, esa línea argumentativa puede ser reforzada con aproximaciones civilizadoras como las de Oswald Spengler (1998) y Arnold Toynbee (1934-61), entre otros exponentes de la historia cultural y la sociología de la cultura, así como con el análisis pionero de Robert Park (1984), por ejemplo, sobre las posibilidades de individuación en la metrópoli.

Si bien no me percaté de ello entonces, la reflexión culturalista de Lefebvre se entiende mejor al situarla en el panorama sociológico francés de la segunda posguerra. Bajo la égida de Maurice Holbwachs

y Chombart de Lauwe (Bédarida, 1968, pp. 53-54), la renovación sociológica de los años sesenta propició que, frente a la corriente estructuralista liderada por Louis Althusser, cobrara fuerza el marxismo historicista promovido por Lefebvre, más preocupado por las reflexiones espaciales y arquitectónicas, así como por la lectura de la ciudad en tanto texto, todo lo cual había sido desdeñado por la ortodoxia marxista (Almandoz, 2008, pp. 93-94). Una nueva sociología urbana florecía entonces en la revista Espaces et Sociétés, dirigida inicialmente por Lefebvre y Anatole Kopp, algunos de cuyos colaboradores produjeron aportes específicos para la revalorización y espacialización de la agenda urbana en el pensamiento marxista. En este sentido puede mencionarse la caracterización de la estructura espacial, social y cultural de los diferentes estadios de urbanización, elaborados por Jean Rémy y Lilianne Voyé (1976), así como por Raymond Ledrut (1976), colaborador de Chombart de Lauwe; también la reinterpretación marxista de la estructura de la ciudad y la producción del espacio por Jean Lojkine (1979) y Castells (1976), quien la reforzara con su mencionada crítica del mito de la cultura urbana (Vasconcelos, 1999, pp. 300-330).

Simultaneidad y centralidad

Más allá de su valor para validar conceptual e históricamente la cultura urbana, aquel primer acercamiento a la obra de Lefebvre me resultó fundamental para la pesquisa sobre los «atributos» urbanos, especialmente la concentración (Almandoz, 2000, pp. 34-57).¹ La concentración es acaso la esencia de la ciudad, siempre que no sea entendida solo en tanto magnitud de extensión y de población, sino que, por el contrario, connota principalmente la aglomeración de la vasta gama de actividades y eventos humanos. En tal sentido sentido, es preferible hablar de concetración del «acaecimiento» urbano para acercarse así más a «lo urbano» en tanto noción que subsume

Pesquisa que también desarrollaba dentro de los cursos introductorios sobre ciudad, urbanización y urbanismo que comenzaba a impartir a inicios de los años noventa.

ARTURO ALMANDOZ

y trasciende históricamente a la más específica de ciudad, tal como lo distinguió Lefebvre en *Espace et politique* (1972) (Lefebvre, 1974, pp. 201-208).

De manera concomitante, lo urbano tiene, desde su formulación en Le droit à la ville (1968), los rasgos esenciales de concentración y aglomeración, necesitando por ello del encuentro y la interacción continua entre elementos representativos de todo lo que va ligado a la existencia humana (Lefebvre, 1974, pp. 96-97). Lo urbano en tanto 'forma' no debe así ser entendido únicamente en su referente físico-espacial, sino como concentración de actividades, funciones, flujos y creaciones que maximizan las posibilidades de un continuo acaecer dentro del espacio-tiempo urbano. Es por ello que esa forma fue denominada por Lefebvre en La révolution urbaine (1970) de dos maneras que podrían parecer diferentes, pero que en el fondo corresponden a las dos dimensiones, temporal y espacial, del mismo fenómeno: son la «simultaneidad» y la «centralidad», respectivamente (Lefebvre, 1979, pp. 156-158). Desde los productos agrícolas hasta las obras de arte, desde las personas hasta los medios de transporte, lo urbano exige y necesita del encuentro espacial y la interacción temporal entre elementos representativos de todo lo que va ligado al acaecimiento humano. Y es ese el rasgo esencial que tomamos de Lefebvre en aquella pesquisa sobre la cultura urbana y los atributos de ciudad de finales de los años ochenta (Almandoz, 2000, pp. 30-57).

Lo urbano, la ciudad y más allá

Lo urbano en tanto objeto disciplinar y virtual

Poco después de la indagación sobre los atributos de ciudad –a comienzos de los años noventa– también me planteé, por razones docentes asimismo, la exploración sobre la epistemología del urbanismo, cuya primera cuestión refiere a los objetos de la disciplina; nuevamente apelé a los conceptos de Lefebvre, pero desde otras perspectivas y textos. En este sentido, al ser lo urbano noción que trasciende históricamente a la ciudad, es susceptible de ser considerada

en tanto primer objeto epistemológico del urbanismo (Almandoz, 1993). Además de los atributos de centralidad y simultaneidad ya señalados, en esa reconsideración de lo urbano resultó relevante enfatizar la dimensión «comunicacional», derivable de la naturaleza temporal de su forma. Tal dimensión fue ser reforzada a la sazón con la concepción de Melvin Webber sobre la historia del crecimiento urbano entendida como el proceso dirigido a facilitar la interacción humana; ello llevó al profesor californiano a tipificar, como se sabe, su noción de «dominio urbano ilocal» no como un locus, sino en tanto ámbito de comunicación (Webber, 1964).

Especialmente desde finales de los años noventa, a la luz de la revolución de internet y sus efectos territoriales, es obvio que la naturaleza comunicacional de lo urbano avizorada por Lefebvre para la era postindustrial, prefiguraba las inéditas formas de interacción electrónica e informática que surgieron a finales del siglo XX, las cuales en buena medida han eliminado la condición de la contigüidad espacial sobre la que la ciudad tradicional ha estado construida. Aunque a veces los autores no reconozcan el análisis de Lefebvre en tanto antecedente, esa nueva conectividad de lo urbano ha sido planteada, por ejemplo, por William Mitchell en su *City of Bits* (1995) y *E-topia* (1999), así como ilustrada por Edward Soja en *Postmetropolis* (2000) (Mitchell, 2000, pp. 1-24; 2001, pp. 7-35; Soja, 2000, pp. 333-337).

Volviendo a la perspectiva disciplinar, aquel valor epistemológico premonitorio se refuerza al considerar que, además de su naturaleza comunicacional, lo urbano era para Lefebvre un «objeto virtual», realidad que no se había manifestado «fenoménicamente a plenitud ni tampoco había sido «vislumbrada conceptualmente»; todo lo cual hacía que nos encontráramos ante un «campo ciego» para su comprensión, tal como lo planteó el pensador francés en *La révolution urbaine* y otros textos (Lefebvre, 1979, pp. 80-81; 1974, p. 109). Valga hacer notar que, en términos contextuales, ese campo ciego aparece como una noción crítica que formaba parte del «despertar» de la sociología francesa del 68, liderado por el mismo Lefebvre frente al excesivo racionalismo y funcionalismo de la planificación urbana

ARTURO ALMANDOZ

y el ordenamiento territorial. Tal reacción sería explicable asimismo porque ese *aménagement territorial* era, según Marcel Roncayolo, pieza clave de la espacialización de las políticas en la Francia de la segunda posguerra, después del desarrollismo gaullista y del industrialismo de George Pompidou como primer ministro (1962-1968) y presidente (1969-1973).

El ordenamiento del territorio se presenta como el relevo entre lo urbano y la política general: soporte del desarrollo de las actividades y del crecimiento, correctivo eventual de las desviaciones sociales o de los desequilibrios que desafiarían la estabilidad del poder. Esos argumentos de racionalidad y de modernidad inspiran no solamente los estudios y escenarios de largo plazo, al interior de los cuales son diseñados el Quinto y Sexto Plan (...); sino también son retomados, como eco negativo y violentamente crítico, por los trabajos que 'despiertan' a la sociología urbana, alrededor de Henri Lefebvre. Es en buena parte el debate de los tiempos que ocupa los espíritus alrededor de 1968 (Roncayolo, 1985, p. 106).

Más allá de sus connotaciones críticas como noción superadora del campo ciego, lo urbano anunciaba además el sentido de un nuevo tiempo al que se arribaría después de haber superado las contradicciones propias de las eras agraria e industrial –por las que todavía transitan algunas sociedades latinoamericanas– y de las racionalidades que ellas han generado; en esa venidera era urbana –configurada ya en los contextos desarrollados–, la reflexión urbanística no puede evitar situarse en la óptica del encuentro, de la simultaneidad y la centralidad (Lefebvre, 1979, pp. 52-53); esto es, de los conceptos adecuados a los atributos esenciales del nuevo objeto urbano.

Entendido entonces como objeto virtual, lo urbano pasa a ser el escenario de una inédita forma aglomerativa, en un espacio-tiempo posibilitante y demandante a la vez de una nueva práctica social y urbanística (Lefebvre, 1979, pp. 81-82; 1974, pp. 102-103); por ello debe ser distinguido de un objeto que le es fenoménicamente cercano pero conceptualmente diferente, cual es la ciudad (Almandoz, 1993, p. 626). Y en esa captación de la práctica urbanística emergente, que necesariamente implica una distinción con respecto a la noción

tradicional de ciudad, estriba otro de los principales aportes de lo urbano de Lefebvre para entender el plexo tecnológico y comunicacional de nuestros contextos contemporáneos.

La ciudad tradicional y sus categorizaciones

El horizonte histórico en el que tiene lugar la revolución urbana de Lefebvre es, como ha sido señalado, el de la postindustrialización de los países desarrollados, avizorable desde finales los años sesenta en contextos como Europa occidental y Norteamérica, para los que parece escribrir el pensador. En tales contextos, la urbanización ha puesto en entredicho la condición y noción misma de ciudad en tanto locus diferenciado y delimitado del territorio (Almandoz, 1993, p. 627). Por ello, autores como Marcel Roncayolo han tratado de despojar el concepto de ciudad de sus notas históricamente superadas, reduciéndolo a sus términos más esenciales, cuales serían, a la manera lebebvriana, «la de una forma que admite contenidos variables» (Rocanyolo, 1988, p. 9). Esa forma de centralidad resulta especialmente significativa porque supone que, no obstante la dispersión de la ciudad, por así decir –especialmente en la era de internet iniciada a finales de siglo XX-, el territorio no es homogéneo, como equívocamente se ha llegado a creer; antes bien, lo urbano y su reinterpretación de la ciudad reinstauran la centralidad dentro de un espacio heterótopo y diferencial, tal como se establece en La révolution urbaine (Lefebvre, 1979, pp. 167-169).

De manera que, no obstante su alegato por la superación conceptual de la ciudad en tanto realidad en los contextos postindustriales, Lefebvre nunca prescindió de las categorizaciones teóricas e historiográficas sobre aquélla, las cuales catalogó, por ejemplo, en el texto «La ciudad y lo urbano», contenido en *Espace et politique* (Lefebvre, 1974, pp. 203-204). Traté de resumirlas y ejemplificarlas en aquella indagación epistemológica sobre el urbanismo, agrupándolas de la siguiente manera (Almandoz, 1993, pp. 626-627):

a) La ciudad en tanto objerto espacial o «artefacto», susceptible de ser estudiado y controlado mediante diferentes

ARTURO ALMANDOZ

técnicas y métodos; es quizás la concepción más cercana al funcionalismo y el modernismo arquitectónicos –según sus tempranas advocaciones–, seguida del tecnicismo de la planificación urbana de los primeros dos tercios del siglo XX (Taylor, 1998, por ejemplo), concepciones sobre las que Lefebvre fuera tan crítico.

- b) La ciudad en tanto «lugar social» de coincidencia y enfrentamiento entre diferentes clases sociales y grupos de interés, debido a las contradicciones que se manifiestan en el espacio; es quizás la nota esencial de la concepción marxista y la sociología urbana que la interpretara, la cual el mismo Lefebvre resumiera en *La pensée marxiste et la ville* (1970), enfatizando que «la lucha de clases se despliega en la ciudad» (Lefebvre, 1978b, p. 163).²
- c) La ciudad en tanto obra de arte, esto es, producto por antonomasia de la práctica edilicia y monumental de una cultura. Es la concepción que ha inspirado recorridos como los de Arnold Toynbee (1934-1961) y Lewis Mumford (1961), entre otros historiadores de la civilización, así como de críticos de arquitectura e historiadores del arte como Aldo Rossi (1995) y Giulio Carlo Argan (1983), por ejemplo.

Siguiendo la misma lógica lefebvriana, tales categorizaciones pueden ser completadas al ponerlas en la perspectiva del cambio disciplinar del urbanismo hacia la planificación y el ordenamiento (Taylor, 1998). Así, si bien la concepción de ciudad en tanto «sistema» –tan en boga en el *planning* de los años sesenta y setenta– puede decirse asimilable a la primera en tanto artefacto, se diferencia por ser unidad espacial y social que, aunque con el rigor analítico de los componentes funcionales atribuibles a la primera aproximación objetualista, incorpora elementos sociales y culturales que la redondean

Con respecto a la lucha de clases, se distinguen diferentes dimensiones no necesariamente urbanas de su expresión propriamente citadina: «Ce combat incessante a, pour Marx et pour Engels, son origine dans la production, sa base dans la réalité économique, ses motifs dans les revendications, son support actif dans la classe ouvrière. Et cependant, la luttre de classe se déploie dans la ville» (Lefebvre, 1978, p. 163).

y complejizan, tal como fueran reunidos por Schmidt-Relenberg (1976). Por otro lado, la diseminación de la ciudad –planteada asimismo por Lefebvre– lleva a considerar nuevas nociones de mayor alcance territorial y disciplinar, comprensivas de componentes espaciales y sociales en ámbitos físico-espaciales más amplios e integrales, de los que la ciudad constituye solo una parte. Entre ellas pueden ser identificadas las nociones de «territorio» y «ambiente», las cuales parecieran dar cuenta más ajustadamente de los procesos territoriales y comunicacionales –del último tercio del siglo XX y comienzos del XXI– que socavan el predominio histórico de la ciudad tradicional (Almandoz, 1993, p. 627).

HACIA EL ESPACIO PERCIBIDO E IMAGINADO

En medio de las prácticas neoliberales de los años ochenta, círculos políticos franceses hacían eco de Lefebvre al señalar que parte de «la crisis de la izquierda» provenía de su «incapacidad de analizar las cuestiones urbanas» y su «manera estrecha de plantearlas» (Julliard, 1985, p. 596). Eran desafíos que el mismo Lefebvre había planteado como superables a través de una cabal comprensión, reconsideración y proyección de su noción fundamental de lo urbano:

El problema urbano ha dejado de ser un problema municipal y se ha transformado en un problema nacional y mundial. La reducción de lo urbano a los problemas de vivienda y acondicionamiento forma parte de la estrechez de la vida política que se ha hecho agobiante, tanto en la derecha como en la izquierda. Un amplio programa urbano que sería también un proyecto de transformación de la vida cotidiana, que ya no tendría ninguna relación con el urbanismo represeivo y banal, ni con la utilización opresiva del territorio; ésta es la primera *verdad política* que hay que hacer comprender a lo que queda de la «izquierda» francesa a fin de que se renueve (Lefebvre, 1976: 153).

Esa crítica de Lefebvre a la izquierda puede decirse reforzada con la publicación de *L'État* (1976-78), que abrió una ventana «hacia sus cambiantes orientaciones políticas, particularmente en relación

ARTURO ALMANDOZ

a las organizaciones políticas dominantes de izquierda en Francia, Europa occidental y más allá, durante el tiempo álgido del eurocomunismo y el desarrollismo nacionalista fordista en Occidente, así como el socialismo de estado (incluyendo sus formas sus formas soviética y maoísta) en Europa del este, la URSS, China y partes de la periferia postcolonial» (Brenner y Elden, 2009, p. 3). Pero al lado de la renovación de modelos políticos de izquierda y de la planifiación centralizada que estaban por ser desmantelados con el progreso neoliberal y el fin de la Guerra Fría, otra vertiente crucial de la crítica política lefebvriana apuntaba a la señalada «mundialización» –que no globalización– de la noción de lo urbano (Lefebvre, 2009); tal vertiente fue impulsada por sectores académicos del mundo anglosajón, donde la obra de Lefebvre fue difundida y traducida con más fuerza desde comienzos de los años noventa (Lefebvre, 1991a; 1991b; 1995, entre otros).

Representaciones e imaginarios

Al tiempo que la lectura política de sus textos en clave nacional y mundial, la influencia de Lefebvre transvasaba de las ciencias sociales hacia los estudios culturales, como si se priorizaran los niveles del «espacio percibido» e «imaginado» por sobre el «espacio experimentado» (Harvey, 2001, p. 219). Más debido a mi conocimiento previo de ésta que a la moda sobre el pensador posmoderno, fue en ese contexto que apelé de nuevo a Lefebvre para mi pesquisa doctoral sobre la transferencia del urbanismo europeo y la emergencia de cultura urbana en la Caracas de la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, en la que hice uso de la novela ambientada en ciudad y de los viajeros a la capital (Almandoz, 2006).³ Ello porque,

Fue en ese clima que llegué a estudiar el doctorado en la Architectural Association de Londres en 1993, cuando Lefebvre apenas estaba siendo traducido en Gran Bretaña por Kofman y Lebas (Lefebvre, 2000). Afortunadamente para nosotros ya era más conocido en el mundo hispano desde finales de los sesenta, pero pareciera que –como ocurre con muchos otros autores y fenómenos– era necesario que fuera difundido y aceptado en el mundo aglosajón para que adquiriera la relevancia universal que ahora tiene en las ciencias sociales, que rayan a veces en moda lefebvriana.

tal como Henri Lefebvre mostró al barruntar una epistemología post-funcionalista de la disciplina, los mitos urbanos y la literatura con frecuencia han anticipado la evolución conceptual del urbanismo con mayor clarividencia y agudeza que las aproximaciones supuestamente «técnicas» o «especializadas» (Lefebvre, 1979, pp. 139-154). El gran significado de la literatura no especializada para trazar los orígenes del urbanismo moderno se debe principalmente a la ubicación periférica de éste entre las disciplinas y discursos precedentes, posición epistemológica que hace que el urbanismo sea interdisciplinario desde el nivel teórico hasta el metodológico (Schmidt-Relenberg, 1976; Almandoz, 1993).

La importancia atribuida por Lefebvre a las visiones de artistas y utopistas para superar el campo ciego que antecede la revolución urbana lo ha convertido, acaso de manera involuntaria, en un antecedente de la historia cultural centrada en la ciudad (Almandoz, 2008, pp. 194-195). Y ello porque, desde el alambicado discurso de la sociología urbana marxista de mediados del siglo XX – extraviado en problemas de renta y capital que hacían perder de vista el referente espacial de la ciudad (Lojkine, 1979, por ejemplo)-, Lefebvre fue la única voz que se alzó advirtiendo la importancia de las formas de representación artística para superar lo que, según él, era ese «campo ciego» que atravesaba el tecnificado pero miope urbanismo de los planificadores y burócratas. Tal como lo resumió en un provocativo capítulo de *La révolution urbaine* (Lefebvre, 1979, pp. 139-154) –el cual ha devenido referencia seminal en el campo de los imaginarios-, los mitos urbanos, así como la literatura, han anticipado desde la polis misma la comprensión de los grandes cambios de la ciudad y la urbanización; pero sobre todo desde Rétif de la Bretonne -quien contrapuso y superó la antinomia rousseauniana entre naturaleza y civilización—, Lefebvre revisó de manera breve pero penetrante un corpus literario moderno, principalmente francés, ejemplificando cómo las revoluciones urbanas se patentizan en la ficción antes que en las pretendidas aproximaciones «técnicas» o «especializadas». Tal como allí lo señalara, con resonancias contemporáneas:

ARTURO ALMANDOZ

Puede ser que el relato mítico, ayer contado por el filósofo o el poeta, hoy por el novelista de ciencia-ficción, reúna las diversas «lexias» del fenómeno urbano sin ocuparse demasiado de clasificarlas por su procedencia o su sentido. Puede ser que este relato sea así menos reductor que las lecturas y conocimientos parcelarios que él utiliza sacándolos de su contexto y de su aislamiento. Puede ser también que proyecte una imagen de la problemática urbana disimulando sus contradicciones. El escenario futuro no ha sido todavía decidido (Lefebvre, 1976, p. 120).

Por contraste a una modernidad que llevara la parcialidad de la especialización a sus extremos, la mítica o de ficción -que también podríamos llamar creativa—, se nos ofrece entonces como una posible lectura menos reductora de lo urbano, aunque también advirtió el pensador que tal lectura podría conducir a un imaginario que escamoteara las contradicciones de tal fenómeno. Pero al menos en tanto posible vía teorética e historiográfica –que después probó ser recorrida por muchos investigadores de la ciudad-, Lefebvre abogó por la superación del tecnicismo especializado a través de las formas de representación literaria y artística en general. Esa lectura imaginaria de lo urbano parece ser tan necesaria como las interpretaciones que superen el reduccionismo aplicado con frecuencia a la noción de «producción del espacio», cuyo componente más estudiado ha sido el de la «reproducción de la fuerza de trabajo»; porque, como ha señalado Burgel, tal reducción ha operado «en detrimento de la abundancia de las contradicciones sociales y de la vivacidad de los comportamientos lúdicos, bien señalados por el inventor de la noción (Henri Lefebvre)» (Burgel, 1985, p. 207, traducción propia).

Reinserción espacial postmoderna

En consonancia con las solicitaciones postmodernas, las formas lúdicas e imaginadas nos devuelven al referente espacial de la ciudad que estaba perdido en la planificación y la sociología urbanas. Tal como ha recordado Caves, desde el comienzo buena parte de la obra de Lefebvre puede ser vista como un alegato porque «el espacio no

sea considerado como un receptáculo vacío sino como una práctica social informada por procesos multidimensionales, incluyendo valores, cultura y luchas de poder». Pero fue solo a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa cuando algunos de los alegatos lefebvrianos por la producción del espacio alimentaron el debate geográfico sobre la postmodernidad (Caves, 2005, p. 289). En este sentido, no es casual que, apoyándose en *La production de l'espace*, David Harvey reconociera en *The Condition of Postmodernity* (1990) lo siguiente: «Debemos a la voz persistente de Henri Lefebvre la idea de que el dominio sobre el espacio es una fuente fundamental y omnipresente de poder social en la vida cotidiana» (Harvey, 2001, p. 226).

Al enfatizar el rol que jugó la obra de Lefebvre para reinsertar el espacio en la crítica social del último tercio del siglo XX, bien ha señalado Edward Soja que «la tradición marxista francesa había estado más abierta a la imaginación espacial» que sus contrapartes anglo-americana o germana (Soja, 1995, p. 40); en tal sentido, no olvidemos que el geógrafo de la escuela de California justamente considera al «espacio percibido» de Lefebvre como el más fundamental de los niveles de *trialectics of space*, en el marco de la crítica social planteada por la crisis de la metrópoli industrial (Soja, 1995, p. 41; 2000, pp. 9-10). Y ese imaginario espacial, morfológico, urbano y cotidiano reivindicado en la obra lefebvriana fue asimismo una de las vías que permitieron, para el mismo Soja y Harvey, entre otros autores posteriores al materialismo histórico marxista, que el espacio y las «geografías de acción social» (Harvey, 2001, p. 355) se reinsertaran en el pensamiento contemporáneo.

REFERENCIAS

ALMANDOZ, A. (1993). «Consideraciones conceptuales sobre el Urbanismo», Ciudad y Territorio. Estudios Territoriales, Tercera Época, Vol.1, No. 98, Madrid: invierno, pp. 625-636.

(2000). Ensayos de cultura urbana. Caracas: Fundarte.

(2006). Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940) (1997). Caracas: Equinoccio, Fundación para la Cultura Urbana.

ARTURO ALMANDOZ

- _____ (2008). Entre libros de historia urbana. Para una historiografía de la ciudad y el urbanismo en América Latina. Caracas: Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.
- Argan, G. (1983). Storia dell'arte come storia della città. Roma: Editori riuniti.
- BÉDARIDA, F. (1968). «The Growth of Urban History in France: Some Methodological Trends», en H.J. Dyos (ed.), *The Study of Urban History*. Londres: Edward Arnold, pp. 47-60.
- Brenner, N. y Stuart E. (2009). «Introduction. State, Space, World. Lefebvre and the Survival of Capitalism», en Henri Lefebvre, *State, Space, World. Selected Essays*, ed. Neil Brenner y Stuart Elden, trad. Gerald Moore, Neil Brenner y Stuart Elden. Mineápolis y Londres: University of Minnesota Press, pp. 1-48.
- Burgel, G. (1985). «Urbanisation des hommes et des espaces», en Marcel Roncayolo (ed.), *Histoire de la France urbaine*, vol. 5: *La ville d'aujourd'hui*. *Croissance urbaine et crise du citadin*. Paris: Seuil, pp. 133-229.
- CASTELLS, M. (1976). *La cuestión urbana* (1972), trad. Irene C. de Oliván. México: Siglo Veintiuno Editores.
- CAVES, R. (ed.) (2005). *Encyclopedia of the City*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Harvey, D. (2001). The Condition of Postmodernity. An Enquiry into the Origins of Cultural Change (1990). Cambridge, Mass.: Blackwell.
- Julliard, J. (1985). «La ville, lieu politique», en Marcel Roncayolo (ed.), Histoire de la France urbaine, vol. 5:La ville d'aujourd'hui. Croissance urbaine et crise du citadin. Paris: Seuil, pp. 575-639.
- LEDRUT, R. (1976). *Sociología urbana* (1968), trad. Enrique Grillo Solano. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL).
- Lefebvre, H. (1974). *Le droit à la ville* (1968) / Éspace *et politique* (1972). Paris: Anthopos.
- _____ (1976). *La revolución urbana*, trad. Mario Nolla. Madrid: Alianza Editorial.
- _____ (1978a). *De lo rural a lo urbano* (1971), trad. Javier González-Pueyo. Barcelona: Península.
- _____(1978b). *La pensée marxiste et la ville* (1970). Paris: Casterman. (1979). *La révolution urbaine* (1970). Paris: Gallimard
- (1991a). The Critique of Everyday Life (1947) Volume 1, John Moore trans., London: Verso. Originally published 1947
- _____ (1991b). *The Production of Space* (1974), trad. N. Donaldson-Smith. Oxford: Basil Blackwell.
 - (1995). Introduction to Modernity: Twelve Preludes September 1959-May 1961 (1962) trad. J. Moore. Londres: Verso.

- _____ (2000). Writings on Cities, trad. y ed. Eleonore Kofman y Elizabeth Lebas (1996). Oxford: Blackwell.
- y Stuart Elden, trad. Gerald Moore, Neil Brenner y Stuart Elden. Mineápolis y Londres: University of Minnesota Press.
- LOJKINE, J. (1979). El marxismo, el Estado y la cuestión urbana (1977), trad. Jorge Tula. México: Siglo Veintiuno.
- MITCHELL, W. (2001). E-topia. «Vida urbana, Jim, pero no la que nosotros conocemos» (1999), trad. Fernando Valderrama. Barcelona: Gustavo Gili.
- _____ (2000). Space, Place and the Infobahn. City of Bits (1995). Cambridge, Mass.: The MIT Press.
- Mumford, L. (1961). The City in History. Its Origins, Its Transformations and Its Prospects. Nueva York: Harcourt & Brace.
- Park, R. (1984). «Suggestions for the Investigation of Human Behavior in the Urban Environment» (1916), en Robert Park y Ernest Burgess, The City. Suggestions for Investigation of Human Behavior in the Urban Environment (1925). Chicago: The University of Chicago Press, Midway Reprint, pp. 1-46.
- Remy, J. y Voyé, L. (1976). *La ciudad y la urbanización*, trad. J. Hernández Orozco. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL).
- Roncayolo, M. (1985). «Nouveau cycle ou fin de l'urbanisation», en Marcel Roncayolo (ed.), *Histoire de la France urbaine*, vol. 5:*La ville d'aujourd'hui*. *Croissance urbaine et crise du citadin*. Paris: Seuil, 1985, pp.13-131
- _____ (1988). *La ciudad* (1978), trad. Beatriz E. Anastasi de Lonne. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Rossi, A. (1995). L'architettura della città (1966). Milán: Città Studi Edizioni.
- SCHMIDT-RELENBERG, N. (1976). Sociología y urbanismo (1968), trad. J. Hernández Orozco. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local (IEAL).
- Soja, E. (2000). *Postmetropolis*. Critical Studies of Cities and Regions. Oxford and Malden: Blackwell
- ____ (1995) Postmodern Geographies. The Reassertion of Space in Critical Social Theory (1989). London: Verso.
- Spengler, O. (1998). La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal (1918), trad. Manuel García Morente. Madrid: Espasa-Calpe, 2ts.
- TAYLOR, N. (1998). Urban Planning Theory since 1945. Londres: Sage.
- TOYNBEE, A. (1934-1961). *A Study of History*. Londres: Oxford University Press, 12 tomos.

Arturo Almandoz

- VASCONCELOS, P. (1999). *Dois séculos de pensamento sobre a cidade*. Ilhéus, Bahia: Editora da Universidade Stadual de Santa Cruz
- Webber, M. (1964). «The Urban Place and the Non-Place Urban Realm», en Melvin Webber et.al. (ed.), *Explorations into Urban Structure*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, pp. 79-153.

RE-IMAGINANDO EL MARXISMO: HACIA UNA ARQUITECTURA PARA LA FELICIDAD Y EL DISFRUTE

Francisco Vergara Perucich

Introducción

Las aspiraciones sociales del pueblo chileno son legítimas y posibles de satisfacer. Quiere, por ejemplo, viviendas dignas sin reajustes que esquilmen sus ingresos; escuelas y universidades para sus hijos; salarios suficientes; que terminen de una vez las alzas de precios; trabajo estable; atención médica oportuna; alumbrado público, alcantarillado, agua potable, calles y aceras pavimentadas; una previsión social sin privilegios, justa y operante, sin pensiones de hambre; teléfonos, policías, jardines infantiles, canchas deportivas, turismo y balnearios populares.

La satisfacción de estos justos anhelos del pueblo –que en verdad constituyen derechos que la sociedad debe reconocerle– será preocupación preferente del Gobierno Popular.

Allende, S. (1969). Programa básico de gobierno de la Unidad Popular. Santiago: Candidatura Presidencial de Salvador Allende, p.25.

A pesar de las constantes referencias negativas que los defensores del neoliberalismo chileno hacen del gobierno de la Unidad Popular, es claro que el modelo implementado por la dictadura de Pinochet fue totalmente incapaz de llevar a cabo estas aspiraciones sociales a pesar de ya llevar 40 años dirigiendo los destinos de la nación y los anhelos de justicia social a los que apuntaba el programa de

Francisco Vergara Perucich

gobierno de Allende, a pesar de su pertinencia y urgencia aún siguen insatisfechos. Resulta interesante que en dicho programa se incluía un derecho social que raramente hoy se menciona en la agenda política nacional: el ocio, el cual además de ser mencionado como un valor fundamental, comprometía la implementación de infraestructuras tales como canchas deportivas, soportes para el turismo y balnearios populares. Para Miguel Lawner (2014), los balnearios populares desarrollados por la UP1 desde noviembre de 1970, apuntaban a generar oportunidades de vacaciones para que los trabajadores pudieran realizar el sueño de salir con las familias y tener tiempo libre de calidad. Es importante considerar que en aquellos años para muchas familias tener vacaciones en balnearios era un lujo que pocos se podían dar. La metodología de construcción de las viviendas para estos balnearios se basaba en paneles prefabricados de madera y pilotes. Cada balneario tenía capacidad para 500 personas, con una unidades de hasta 8 personas. El ocio como materia de Estado daba cuenta de una preocupación por el descanso del trabajador, además de generar tiempos y espacios para desarrollar la creatividad personal, separando esto del trabajo propiamente tal. La arquitectura para centros vacacionales en inicios de los setenta también era un tópico recurrente en la Europa mediterránea. En Noviembre de 2014, y gracias a una investigación desarrollada por el arquitecto y teórico polaco de la University of Manchester, Lukasz Stanek, se lanzó un libro de Henri Lefebvre, hasta entonces inédito. Este documento, Lefebvre presenta un análisis de la arquitectura desde la búsqueda del placer y el disfrute. En 2008, como parte de su investigación, Stanek visita al destacado sociólogo urbano español Mario Gaviria en la ciudad de Zaragoza, España. Cuenta Gaviria, quien fuera discípulo y amigo muy cercano a Lefebvre, queen 1973 le solicitó su colaboración en un estudio sobre nuevos barrios turísticos en España, buscando descifrar ciertos patrones de la arquitectura para el placer. Lefebvre accedió a la petición de su amigo, pero en vez de generar un análisis especifico de la problemática asociada a estos centros vacacionales, desarrolló una aproximación interpretativa

¹ UP es la abreviación de Unidad Popular.

al disfrutar como problema humano en crisis ante el capitalismo. Lefebvre alimentó esta visión crítica del disfrutar en la era capitalista, con ideas que se nutrían de tópicos propios de la disciplina arquitectónica durante la modernidad (procesos de diseño, forma, estética, programa, función); analizando su incidencia en en la reproducción de las relaciones sociales tendientes a la expansión de la dominación del capital sobre la vida cotidiana. Esta alusión explícita de Lefebvre a la arquitectura constituye una aproximación fundamental en la discusión disciplinar actual, en que el capitalismo ha inundado con su ideología todos los aspectos de la sociedad urbana, siendo la arquitectura un instrumento metodológico para perpetuar la lucha de clases mediante el espacio construido.

En efecto, más allá de una crítica altamente focalizada en la arquitectura, el libro desarrolla una mirada crítica a la vida contemporánea y a las ideologías que intentan interpretarla, apuntando a re-direccionar los esfuerzos de la metodología marxista hacia el uso de nuevas estrategias de transformación social. Es en los espacios arquitectónicos destinados al ocio y en particular a los espacios vacacionales donde el cuerpo finalmente es capaz de reclamar y ejercer su libre derecho al uso del tiempo y el espacio; desatando una importante creatividad intelectual, sin necesariamente caer en dinámicas impuestas por el capitalismo. Esto porque el capitalismo ha sido eficazmente burtal en dominar los espacios cotidianos de la ciudad, a través del control de usos de los espacios, definiendo los itinerarios de trabajo, dominado las formas de moverse dentro del espacio urbano y penetrando en la percepción de los hechos usando los medios de comunicación. Para Lefebvre, durante vacaciones y ante la (ideal) ausencia de estos itinerarios, aparece la oportunidad para que los individuos se muevan sin horarios ni sometidos a mecanismos de control específicos. Es en estos momentos que el cuerpo es libre. Si bien el cuerpo en la ciudad puede desarrollar sus propias coreografías de adaptación espacial ante los mecanismos de control (Vergara 2012), en los tiempos de ocio, sin ataduras programáticas y sin compromisos urgentes, el individuo tiene la posibilidad de explorar libremente sus afanes, de adaptar creativamente su entorno

Francisco Vergara Perucich

y profundizar en materias intelectuales que exceden las obligaciones que la sociedad le ha asignado. Es en el tiempo de ocio cuando los miembros de la sociedad actúan orientados por el deseo.

Esta investigación sobre los espacios de ocio, aportó un marco teórico fundamental para que Lefebvre en los setentas pudiera discutir e intentar redefinir las dinámicas Marxistas imperantes en Europa por esos años, generando una aproximación desde la creatividad. Particularmente, contribuyó a cuestionar la idea de un Marxismo Productivista, orientado a una reivindicar los medios industriales-financieros de producción de capital, contrastándolo con una aproximación más cercana a lo que Paul Lafargue llamaría «el derecho a ser flojo» (1880). Si el Marxismo aspiraba a derrocar el capitalismo, debía construir nuevos principios e ideales para disputar los intereses de la sociedad en su conjunto. En concreto, lo que reclama Lefebvre es que el Marxismo, más allá de buscar nuevas dinámicas de producción, debería enfocarse en buscar la felicidad de los miembros de la sociedad, donde el ocio y el tiempo libre son mecanismos fundamentales.

El presente texto basa su estructura en torno a esta publicación inédita de la obra del destacado autor Francés. En este marco, la primera parte de este artículo presentará una reflexión crítica en torno a lo que se puede entender como una arquitectura para el disfrute, explorando de qué manera esta definición se encuentra cruzada por las dinámicas socio-espaciales impuestas por el sistema capitalista en busca de controlar los deseos de los individuos y orientarlos hacia la fetichización. Los descalces que la arquitectura presenta entre la vida cotidiana y la felicidad, se verían representados en los aspectos críticos de la sociedad moderna, tales como el funcionalismo, la mercantilización del ocio y la reflexión en torno a la potencial producción de una verdadera arquitectura para disfrutar, serán elaborados en la primera parte del texto. Posteriormente, basado en las reflexiones de la primera parte, se produce una aproximación crítica a la disciplina arquitectónica, que desborda sus límites, formulando visiones radicales en torno ala práctica arquitectónica y sus alcances revolucionarios para la vida cotidiana. En esta parte

se ensayan replanteamientos al Marxismo productivista que criticaba Lefebvre, proponiendo un rol para la arquitectura del disfrute en la redefinición de estas dinámicas. Finalmente, las conclusiones proponen una reflexion sobre la importancia de redirigir la mirada disciplinar de la arquitectura para recuperar su valor social tanto en la teoría como en sus prácticas; y, situando el ejercicio del diseño arquitectónico en el ámbito político, en su capacidad de incidir en la calidad de vida de la gente tanto en la función, la imaginación y la reconfiguración de lo que se entiende por sociedad urbana, aspirando a ser una disciplina relevante.

El aporte del presente artículo está en ser una de las primeras utilizaciones de Toward an architecture of enjoyment², como cuerpo teórico y reflexivo en torno al problema del capitalismo en la vida cotidiana, así también como un texto que reasigna valor a la arquitectura como instrumento transformacional y revolucionario del Marxismo contemporáneo. El libro editado por Lukasz Stanek aún no ha sido traducido ni al español ni al francés, por lo que las reflexiones aquí planteadas son parte de las primeras de muchas interpretaciones que se pueden hacer en torno a esta obra y a su valor teórico-práctico. Cronológicamente, el libro que origina este capítulo se ubica en un momento estratégico dentro de la literatura de Lefebvre, después del «Derecho a la ciudad» de 1968, de «La revolución urbana» de 1970 y antes de «La producción del espacio» de 1974. De cierta manera, este libro es un eslabón fundamental para comprender de que manera el pensamiento marxista incide y revitaliza la praxis propia de la disciplina arquitectónica.

HACIA UNA ARQUITECTURA PARA DISFRUTAR

En el mundo Lefebvreano anglosajón se generó gran expectativa por el anuncio del lanzamiento de un libro inédito del francés para fines de 2014. El entusiasmo fue mayor aún cuando se supo que el texto había sido rescatado de un archivo personal de Mario Gaviria,

Toward an architecture of enjoyment es el nombre de la obra en su primera edición. Es una obra que se publica inicialmente en inglés y no en francés, como la mayoría del trabajo de Lefebvre.

Francisco Vergara Perucich

amigo muy cercano a Lefebvre, y que el documento presentaba notas escritas a mano. La edición además contaba con la autoría de Lukasz Stanek, investigador de la University of Manchester, que ya hace años se ha posicionado como un autor fundamental a la hora de conectar el pensamiento de Lefebvre con la disciplina arquitectónica.

En una entrevista realizada por Stuart Elden (2014), Stanek reconoce que en esta obra se puede evidenciar la voluntad de Lefebvre por dirigir la discusión sobre la producción del espacio turístico hacia su propia agenda intelectual sobre la relacion capitalismo-relaciones sociales-espacio, que va había expresado en obras anteriores como «La crítica de la vida cotidiana», «La sociología de Marx», «De lo rural a lo urbano» o «La revolución urbana», por mencionar algunos de los predecesores de «Toward an architecture of enjoyment». Si bien el encargo original que Gaviria le hiciera fue el de analizar los proyectos arquitectónicos turísticos que se estaban instalando en las costas españolas, para Lefebvre lo que buscaba era aplicar su interpretación marxista de la vida cotidiana generando vinculaciones transdisciplinares, redefiniendo metodologías para extirpar al capitalismo de la sociedad urbana. Precisamente en esta obra se entremezcla la crítica disciplinar al oficio del arquitecto, que se encuentra bajo una total dominación del capitalismo, lo que se expresa en la ausencia de la espontaneidad, del disfrute y de la poética del vivir desde la perspectiva de Hölderlin.

A pesar de lo acotado que puede parecer el estudio del caso de la arquitectura turística de la costa Española, Lefebvre veía una oportunidad en estos ejemplos prácticos, para plantear nuevos modos en que podía ser entendida la utopía de una sociedad sin capitalismo, a la vez que se distanciaba de lo que se estaba desarrollando en China y en la Unión Soviética para así comenzar a buscar un nuevo paradigma que, en cuanto a la ciudad y la arquitectura, podría ser considerado una utopía inexistente pero alcanzable. Dicha búsqueda sería menos pragmática, más creativa y sensorial. Bajo la mirada de Lefebvre, estos proyectos turísticos tenían un claro objetivo: la mercantilización y estandarización del ocio, orientado a la programación de las actividades propias de la recreación, del descanso o

del disfrute. Imágenes de casinos con gente apostando con caras sonrientes, de juegos en la plava con dispositivos específicos como paletas o pelotas con auspiciadores junto a quitasoles de bebidas de fantasía o de paseos familiares en el vehículo más grande y cómodo existente en el mercado; todos esos elementos propios del marketing no eran más que una caricaturización del disfrutar. Aparece entonces una contradicción elemental en lo que para Lefebvre es el disfrute en su inicio: una actividad donde el cuerpo tiene espacio y tiempo para encontrar su propio ritmo, generando independencia del medio y desarraigándose de los cánones sociales preestablecidos, como por ejemplo aquellos predefinidos a través de la publicidad. Sobre el cuerpo, el disfrutar y la adaptación al espacio, Lefebvre pone un ejemplo: «Un encantador brasileño, A., alto y ágil como una enredadera me dijo, justo después de haber llegado a Paris: "Este espacio no es bueno para mí. He extraviado los pasos de baile que solía tenia en casa. Estoy rígido. Mi caminar es incierto. Estos muros son como un vicio, sus ángulos son instrumentos crueles"» (Lefebvre, 2014, p.54). Así es como estos espacios de ocio y disfrute impuestos generan des-acomodaciones corporales. En ellos es como si, en definitiva, el cuerpo y el espacio estuviesen dislocados, lo que genera la desorientación de la mente, y, a fin de cuentas, un disfrute enrarecido.

Para Lefebvre, es en estos tiempos de ocio cuando el herrero debiese ser capaz de finalmente encontrar su verdadera vocación, más allá de la forja del fierro como actividad productiva; o bien donde el pescador puede aspirar a otros intereses que recoger las redes desde el mar. Es mediante el ocio que la productividad capitalista pasa a segundo plano y el disfrutar se sitúa como aspecto primordial de la vida cotidiana. Es en estos espacios y tiempos que el cuerpo descubre sus vocaciones, intuiciones, deseos y afanes. En definitiva, con el ocio aparece la libertad en su ejercicio. El rol ético y práctico del arquitecto en torno a comprender esta dinámica del disfrute y de explorar formas que posibiliten la libertad antes mencionadas resulta vital para refundar la práctica arquitectónica hacia la producción social del espacio. Aquí es donde Lefebvre produce una

vinculación desde esta idea del disfrute esporádico y encasillado en lugares específicos del territorio, con un disfrute que debiese estar presente en el día a día. Por lo tanto, es en la vivienda aparecen las primeras dislocaciones entre lo que el cuerpo (individual, social) requiere para disfrutar y lo que el modelo capitalista de sociedad impone como idea de disfrutar.

Profundizando en este tema, para Lefebvre existe una contradicción esencial entre la llamada vivienda para el proletariado (o vivienda social) desarrollada para las clases menos empoderadas y la vivienda desarrollada para la burguesía. La vivienda del burgués es un microcosmos que tiende a reemplazar la necesidad de relacionarse con la ciudad y con la vida urbana. Estas viviendas tienen un bar que anula la necesidad de salir a buscar la vida social; tienen una tienda de abarrotes emulado por la despensa de la cocina; tienen un restorán representando por el comedor, el cual es atendido por un sirviente incorporado a la vida diaria de la vivienda burguesa³. Tienen, también, la terraza o bien el patio con su paisajismo, que generan una analogía del parque o bien del campo; y un conjunto de libreros imita lo que podría ser una biblioteca pública. En definitiva, la vida social de la burguesía queda confinada a este microcosmos, en una micro-realidad de la que solo se sale a través de la televisión, la radio o el periódico. La exacerbación de esta condición espaciosocial genera también una lejanía de la burguesía con la vida pública. Teniendo en cuenta que la burguesía es la que compone los grupos de poder y donde además se generan los procesos de toma de decisión para el futuro de la sociedad capitalista, es muy preocupante que esta idea de microcosmos prolifere y genere vicios tales como el individualismo, donde cada vivienda tiende a separarse de lo social produciendo una baja capacidad de pensar colectivamente la vida urbana. En definitiva, este modelo genera una disolución de la relación entre el hábitat y la ciudad, dislocando así lo social. Pero, ¿para qué realizar esta separación? «Para generar una ilusión de

En Chile, esta figura servil tiene el nombre legal de 'Trabajadoras Domésticas' o 'Asesoras del hogar'. También son comúnmente conocidas como 'nana', o bien 'empleada', aunque éste último es más peyorativo que el primero. Generalmente se trata de mujeres.

disfrute, por el cual la apropiación de lo privado o bien la propiedad del espacio privado es acompañado por la degradación de una verdadera practica social» (Lefebvre, 2014, p. 36).

En contraposición a lo que es el diseño y desarrollo de la vivienda burguesa antes descrita, la vivienda social o «vivienda del proletariado», como la llama Lefebvre, presenta diferencias contradictorias e interesantes de analizar. Debido a una considerable reducción del espacio existente para desarrollar una vitalidad mínima. la vivienda social no es capaz de generar un propio microcosmos y originalmente requiere de infraestructuras externas que complementen el hábitat elemental. En este caso, no hay espacio interior para un microparque, una micro-biblioteca o un micro-bar. Por el contrario, el habitante de la vivienda social tiende buscar estos espacios en la ciudad y, por lo mismo, se podría facilitar el desarrollo de apropiaciones sociales del medio urbano, de lo público y, asimismo, de la posibilidad de un encuentro con el otro. Sin embargo, el capitalismo, con las penetrantes fuerzas del mercado y la estandarización de la vida urbana, ha logrado que mediante la difusión por los medios (televisión o publicidad en la vía pública, entre otros) la gente que vive en estas viviendas sociales aspire a vivir como burgueses en vez de aspirar a conectarse entre sí para lograr una vida de disfrute más duradera y colectiva. Las teleseries, los diarios y las revistas ofrecen imágenes de lo que es una vida feliz, de cómo se debe vivir realmente y, ciertamente, promueven el desarrollo de un microcosmos como la mejor posibilidad que tiene una persona para alcanzar la felicidad. El equipo del CIES (2013, p. 48) que desarrolló el estudio llamado «El Chile profundo», llama al fenómeno de buscar la realización social a través de la adquisición de bienes materiales como una consecuencia de «sacarse la mugre»⁴. Así, la ciudadanía de clases sociales menos acomodada asumen su condición jerárquica inferior, pero su vivienda está llena de cosas que dan cuenta que el/ la/los sostenedores económicos de la casa se han esforzado mucho para lograr la felicidad y la vida digna, cumpliendo con lo que el

En Chile, «sacarse la mugre» es una forma de decir que alguien se ha esforzado mucho por lograr lo que tiene.

capitalismo ha definido como sinónimo de felicidad y libertad. A pesar de los escasos metros cúbicos disponibles para emular estos microcosmos, la vivienda social se ve alegremente adornada con televisiones de última generación, pequeñas cavas con licor, libreros, plantas instaladas forzosamente contra las ventanas, un vehículo estacionado afuera o simplemente con fotografías de cuadros. El acceso al crédito y la deuda facilitada por los bancos alimenta esta ilusión. En muchos casos, es la fuerza del marketing la que los empuja a buscar una vida pseudo-burguesa, lo que en la práctica les hace vivir en espacios aun más estrechos. Lo que sugiere Lefebvre es que estas maneras de adaptarse a la brutal diferenciación espacial entre ricos y pobres, hace que estos últimos faciliten la labor capitalista en vez de disputarla a partir de la organización social; si bien podrían coordinarse para lograr un nuevo contrato social en el que la vivienda y los espacios de dignidad sean parte del petitorio, la clase obrera prefiere aspirar a emular la forma de vida de la burguesía. En definitiva, este modo de buscar la felicidad facilita el status quo, puesto que en vez de generar un antagonismo socio-espacial con la vida burguesa basado en la asociatividad colectiva de los miembros excluidos de la burguesía, el modelo de microcosmos habitacionales se idealiza, se convierte en una meta aspiracional, haciendo que en definitiva la vida urbana, el espacio público y el encuentro del disfrute queden condicionados al consumo y al fetichismo en una sociedad alienada. De esta manera, se disloca el cuerpo (individual, social), del deseo. El deseo deja de ser una producción individual, pasando a ser una construcción exógena a las propias virtudes y aspiraciones del individuo. El deseo entonces es un resultado de un sistema de marketing más que de una introspección de las propias virtudes y curiosidades de los individuos.

Esta estandarización de la vida diaria y de lo que se entiende como espacios temporales destinados a disfrutar de los beneficios de la sociedad urbana es una búsqueda inorgánica y asume que el comportamiento humano en la ciudad es uniforme, rechazando tanto la pluralidad de la vida urbana como también la riqueza de la diversidad que la creatividad de los habitantes podría aportar para

complejizar lo que se entiende por disfrutar de la ciudad. Lo que plantea Lefebvre es que las experiencias de vida deberían ser sensoriales y sensitivas, dolorosas y placenteras, angustiosas y divertidas (Lefebvre, 2014, p. 39).

Históricamente, la arquitectura ha sido capaz de espacializar y otorgar un lenguaje a las diferentes etapas de la humanidad, y estas arquitecturas pueden ser clasificadas bajo diversas interpretaciones. Existe una arquitectura devota al poder, como lo son los espacios monumentales desarrollados por algunos gobernantes; a la religión católica se ha expresado con grandes catedrales góticas dando forma al espacio para la devoción divina; la política ha visto materializada su espacialidad con forma de parlamentos o casas de gobierno; el duelo y la muerte se han formalizado en los cementerios o crematorios, por mencionar algunos ejemplos. Frente a este hecho indudable, las interrogaciones de Lefebvre apuntan a la existencia de una tipología arquitectónica para el placer: «Dado que existen obras arquitectónicas devotas a la muerte, a la violencia, a lo celestial o al poder terrestrial, ¿Podremos encontrar ente estas obras una contraparte, una arquitectura devota a la vida, a la felicidad, a la voluptuosidad, a la alegría? En una palabra, al disfrute, entendido en el amplio sentido, la forma en que nosotros disfrutamos de la vida» (Lefebvre, 2014, p.43). Aquí, la exploración necesaria es hacia comprender de qué forma la arquitectura hasta el momento ha sido capaz de proveer de espacios destinados al disfrute del ser humano, a su placer más realizado. Alguna vez, la arquitectura avanzaba hacia una búsqueda más artística y, como tal, aspiraba a la provocación de sensaciones en torno a las formas de habitar; los arquitectos usando los recursos del espacio se preocupaban por estremecer a sus habitantes. El diseño del habitar se ha transformado en un diseño del habitat, restringido en ordenar y resolver lo cotidiano a través de metodologías de diseño altamente eficientes desde una perspectiva económica clásica. El desarrollo de significados sociales, artísticos y emotivos, usando el espacio como lenguaje, fue aplastado por el funcionalismo y la predominancia de la rentabilidad impuesta por sobre la búsqueda de la belleza o de lo poético. ¿Es acaso posible comparar la belleza y

emoción que producen las obras del renacimiento con las obras del movimiento moderno? ¿Cuánta lógica aguanta el argumento que dice que la arquitectura debe hacerse representando la técnica de una época, si es que dicha tecnica difícilmente es capaz de avanzar en la capacidad de conmover a quienes habitan la ciudad? ¿Hasta cuándo la arquitectura como campo disciplinar continrá sin revelarse a una época capitalista que la empuja hacia la optimización de la inversión, asumiendo una renuncia casi irrevocable al arte, a la poética del espacio y a la utopía? Es decadente ver cómo la arquitectura perdió la batalla en su búsqueda por la belleza; tanto que incluso se ha intentado redefinir teóricamente la belleza, tratando de imponer una metodología funcional para interpretarla, cumpliendo así con lo que el capitalismo le exige a la arquitectura: mayor eficiencia a la hora de incrementar las ganancias, supliendo mínimamente las necesidades propias del habitar. Esta mirada funcionalista de la belleza dificilmente es apreciada por la mayoría de la población.

Así es como la belleza en la arquitectura (y ciertamente, en las ciudades y por consiguiente en la cotidianeidad) va desapareciendo a medida que el capitalismo se apodera de la sociedad urbana. El efecto de la desaparición de la belleza en la ciudad ha sido agresivamente rápida en Santiago, luego que múltiples palacios hayan sido reemplazados por sendos edificios de departamentos de dudosa calidad espacial y material, que son vendidos a precios mucho mas altos de lo que realmente cuestan (López Morales, 2014). A este fenómeno Lefebvre lo llama la destrucción del significado de la arquitectura.

Surge así la pregunta de esta exploración de Henri Lefebvre: ¿Por qué las construcciones neutrales cubren los espacios de suelo disponibles en vez de ser cubiertos por obras que llamen al goce, al disfrutar y a provocar experiencias sociales sensuales?

Para Lefebvre, el arquitecto deberá cuestionar su búsqueda disciplinar pasando desde la mera exploración formal a la compleja exploración de contenidos. Es decir, dejar de pensar en el fetichismo de lo construible para pasar a pensar en los procesos capaces de catalizar e influenciar prácticas sociales significantes. Esto implica el desarrollo de utopías concretas hacia una arquitectura capaz de provocar la felicidad, el disfrute y, ciertamente, la sensualidad del vivir.

Re-imaginar el Marxismo: desde la arquitectura hacia las prácticas sociales de la vida cotidiana

...el marxismo rechaza deliberadamente la subordinación definitiva, inmóvil e inmutable, de los elementos del hombre y de la sociedad entre sí; pero no por eso admite la hipótesis de una armonía espontánea. Comprueba, en efecto, la existencia de contradicciones en el hombre y en la sociedad humana. Así, el interés individual (privado) puede oponerse, y se opone con frecuencia, al interés común; las pasiones de los individuos, y más todavía de ciertos grupos o clases (y por lo tanto sus intereses) no concuerdan espontáneamente con la razón, el conocimiento y la ciencia.

Lefebvre, H. (1961). *Introducción al Marxismo*. Buenos Aires: Eudeba. Página 6.

Para Andy Merrifield (2002), una de las principales contribuciones de Lefebvre al pensamiento contemporáneo fue exigir la resurrección ideológica y metodológica del marxismo, esta vez mirando tanto a las revueltas de las calles como de las fábricas, pensando tanto en la industrialización como en la urbanización, entendiendo que son problemas fundamentales del hombre ante el capitalismo. Uno de los mayores aportes de Lefebvre al pensamiento moderno ha sido la espacialización del marxismo, vinculando los procesos de acumulación del capital a la producción de la ciudad. Ante nuevos métodos de subyugación de clases establecidos por el capitalismo, violentamente instalados en la cotidianeidad (Lefebvre, 1991), la necesidad del hombre y de la sociedad por rebelarse encontraban en el marxismo un recurso fundamental de oposición y subversión ante el individualismo. Para Lefebvre, el marxismo y la producción de la ciudad en la época de la sociedad urbana cruzaban caminos en busca de derrocar la hegemonía capitalista, por lo que las dinámicas y relaciones sociales detrás de la producción del espacio resultan claves para transformar la forma en que se desarrolla la vida urbana.

Reflexionando sobre el sentido más profundo de la obra póstuma de Lefebvre que estructura este artículo, se instala una perspectiva radical del autor en relación a las pérdidas que ha experimentado

la arquitectura al someterse al desarrollo capitalista en la sociedad urbana. Si en «La revolución urbana» -de 1970- Lefebvre trataba de cínicos y de capitalistas enmascarados a los urbanistas, en «Toward an architecture of enjoyment» deja a los arquitectos como profesionales tibios, acomodados y poco creativos. Si bien este libro inicialmente surge como un estudio de caso, al leerlo queda la sensación de manifiesto refundacional para la disciplina arquitectónica. Fácilmente pudo ser titulado La revolución arquitectónica, homologando a su predecesor. Más allá de poner el foco en la arquitectura turística como insumo argumental, este libro hace un llamado a que los arquitectos se atrevan a explorar redefiniciones de los límites de la imaginación a través del quiebre de las fronteras disciplinares, particularmente aquellas que acercan la arquitectura al nuevas expresiones socio-espaciales capaces de remecer a los habitantes de la ciudad (filosofía, antropología, historia, sicología, semiótica, economía, arte y poesía) y pensando que la arquitectura ofrece la oportunidad para discutir los modos en que se desarrolla el disfrute, la alegría y el arte en la vida cotidiana. Para Stanek (2014), esta obra invita a explorar la imaginación arquitectónica como negativa, política y materialista. Negativa, pues busca la utopía concreta, esa idea de un futuro ideal que es tanto deseable como posible, específicamente, en el capitalismo posterior a la segunda guerra mundial, y tomando como eje fundamental la idea Heiddegeriana de habitar. Política, pues las prácticas del habitar que son en sí hechos políticos, son luchas por las políticas del espacio. Materialista, en tanto constituye una concepción marxista de la historia, entendiendo al cuerpo como una secuencia de ritmos analizables. La relevancia de la arquitectura como práctica disciplinar a la hora de cuestionar los modos de producir lo social tiene raíz en que estos tres puntos mencionados por Stanek, que son visualizables, desarrollables y alcanzables a través de la producción de obras arquitectónicas o de la ciudad propiamente tal:

La arquitectura es capaz no solo de pensar la utopía concreta, sino de expresarla gráficamente, luego construirla y finalmente redefinirla en el espacio, haciendo material esta idea futura de sociedad

que se ha imaginado. La arquitectura es entonces también un instrumento del marxismo porque permite visualizar la sociedad que puede venir una vez derrocado el capitalismo.

La arquitectura es en sí una práctica política del día a día, es un decidir sobre como quiero que se vea mi casa, mi entorno. Es una disputa de espacio con el que tengo al lado y, por ende, sugiere cuadros decisionales. Definitivamente, la transformación de la propiedad privada como régimen hegemónico de las relaciones sociales tiene su correlato en los modos de hacer arquitectura que necesitan de una reflexión y una virtualización: ¿Cómo opera políticamente una sociedad en donde se va eliminando la propiedad privada y cómo se ve una ciudad una vez implementada esta transformación? ¿Puede la política del espacio pasar de la disputa por la propiedad a la disputa por el disfrutar?

La arquitectura puede ser capaz de adaptarse a los ritmos del cuerpo y de ser transformada para adecuarse a las necesidades de sus habitantes y, en este sentido, es capaz de ser pensada para la apropiación. La obra se puede pensar como un facilitador de la espontaneidad más que como un domesticador del comportamiento. También se puede determinar, a través de la exploración de la producción del ocio, que el cuerpo no es solo otro aspecto material inerte de la vida cotidiana, sino un conjunto de ritmos enlazados y complejos. Esto daría luz al proyecto del análisis de los ritmos para comprender la sociedad urbana neoliberal.

En busca de desarrollar una reflexión empírica de estos puntos antes mencionados, se toma un caso emblemático de la arquitectura desarrollada para el disfrute de la sociedad en la realidad chilena. En 2006 se anunciaba el inicio de la construcción del que sería el edificio más alto de Sudamérica. Con una inversión inicial de \$600 millones de dólares, este proyecto explotaba la débil normativa urbana Chilena, sacando partido de una fragilidad institucional que, a pesar de la resistencia de organizaciones ciudadanas y de la crítica de parte de expertos sobre el impacto visual y vial que tendría la obra, este proyecto emblemático demostraba que todo lo que se necesita en Chile para hacer ciudad es dinero, no así criterio o sentido común.

Desde la mirada neoliberal, este proyecto es la realización máxima de lo que se puede esperar sea una ciudad: un individuo (Horst Paulmann), a través de su emprendimiento individual (Cencosud), es capaz de cumplir su sueño personal de construir la torre más alta de Sudamérica e imponer su propio estilo de ciudad, sin importar las consideraciones urbanísticas, ambientales, estéticas o corporales. Tomando los tres puntos desarrollados anteriormente sobre el valor de la arquitectura a la hora de desarrollar una producción social colectiva, el Costanera Center ofrece una interesante posibilidad de poner en práctica esta metodología:

La arquitectura es capaz no solo de pensar la utopía concreta, sino de expresarla gráficamente, luego de construirla y redefinirla en el espacio. A continuación, se llevará a cabo una reflexión hipotética vinculando el caso del Costanera Center con otra construcción que tuvo, en Caracas, un interesante destino: se trata de la torre David, un edificio de oficinas que fue abandonado en el centro de la ciudad en pleno proceso de construcción tras una crisis financiera y que progresivamente fue ocupado por diversos tipos de habitantes a partir de Octubre de 2007. Con el tiempo, dicha torre se convirtió en una de las «tomas urbanas» más grandes y llamativas del mundo, con un sistema interno de organización social complejo y articulado. Basados en dicho ejemplo utópico concreto (entiéndase: realizado), se podría preguntar, en atención a los puntos anteriormente mencionados: ¿Qué pasaría si un grupo de pobladores chilenos se organiza y, tomando ventaja de que las oficinas, hacen ocupación del Costanera Center?

La arquitectura es en sí una práctica política del día a día, es un decidir sobre como quiero que se vea mi casa, mi entorno: las transformaciones a desarrollar en un edificio como el Costanera Center tendrían que estar sujetas a un profundo proceso de discusión y decisión colectiva sobre la forma en que se gestionaría su espacio disponible. Debido a redestinar su lógica comercial hacia una lógica social, en vez de ser un espacio controlado por un gerente general pasaría a ser un espacio administrado por una organización social compleja, capaz de ordenar y favorecer las necesidades de

cada usuario, apuntando a buscar soluciones en conjunto de forma asociativa y solidaria. Con un modelo de co-producción del espacio desde una mirada colectiva, usando aproximaciones multi-escalares (individual, por departamento, por piso, por todo el edificio) y articulando las relaciones de poder entre los actores que darían forma social a la ocupación espacial de la torre; en el fondo se habla de una apropiación política del espacio. Esta idea también se funda en la utopía concreta desarrollada dentro de la Torre David, cuya estructura política es altamente compleja y solidaria (Aunque no por eso menos conflictiva).

La arquitectura puede ser capaz de adaptarse a los ritmos del cuerpo, es capaz de ser transformada para adecuarse a las necesidades de sus habitantes. Si el Costanera Center fuese tomado por un grupo de pobladores, siguiendo la idea de lo que ocurrió con la Torre David como referencia concreta, seguramente su fachada acristalada y monótona sufriría de transformaciones y adaptaciones por parte de sus nuevos usuarios, en una búsqueda por personalizar la infraestructura soportante de sus vidas. Así, pasaría a generar una vinculación más directa con el cuerpo de sus ocupantes. La arquitectura ofrecería un soporte neutral (la torre) que sería reconfigurado y adaptado a las necesidades vitales de sus usuarios. La diversidad interna se vería representada en las fachadas, los muros, los espacios interiores, y el edificio en su totalidad experimentaría una redefinición de su contenido arquitectónico.

Una reevaluación de los tres aspectos mencionados anteriormente, según la línea propuesta por Lefebvre, permitiría re-direccionar las formas en que el marxismo y la producción arquitectónica entran en relación. En este ámbito, resulta fundamental que se considere tanto la organización socio-espacial y la coordinación asociativa de los usuarios de las obras, como los insumos que finalmente otorgan carácter y contenido urbano a un edificio. Las políticas del espacio son vitales a la hora de pensar una arquitectura apropiada para la causa de transformar la sociedad urbana. El edificio, la obra y el arquitecto, tendrán que repensar su accionar a la hora de diseñar, buscando catalizar y detonar procesos sociales de apropiación de

la ciudad, excediendo la mera construcción edilicia de elementos rígidos e inadaptables. En una interpretación más simple bajo una mirada marxista, el diseño del espacio se somete a la dictadura de sus habitantes, y no viceversa.

Como ya ha sido mencionado, «Toward an architecture of enjoyment» instala una redirección del marxismo desde una mirada funcional al objetivo de reemplazar al capitalismo por otro modelo productivo, hacia buscar un modelo de sociedad cuya ideología se inicie por privilegiar la creatividad y el ocio de las personas como objetivo fundamental, alejando las preocupaciones únicamente productivistas características del marxismo del siglo XX, apuntando a un camino diferente que busque generar un florecimiento cultural sin precedentes en la historia de la humanidad. De este modo, el fin mayor de una eventual dictadura del proletariado no sería únicamente la derrota de la burguesía y el reordenamiento de los medios de producción para ponerlos al servicio de la sociedad en su totalidad. En este nuevo modelo político marxista, el fin mayor de la dictadura del proletariado sería el ordenar los tiempos de producción industrial de tal manera que se privilegien los espacios de creación, espontaneidad y sociabilización entre los miembros de la sociedad, aspirando a que cambie el paradigma de una comunidad que busca únicamente capitalizar su vida colectiva, buscando principalmente que se busque redefinir la imaginación.

En lo inmediato, Lefebvre exige de los arquitectos el cuestionamiento profundo de sus propias prácticas disciplinares. Se espera que desde la optimización de recursos se pase a nuevas metodologías que sean capaces de sobresalir de la mera búsqueda de rentabilidad, apuntando hacia la compleja exploración de contenidos y sensaciones, de lograr una nueva sensualidad arquitectónica enraizada en una mejorada sensibilidad artística. Es decir, dejar de pensar en el fetichismo vacío y estéril de lo estrictamente funcional para cubrir necesidades básicas; para pasar a generar procesos espaciales capaces de catalizar e influenciar prácticas socio-espaciales significativas y relevantes para la sociedad urbana. Esto necesariamente implica el desarrollo de utopías concretas hacia una arquitectura capaz de provocar la felicidad y el disfrute.

CONCLUSIONES: OPTIMISMO CRÍTICO

Luego de haber desarrollado una aproximación a la disciplina arquitectónica y su eventual rol hacia producir revoluciones en torno a la vida cotidiana, queda en evidencia el rol que el arquitecto como uno de los principales actores en la programación y materialización tiene a la hora de facilitar y fomentar la felicidad. El disfrute, entonces, tiene su correlato espacial. ¿Como se define el espacio del disfrutar?

El espacio de disfrute no puede consistir en un edificio, en un ensamblaje de cuartos, lugares determinados por sus funciones. No puede consistir en un poblado, un pequeño barrio el cual ha sido re-propuesto en cierta extensión. Más allá, será el campo o un paisaje, un espacio genuino, uno de momentos, encuentros, amistades, festivales, descanso, tranquilidad, alegría, exaltación, amor, sensualidad, tanto como comprensión, misterios, lo desconocido, lo conocido, la lucha y el jugar. Lugares e instancias de momentos (Lefebvre, 2014, p. 128).

En este artículo se ha desarrollado tanto un primer acercamiento a «Toward an architecture of enjoyment» de Henri Lefebvre, pero también como una instrumentalización marxista de algunos de sus principales enunciados, en busca de promover el desarrollo de una arquitectura capaz de detonar procesos de impugnación al capitalismo. Una arquitectura al servicio de una revolución urbana que se constituye no solo como testigo de cambios socio-espaciales, sino como detonante y facilitador de conflictos que promuevan la asociatividad social y organización comunitaria. La arquitectura, más que un mero soporte para el disfrute, deberá ser entendida entonces como un instrumento de lucha política por hacer de la vida cotidiana una fuente de felicidad y alegría. La vivienda, la calle, la plaza pública, el parque, la torre de departamentos y todos los elementos en los que la arquitectura actúa pueden ser utilizados para facilitar que el individuo explore su propia felicidad, entendiendo que el cuerpo y el espacio están íntimamente relacionados a la hora de encontrar-buscar maneras de disfrutar la vida. De esta forma, el arquitecto, más allá de buscar edificios para el disfrute, debe

explorar espacialidades y metodologías de diseño que sean capaces de producir la felicidad. No se buscar una única arquitectura para la felicidad, se busca un pensamiento integral donde los resultados espaciales acojan una vida cotidiana desarraigada de lo que dicten las leyes del marketing; en el que disfrutar no dependa de lo que sea conveniente para el capitalismo sino que dependa de búsquedas personales profundas:

¿Podemos nosotros, en el llamado mundo moderno, descubrir una arquitectura del disfrute? Esta incongruente pregunta contiene su irónica respuesta. ¿Qué es lo que vemos alrededor de nosotros? Hábitats monótonamente reproducidos, con minúsculas variaciones presentadas como si fueran profundas diferencias cuyas apariencias son disueltas de una por nuestra mirada y por nuestros otros sentidos. Monotonía, aburrimiento, combinaciones repetitivas de elementos cuyas variaciones obstinadamente claman por algún tipo de identidad fundamental. Ascetismo es la emoción dominante, un culto por una sensorialidad intelectualizada y una abstracción hecha tangible. Pensamiento y mirada oscilan entre dos entidades: Lo «inconsciente» (inaccesible por definición) y «la cultura» (banalizada por definición), ambos igualmente secos y vaciados de vida sensual, cada uno reflejando al otro en un juego de espejos, de puerta giratoria. Y esto es tan cierto en la arquitectura (reducida a la construcción) como en las otras artes (Lefebvre, 2014, p. 44).

Romper con la monotonía del desarrollo espacial estandarizado y su constante reproducción en la ciudad es otro de los desafíos que plantea Lefebvre en este libro. Buscar una arquitectura que sea un deleite espacial; que motive a los sentidos y que sea capaz de seducir. De cierta manera, Lefebvre critica a la modernidad y acusa un retroceso en la producción arquitectónica en cuanto a su cualidad espacial, pero tambien critica un retroceso en cuanto a la irrelevancia del arquitecto en las prácticas cotidianas, restándose de pensar políticamente la espacialidad. Además, la arquitectura moderna tuvo que intentar redefinir lo que se entendía por belleza, adecuándose al discurso funcional que el capitalismo exigía a la producción espacial: optimizar tiempos, reducir costos de producción e incrementar

exponencialmente las ganancias. Es cierto que la arquitectura de hoy es una representación de una época donde el individualismo y la acumulación del capital prevalecen por sobre lo colectivo; pero también su latente relevancia esta disponible para que sea reapropiada por actores sociales en busca de incidir en la forma que se percibe la vida urbana. El llamado de Lefebvre a los arquitectos y urbanistas es a repensar estas lógicas disciplinarias y darse cuenta que o bien son esclavos de una ideología urbana que atenta contra el bien común y que solo le es útil a quien ve en la sociedad urbana un negocio, o bien se revelan ante el sistema y comienzan a impugnar estas lógicas buscando encontrar una idea contemporánea de ciudad, más apropiada para provocar nuevos deseos y formas de disfrutar la sociedad urbana. Lefebvre era un optimista; lo importante es creer que dichas perspectivas optimistas pueden empujar una transformación disciplinar hacia una revolución arquitectónica en favor del arte, desencadenando un levantamiento creativo para detonar estallidos de felicidad y disfrute.

REFERENCIAS

- Allende, S. (1969). *Programa básico de gobierno de la Unidad Popular*. Santiago: Candidatura Presidencial Salvador Allende.
- CIES (2013). El Chile Profundo. Santiago: Liberalia Ediciones.
- DE MATTOS, C. (2014). Mercado metropolitano de trabajo y desigualdades sociales en el Gran Santiago. ¿Una ciudad dual? Revista EURE Revista De Estudios Urbano Regionales, 28(85).
- ELDEN, S. (2014, 5 1). Society and Space. (S. Elden, Ed.) Retrieved 12 21, 2014 from Interview with lukasz stanek about henri lefebvre, 'toward an architecture of enjoyment' and the use value of theory: http://societyandspace.com/material/interviews/interview-with-lukasz-stanek-about-henri-lefebvre-toward-an-architecture-of-enjoyment-and-use-value-of-theory
- Lafargue, P. (1975 [1880]). The right to be lazy. Chicago: C.H. Kerr.
- LAWNER, M. (2014, 09 11). Los Balnearios Populares de Salvador Allende. Los Balnearios Populares de Salvador Allende. (A. I. Cortés, Interviewer) Youtube. Scopio, Santiago.
- Lefebvre, H. (1961). *Introduccion al Marxismo*. Buenos Aires: Eudeba. ______(1971). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Ediciones Península. ______(1972). *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial.

- _____ (1991). The critique of everyday life Volume 1. London New York: Verso.
 - ____ (2013) La producción del espacio. Madrid: Capitan Swing.
- (2014). *Toward an architecture of enjoyment*. (L. Stanek, Ed., & R. Bononno, Trans.) Minneapolis: University of Minnesota Press.
- López Morales, E. (2014). *Gentrificación y «burbuja» inmobiliaria en el centro de Santiago*. Recuperado el 4 de enero de 2015, del Sitio web de CIPER Chile: http://ciperchile.cl/2014/10/09/gentrificacion-y-%E2%80%9Cburbuja%E2%80%9D-inmobiliaria-en-el-centro-de-santiago/
- MERRIFIELD, A. (2002). *Metromarxism. A Marxist Tale of the City.* London: Routledge.
- Petts, J. (2015, 01 05). *Marx and Philosophy*. Retrieved 01 10, 2015 from Review of Toward an architecture of enjoyment: http://marxandphilosophy.org.uk/reviewofbooks/reviews/2015/1467
- VERGARA, F. (2012) Coreografías de la protesta: El cuerpo, la ciudad y sus transformaciones efímeras. *Revista electrónica DU&P. Diseño urbano & paisaje.* 9 (23) , 1-11. Disponible en: http://www.ucentral.cl/du&p/pdf/23_coreografías_de_la_protesta.pdf

Los aportes de Henri Lefebvre en los estudios sobre la vida cotidiana en la ciudad contemporánea¹

Francisca Pérez

Introducción

Henri Lefebvre es uno de los teóricos contemporáneos que anuncia la importancia de lo cotidiano como escenario reflexivo sobre la vida social. Sus principales lineamientos relacionados con lo cotidiano serán desarrollados en los tres tomos de la «Crítica a la vida cotidiana», escritos en 1946, 1961 y 1981 –respectivamente– y «La vida cotidiana en el mundo moderno», de 1972. Posteriormente retomará esta temática en el libro *Rhythmanalysis*, escrito en la década del 80 y publicado póstumamente en 1994, en el cual plantea la relevancia de abordar teórica y metodológicamente la interelación entre tiempo, espacio y vida cotidiana a partir de los movimientos, frecuencias y ciclos de la vida social.

Cabe señalar, sin embargo –y tal como sugiere Alicia Lindon en su artículo «Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana» (2004)–, que lo cotidiano constituye un eje transversal a lo largo de toda su obra. Lindon plantea que «...es necesario destacar que la preocupación por lo cotidiano en Lefebvre no es un interrogante puntual que lo lleva a escribir una obra en particular. Es una

Parte importante de estas reflexiones se desarrollaron en el marco de la tesis de doctorado «Representaciones y prácticas cotidianas del espacio doméstico y el suburbio burgués. Barrio El Golf, Santiago 1930 – 1960».

preocupación que moviliza su pensamiento a lo largo de casi toda su vida. Es el telón de fondo de su pensamiento» (Lefebvre, 2004, p. 40).

En esta perspectiva, uno de los aspectos centrales planteados por Henri Lefebyre en relación con la relevancia de lo cotidiano es su estatus en la producción y reproducción de la vida social. De ahí que devenga en una clave de lectura fundamental para la comprensión de su pensamiento. A partir de este argumento, lo cotidiano se enmarca en un contexto susceptible de ser abordado de modo sistemático y riguroso desde el punto de vista académico-disciplinar, así como también puede constituir un aporte teórico para aquellos estudios relacionados con la ciudad contemporánea en los que se consideren aspectos referidos con los usos y prácticas sociales o con las características de los diferentes modos de vida que la ciudad alberga. Desde esta revalorización de la cotidianidad a la que tempranamente nos convoca la obra de Lefebvre -y considerando que largamente se la ha vinculado con dimensiones que emanan de fenómenos calificados como comunes, confiriéndole un estatus inferior en el ejercicio de interpretación de la realidad social-, es necesario volver a la perspectiva que propone Lefebvre para repensar en las posibilidades y alcances del análisis de lo cotidiano.

Desde esta lógica, interesa en este artículo abordar tres puntos claves de la reflexión de Lefebvre sobre la vida cotidiana: primero, la relación entre vida cotidiana y modernidad; segundo, el carácter ciclico de lo cotidiano y su rol en la repoducción de la vida social; tercero, lo cotidiano y su relación con los imaginarios sociales que programan e informan la vida cotidiana.

La relación entre vida cotidiana y modernidad

Henri Lefebvre tempranamente anuncia la relevancia del análisis de la vida cotidiana en el contexto de la modernidad; plantea la existencia de una estrecha relación entre modernidad y cotidianidad. En primer lugar, lo cotidiano cobra una relevancia central en la configuración del mundo contemporáneo y sobre todo en la comprensión de los fenómenos culturales producidos con el advenimiento de la

modernidad en el mundo occidental. La impronta de lo cotidiano, para Lefebvre, es perceptible, por ejemplo, en la división entre lo público y lo privado, donde se asimila a la vida privada, destacando su rol en lo que él denomina como la sociedad burocrática de consumo dirigido. De este modo –y atendiendo a su visión crítica de las consecuencias de la vida moderna sobre el despliegue de las relaciones sociales—, Lefebvre propone una discusión respecto del nombre con el cual denominar la sociedad moderna capitalista entre los años 1950 y 1960, analizada en su texto «La vida cotidiana en el mundo moderno»; luego de descartar los conceptos de sociedad industrial, sociedad técnica, sociedad de la abundancia y sociedad del ocio, adopta el concepto de sociedad burocrática de consumo, donde lo cotidiano tendría un rol central sobre todo en la activación del consumo.

En tal sentido, la importancia de lo cotidiano descansa en en el peso que adquiere la propiedad privada y el consumo masificado en la sociedad burocrática de consumo dirigido. Será ese el eje desde donde Lefebvre inicia su análisis de la cotidianidad como categoría que posibilita desarrollar una reflexión crítica sobre las transformaciones de la modernidad sobre la sociedad.

Lefebvre, por tanto, argumenta la relevancia teórica de la vida cotidiana en la comprensión de la vida moderna. Si bien, por un lado, la define por oposición a la filosofía, enmarcándola dentro de lo banal, lo rutinario y la repetición, pese a esta constatación –que podría interpretarse como una suerte de rol menor de lo cotidiano– sostiene su relevancia en la estructuración de procesos sociales más complejos, pasando del plano subjetivo a la objetivación de la organización social. En este sentido, lo cotidiano corresponde a una de las características constitutivas en el creciente proceso de modernización; en sus propias palabras, lo cotidiano:

...es lo humilde y lo sólido, lo que se da por supuesto, aquello cuyas partes y fragmentos se encadenan en un empleo del tiempo. Y esto sin que uno (el interesado) tenga que examinar las articulaciones de esas partes. Es lo que no lleva fecha. Es lo insignificante (aparentemente); ocupa y preocupa y, sin embargo, no tiene necesidad de ser dicho. Ética subyacente

Francisca Pérez

al empleo del tiempo, estética de la decoración del tiempo empleado. Lo que se une a la modernidad. Por ello hay que entender lo que lleva el signo de lo nuevo y de la novedad: el brillo, lo paradójico, marcado por la tecnicidad o por la mundanidad (...) Ahora bien, cada uno de ellos, lo cotidiano y lo moderno, marca y enmascara al otro, lo legítima y lo compensa (Lefebvre, 1972, pp. 36-37).

Existiría, por tanto, una relación dialéctica entre ambos que da cuenta del enfoque epistemológico complejo que subyace detrás de la relación entre estas categorías. Es decir, más allá de constatar que la modernidad –y específicamente su relación con el consumo dirigido– produzca un tipo particular de cotidianidad que amerita ser observada como una de las consecuencias negativas del proceso de industrialización, lo medular de la propuesta es el modo como se articulan procesos sociales estructurales con la vida cotidiana.

En este sentido, la propuesta de Lefebvre en relación con el estatus de lo cotidiano es elaborada desde una perspectiva crítica de las condiciones y estilos de vida propios de la modernidad que emerge del proceso de industrialización. Por otra parte, al definirlo como un ámbito no abordado por la filosofía, señala las razones por las cuales debería ser parte de una reflexión de corte filosófico en relación con lo social. Estas razones apuntan básicamente a la comprensión de la vida cotidiana como aquella dimensión en la que emergen elementos centrales para la reproducción de la estructura social y económica del capitalismo; allí descansa su relevancia analítica.

El carácter ciclico de lo cotidiano y su rol en la repoducción de la vida social

Por otra parte, es necesario destacar el carácter cíclico de lo cotidiano, por lo que se le considera como acto repetitivo en tanto que cada ciclo está compuesto por una rutina que se renueva continuamente. Esta cualidad de lo cotidiano es reconocida por Lefebvre, pero también por otros autores que han reflexionado entorno a este punto. Por ejemplo, los trabajos desarrollados por Agnes Heller (2002) en la década del 70 sobre la vida cotidiana o en el plano de la filosofía

contemporánea local por el filósofo chileno Humberto Gianini: «La reflexión cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia» (2004), vemos una referencia a la cualidad cíclica de lo cotidiano que lo relaciona con la imagen del eterno retorno, referencia que alude a su continuidad en el tiempo y sobre todo permite visualizar la vida cotidiana como un conjunto de experiencias y actos que requieren ser aprendidos y transmitidos rutinariamente en el tiempo. Lefebvre profundizará esto en el texto «Rithymanalysis», en el cual logra articular una reflexión que apela a develar la relevancia en la comprensión de los ritmos de la vida cotidiana desde diferentes aristas y metáforas alusivas a la vida moderna.

Por otra parte, lo cotidiano en tanto rutina cíclica o repetitiva conlleva elementos específicos en cada grupo social y por eso es tan importante considerar el contexto histórico y cultural en que se manifiestan dichos ciclos. Aunque parezca evidente, cabe destacar que no es lo mismo la cotidianidad experimentada por los grupos de elite que la que viven los sectores marginados de la sociedad, por ejemplo en relación al uso del tiempo y espacio relacionado con los ciclos de ocio y trabajo, así como tampoco es lo mismo la cotidianidad desde el punto de vista de la mujer que la del hombre, del niño que la del adulto, la que se da en el campo y la que nos otorga la ciudad. En este sentido, al definir la cotidianidad y al reconstruirla en sus ciclos, es fundamental considerar sus especificidades y sus rupturas con lo que podríamos denominar la cotidianidad impuesta. Este es un punto que nos abre a una nueva reflexión en relación con lo cotidiano y que Lefebvre anuncia de manera ejemplar al señalar que la vida cotidiana está compuesta tanto por un conjunto de coacciones como de apropiaciones por parte de los sujetos.

Desde esta óptica, la cotidianidad oscila entre los sistemas normativos y los espacios de acción del sujeto como ser social; es decir, por un lado es regla, contrato social, deber ser y, por otro, espacio para invertir la norma, para la creatividad y la producción de prácticas cotidianas. La idea que sitúa lo cotidiano en este intersticio entre lo impuesto y la capacidad de autonomía del sujeto también ha sido desarrollada por otros autores que han abordado la centralidad de

Francisca Pérez

la vida cotidiana basando parte de sus planteamientos en la obra de Lefebvre. Especialmente destaca el impacto de los planteamientos de Lefebvre en la «La invención de lo cotidinao» de Michel de Certeau, obra que relevará a fines de los 70 la importancia de la cotidianidad entendida como campo de apropiación del hombre ordinario.

En este sentido, si bien Lefebvre señala como una de sus críticas centrales de la vida cotidiana en el mundo moderno su capacidad de coacción, abre la posibilidad hacia la capacidad de apropiación de los sujetos. Al instalarse entre el ámbito de las coacciones y apropiaciones, lo cotidiano puede ser visto como el espacio en donde los sujetos se reproducen en tanto seres individuales y sociales, configurándose como lugar de mediación entre lo que Agnes Heller define como el hombre particular (individuo) y el hombre genérico (colectivo). Como señala la propia Heller:

El particular nace en condiciones sociales concretas, en sistemas concretos de expectativas, dentro de instituciones concretas. Ante todo debe aprender a «usar» las cosas, apropiarse de los sistemas de usos y de los sistemas de expectativas, esto es, debe conservarse exactamente en el modo necesario y posible en una época determinada en el ámbito de un estrato social dado. Por consiguiente, la reproducción del hombre particular es siempre reproducción de un hombre histórico, de un particular en un mundo concreto (Heller, 2002, pp. 41-42).

En esta línea la relevancia de lo cotidiano descansa en este conjunto de elementos que hemos introducido, y especialmente se juega en el lugar que ocupa en la producción y reproducción de las subjetividades y de la producción y reproducción de la vida social.

Desde la concepción de Lefebvre, la vida cotidiana, por tanto, es observable y aprehensible; posee una estructura que nos permite superar la visión banal que se le atribuye desde el sentido común a aquellas acciones que se desarrollan en el día a día y que, desde una primera mirada, parecen no tener valor en términos analítico-conceptuales. Sin embargo, son muchas de estas acciones las que están en la base de la constitución de los sujetos en tanto seres sociales; es

en los actos cotidianos donde se expresa y reproduce –consciente o inconscientemente– un sistema de valores específico y la adscripción a determinado habitus.

Los imaginarios sociales de la vida cotidiana

Lo único que podrá informarle acerca de lo que surgió en el centro de la vida cotidiana durante esas horas serán la publicidad (todavía incipiente), lo sucesos, las pequeñas informaciones marginales (Lefebvre, 1972, p. 8).

Lo cotidiano, por otra parte, se puede abordar también desde las prácticas culturales, las que cobrarían desde esta lógica especial relevancia en el abordaje de la vida cotidiana, en tanto que a partir de aquellas se construye un complejo proceso de reconocimiento y de identidad de los sujetos, inscribiéndolos en el tejido social. En estos términos, el concepto de lo cotidiano se vincula con el conjunto de experiencias –de prácticas y representaciones– que significan y dan sentido a la rutina diaria, logrando hacer de ella un elemento relevante desde el cual plantearnos en tanto sujetos, así de cómo relacionarnos con los otros.

Por otra parte, cabe considerar el papel que desempeñan los objetos como elementos que informan sobre lo cotidiano a partir de la relación que estos tienen con los sujetos que los usan y les otorgan significado. En esta perspectiva, lo cotidiano para Lefebvre posee un cierto lenguaje como una forma a partir de la cual la sociedad manifiesta un conjunto de significados que le dan sentido y coherencia; en este escenario, los objetos juegan un rol central como parte de este proceso comunicativo que configura la vida cotidiana. El autor ejemplifica esto a partir de la actitud que adopta la sociedad francesa luego de la Segunda Guerra Mundial frente a los significados otorgados a antiguos objetos, planteando que: «Así entre los muebles, entre el amplio armario, la cama de matrimonio, el gran espejo, el reloj de pared, circulaban recuerdos utilizados por la aristocracia o la burguesía (grande o pequeña) para expresarse» (Lefebvre, 1972, pp. 83-84). De esta manera, los objetos interesan desde el punto

de vista de su relación con los procesos de significación, así como con sus usos y apropiaciones, y no desde el punto de vista de sus características técnico-funcionales.

Esta relevancia que Lefebvre le otorga a los objetos como informantes de lo cotidiano será retomada por Jean Baudrillard en su texto «El sistema de los objetos», el cual fue resultado de su tesis doctoral guiada por el propio Lefebvre en el año 1966. Baudrillard elabora una crítica a la tendencia de abordar los objetos de manera independiente de los sujetos o del ámbito cultural en el que están inmersos. De este modo, propone un sistema cotidiano de los objetos a raíz de la insuficiencia del análisis tecnológico, que no logra dar cuenta de las diferentes dimensiones implicadas. El sistema de los objetos está ligado a la esfera cotidiana en la cual circula y cobra sentido, cuestionando su carácter racional a través de la irracionalidad y contradicciones propias de las necesidades del día día. Los objetos estarían insertos en un contexto que modifica su funcionalidad a partir de sus usos diferidos o desde la matriz cultural desde la cual son interpretados, predominando el o los sentido/s que se le atribuyen por sobre su funcionalidad (Baudrillard, 1969).

Desde esta lógica, lo cotidiano –en tanto lenguaje que organiza simbólicamente la sociedad moderna– programa diversos modos y estilos de vida asociados con un conjunto de objetos que desempeñan un rol fundamental en su funcionamiento y consolidación, pero sobre todo en lo que un determinado grupo quiere exhibir y comunicar sobre sí mismo. En este sentido, los objetos cobran valor desde el punto de vista de la comprensión del sentido de la vida cotidiana. Lo interesante es lograr definir cuáles son los valores otorgados a determinados objetos en sus contextos de uso, identificando las características que de ellos son valoradas, así como los diversos estatus establecidos a sus características funcionales, pero desde la perspectiva de su significado connotativo.

Como en el caso de la sociedad francesa de posguerra –señalado por Lefebvre–, es interesante preguntarse acerca del valor que se le asigna a lo antiguo en un contexto de modernización, profundizando el modo en que lo antiguo se introduce y reelabora en el surgimiento de los valores asociados con la modernidad, tales como la comodidad y el confort. De modo inverso, es interesante preguntarse sobre las estrategias a partir de las cuales se introduce e incorpora lo nuevo y lo moderno en un contexto conservador y tradicional, desde el punto estético, por parte de determinados grupos sociales.

Desde esta perspectiva, los objetos interesan en relación con sus signos, en tanto que son los sujetos en última instancia los que se nutren de sus significados; por tanto, lo central es el análisis de su consumo, entendido como las estrategías de apropiación simbólica desplegadas por los sujetos (Lefebvre, 1972, p. 137).

Al respecto, Lefebvre señala que tanto la prensa como el cine son medios que informan acerca de la cotidianidad (Lefebvre, 1972, p. 107); por tanto, son susceptibles de constituirse en un corpus desde donde abordar la vida cotidiana. En este mismo sentido, sostiene la relevancia del estudio de los imaginarios sociales vinculados con la cotidianidad, dentro de los cuales destacan precisamente los semanarios destinados a las mujeres, permitiendo una aproximación pertinente a los imaginarios sociales. Aquéllos además insinúan y delimitan un conjunto de prácticas asociadas con la vida cotidiana; en palabras del autor:

La lectora y el lector no saben a qué atenerse. Los mismos fascículos contienen sobre los objetos indicaciones precisas (forma de realizar por sí misma este modelo, precio y lugar de adquisición de aquel otro) y la retórica mediante la cual estos objetos adquieren una segunda existencia. Están todos los vestidos (posibles e imposibles), todos los platos y todos los manjares (desde los más sencillos hasta los que exigen una cualificación profesional), todos los muebles (desde los que cumplen funciones triviales hasta los que adornan palacios y castillos), todas las casas, todos los apartamentos. A esto se añaden los códigos que ritualizan y hacen prácticos estos «mensajes» al programar lo cotidiano (Lefebvre, 1972, p. 110).

De este modo, lo que hacen estas revistas es producir una retórica respecto de la vida cotidiana, instalándose como un deber ser, como modelo social que potencia determinadas prácticas sociales, las que además son apropiadas por los sujetos a través de su lectura

e interpretación particular. En este mismo escenario retórico, Lefebvre señala el rol de la publicidad y la literatura en el montaje de un imaginario cotidiano, que mediante metáforas lo introducen en el ámbito de lo imaginario, instalando «en cada vida cotidiana (la de cada lectora y cada lector) todas las vidas cotidianas posibles...» (Lefebvre, 1972, p. 110). El autor sugiere que la publicidad suele ser más efectiva y mejor lograda que la literatura, pese a que desempeñan el mismo rol metafórico; es decir, ambas otorgan a la vida cotidiana connotaciones simbólicas que permiten despertar el interés de los lectores y lectoras. La publicidad sería un metalenguaje en tanto que se instala como un discurso sobre el discurso (Lefebvre, 1972, p. 124).

Desde este punto de vista y básicamente a partir de su capacidad de sustitución de lo real, la publicidad reemplaza el papel de las ideologías, en tanto que encubre y disimula lo real. Desde esta óptica, le otorga a la vida cotidiana el sentido que requiere para completarse como sistema, en la medida que a través de sus múltiples metáforas le otorga significado a objetos o prácticas cotidianas que sin ellas (las metáforas) tal vez no serían relevantes para los sujetos y para la configuración de la realidad social. La publicidad, sostiene el autor, tendría además la capacidad de restituir algunos mitos clásicos de la cultura occidental, como son el mito de la felicidad, la belleza o la naturaleza, potenciando el vínculo entre prácticas sociales y fortaleciendo a la vez la producción de nuevas prácticas que se desprenden de ella; en esta capacidad reside su carácter ideológico, en tanto que a través del aparataje publicitario se programan estilos de vida: «Se le dice cómo vivir siempre mejor: qué comer y beber, con qué vestirse y amueblarse, cómo habitar...» (Lefebvre, 1972, p. 135).

Según Lefebvre, la lectura que realizan las mujeres de estas publicaciones se concentra tanto en su parte práctica como en la imaginaria; en este sentido, existiría una distinción entre lo imaginario y lo práctico-real. Desde esta perspectiva, Lefebvre reitera su argumento de la centralidad del análisis de la vida cotidiana como una de las dimensiones fundamentales de la vida social o, más específicamente, con un plano de realidad que debe ser examinado en profundidad.

En este sentido, la vida cotidiana puede constituir potencialmente un eje clave desde donde abordar las problemáticas que

experiementa actualemente la vida urbana en la ciduad contempránea; por un lado, al considerar su relevancia en la comprensión de la modernidad la cotidianidad que esta genera y su relación con los procesos de consumo. Por otro, al considerar la relevancia que tiene la reconstitución de las trayectorias cíclicas en la producción y reproducción y sus efectos sobre espacio urbano o por el papel que desempeña en la consolidación de determinados imaginarios sociales respecto de la vida urbana.

REFERENCIAS

- BAUDRILLARD, J. (1969). El sistema de los objetos. Siglo XXI. México.
- DE CERTEAU, M. (2000) (1980). La invención de lo cotidiano. 1. Artes de Hacer. Universidad Iberoamericana. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente. México.
- Lefebvre, H. (2002)(1946). Critique of Everyday Life Vol1. British Library. London
- _____(2002) (1961). Critique of Everyday Life Vol2 . British Library.
- _____ (2002) (1981). *Critique of Everyday Life* Vol3 . British Library. London
- _____ (2007) (1974). *The Production of Space*. Blackwell publishing. USA United Kindom.
- _____ (1972). La vida cotidiana en el mundo moderno. Alianza. Madrid.
- _____ (2002) (1992). *Rhythmanalysis: Space, Time and Everyday Life.*British Library. Londres.
- LINDON, A. (2004). Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana. *Veredas*, México.
- GIANNINI, H. (2004) La «reflexión» cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia (1987). Editorial. Universitaria. Santiago.
- HELLER, A. (2002) Sociología de la vida cotidiana (1970). Península Ediciones de Bolsillo, Barcelona.

EL CUERPO DEL DISEÑO URBANO Y DE LA ARQUITECTURA CLAMAN POR VENGANZA: RITMO-ANÁLISIS Y SUS INTERPRETACIONES METODOLÓGICAS¹

Camillo Boano

Introducción

La carrera intelectual de Henri Lefebvre pasó la mayoría del siglo veinte reuniendo una increíble cantidad de trabajos desde filosofía radical a sociología rural, de estudios urbanos a teoría de estado. Inspirado principalmente por los trabajos de Marx, Hegel, Nietzsche, Heidegger y Bachelard, el proyecto intelectual y político de Lefebvre fue ofrecer una crítica a la sociedad en busca de abrir un camino hacia otra sociedad, un mundo posible mas allá del capitalismo, el estado y la sociedad de consumo (Purcell, 2013).

Recientemente, el trabajo de Lefebvre ha ido ganando atención particularmente en los campos de la geografía, la sociología y los estudios urbanos (Kipfer et al. 2012; Elden 2004). Ha inspirado a planificadores urbanos, diseñadores y, más recientemente, arquitectos (Borden 2001; Stanek 2011; 2013) con una visión vital, vívida y dinámica de la ciudad, interrelacionada con sus dimensiones históricas y sociales, que pueden ser sustancialmente y sucintamente interpretadas como obras (*oeuvre*) y productos (*produit*) (Lefebvre 1996; 2001), destacando la inmanente y única cualidad de la producción del espacio urbano contingente a sus valores históricos, culturales

¹ Créditos de traducción desde el inglés: Francisco Vergara Perucich.

y políticos. Él enfatizó en la dimensión política de la producción espacial, situándose a sí mismo como contrario a la *homogenización* y concentraciones del poder de las nuevas *abstracciones*, espacios sin relativizar que asoció con la arquitectura y planificación de mediados del siglo veinte.

Para él, el espacio abstracto «niega todas las diferencias, esas que provienen tanto de la naturaleza y la historia, como las provenientes del cuerpo, la edad, la sexualidad y la etnicidad» (Lefebvre 1979, p. 289), construyendo lo que llamó «política absoluta», donde el poder se ha drenado de la socialidad cotidiana y de sus situaciones, rodeándolos a ambos tanto de un creciente, abstracto y autoritario estado como de sus instituciones del conocimiento. Al rechazar esta imposición de una racionalidad universal sobre la vida, él reconoce la autonomía de las constelaciones prácticas y materiales que constituyen la vida y siembran en la cotidianeidad el «"tejido conectivo" que [da] coherencia y estructura a la totalidad» (Gardiner 2004, p. 224).

La *naturaleza productiva* y la continua lucha sobre la producción del espacio urbano en la filosofía y política de Lefebvre no sorprende al comprender que lo urbano se alimenta del tiempo y la historia. Para Lefebvre, «lo urbano es dialéctico en naturaleza, como el espacio urbano es socialmente producido por tres procesos dimensionales (material, ideológico-institucional e imaginario-afectivo)» (Lefebvre 1991b en Kipfer et al. 2012, p. 119). Previo a Lefebvre, el modo modernista de definir las relaciones entre tiempo y espacio se basaba en una visión Kantiana, entendiendo el espacio como algo pasivo, una pre-existencia o un contenedor formal que existe en sí mismo (Schmidt, 2008). Stuart Elden (2004:95) profundiza en esto diciendo que Lefebvre criticó la visión Kantiana de comprender el espacio como si el tiempo dominara al espacio. Él objetaba la noción fija del espacio, argumentando que tiempo y espacio se experimentan al mismo tiempo, por lo que no están fijos.

El énfasis en el espacio es sin dudas el elemento central que los académicos que estudian a Lefebvre han tomado, pero una aproximación meramente espacial arriesga perder la importancia de un análisis de tiempos y ritmos que son centrales en toda la teoría social

de Lefebvre. Específicamente, como él no ve el análisis espacial como un reemplazo de otros análisis, sugiere que se debe considerar el ritmo a través del cuerpo humano, a través de un *ritmo-análisis*(Lefebvre 2004) – el análisis de ritmos biológicos, sicológicos y sociales implicaría «completar la exposición de la producción del espacio» y demostraría «las interrelaciones entre espacio y tiempo con la vida cotidiana» (Elden 2004b, p. ix).

Localizando el proyecto de ritmo-análisis, se puede definir como una fuente metodológica hacia la reflexión de la producción capitalista del espacio coherentemente alineada con el debate sobre la noción de las prácticas cotidianas. Este capítulo apunta a descubrir la íntima relación entre tiempo y espacio, lo que es fundamental para captar la noción que las investigaciones de Lefebvre tenían en relación al cuerpo y los ritmos contradictorios que dan forma a las ecologías políticas, y de cómo esta reflexión sobre la corporalidad podría dar algunas luces sobre el debate acerca de investigaciones urbanas y diseño urbano.

La primera parte del capítulo ubica las reflexiones sobre ritmos y cuerpos en la aparicion de lo que Lefebvre considera su más importante contribución al pensamiento marxista (Butler 2012): la cotidianeidad. Esta parte ilustrará brevemente su relevancia y la aparición de su «teoría de los momentos», la cual alimenta posteriores reflexiones en lo político y lo espacial, abriéndose a la tradición fenomenológica de la concreción.

La segunda parte sugiere una breve elaboración en el concepto y la práctica de la vivienda y el habitar, muy central en toda la reflexión de Lefebvre en torno a la reproducción del capitalismo y la administración de la vida social en una dominación política y estética. Si bien esta parte puede verse tangencial al foco del capítulo entero, esto apunta a presentar la influencia en Lefebvre de las obras de Heidegger y Bachelard, destacando apropiadamente la capacidad del cuerpo «para resistir la estética del modernismo tecnológico a través de la reclamación de una amplia gama de gestos corporales» (Butler, 2012, p. 7) que se desenvuelven en la cotidianeidad. El tercer momento se basa en la centralidad del «cuerpo total», un concepto

Camillo Boano

que enfatiza en la restauración de las relaciones del cuerpo con ritmos cíclicos, para así ilustrar de forma especifica los «Elementos de un ritmo-análisis» (2004) y su dimensión metodológica.

La última parte de este capítulo ofrece una breve orientación entre diferentes ejemplos, narrativas y proyectos en donde un análisis ritmo-analítico ha sido adoptado en variadas practicas. Una breve conclusión conectará con la reciente aparición del libro inédito de Lefebvre, *Toward an Architecture of Enjoyment* (2014), como parte de un posible proyecto que explícitamente desafíe a la arquitectura como práctica fundamental para subvertir «la ambigüedad de la doble composición del cuerpo ocupando el espacio y el cuerpo produciendo el espacio» (Lefebvre, 2014, p.149) y sus múltiples oposiciones constitutivas.

El capitulo apunta a ofrecer una reflexión además de utilizar a Lefebvre como una «caja de herramientas urbanas» y abrir una nueva centralidad de la vida cotidiana como el núcleo de cualquier tipo de proyecto político radical. Específicamente, se busca llamar por futuros usos del legado de Lefebvre en torno al cuerpo y al uso como registros fundamentales del diseño urbano y de los estudios urbanos en línea con otros debates filosóficos actuales, siendo así capaz de desarrollar no solo potentes reflexiones analíticas y metodológicas, sino también subversivos pensamientos para el placer y el disfrute, asumiendo su «legitimo lugar y por su condición, condiciones concretas a ser exploradas y reconocidas» (Lefebvre, 2014, p. 77).

LA COTIDIANEIDAD, LOS MOMENTOS Y LA APARICIÓN DEL CUERPO

El concepto de «cotidianeidad» (*la quotidienne*) –con su propia materialidad– es para Lefebvre un concepto crítico capaz de teorizar lo ordinario (Butler 2012; Shields 1999; Borden 2012), lo banal y lo repetitivo en relación a las características de la vida bajo las capitalistas condiciones: «la palabra cotidianeidad designada al ingreso de [...] la vida diaria en la modernidad: la cotidianeidad como un objeto de programación [...] cuyo desarrollo es impuesto por el mercado, el sistema de equivalencias, por el marketing y por la publicidad»

(Lefebvre, 1988, p. 87). Elaborado en el multi-volumen «La crítica de la vida cotidiana» entre 1945 y 1947, fue un intento por «investigar sociológicamente la banalidad y las rutinas repetitivas de la vida diaria, aplicando conceptos marxistas para complejizar la condición material de la modernidad» (Butler, 2012, p. 25).

Con el motivo de elucidar el potencial oculto de la cotidianeidad, Lefebvre desarrolla su teoría de los momentos, definido como «modalidad de presencias» (Lefebvre, 2002, p. 45), un especifico conjunto de «instantes» que intentan lograr la total realización de una posibilidad: «[...] los momentos desean ser libremente totales; se agota a sí mismo en el acto de ser vivido» (Lefebvre, 2002, p. 48) y ofrece algunos ejemplos de ciertos momentos tales como «jugar, amar, trabajar, descansar, luchar, conocer y poetizar» (Lefebvre, 2003, p. 170), haciendo de la vida cotidiana un lugar donde la energía es almacenada y la revolución se completa (Borden, 2012), abriendo así la posibilidad de experimentar el espacio-tiempo en el mundo en una no-alienada manera. Mientras la cotidianeidad desarrollada por Lefebvre en reflexiones y construcciones históricas han sido caracterizadas siempre por la repetición, banalidad y algunas otras alienaciones, el punto central que él ofrece es que estas condiciones alcanzan nuevas alturas bajo la producción capitalista y en la sociedad burocrática de consumo controlado, donde la cotidianeidad es el cruce entre dos modos de repetición: «[...] lo cíclico que domina la naturaleza, y lo lineal que domina los procesos conocidos como racionales. La cotidianeidad implica por un lado ciclos, noches y días, estaciones y cosechas, actividades y descanso, hambre y satisfacción, deseos y sus cumplimientos, vida y muerte, e implica también los gestos repetitivos del trabajo y el consumo» (Lefebvre, 1987, p. 10).

Estas preocupaciones, tempranamente desarrollados en la visión de Lefebvre sobre la vida cotidiana, serán posteriormente elaborados en el completo proyecto de «Ritmo-análisis: Espacio, tiempo y vida cotidiana» (2004). Para Lefebvre, los humanos son producidos por los ritmos naturales de la respiración y el corazón, y los ritmos sociales de los procesos culturales contemporáneos. Estos ritmos convergen en el cuerpo, en la cotidianeidad: «La cotidianeidad es

Camillo Boano

simultáneamente el lugar de, el teatro para, y lo que está en juego en un conflicto entre grandes ritmos indestructibles y los impuestos procesos por organizaciones de producción socio-económica, consumo, circulación y hábitat» (Lefebvre, 2004, p. 73). La temporalidad se movió al centro del proyecto de Lefebvre: «La crítica de la vida cotidiana estudia la persistencia de escalas de tiempo rítmicos dentro del tiempo lineal de la sociedad industrial moderna» (Lefebvre, 2002, p. 49). Más adelante en el texto, desarrolla en profundidad sus conceptualizaciones de tiempo social y espacio social, además de anunciar que él «estará proponiendo una ritmología o un ritmoanálisis sociológico» (Lefebvre, 2002, p. 232) que realmente anticipan a los «Elementos de Ritmo-análisis».

Como se ilustra anteriormente, estos conceptos, más allá de buscar una completa teoría de ritmos sociales, sugiere un claro rol que los ritmos juegan en la crítica de la cotidianeidad de Lefebvre. Como Butler (2012) sugiere, en sociedades urbanizadas contemporáneas, la cotidianeidad es modelada en tiempo linear cuantificado, «dictado por el tiempo y los relojes» (Lefebvre, 1987, p. 10), donde la vida v el tiempo se convierten en homogéneos, haciendo de los ciclos naturales y vida biológica algo difícil, como si la cotidianeidad estuviera sujeta a «incesantes intentos por cuantificar el tiempo e incrementar la productividad» (Butler, 2012, p. 32), mercantilizando tiempo y transformándolo en un producto social: «Tiempo cuantificado [...] se convierte uniforme y monótono mientras también se quiebra y se fragmenta. Como el espacio, se divide en lotes y paquetes» (Lefebvre, 2004, p. 74). El tiempo linear está segmentado en una sucesión de cuantificados e intercambiables momentos que miden el valor cambio del trabajo y que calendarizan el orden racionalizado del capitalismo. Lefebvre así caracteriza la vida cotidiana como un terreno, un conflicto y una lucha entre perdurables formas de tiempo cíclico y la lineal y cuantitativa temporalidad impuesta por la sociedad industrial.

Lo que es fundamental para Lefebvre es que «el cuerpo reclama venganza» (Butler, 2013, p. 33), asociado con festividad y jugando con «todo lo que fuera energético, placentero y posible a partir de

la naturaleza, la comida, la vida social y su cuerpo y mente» (Lefebvre, 1991, p. 202). La festividad y el juego son presentados como una alegre posibilidad y con potencia transformativa en la ruptura de lo ordinario, sugiriendo una «conexión entre los miembros de la comunidad y entre los cuerpos humanos y el ritmo de la naturaleza» (Butler, 2013, p. 33), superando la alienación a través de momentos transitorios.²

La teoría de los momentos de Lefebvre comparte tiene mucho en común con la noción de situaciones que ha sido teorizada simultáneamente por Guy Debord y la Internacional Situacionista. Lefebvre sostiene que ambos conceptos «no son exactamente lo mismo» (Lefebvre, 2002, p. 352), sin embargo, ambos comparten que la Comuna de Paris de 1871 es un ejemplo preeminente del festival revolucionario.

Lo que parece importante mencionar es que esta elaboración abre reflexiones bastante fundamentales en torno a la practica y al cuerpo. Dando significado, significancia e importancia a las imperceptibles y aparentemente insignificantes prácticas cotidianas, a problemas de «banalidad» o «cotidianeidad», dando alta atención con lo concreto o conocimiento práctico y su formación en la vida cotidiana de las personas con el mundo de las emociones, del deseo y la imaginación; y con la infinitud de encuentros mediante los cuales podemos hacer el mundo y re-hacerlo.

Ciertamente inspirado por la fenomenología existencial de Heidegger, la importancia de la vida cotidiana es que las prácticas no deben ser vistas como aisladas, sino como continuos flujos de

No podemos elaborar mucho más, pero la noción de alienación de Marx es central en los tres volúmenes de Critique of Everyday Life tanto como en la teoría política de Lefebvre (revisar Butler, 2012). Específicamente él usa el concepto de alienación «de manera dialéctica que presupone una lucha por des-alienar, así desarrollando una fundación teórica para una resistencia perpetua» (Moore, 2013, p. 62), nunca simplemente como una quimera o un concepto analítico, sino siempre relacionado a lo concreto con su práctica y el involucramiento activista con lo intelectual, lo político y los movimientos artísticos que marcaron la historia revolucionaria del siglo veinte. Dadaísmo y los Surrealistas, la resistencia francesa contra la ocupación Nazi, la tormentosa relación con el partido comunista francés, la Situacionista Internacional y el levantamiento estudiantil de Mayo de 1968.

Camillo Boano

conductas en los cuales el cuerpo y el espacio tienen un rol específico. «Estar en el mundo» es la habilidad de la cotidianeidad, copiando y comprometiéndose con un medio ambiente en una actuación donde el cuerpo es siempre en un lugar propio, es espacial. Con esto, Lefebvre le asigna importancia al rol del cuerpo en la experiencia vivida, como el cuerpo se constituye como un ámbito practico-sensorial donde el espacio es percibido a través de la mirada, el olfato, el gusto, el tacto y el oído. El espacio social y el cuerpo vivo están subsecuentemente conectados en una concepción espacial del cuerpo: «Un cuerpo concebido como tal, como producido y como la producción del espacio, es inmediatamente sujeto de los determinantes de dicho espacio [...] el carácter material espacial del cuerpo deriva desde el espacio, desde la energía que se despliega y se pone en uso allí» (Lefebvre, 1991, p. 195).

El concepto y la práctica de habitar

Muchos autores³ han sugerido que, dentro de la compleja obra de Lefebvre, un elemento central es que aquellos que controlan la producción del espacio también pueden controlar las relaciones sociales, reproduciéndolas a través del espacio. Esa tesis fue completamente desarrollada y articulada en La producción del espacio (Lefebvre, 1991). Para el argumento, aquí es importante notar que «habitantes y usuarios» pueden desafiar las relaciones sociales empotradas en la cotidianeidad, apropiándose de los espacios urbanos, participando en decisiones y determinando las transformaciones de la ciudad. En otras palabras, los modos en que los habitantes y usuarios producen, reproducen, transforman y mantienen los espacios urbanos les permiten controlar o alterar las relaciones sociales inscritas en su espacio habitable. Dentro de esta reflexión, un concepto clave -recientemente enfatizado y popularizado por Lukasz Stanek en Henri Lefebvre on Space (2011) – en relación al universo conceptual de Lefebvre es la idea que la reproducción del capitalismo y la administración de la

Entre otros: Shields 1999; Merrifield 2006; Elden 2004; Stanek 2011; Butler 2012.

vida social, en tanto estéticas estructuradas y dominación política, se desarrolla en el habitar. A pesar que puede estar un poco fuera de lo convencional en torno a los estudios ritmo-analíticos, parece importante rescatar la referencia intelectual y poética que Lefebvre hace de Heiddegger y Bachelard, sosteniendo una crítica de la transición modernista y la transformación del habitar, mediando una experiencia de la capacidad del cuerpo para «resistir las estéticas del modernismo tecnológico a través del cual se reclaman una amplia gama de gestos corporales» (Butler, 2012, p. 7).

La influencia directa de la espaciología y poética de Heidegger, como claramente lo indica Stuart Elden (2004, pp. 96-97) en el uso que Lefebvre hace de la palabra habiter con una traducción directa desde la palabra alemana wohnen (habitar) usada por Heidegger, sugiriendo que todo el cuerpo teórico y reflexivo en torno al espacio habitado se lee en relación a la idea de Heidegger en relación a «el problema del habitar». La recuperación de la noción de habitar es central en las vastas obras que Lefebvre dedicó a combinar la arquitectura y estudios sociológicos enfocados a situaciones residenciales (Stanek 2011), publicado con Henri Raymond en 1966 y titulado L' habitat pavillonaire, obra que tuvo un largo alcance en importancia para renovadas orientaciones sociales de los diseños de la arquitectura residencial en Francia (Stanek, 2011; Cupers, 2013). Esta investigación revela el mundo y las percepciones de familias en barrios de casas aisladas -the pavillio-, concebidos como modelos preferentes de residencia más que ser los grandes proyectos de vivienda colectiva.

Con la elaboración en torno al espacio habitado y con la contribución de la visión de Bachelard acerca de la corporalidad intima y calidad soñada de la casa –con su rol en la imaginación material y afectiva descubierta en la investigación del *habiter pavillionaire*—, Lefebvre enfatiza la dimensión política de la producción urbana y de vivienda en la Francia posterior a la Segunda Guerra Mundial, instalándose como contrario a la homogenización y a las concentraciones del poder de los nuevos abstractos y des-relativizados espacios que él asociaba a mediados del siglo veinte con la planificación moderna.

Camillo Boano

Ciertamente, estas reflexiones sugerían la aparición de su concepto de espacio abstracto, un espacio que «niega las diferencias, aquellas que vienen de la naturaleza y la historia también como aquellas que vienen del cuerpo, las edades, los sexos y las etnicidades» (Lefebvre, 1979, p. 289); lo hace desarrollando una critica al urbanismo moderno en el cual dichos espacios fueron concebidos e implementados (Stanek, 2011; 2014). Los pensamientos en torno a la poética del habitar de Bachelard fueron aquí usados para interpretar y denunciar la «perdida del afecto y la privación de espacios domésticos tradicionales que acompañaban el auge del modernismo tecnológico en contextos urbanos.

Dentro del pavillion, los habitantes urbanos retienen alguna capacidad de apropiarse de sus espacios y de superponer sus propios deseos simbólicos en las estructuras existentes (Butler, 2012, p. 124). Mas allá de sonar como un llamado nostálgico por una vida suburbana y una innecesaria romanización de la vida en el campo, este es un llamado a reflexionar en la relación del cuerpo con el espacio, siendo este un prerrequisito esencial de la producción del espacio «[...] antes de producir efectos en el ámbito material [...] cada cuerpo viviente es espacio y tiene su espacio; se produce a sí mismo en el espacio y también está produciendo dicho espacio» (Lefebvre, 1991b, p. 170). Él argumenta que «la habitabilidad corporalmente viva, la cual incorpora las prácticas, representaciones y códigos simbólicos, pueden proveer las bases para alternativos modos de categorías estéticas que dan cuenta de los incuestionados fetichismos de la tecnología dentro del espacio domestico y se mueve más allá de las elegías nostálgicas del pasado» (Butler, 2012, p. 126).

Tal reorientación está en el corazón de una política del habitar, la cual intenta reapropiarse de las actividades propias del pensamiento espacial auto-gestionado, revalidando la importancia del cuerpo entero y su variedad de gestos. O, diferentemente, «cualquier proyecto revolucionario hoy», ya sea utópico o realista, si intenta evitar la desesperanzadora banalidad, debería hacer reapropiaciones del cuerpo en asociación con la reapropiación del espacio en partes no negociables de sus programas (Lefebvre, 1991, pp. 166-167).

Entonces, es el cuerpo «el cual ayuda a hacer la trilogía [concebida, percibida y vivida] concreta y no abstracta» (Borden, 2012, p. 182). El cuerpo es «una totalidad completa con cualidades espaciales y propiedades energéticas, que se resisten a la tendencia del espacio abstracto» (Lefebvre, 1991, p. 62).

Un aspecto esencial de tal reapropiación es la restauración de las conexiones entre el cuerpo y los ritmos de vida como Borden (2012, p. 183) lo indica: «el asunto del cuerpo es una preservación y producción del tiempo a través de varios ritmos de respirar, comer, dormir, caminar, mirar y sentir».

Elementos de un ritmo-análisis

Lefebvre visualizó un método de análisis que podría integrar las interrelaciones entre las dimensiones temporales y espaciales de la vida cotidiana, al cual llamó ritmo-análisis. Ya lo habría mencionado en la serie «Critica de la vida cotidiana», donde Lefebvre indica que él «estará proponiendo una ritmología o un ritmo-análisis sociológico» (Lefebvre, 2002, p. 232); como Mayer (2008) nos recuerda, el concepto se toma prestado de Gaston Bachelard y Lefebvre propone desarrollar el ritmo-análisis dentro de una metodología que podría iluminar una amplia variedad de prácticas espacio-temporales y luchas, generando un marco etnográfico para el análisis de diferentes grupos sociales en relación con la cotidianeidad: «cada grupo tiene su propio "tempo", el cual es relativamente rápido o lento, y que varía entre el trabajo y el trabajo exterior de la vida cotidiana» (Lefebvre, 2002, p. 232).

Lefebvre desarrolló algunas ideas sobre el ritmo-análisis en 1986, cuando él y su esposa –Catherine Regulier– publicaron un estudio ritmo-analítico de las ciudades mediterráneas, extendiendo la concepción del Mediterráneo propuesto en los *Annales* del historiador Fernand Braudel como una totalidad regional donde los cambios en el comercio y la religión han creado una pluralidad de distintas (aunque relacionadas) e interdependientes culturas locales (Braudel, 1972, para una completa revisión ver Elden, 2004). Aquí,

Camillo Boano

Lefebvre describe la urbanización mediterránea con un sentido más lento y cíclico de la temporalidad, más descentralizado y con diversas geografías del lugar, y con menos abstractas formas de relaciones sociales y poder (Moore, 2013).

La noción de ritmo-análisis abre numerosas posibilidades metodológicas en el cruce entre tiempo y espacio o entre espacios de urbanización y la progresiva desmaterialización de los cuerpos mediados por el *tempo* de la vida cotidiana y la construcción disciplinaria de los cuerpos humanos. Como ha sido indicado directamente por Lefebvre, los «tiempos concretos tiene ritmos, o más bien son ritmos –y todos los ritmos implican la relación de un tiempo con un espacio, un tiempo localizado, o si se prefiere, un espacio temporalizado. Ritmo está siempre vinculado con tal y tales lugares, con su lugar, siendo el corazón, el parpadeo, los movimientos de una calle o el *tempo* de un vals» (2004, p. 89)

Como se ha explicado en la introducción de «Elements of Rhythmanalysis», el objetivo de Lefebvre era «nada menos que encontrar una nueva ciencia, un nuevo campo de conocimiento» (2004, p. 3). Esta nueva ciencia era el análisis de los ritmos. Muy inteligentemente, Lefebvre usa el gesto retórico de desarrollar una sensibilización y apreciación de los ritmos, formando el ritmo-análisis como una vocación y al ritmo-analista como una nueva profesión. La aprendiz de ritmo-analista debe escuchar a su cuerpo, «aprender ritmos desde él en busca de consecuentemente apreciar los ritmos externos» (Lefebvre, 2004, p. 19). Ella «llegará a escuchar una casa, una calle, un barrio, la forma de cómo una audiencia escucha una sinfonía» (Lefevre, 2004, p. 22). A pesar de la alusión a nuevas profesiones, obviamente no es necesario transformarse únicamente en un ritmo-analista para ver los beneficios de pensar y analizar la urbanidad y la vida ritmo-analíticamente; lo que un ritmo-análisis hace es incrementar la sensibilidad del lector por los diversos y múltiples ritmos de la vida cotidiana, mezclando algunas miradas con una completa experiencia sensorial del cuerpo sobre la intersección del tiempo y el espacio. El trabajo de Lefebvre promueve el ritmoanálisis como una sensibilidad, como algo cercano a la poética, como

el si el científico estuviera dando al cuerpo y a los sentidos un lugar privilegiado dentro de los instrumentos de calificación.

Lefebvre percibe el ritmo no como objeto de estudio, sino como una herramienta analítica: «el ritmo esta presente en todas las interacciones entre lugares, tiempo y energía invertidos» (Lefebvre, 2004, p. 15). Así, su concepto de ritmo constituye una propiedad observable del espacio-tiempo y en este respecto provee una herramienta para observar lo inobservable (Lefebvre, 1996).

A través de esta herramienta, Lefebvre conceptualiza los ritmos espacio-temporales incorporando el ritmo cotidiano de los individuos, los ritmos de situaciones de encuentro y los ritmos de los lugares, calles, ciudades y flujos: «Esto es, por un lado, una relación del ser humano con su propio cuerpo, con su lengua y el hablar, con sus gestos, en un cierto lugar y con un todo gestual, y por otro lado, una relación con el espacio público más grande, con la sociedad entera y mas allá con el universo» (Lefebvre y Régulier, 1981, en Kofman y Lebas 1996, p. 235).

Lefebvre ejemplifica ritmo-análisis en diferentes escalas. En Seen from the window (Lefebvre y Régulier,1981, en Kofman y Lebas, 1996, pp. 219-227), Lefebvre analiza los ritmos –los encuentros de diferentes construcciones tempo-espaciales– observados desde las ventanas de cada lado de sus departamento en Paris, en un día ordinario. Lefebvre discute cómo los diferenciados flujos de prácticas en diferentes espacios (calles, áreas) son diferentes: cómo los ritmos observados desde la ventana mirando al jardín y al patio difieren de los ritmos observados desde la ventana mirando la atiborrada calle, pero también cómo lógicas ocultas (el estado omnipresente y sus monumentos, la división entre trabajo y ocio) y la co-presencia de diferentes elementos espacio-temporales (súper moderno y medieval, ambos códigos espaciales y funciones urbanas) afectan la composición de los ritmos y afectan las repeticiones contextuales de situaciones de encuentro.

Alternativamente, a una escala mayor, en *Rhythmanalysis of Mediterranean Cities* (ibid, pp. 228-240), Lefebvre analiza las diferencias entre el desarrollo histórico de las ciudades mediterráneas, confrontándolas con otros tipos de ciudades y sus respectivos urbanismos

CAMILLO BOANO

(oceánicas, nórdicas). En tal comparación, Lefebvre argumenta que los cambios en las prácticas espacio-temporales (o temporalidades) han significado un importante cambio en la espacialidad (prácticas espacio-temporales, códigos espaciales) en el desarrollo de las sociedades y de cómo se producen diferencias en los ritmos en espacios cotidianos habitados, prácticas sociales, vida pública y vida urbana.

Los múltiples legados de los ritmos de Lefebvre: el ritmo-analista contemporáneo

Como hemos intentado mostrar en las partes previas de este capítulo, ritmo-análisis es «más sensitivo a los tiempos que a los espacios, a modos que a imágenes, a atmósferas que a eventos particulares» (Lefebvre, 2004, p. 87). Las sugerentes ideas de Lefebvre apuntan a cómo los ritmos influencian profundamente las experiencias mundanas del lugar y forman experiencias humanas de tanto tiempo y espacio, intersectándolos con procesos socio políticos, lo que constituye una suerte de nueva práctica de la sensibilidad.

Para Edensor (2010, p. 3), el ritmo-análisis es particularmente útil al explorar lugares, interdependencias y cómo estas están siempre en un proceso de convertirse, descubriendo propiedades emergentes, pero generalmente estabilizadas por patrones regulares de flujos que plantan cualidades rítmicas, ya sean estables, intermitentes, volátiles o emergentes. Ritmo-análisis permite reflexionar en la naturaleza multi-escalar de los espacio-tiempo como multifacéticos, dinámicos y heterogéneos, a menudo superpuestos, intersectados, en conflicto y contradiciéndose entre sí (Edensor y Holloway, 2008; Edensor 2010; Simpson 2008). Ritmos, ya sean mecánicos o naturales, solares o lunares, ciertos o no-lineales, diarios o anuales, semanales o temporales; son obvias manifestaciones de los complejos modos en los cuales diferentes organizaciones sociales, modos de vida y prácticas se desenvuelven. (Vannini 2012).

Desde su publicación en 2004, un creciente número de casos de estudio en urbanismo y estudios urbanos –bien reunidos e ilustrados en el trabajo de Tim Edensor (2010)– han surgido, sugiriendo –a un público multidisciplinario– la amplia gama e intentos matizados por

hacer ritmo-análisis. Edensor ha sido capaz de reformular ritmo-análisis como una herramienta útil para conectarse con geografías de la cotidianeidad, movilidad, práctica, experiencias concretas y una comprensión ampliada de los ritmos en la dinámica y continuada producción de lugares. Los diversos ejemplos reunidos en *Geographies of Rhythm. Nature, Place, Mobilities and Bodies* son un gran referente para quienes reflexionan acerca del cómo utilizar el ritmo-análisis en la examinación de las prácticas cotidianas en desarrollo y con un buen numero de métodos utilizados; desde entrevistas, etnografía móvil y observaciones participantes a registros visuales. Pensando en la colección de Edensor, la parte siguiente del texto ilustra brevemente algunas de las interesantes experiencias que yo particularmente he disfrutado cuando he investigado en los diferentes usos del ritmo-análisis.

Vale la pena decir que Simpson (2012) a través de su trabajo ha sugerido la posibilidad de utilizar fotografías por intervalos como medio de documentación y de analizar lo espacio-temporal, mostrando el desarrollo de la vida cotidiana en la ciudad en un grano fino y detallado, al igual que con los cambios momento a momento. El método adoptado en Bath (Reino Unido), por ejemplo, es «buscar para examinar la relación entre formas informales de presentación y la cotidianeidad de las ciudades, considerando el tipo de contextos experienciales que los espacios de las ciudades presentan en contraste con una presentación del medio ambiente mas formalizado, y con modos en los que tales presentaciones vienen a estar situadas en relación con rutinas espacio-temporales de dichos espacios» (ibid 2012, p. 439). Considerando la practica de los magos callejeros para ejemplificar eventos en vivo y efímeros, los métodos de fotografías por intervalos fueron útiles para analizar dichos eventos «mas allá de sus hechos iniciales –otros medios para salir de los ritmos como para apreciar su interacción, pero esta vez siendo acompañados por la presencia corporal del investigador» (ibid 2012, p. 440). Como sugiere el autor, dichos métodos «proveen una perspicaz lente en [...] desarrollar a diferentes velocidades y a través de diferentes duraciones, pero igualmente cuanto dichas practicas especificas están tanto situadas dentro de estas rutinas y como pueden intervenir en ellas» (ibid, p. 441).

Wunderlich «investiga cómo el tiempo es expresado y representado en la cotidianeidad de los espacios urbanos y destacan la importancia de comprender el sentido del tiempo en los campos del urban placemaking y el diseño» (2013, p. 384), sugiriendo una interesante conexión entre las estéticas del lugar, su temporalidad y las estéticas de la música. Recapitulando el mapeo y la diagramación de las prácticas cotidianas en la plaza Fitzroy en Londres, Wunderlich reconoce la importancia de diferentes paisajes sonoros de tal espacio urbano en la percepción de la temporalidad; cómo ellos «destacan la importancia del ritmo, de la repetición y la resonancia en determinar una experiencia sónica» (ibid, p. 391). Para el autor, la temporalidad del lugar es una estética sensual, experimentada mientras se esta en contacto, escuchando sus sonidos, presentando y observando lo que ocurre en un lugar, percibiendo a través de los modos de praxis y basado en la «envolvente corporalmente regular como el modo de descubrir sus cualidades temporales, sensuales y afectivas» (ibid, p. 396). Su análisis sugiere que «el diseño urbano necesita moverse desde las perspectivas convencionales sobre el lugar y el *place-making*, con su estrecho foco en la forma física, lo visual y 'la belleza material' [...] incluvendo el sentido del tiempo, tonalidad v ritmo, considerando todos los sentidos como fuentes indispensables de tanto procesos de análisis como de diseño» (ibid, pp. 406-407).

En otro ejemplo en torno a paisajes sonoros, Koch y Sand (2010) descubrieron un acercamiento rítmico siendo parte de los ritmos de la ciudad, mediante «regresar a los lugares de estudio viendo como cambian en el tiempo, por oscilaciones entre perspectivas, entre distancia y participación, entre lo cualitativo y lo cuantitativo» (ibid, p. 67). Ellos reiteran la importancia de desafiar el dominio de lo visual mediante el desarrollo de «una atención concentrada en el sonido (y el silencio), sensibilidad por las atmósferas y estados, aromas y sensaciones tácticas» (ibid, p. 68) y ellos reflexionan en la obra del grupo *Art et Action* de Paris durante el periodo 1919-1933 (Read, 2005 citado en Koch y Sand, 2010), quienes siguiendo un enfoque

Situacionista en las combinaciones de teatro y arquitectura, construyen experimentos de situaciones urbanas en espacios urbanos y en la forma de teatro, poniendo en escena ritmos cotidianos y también ritmos como creaciones de ordenes y significados, usando canciones, discursos, poesía, movimientos coreográficos, danza, música y transmisiones radiales (ibid, p. 68). Reflexionando en la obra de la artista Janet Cardiff, ellos muestran cómo los ritmos pueden ser compilados y expresados «con el caminar, a través de los edificios, barrios, parques, calles en diferentes ciudades, Cardiff construye poli-ritmos complejos mediante el caminar de un lugar a otro. El sonido en tiempo real mezclado con historias, voces y música de diversos tiempos y lugares, activa los sentidos, las memorias y las experiencias a través de diversas capas de ficciones, haciendo realidad un mundo donde el oyente sigue sus pasos con un *walkman*» (Koch y Sand, 2010, p. 70).

Solo para permanecer en una discusión mas vinculada a la arquitectura, muy interesante resulta el modo en que Iain Borden (2001) –en *Skateboarding*, *space and the city: architecture and the body*– observó la practica del *skating* como un dispositivo «transformandose en un componente vivo del cuerpo, sus acciones y su propia imagen en relación con el terreno y la arquitectura mas allá» (ibid, p. 28). Preguntando cuál ritmo-análisis presupone la ciudad para los *skaters*, Borden sugiere que «convierte la señal de la arquitectura con una actividad cuerpo-céntrica y multi-sensorial, y con indiferencia por la función, precio y regulación, creando nuevos patrones de espacio y tiempo y transformando las señales de la ciudad en símbolos efímeros en torno al significado y duración de la cotidianeidad» (ibid, p. 228-229).

Eyal Weizman (2000) publicó Yellow Rhythms. A Roundabout for London, donde se contrastan episodios de vida urbana, medidas políticas y estrategias financieras con lo arquitectónico y lo urbano, siendo presentado como una lectura alegórica de los ritmos de los sistemas de control de tráfico para intersecciones, lo que estructura el libro: episodios verdes, amarillos y rojos, alternando uno con el otro en sucesiones repetitivas y usando el ritmo-análisis de Lefebvre

como sistema para interpretar el Londres contemporáneo como un campo de fuerza de ritmos en diferentes escalas y duraciones. Estos ritmos, mediante los cuales los poderes políticos, sociales y económicos se manifiestan a sí mismos, son mostrados para actuar sobre el lugar y los individuos dentro de él. Si el ritmo de los semáforos representa un sistema de incidentes sucesivos, la transformación del lugar en una rotonda sugiere un flujo continuo capaz de liberar y utilizar esas fuerzas urbanas. Un proyecto interesante donde la unión de calles de Vauxhall Cross se convierte en un lugar contemporáneo, y tanto la narrativa como el cuerpo de las estrategias arquitectónicas son adoptadas.

En una escala diferente, Vannini (2012) desarrolla un interesante uso del ritmo-análisis, ilustrando la movilidad de las constelaciones de las islas dependientes de ferris en las comunidades costeras de la costa oeste de Canadá, donde él argumenta que los isleños y costeños de dichas islas en British Columbia constantemente luchan para separarse de las temporalidades del lugar (Wunderlich 2009), las cuales ellos encuentran típicas de la vida urbana y sintonizan con las temporalidades favoritas de sus comunidades mas lentas. Desplegando un análisis de diferentes narrativas de velocidad, ritmos y duraciones, él ilustra una compleja ecología performativa.

Otro ejemplo interesante, en línea con las ecologías concretas performativas, es representado por el trabajo de Stalker (un colectivo de artistas y arquitectos de Roma), quienes usan el caminar como un medio para registrar condiciones emergentes en la ciudad. Inspirados tanto por la deriva de los Situacionistas como por el *flaneur* de Baudelaire, Stalkers no son observadores que se separen; ellos son «un colectivo socialmente comprometido, interesados en comprender las verdaderas condiciones físicas y sociales de su ciudad». Caminar se va alimentando con un modo critico llamado *transurbance* siendo «un modo evocativo de expresión y un instrumento útil de conocimiento de las transformaciones en proceso sobre el territorio metropolitano» (Wiley, 2010, p. 12). Para Francesco Careri (2002, p. 23) caminar es «una forma autónoma de arte, un acto primario en la transformación simbólica del territorio, un instrumento estético de conocimiento y

una transformación física del espacio negociado» que termina en la posibilidad de desarrollar mas activismo urbano y proyectos de asociaciones comunitarias (revisar Boano y Talocci 2014). Mediante el método del caminar, que se transforma en un significativo modo de experimentar los espacios urbanos que nutren y moderan el sentido del lugar (Wunderlich 2008), el cuerpo se hace el elemento central por una estética y «practica espacial crítica» (Careri, 2002), un modo de intervención afectando nuestras relaciones con los lugares urbanos y un medio con el cual estos pueden ser descubiertos y críticamente incorporados. El caminar cotidiano crea caminos durante los cuales el compromiso sensorial y la interacción con el entorno tienen lugar (Wunderlich 2008).

Siguiendo los ámbitos de la movilidad, Mulicek, Osman y Seidenglanz (2014) usan los ritmos como un dispositivo de investigación para reflexionar en el encuentro entre ritmo-análisis y placemaking como herramienta para analizar el espectro de superposiciones rítmicas con ejemplos en transporte, retail y trabajo en la ciudad de Brno en la Republica Checa. El estudio midió la duración del intervalo entre dos sucesivas salidas de transporte publico (el ejemplo de ritmos por minuto a nivel local y ubicación), la duración de una típica sesión de compras (ritmos supra-locales por cuarto de hora) y la presencia o ausencia de las personas condicionadas por sus patrones de residencia/ empleo en la localidad estudiada (ritmos de la ciudad en su ancho y dia de la ciudad) (Mulicek et all. 2014). Hibridando las nociones originales de Lefebvre, el estudio sugiere que «a diferencia del prevaleciente concepto de lugar como algo estático (por ejemplo: lo constante en el tiempo), el espacio animado refleja la realidad cotidiana de lo urbano en una manera mucho mas convincente» (ibid, p. 20).

Pafka (2013), a través de un estudio comparativo de nueve intersecciones de calles en Londres, Nueva York y Melbourne, explora los vínculos entre lo observado, filmado y medido diariamente; y los ritmos semanales de flujos peatonales por un lado y densidad, permeabilidad, grano y mixtura funcional, las cuatro precondiciones de la vitalidad urbana, examinando las relaciones entre las intensidades rítmicas de las experiencias cotidianas y la intensidad

de la materialidad de la ciudad. Aunque a una escala menor, este trabajo se sitúa en una mas amplia constelación investigativa, comprendiendo la interacción arquitectónica en los actuales procesos de transformaciones urbanas.

Conclusión

En la última traducción de un libro de Lefebvre (2014) – Toward an Architecture of Enjoyment (Jouissance)—, éste llama por una arquitectura como espacio, pero no aquella comprensión modernista del espacio sino como «un medio privilegiado y un modo específico de percepción estética» (Ibid, p. lix), como un llamado por una más integrada y menos heroica acción, mas humilde y situada. Situada en una cotidianeidad, Jouissance se refiere más a la apropiación del espacio, un acceso a usarlo en relación al «derecho al uso» (ibid, p. lx), «el derecho a beneficiarse de él, de usarlo y de disfrutarlo como algo que le pertenece a alguien mças o que le se sujeta a una propiedad conjunta, tanto como no sea dañado o destruido» (Stanek, 2014). En este sentido, Lefebvre entiende el uso como «una variedad de practicas que ensamblan sentidos desde cuerpos e imágenes» (Lefebvre, 2014).

Para Lefebvre, con esta forma de uso esta «al centro de la teoría y las posibles nuevas practicas yacen en el cuerpo total, así como simultáneamente la realidad y el valor en su prodigiosa e inédita complejidad» (ibid, p. 149). Esta es parte de un posible proyecto que explícitamente desafía a la arquitectura como esencial a la hora de subvertir «la ambigüedad de la doble composición del cuerpo ocupando el espacio y el cuerpo produciendo el espacio» (ibid, p. 149), y sus variadas oposiciones constitutivas. El cuerpo total entonces es «apropiado para el cuerpo y el uso» (ibid, p. 149) permitirán al arquitecto detener la forma fetichizada, funciones y estructuras, el significado del espacio y desarrollar así nuevos ritmos de uso.

La noción de Lefebvre sobre el ritmo-análisis, aunque no es directamente mencionada en su última traducción, está presente en la forma que aborda las tres dimensiones de la práctica mental, interactiva y material en una forma dialéctica y relacional. Esto se

une a una buena cantidad de proposiciones conceptuales desarrolladas en los trabajos más tempranos de Lefebvre, incluyendo la contingencia mutua entre lo espacial y lo social, las interconexiones entre espacio y tiempo, la significancias de los niveles (o escalas) y la relación del lugar con el espacio dentro del análisis de la cotidianeidad. Ritmo-análisis sugiere un interesante modo para pensar la ciudad, el espacio y el urbanismo relacionalmente como una ciencia orientada a investigar tiempo y espacio en conjunto como un tiempo localizado o como un espacio temporalizado, mostrando que la ontología espacial de Lefebvre no es solo sobre la realidad como un (social)constructo, sino también como un proceso en el cual la realidad es (aunque no siempre socialmente) construida. La breve muestra de ejemplos sugeridos en este capítulo demuestra el gran interés en un concreto y performativo modo de reflexionar lo urbano, un método y una actitud, pero también un proyecto con final abierto que ubica al cuerpo al centro de los pensamientos urbanos y arquitectónicos. Jugando con los poderosos aparatos conceptuales de Lefebvre y su espaciología política, el ritmo-análisis no es una herramienta meramente investigativa sino otro llamado de uno de los mensajes claves en la obra de Lefebvre: «El cuerpo llama por venganza» (Butler, 2012, p. 33).

REFERENCIAS

- Boano, C. and Talocci, G., (2014) Fences and Profanations: Questioning the Sacredness of Urban Design. *Journal of Urban Design*, Vol.19(5), 700-721.
- BORDEN, I., (2001) *Skateboarding, space and the city: architecture and the body.* Oxford and New York: Berg.
- (2012) Beyond Space: The Ideas of Henri Lefebvre in Relation to Architecture and Cities. *Journal of Chinese Urban Science*, Vol.3(1), 156-193
- Braudel, F., (1972) The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Phillip II. New York: Harper & Row.
- Butler, C., (2012) Henry Lefebvre. Spatial Politics, Everyday life and the Right to the City. Rutledge: London.
- Cupers, K., (2013) Use matters: an alternative history of architecture. Rutledge: London.

Camillo Boano

- CARERI, F., (2002) Walkscapes, ed. Daniela Colafranceschi, Barcelona: Rosello.
- EDENSOR T. AND J. HOLLOWAY, J. (2008) Rhythmanalysing the Coach Tour: The Ring of Kerry, Ireland. *Transactions of the Institute of British Geographers*, Vol.33, 483–501.
- EDENSOR, T., ed., (2010) Geographies of Rhythm: Nature, Place, Mobilities and Bodies. Aldershot: Ashgate.
- Elden, S., (2004) *Understanding Henri Lefebvre*. New York: Continuum. (2004) Introduction in Lefebvre, H., (2004) *Rhythmanalysis:* space, time and everyday life. London: Continuum.
- FEN, E., (2012) Rhythmanalysis Perspective for Mobile Places Studies. Journal of New Frontiers in Spatial Concepts, Vol. 4, 48-52.
- GARDINER, M., (2000) Everyday Utopianism: Lefebrve and his critics. *Cultural Studies*, Vol.18(2-3), 228-54.
- GOONEWARDENA ET AL., (2008) Space, Difference, Everyday Life: Reading Henri Lefebvre. New York: Routledge.
- KIPFER, S., SABERI. S., WIEDITZ, T. (2012) Henri Lefebvre: Debates and controversies. *Progress in Human Geography*, Vol.7(1), 115-134.
- KOCH, D. AND SAND, M. (2010) Rhythmanalysis Rhythm as Mode, Methods and Theory for Analysing Urban Complexity.
- KOFMAN, E. AND LEBAS, E., (1996) *Lefebvre's Writings on Cities*. Malden: Blackwell Publishing.
- Lefebvre, H., (1979) «Space: social product and use value». In J.W. Freiberg (ed.) *Critical Sociology: European Perspectives*, Irvington: New York: 285-95.
- _____ (1987) The everyday and the everydayness. *Yale French Studies*, Vol. 73, 7-11.
- ______(1988) «Towards a leftist cultural politics: remarks occasioned by the centenary of Marx's death», in C. Nelson and L. Grossberg (eds) *Marxsims and the interpretation of Culture*. University of Illinois press: Urbana, 75-88.
- _____(1991) The Production of Space. Oxford: Blackwell.
 - (1991b) Critique of Everyday Life, Vol. 1. New York: Verso.
- _____ (1996) *Writings on Cities*. Kofman, E. and Lebas, E., eds. Malden: Blackwell Publishing.
- _____ (2001) Comments on a new state's form. *Antipode*, Vol. 33(5), 769-82.
 - _____ (2002) Critique of Everyday Life, vol. II. New York: Verso.
- _____ (2004) Rhythmanalysis: space, time and everyday life. London: Continuum.
- _____(2005) Critique of Everyday Life Volume III: From Modernity to Modernism (Towards a Metaphilosophy of Daily Life). London: Verso.

- _____ (2014) *Toward an Architecture of Enjoyment*. Edited by Łukasz Stanek Minneapolis: Minnesota University Press.
- Lefebvre, H. and Régulier C., (1996 [1985]) in Writings on Cities, trans. Lebas & Kofman (ed.). Cambridge, Mass.: Blackwell.
- MAYER, K., (2008) «Rhythms. Streets. Cities». In Goonewardena et al. pace, Difference, Everyday Life: Reading Henri Lefebvre. New York: Routledge, pp. 147-160.
- Merrifield, E., (2006) Henri Lefebvre: A Critical Introduction. New York: Routledge.
- Moore, R.M. (2013) The Beat of the City: Lefebvre and Rhythmanalysis. *Situations. Project of the Radical Imagination*, Vol.5(1) 61-77.
- Mulicek, O., R., Osman and Seidenglanz, D., (2014) Urban rhythms: A chronotopic approach to urban timespace, *Time & Society*, Vol. 0(0) 1–22
- PAFKA, E. (2013) Places as Intersecting Flows: Mapping Urban Morphologies, Functional Constellations and Pedestrian Rhythms, Space and Place, Oxford, 9-12 Sept 2013
- Purcell, M., (2013) The Down-Deep Delight of Democracy. London: Blackwell-Wiley.
- SHIELDS, R., (1999) *Lefebvre, Love, and Struggle*. New York: Routledge. SCHMIDT, C., (2008) «Henry Lefebrve's theory of the production of space: towards a three dimensional dialectic». In Goonewardena et al., (2008) *Space, Difference, Everyday Life: Reading Henri Lefebvre*.
- SIMPSON, P. (2012) Apprehending everyday rhythms: rhythmanalysis, time-lapse photography, and the space-times of street performance. *Cultural Geographies*, Vol.19(4) 423-445.

New York: Routledge, 27-45.

- _____ (2008) Chronic Everyday Life: Rhythmanalyzing Street Performance. *Social and Cultural Geography*, Vol.9, 807–29.
- SIMONSEN, K., (2005) Bodies, Sensations, Space and Time: The Contribution from Henri Lefebvre. *Geografiska Annaler B*, Vol.87, 1–14.
- STANEK, L. (2011) Henry Lefebvre on Space: Architecture Urban Research, and the Production of Theory (University of Minnesota Press, Minneapolis.
- (2014) interviewed by Stuart Elden on Society and Space, 12 May, http://societyandspace.com/material/interviews/interview-with-lukasz-stanek-about-henri-lefebvre-toward-an-architecture-of-enjoyment-and-use-value-of-theory/
- Vannini, P. (2012) In time, out of time Rhythmanalyzing ferry mobilities. *Time & Society*, Vol.21(2) 241–269.
- Weizman, E., (2000) Yellow Rhythms. A Roundabout for London. Rotterdam: 010 Publisher.

Camillo Boano

- WILEY, D. (2010) A Walk About Rome: Tactics for Mapping the Urban Peripheries. *Architectural Theory Review*, 15:1, 9-29.
- Wunderlich, F.M., (2008) Walking and Rhythmicity: Sensing Urban Space. *Journal of Urban Design*, Vol.13 (1), 125–139.
- Wunderlich, F.M., (2013) Place-Temporality and Urban Place-Rhythms in Urban Analysis and Design: An Aesthetic Akin to Music. *Journal of Urban Design*, Vol.18(3), 383-408

Capítulo III El derecho a la ciudad

El «derecho a la ciudad» como pensamiento-acción¹

Ana Fani Alessandri Carlos²

La sociedad urbana en transformación, delineada en el horizonte por las metamorfosis del espacio urbano en su carácter mundial, señala una nueva relación espacio-tiempo, redefiniendo la vida cotidiana en una ciudad caracterizada por la segregación como expresión más contundente de la crisis urbana actual. Pero la segregación no es una expresión puramente formal; se efectúa concretamente en los accesos diferenciados de los individuos a la ciudad como lugar de la vida, fuertemente marcados por la apropiación privada, en un cotidiano normatizado y programado, donde todas las relaciones tienden a ser mediadas por la mercancía y por el poder del Estado. Definiendo comportamientos estandarizados (basados en modelos éticos, estéticos, gustos y valores impuestos) como orientadores de la vida urbana, la mercancía en sí se constituye en un signo de identidad. El plano de lo vivido va mostrando las opresiones que asedian la vida urbana, regularizando, ordenando y direccionando las relaciones sociales. Este nivel, referente a la práctica socio-espacial, evidencia las formas de control realizadas a través y por la producción del espacio urbano.

La esfera de lo cotidiano subraya entrecruzamientos de escalas y tiempos: a) lo que pasa en el ámbito del proceso de trabajo y fuera de él; b) la producción de relaciones más amplias a partir del lugar

Dada la complejidad de la cuestión y los objetivos de un capitulo, me permito apenas esbozar el concepto en un intento de localizarlo en el movimiento del pensamiento del «autor de la meta-filosofía» delineando la potencia de su papel en el análisis del mundo moderno.

² Traducción del portugués de Lina Patricia Giraldo Lozano.

de habitación; c) los momentos y espacios de descanso; d) la esfera de la vida privada produciendo el espacio de la vida: e) un modelo de política que separa y aísla; f) «un saber técnico» que sustenta el discurso que reduce al ciudadano a la condición de trabajador/usuario de la ciudad, justificando un modelo de urbanismo con soluciones superficiales que esconde la estrategia que transforma lo urbano en espacio productivo para el capital. En esta dirección, la vida urbana, hoy, señala la ciudad como fuente de privación, transformándola, como consecuencia, en el lugar de la expresión de los conflictos, enfrentamientos y confrontaciones. Aquí se descubre la injusticia vivida que va, poco a poco, ganando formas variadas de lucha que se constituyen por la reunión de los interesados en movimientos sociales que se manifiestan públicamente.

En el plano del conocimiento sobre la realidad urbana, dos situaciones se destacan y merecen reflexión. La ciencia, inmersa en la división del trabajo (hecho que produjo la extrema especialización), viene abdicando del pensamiento que devela la totalidad contradictoria del mundo. Asociada a la velocidad, proveniente de la búsqueda rápida de respuestas a las situaciones de crisis -e impuesta a la academia por la lógica del mercado-, la investigación viene siendo invadida por la lógica racional que fundamenta la acción de la planeación rumbo a la solución de situaciones de crisis (que impiden o dificultan la acumulación), en muchos casos en un esfuerzo teórico que niega la dialéctica. En el movimiento inverso, en el plano de la práctica, nos deparamos con la exposición cruda de los conflictos en la ciudad, anunciando las contradicciones que fundamentan la realización de la vida, señalando la dialéctica del mundo, exigiendo la crítica a la producción del conocimiento. Una crisis teórica y práctica se delínea, así, en la contemporaneidad.

Algunas observaciones merecen destaque. En primer lugar, la importancia del espacio en el proceso de realización de un nuevo ciclo de acumulación basado en el desarrollo del capital financiero que produce la ciudad como negocio. Significa decir que, en el momento, la acumulación del capital exige y se realiza a través de la producción del espacio (por la realización del sector inmobiliario),

profundizando la contradicción entre el proceso de producción social del espacio y su apropiación privada (Carlos, 1994). La reproducción de lo urbano, en esta condición, está marcada por la división de los elementos constitutivos de la vida humana que define los usos y accesos a los lugares de realización de la vida en el plano de lo cotidiano, reestableciendo las condiciones que fundamentan la acumulación capitalista: la desigualdad de los individuos en la sociedad de clases. La segunda, extendida de la primera, es que la crisis urbana, antes de ser política o económica, es social. El ciudadano se encuentra desprovisto de los contenidos de su humanidad y continua reproduciéndose en una lucha constante por la sobrevivencia (esta situación de degradación de la vida señala el otro lado de lo humano). Contradictoriamente, esta situación alienante contempla su negación. Entendido como potencia presente/ausente, el residual es un movimiento contra-hegemónico de contestación que surge en la ciudad, mostrando que las reivindicaciones en el mundo moderno indican una lucha de clase que se realiza en el espacio urbano como lucha por el espacio en la ciudad (y por la ciudad). Por lo tanto, de la consciencia de la alienación frente a la sumisión al mundo de la mercancía y de la privación vivida, está puesta la necesidad de elaboración de un nuevo proyecto de sociedad, aunque sea residual, aventando la necesidad de un «derecho a la ciudad».

La tercera observación (eje de este capítulo), es que, en este escenario critico, si las luchas urbanas señalan la necesidad de pensar el «derecho a la ciudad» –dando centralidad a la obra de Lefebvre–, el debate sobre el tema se realiza a través del desplazamiento del concepto de la producción de un proyecto radical de transformación social (este es el sentido elaborado por Lefebvre) para posicionarla en la lógica que reproduce el mundo tal como es, asegurando las posibilidades de acumulación del capital. Ignorando la crítica lefebvriana a la planeación y la acción del Estado, los análisis sobre el derecho a la ciudad se sitúan como posibilidad de realización, en el seno del Estado, de un proyecto político que efectiva la reproducción de las relaciones de producción y de propiedad, disimulando el papel de las políticas públicas y de las alianzas políticas y donde el crecimiento aparece

travestido de desarrollo social. Destituido de sus contenidos más profundos, liberado del movimiento del pensamiento y del contexto en que fue elaborado, el «derecho a la ciudad»— desarrollado en la obra de Lefebvre— transmuta en «ideología».

La tesis que desarrollamos en este capítulo es que la noción de derecho a la ciudad, tal como es producida por Lefebvre, puede orientar la construcción de un conocimiento sobre el mundo moderno en una situación de crisis teórica y práctica de lo urbano, recordando que Lefebvre partió de la restitución de la teoría de Marx en su integridad y amplitud en su (necesario) aggiornamento. Con esta exigencia, la potencia del materialismo dialéctico huiría del dogmatismo, reestableciendo la necesidad de la construcción de una teoría crítica sobre lo urbano, iluminando las contradicciones de la realidad actual en su tendencia a lo mundial. Es menester considerar que el «derecho a la ciudad», para Lefebvre, se localiza en el momento en la historia en que la expansión del capital se realiza en la escala del mundo, en un proceso crítico, teniendo como punto de partida la crítica a la filosofía como movimiento de construcción de la meta-filosofía. Esta comprensión del mundo está relacionada con la inseparabilidad entre teoría y práctica, realidad y virtualidad, señalando la tendencia del pensamiento en dirección a la totalidad, incluyendo lo negativo como momento crítico (Lefebvre, 1972, p. 57).

La crítica hecha por Lefebvre a la filosofía, superando la separación ocurrida entre el *Logos* (razón, lenguaje, lógica) y la subjetividad, uniendo la acción y la realidad social, la aprehensión de una totalidad abierta y contradictoria, difiere del sistema que se pretende coherente, estable positivo. En su crítica a la filosofía, Lefebvre señala que ésta dejó por fuera de su reflexión lo que llamó de mundo «extra filosófico»: el deseo, el sueño, lo imaginario, que no pueden ser desconsiderados en el análisis. El pensamiento metafilosófico como superación de la filosofía partiría, por lo tanto, de aquello que no tiene valor; la existencia de la sociedad real comprendida en su cotidiano, trayendo lo vivido al pensamiento teórico y, con ello, renovando el pensamiento e indicando la posibilidad de un proyecto filosófico capaz de metamorfosear la cotidianidad. El camino del

método objetiva situar el pensamiento en el futuro, iluminando lo nuevo que se efectiva a lo largo de la historia, travendo como consecuencia la comprensión de la realidad en su movimiento real y virtual. Así, su pensamiento, lejos de sujetarse a una realidad lista y finalizada, contempla en sí la virtualidad, buscando en los intersticios del presente lo que mueve a la sociedad en dirección al futuro, caracterizando lo que llama de «transducción» –método que orienta el pensamiento de lo posible/imposible. Por otro lado, su análisis supera el análisis económico y material, acentuando la práctica social. Como la obra de Marx, su trabajo es, antes de todo, un método de análisis de la práctica social y no una serie de presupuestos, postulados y afirmaciones dogmáticas. En esta dirección, la obra de Lefebvre nos permite dar un paso importante para la crítica de la formulación del saber sobre la ciudad (en sus transformaciones), sobre el papel del Estado en este proceso, así como para la crítica al «estado del arte» del conocimiento sobre lo urbano en la contemporaneidad.

Por otro lado, la obra de Lefebvre abre la perspectiva de pensar la ciudad en su dimensión espacial y, con esto, las posibilidades que se esbozan como horizonte para la vida cotidiana en la ciudad. Prolongando el pensamiento del autor, podemos afirmar que, en el plano del pensamiento, su obra permite profundizar el concepto de producción del espacio capaz de iluminar la trampa de la reducción del sentido de la ciudad a una configuración física o material, tal como ocurre hoy.

Condición para la reproducción del capital o del poder, vacía de su sentido social como práctica socio-espacial, la ciudad contemporánea realiza/revela las fragmentaciones de la vida (y del individuo), señalando el vaciamiento y debilitamiento de las relaciones sociales en la ciudad, donde la pérdida de los referenciales que sustentan la vida provocan el aislamiento y el deterioro de las relaciones sociales. En su despliegue, la práctica socio-espacial revelaría la dimensión de la producción del espacio en su contradicción fundamental –producción social/apropiación privada—, como negación de la apropiación. Invadida por el valor de cambio, como condición de la existencia y extensión de la propiedad privada, la ciudad aparta el uso, sustentada

por estrategias políticas que objetivan la reproducción política y económica (no sin conflictos entre esos dos planos). Producida sobre la égida del valor de cambio, la ciudad pierde su sentido de obra civilizatoria al explotar en conflictos, situación que expone para todos la exigencia de «nuevos derechos»: primero habitación, transporte, infraestructura y finalmente la lucha por el «derecho a la ciudad», poniendo en jaque la planeación funcional, el saber técnico y la ideología racional que sustenta el proyecto de sociedad en el neocapitalismo. En esta dirección se articulan estratégicamente pensamiento y acción, indicando un proyecto de «cambiar la vida» orientado para la sociedad.

El mundo moderno como urbano

Lo urbano surge, para Henri Lefebvre, del movimiento del proceso de implosión (del centro y de la centralidad, como sentido que fundamenta la ciudad-obra) y explosión de la ciudad tradicional europea (con la construcción de las inmensas periferias) en el seno del proceso de industrialización, lo que trajo como consecuencia los problemas de deterioro de la vida urbana. Pero, al realizarse, el capitalismo industrial produjo, cualitativamente, otro fenómeno donde lo industrial da lugar a lo urbano. Es así que lo urbano –realidad y concepto– se sitúa, para el autor, en un momento crítico, o sea, en una crisis real que nace a lo largo de un trayecto de la historia de la producción del espacio, exigiendo «el análisis conflictivo entre lo dado y lo conquistado, entre lo natural y lo producido» (1986, p.162). El autor sitúa, así, la problemática urbana en la realización práctica de la historia que, superándose a sí misma, se abre para un nuevo período –que va a llamar «transhistórico».

Este fenómeno, que se realiza en el movimiento del proceso de producción/reproducción del espacio instaurando un orden nuevo, trae consigo una necesidad teórica, a saber, la producción de una nueva teoría para explicar las metamorfosis de la ciudad y de la vida urbana. Un momento importante del método seria la idea de «fin», desarrollada por Marx, basada en la idea de que la constitución de la

sociedad urbana se realizaría en un salto de la historia en dirección a lo mundial, durante el cual se confirma un período urbano como mutación de la práctica industrial en práctica urbana. El fin de la historia anuncia otra historia que ahora es urbana (2001, p. 157). Así, el concepto de urbano –nacido de un momento crítico– no se reduce a aquel de la ciudad, a pesar de englobarla, sino que destacará lo que ocurre fuera de la esfera productiva (de la producción y del trabajo, sin subestimarla), incorporando lo cotidiano y el plano de lo vivido en la ciudad, así como una tendencia presente en sus intersticios: la constitución de la sociedad urbana, designando una tendencia mundial.

En Marx, la historia se realiza por lo «negativo», como un conjunto de fines, lo que en el plano del conocimiento significaría el fin de la metafísica, de la especulación, de la abstracción vacía. El conocimiento, en esta dirección, aparece como exigencia de una crítica radical: momento de interrogación que se distancia de aquello que parece probado y demostrado. De este modo, la reflexión teórico-crítica de la práctica esclarecería el mundo en aquello que es su fundamento, realizando el saber como fuerza de la contestación y de la negación. Por eso la necesidad de interpretar el mundo para modificarlo. Sin embargo, en el mundo moderno nos enfrentamos con el saber que reduce todo a la tecnología. La comprensión del mundo moderno, que se pretende más racional que nunca, absorbe y tiende a resumirse a la técnica y a la información (tomada por conocimiento), momento en que lo positivo se realiza como una masa colosal de saber técnico y, en ese camino, legitima el orden establecido. Un momento en que la unidad de lo real y lo racional se realiza por medio del Estado, fundamentando la institucionalización del conocimiento. Sin embargo, la imposición de esta racionalidad no impide la manifestación de lo irracional: así, la violencia, que invade todos los lugares reforzando el orden racional, se encuentra inexorablemente con las resistencias.

Este momento coincide con aquel en que la historia deja de proporcionar los referenciales de la praxis, orientando las estrategias y señalando que la producción se realiza en otro nivel –abriéndose

para el período de la reproducción, donde lo mundial revela el espacio que se anuncia engendrado por el desarrollo de las fuerzas productivas (el espacio gana supremacía sobre el tempo, inaugurando el período transhistórico). El análisis del espacio aparece así en un movimiento «natural» del pensamiento que comprende el mundo en sus transformaciones como despliegue de la obra de Marx. Fiel a una observación constitutiva del pensamiento marxista, de que es necesario estudiar las fuerzas productivas y la relación conflictiva entre estas y las relaciones de producción, Lefebyre se encuentra con un salto creado por el crecimiento de las fuerzas productivas en el espacio, inaugurando el período transhistórico. «La situación actual de las fuerzas productivas no lleva solamente a la producción de las cosas, sino a aquello que las contiene, a saber, el espacio» (Lefebvre, 1975, p. 218). Para el autor, la reorganización del espacio se efectúa mediante el poder político que sitúa al Estado en el centro de la gestión de las relaciones sociales por medio de las instituciones reguladoras. Bajo el comando de las acciones del Estado se destruyen las particularidades y la sociedad camina en dirección a la constitución de lo homogéneo, que ameniza la espontaneidad como una de las capacidades de realización de lo humano. «En el funcionamiento de la economía política y de lo político, en la reducción de la distancia que separa "estas instancias" o "niveles" (reducción que resulta en el aplastamiento de lo social), el espacio asume un papel más importante (...) es una conquista del modo de producción (...) él figura en todos los niveles: relaciones de producción y de propiedad, organización del trabajo y de las fuerzas productivas, superestructura y representaciones ideológicas» (Lefebvre, 1980, p. 150).

Para Lefebvre, la producción del espacio sitúa problemas prácticos, confronta la reproducción de la sociedad en su totalidad y las necesidades de la acumulación del capital, que vuelve el espacio un valor de cambio. Momento en que el fenómeno urbano estalla con la extensión de las periferias, trayendo consigo la extensión/concentración de la propiedad privada. En este proceso, la ciudad presenta problemas al investigador en función de su gigantismo y desmesura.

La crisis se instaura y el mundo moderno, tal como es analizado por Lefebvre, indica la centralidad de la espacialidad, momento en que el espacio pasa a tener primacía sobre el tempo y la historia. Este hecho va a dar un nuevo rumbo a su reflexión, situando la producción del espacio en el centro de la construcción de una teoría sobre lo urbano.

EL ESPACIO ABSTRACTO Y LA CRÍTICA AL URBANISMO

La problemática del espacio aparece en la obra de Lefebvre a partir de una reflexión profunda de la noción de producción (teniendo como consecuencia la noción de reproducción elaborada por Marx), lo que permite elucidar lo que hay de nuevo en el proceso de acumulación que se realiza ahora, produciendo el espacio que es, al mismo tempo, producto pero también productor y reproductor de las relaciones de dominación (Lefebvre, 1980, p 150). La revelación del proceso de producción del espacio en el mundo moderno llevó a Lefebvre a considerar al espacio abstracto como aquel de la realización del capitalismo, que trae como negatividad el «espacio diferencial». En este proceso histórico se gesta el «derecho a la ciudad».

El espacio abstracto se esboza en su análisis como producto de la violencia y de la guerra (y, por lo tanto, de lo político), instituido por un Estado que tiene la homogeneidad como objetivo. Este espacio institucional se definiría por una isotopía -homogeneidad- propiedad- que asegura un uso social y político, reducido al plano, dibujado en una hoja de papel en blanco y, con esto, promoviendo la reducción de lo real al dibujo. Un espacio vacío, sin otra cualidad. Geométrico, el espacio es visual, dando al ojo la primacía sobre los otros sentidos. En esta metonomización (el cuerpo reducido al ojo) el espacio solo tendría existencia social a través de la visualización intensa, agresiva y represiva (Lefebvre, 1974, p. 328). Al mismo tiempo, este espacio aparece como claro y transparente, un conjunto de reflejos, «un juego de poder y de saber [que] sirve de instrumento a las potencias que hacen tabula rasa de aquello que resiste y que puede amenazarlo» (Lefebvre, 1974, p. 328). De este modo, el espacio abstracto sirve a la dominación del Estado y a la realización de la lógica del capital bajo la acción

del urbanismo. Por lo tanto, el camino de argumentación del autor apunta para el hecho de que el espacio abstracto no puede ser concebido abstractamente pues tiene un contenido que se aprende ya que consiste en contradicciones.

Desde el punto de vista de la reproducción del capital, en este espacio se desarrolla el mundo de la mercancía con sus implicaciones: acumulación y crecimiento, concibiéndose y realizándose como lugar del intercambio; al mismo tiempo en que es condición y producto de la reproducción ampliada del capital como realización del mundo de la mercancía. En este proceso, la extensión de la reproducción revela como tendencia la «victoria del valor de cambio sobre el valor de uso», momento en que el cambio suplanta al uso transformándolo en signo. En esta condición, consumiendo el uso, como condición de realización de la vida, el espacio es previsto y programado. El universo de la reproducción capitalista inventa las formas a través de las cuales el espacio -producido socialmente como condición de realización de la acumulación- es comprado y vendido. Por lo tanto, no se trata más de la tierra o del suelo como atributo físico de una parte del planeta, un medio indiferente e indiferenciable, sino de un espacio social, la suma de los lugares donde la plusvalía se forma, se realiza y distribuye, ganando toda la ciudad, al mismo tiempo en que se transforma, ella misma, en una mercancía. El espacio urbano, producto del trabajo social, o sea, objeto general de producción y, por consiguiente, de formación de la plusvalía, conquista destacable importancia en el proceso de valorización del capital. Se trata, por lo tanto, en el marco del neocapitalismo, de la producción global y total del espacio social. «Esa extensión enorme de la actividad productiva, se realiza en función de intereses de los que la inventan, de los que la dirigen, de los que de ella se benefician extensamente. El capitalismo parece agotarse. Encontró un nuevo aliento en la conquista del espacio, en términos triviales en la especulación inmobiliaria, en las grandes obras (dentro y fuera de las ciudades), en la compra y venta del espacio» (Lefebvre, 1974a, p. 203).

El espacio entra en la producción de plusvalía a través de una reorganización completa de la producción, subordinada a los centros de información y de decisión. Este es, para Lefebvre, el papel del urbanismo en el mundo moderno: encubrir una gigantesca operación que

...oculta bajo la apariencia positiva, humanista, tecnológica, la estrategia capitalista; el dominio del espacio, la lucha contra la tendencia a la caída del lucro medio, etc. Esa estrategia oprime al usuario, el participante, el simple habitante. Él es reducido, no apenas a la cuestión del hábitat (al habitar como función), sino a la función de comprador del espacio realizando la plusvalía. El espacio se convierte en el lugar de funciones de las cuales la más importante está encubierta: formar, realizar, distribuir, de una manera nueva, el sobreproducto de la sociedad entera (esto es el modo de producción capitalista, la plusvalía global). (Lefebvre, 1974, página 202).

Este proceso está acompañado por la ilusión de la transparencia del espacio que es, al final de cuentas, aquella del poder que trasparece y disimula. Un poder que se esconde bajo la reproducción del espacio, eliminando todo lo que se opone a él por médio de la violencia abierta.

Como advierte el autor, hay una violencia inherente a la abstracción y a su uso práctico social, pues la abstracción opera por la destrucción (que, no obstante, podría llegar a ser el preludio de la creación). Es en esta dirección que el espacio producido bajo la orientación de la lógica capitalista presenta un conflicto brutal, que se funda en la contradicción entre el espacio como uso y aquel producido bajo el signo de valor de cambio, sometido a las exigencias del proceso de valorización. Esta última condición se sintetiza en la forma mercancía. En esta coyuntura, el espacio es fragmentado y vendido en pedazos en el mercado, componiendo el circuito de reproducción de la mercancía (de esta forma, realizando la propiedad), indicando un tempo, un ritmo, símbolos y una práctica orientada. En esta perspectiva, el espacio se consume productivamente y es el foco de los gastos públicos. Este es también el plano donde se opera una sustitución: el hábitat toma el lugar del habitar.

Para la clase obrera el capitalismo produjo los tugurios en la periferia (...) rápidamente destruyó el espacio del inmueble de relación tradicional. Es así que se define el hábitat con sus corolarios: volumen mínimo habitable, que se cuantifica con módulos y recorridos, equipamiento igualmente mínimo y ambiente programado. En realidad el que se define es el límite inferior de la tolerabilidad (...) en el espacio de la periferia se contrastan los pabellones y los conjuntos (...) pabellones de ciudades nuevas se aproximan del límite inferior de sociabilidad a partir del cual la sobrevivencia sería imposible porque toda la vida social desaparecería (...). Las fronteras interiores e invisibles comienzan a partir del espacio dominado por una estrategia global y un poder único, esas fronteras designan las zonas donde las personas deben reducirse a su más simple expresión, a su más simple denominador común, para sobrevivir -v las zonas donde pueden exponerse confortablemente las personas, donde tienen tempo y espacio, eses lujos esenciales (Lefebvre, 1974, p. 409).

Estas «fronteras», para Lefebvre, esconden lo esencial; son líneas de fracturas en la homogeneidad donde el hábitat se caracteriza por la abstracción funcional, usada como instrumento de poder de determinadas clases sociales. Este proceso se apoya en una ideología urbanística, reductora de la práctica real, sustenta el discurso que promueve a la ciudad como valor de cambio, inmersa en el desarrollo del mundo de la mercancía que se realiza con su lógica, su lenguaje, con su sistema de signos y significaciones. Producto del desarrollo del capitalismo, el espacio abstracto es aquel creado, para Lefebvre, por la lógica urbanística. En este nivel, se discursa sobre el espacio como si él, en sí, organizara de modo más o menos armónico sus elementos, sus módulos y planos de forma visible. Lo central de la crítica al urbanismo, realizada por Lefebvre, es su pretensión de substituir la práctica urbana, la vida social de los grupos y de sus relaciones, situándose fuera y encima de la sociedad.

La transparencia del espacio se refiere al análisis lógico, basado en la idea de la coherencia, cohesión, equilibrio y regulación. El espacio puramente formal confunde la visibilidad con la inteligibilidad lógico-matemática, situando la actividad del urbanismo como un conocimiento que se incorpora al conjunto de las actividades

productivas. Aquí, el urbanismo transformado en ideología organiza minuciosamente un espacio represivo, nutrido de competencias y de saber, orientado por una estrategia de clase con su lógica particular, imbricado entre los intereses particulares y los intereses políticos, entre los que deciden en nombre de lo privado y los que deciden en nombre de las instancias superiores de los poderes que somete, bajo su orden, el proceso de urbanización, travendo como consecuencia la sumisión de la práctica urbana al proceso de acumulación, cooptando, organizando y redefiniendo la vida en la ciudad. El urbanismo «no aparece para nosotros, exactamente como él se pretende, al mismo tempo ciencia y arte, técnica y conocimiento. Es precisamente este carácter unitario que aparece como ilusión» (Lefebvre, 1970a, p. 203). El urbanismo, visto de cerca, se disocia, sometido a la lógica de la reproducción. Escribe Lefebvre: «hay muchos urbanismos, aquel de los humanistas, aquel de los promotores inmobiliarios, el del Estado y de los tecnócratas. Los primeros proponen utopías abstractas, los segundos venden el urbanismo, o sea, la felicidad del estilo de vida (status), mientras que en los últimos su actividad se disocia, como aquella del Estado, en voluntad y representación, en instituciones e ideologías» (Lefebvre, 1970a, p. 203).

La ilusión urbanística, por lo tanto, como al mismo tiempo el urbanismo considerado como sistema, pretende abrazar, abarcar, poseer una totalidad nueva. El urbanismo se considera filosofía moderna de la ciudad justificada por el humanismo (liberal), justificando una utopía (tecnocrática). «Ni la buena voluntad, ni las buenas intenciones ideológicas son disculpas, al contrario», escribe Lefebvre (1970a, p. 203). Así, para el autor, la ilusión urbanística se refiere a un atributo del Estado y la peor de las utopías es aquella que no dice su nombre.

Pero el pensamiento urbanista, aquel de los tecnócratas, oscila. De un lado, crea la representación de un espacio vacío, casi geométrico, tan solamente ocupado por los conceptos, por las lógicas. El espacio abstracto, «represivo por esencia y por excelencia, pero de un modo particularmente hábil porque múltiple, [trae] la represión [como] inmanente manifestándose, tanto por la reducción, como

por la localización (funcional) o por la jerarquía, por la segregación o por el «arte», sirviendo de instrumento de dominación y, en esta condición, sofocando lo que tiende a nacer, matando sus condiciones históricas, sus propias diferencias internas para imponer la homogeneidad abstracta» (Lefebvre, 1974, p. 366).

De otro lado, las estrategias en el nivel racional más elevado y la representación de un espacio finalmente pleno, ocupado por los resultados de esas lógicas y estrategias – situándose en el ámbito de la producción de las relaciones sociales de producción. Una acción que niega el proceso de producción del espacio, escondiendo bajo el manto de la técnica a los sujetos productores y rompiendo, así, la relación teoría/práctica. «Su representación del mundo encubre el papel del espacio como fuerza productiva del capital, así como su condición de mercancía comprada y vendida en pedazos, cuyo acceso presupone la acumulación de la riqueza y al mercado, con sus normas, leyes, lenguaje» (Lefebvre, 1974, p. 366).

Con esto se esconde hasta desaparecer –por la constitución– que lo que se realiza es la propiedad privada (de la riqueza) del suelo urbano. El urbanismo se presta, por lo tanto, a la producción del espacio abstracto que se representa por una medida, pasible de ser cuantificado, donde las estadísticas, programaciones y previsiones asumen una eficacia operacional. Pero la producción del espacio abstracto contiene aquello que lo niega. El espacio es uso y en esta condición su consumo se sitúa en la esfera no reproductiva (del punto de vista del capital), como exigencia de la apropiación, apuntando para el tiempo vivido. El cotidiano como lugar de la norma y momento actual de la reproducción de las relaciones de producción bajo las exigencias de la acumulación capitalista es también el lugar donde lo cualitativo no se deja absorber. Para Lefebvre, mientras a las necesidades corresponden objetos definidos, al deseo no corresponde ningún objeto, sino un espacio donde podrá desarrollarse: la playa, las montañas, el lugar de la fiesta, el lugar del sueño. La ligación dialéctica necesidad/deseo (contradicción en la unidad) se desarrolla en nueva contradicción, notablemente aquella entre liberación/represión (Lefebvre, 1974, pp. 407-408). Así, como enseña Lefebvre, uniéndose vivido y concebido, el análisis muestra los contenidos de la abstracción.

La re-inversión del mundo

La realidad, producida de forma profundamente desigual, revela la dialéctica del mundo. Si el cotidiano en el mundo moderno enfatiza la relación de los hombres con un conjunto de objetos que, cada vez más, rigen sus relaciones convertidos en elementos distinguidores en la construcción de la sociabilidad; si, en el cotidiano, los objetos substituyen las relaciones directas entre las personas produciendo un mundo del espectáculo permanente con la celebración del objeto, encerrando al hombre en un ambiente saturado de objetos; si, finalmente, el cotidiano se reproduce como momento necesario de la reproducción de las relaciones sociales de reproducción capitalistas; el cotidiano es, también, para Lefebvre, además de producto del modo de producción capitalista, el lugar de los residuos. Así, en conflicto con la pasividad que la instauración del cotidiano impone a todos, los residuos permanecen como elemento constitutivo de lo cotidiano. Los movimientos sociales y las explosiones reivindicadoras que estallan en las ciudades son sus indicadores. En medio a las reivindicaciones específicas, buscando una vida soportable, muchas luchas apuntan para las contradicciones del espacio, donde la apropiación establece un conflicto exacerbado contra la propiedad privada, exponiendo la lógica urbanística, las políticas públicas que restablecen constantemente las lógicas del poder y de la acumulación del capital a todos, las luchas de clase. Contra la separación de los aspectos de la vida en la ciudad -como momentos y usos de los lugares- aparecen las posibilidades, aunque tenues, de recomposición de la totalidad fragmentada y de posibilidad de superación de la ciudad segregada. Para Lefebvre, coherente con el pensamiento de Marx, en el plano práctico se detectan las fuerzas sociales y políticas capaces de llevar al fin del Estado efectuando la inversión propuesta por Hegel, en la medida en que el Estado representa una clase de intereses «su racionalidad está limitada porque la sociedad elabora una racionalidad más alta, absorbiendo la contradicción entre sociedad civil y sociedad política» (Lefebvre, 2001, p.41).

Por lo tanto, se hace necesario, para Lefebvre, develar la justificación y legitimación del Estado y de su racionalidad, mostrando

la ideología de las instituciones. Como señala el autor (1980, pp. 35-36), el trabajo de lo negativo convulsiona la ciencia en sus dogmatismos, proponiendo una nueva inteligibilidad: la totalidad abierta redefiniendo conceptos, produciendo nuevos, implicando una transformación práctica. De este modo, «el Estado no es la última palabra, puesto que es instrumento político y un medio para la realización de la acumulación» (Lefebvre, 2001, p.41). Por medio de la contestación se reivindican nuevos derechos – momento en que la lucha por el «derecho a la ciudad» se impone como necesidad y deseo, travendo como exigencia la negación del mundo invertido propuesto por Marx: aquel de las cisiones, de la construcción de la identidad abstracta, de la indiferencia e intolerancia, de la constitución de la vida como imitación de un modelo de felicidad forjado en la pose de bienes; de la propiedad privada; de la importancia de la institución, de la omnipresencia del mercado, del poder represivo que induce a la pasividad por la desaparición de las particularidades; de la reducción del espacio cotidiano al homogéneo, destructor de la espontaneidad y del deseo. Tal orientación cambia, significativamente, el entendimiento sobre los contenidos del «derecho a la ciudad» que se realizaría como producto de la lucha entre fuerzas sociales y fuerzas políticas, entre fuerzas homogeneizadoras y fuerzas diferenciadoras.

...el gran malestar del mundo revela una orientación, tiene una relación cada vez más escondida (no manifiesta) entre la lucha por diferir y todas las luchas, los dramas, los combates, todos los sufrimientos (...). De la homogeneidad amenazadora que se vale de instrumentos políticos, que desarrolla sus estrategias sirviéndose de la política (erguida por el Estado, los aparatos, los profesionales y sus ideologías) una doble crítica se desarrolla: de derecha –culto al pasado y nostalgia– y de izquierda, reteniendo los elementos de la revuelta y de la revolución (Lefebvre, 1970b, p.50).

En el libro *La fin de l'histoire*, Lefebvre señala que el «fin» que daría sentido a la historia se realizaría como proyecto posible-imposible. Como proyecto de sociedad que aparecería de una lucha de muerte contra lo que existe en dirección a otra cosa, contemplando

la posibilidad del fin de las alienaciones humanas, disolviendo las contradicciones que desvían la realización de lo humano. Un movimiento de la historia en dirección a la producción de un «espacio diferencial», en el horizonte del cual residiría la apertura para un momento de apropiación. Los síntomas que hacen al autor trazar el pensamiento en esta dirección son la existencia de guerrillas urbanas, de vastas reuniones de jóvenes, mujeres, de la existencia de movimientos que nacen contestando la lógica capitalista (Lefebvre, 2001, p. 160). La hipótesis teórica formulada en esta obra de Lefebvre es aquella de finalidad, no realmente de fin, anticipado y prolongado de una tendencia puesta en el presente. Es decir, la constitución de un período trans-histórico: la constitución de una sociedad urbana como proyecto de cambio radical. Esa idea ilumina y señala un horizonte de construcción de las estrategias para la acción. No es sin sentido que Lefebvre señala la necesidad de constitución de un nuevo humanismo, revolucionario dialectico, abierto para las relaciones (conflictivas) de lo posible y de lo real, incorporando un urbanismo revolucionario capaz de movilizar los recursos del arte, del conocimiento, de la técnica y de la imaginación. Uniendo lo singular (lo individual), lo particular (los grupos, pueblos, naciones) y lo general (lo mundial) y lo universal (el sentido de la historia, de la vida, de lo humano), el método de Lefebvre actualiza la utopía presente en Marx, apuntando en dirección a lo posible-imposible, donde la comunicación, el amor, la participación, el conocimiento, el juego, que son siempre imposibles como totalidad, pueden ser posibles como momentos.

Significa decir que lo imposible puede volverse posible a cada día que pasa movilizando tanto los recursos de lo imaginario y del arte, como los recursos de la ciencia y del pensamiento político. Una acción localizada en el plano de lo cotidiano como lugar de la metamorfosis radical. La apuesta de este proyecto que apunta a la realización de la filosofía rompiendo con el racionalismo y con la idea de un humanismo limitado, se abre para una dimensión «poiética» de cambiar la vida reconstituyendo la identidad perdida. En este contexto, el desarrollo del proceso de reproducción de la sociedad

produce un nuevo espacio y nuevas formas de relación en la sociedad y entre las personas a partir de los intercambios en todos los sentidos, vislumbrando la modificación de los modos de apropiación y de uso del espacio. La comprensión de lo urbano expone, así, un universo complejo de relaciones en constitución donde se destaca, hoy, la lucha por la ciudad como derecho, ciudad lugar donde los grupos puedan reencontrarse, donde, más allá de los conflictos, se establezcan alianzas capaces de elaborar una obra colectiva, donde el derecho a la ciudad se sitúe como posibilidad de participación de todos en el control de su gestión y donde la diferencia se realice en una obra creadora. El sentido de la ciudad como obra de la civilización no es el sentido de la construcción física de la ciudad, sino de la humanidad del hombre por medio de su obra, la historia como realización de lo humano, como dominio del hombre social sobre la naturaleza.

El devenir como movimiento del método y el derecho a la ciudad como momento de un proyecto de transformación

Lo urbano, para Lefebvre, trae en sí lo nuevo, es real al mismo tiempo que un fenómeno virtual, lugar de realización de lo humano como proyecto. Si la ciudad fue el lugar de civilización, su explosión aniquiló este papel por medio de su fragmentación. Lo urbano, nacido de una fase crítica, sería, en su negatividad, la posibilidad, el lugar de la reapropiación de la vida cotidiana y de lo social en fragmentos. El derecho a la ciudad, en este sentido, tendría por contenido el «rescate de la herencia histórica», impidiendo que el espacio se transforme en migajas, reencontrando el centro como lugar de creación y de civilización. «Este derecho supone una transformación de la sociedad según un proyecto coherente, respondiendo las interrogaciones y resolviendo teóricamente (el sentido fuerte, implicando el momento de la práctica) los problemas y, de otro lado, creaciones en los dominios en los cuales interfieren el arte y el conocer, lo cotidiano y lo global: la arquitectura, por ejemplo. Pero también, más ampliamente, el tempo y el espacio» (Lefebvre, 1986, p. 171).

El «derecho a la ciudad», para Lefebvre, se establece como virtualidad, es constitutivo de un proyecto de transformación radical de la sociedad, destacando la importancia de la producción del espacio y produciendo una nueva inteligibilidad.

El derecho a la ciudad se inscribe en la construcción de un espacio diferencial pues, para Lefebvre, el derecho a la ciudad se manifiesta como forma superior de los derechos, como derecho a la libertad, a la individualización en la socialización, al hábitat y a la habitación. El derecho a la obra (actividad participante) y el derecho a la apropiación (muy distinta de la propiedad), que se imbrican dentro del derecho a la ciudad, revelan plenamente el uso, acabando con la separación cotidianidad-ocio, vida cotidiana-fiesta y, yuxtaponiendo en la ciudad los espacios del trabajo productivo, de la obra y del ocio. La ciudad sería, en esta dirección, la obra perpetua de sus habitantes, contraria a la idea de receptáculo pasivo de la producción, objeto de las políticas públicas, agente pasivo de planificación.

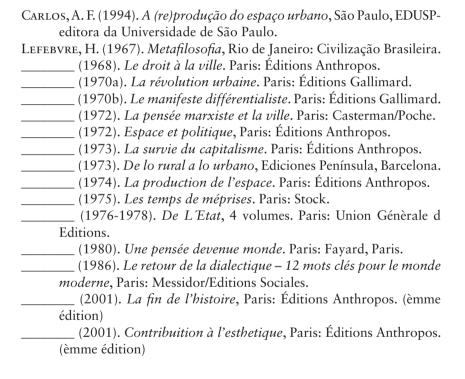
El derecho en Lefebvre aparece como resultado del desarrollo humano (Lefebvre, 2001, p. 32) y no se restringe a aquel de la ciudad. Al derecho a la ciudad se asocian el «derecho a la centralidad» –que guarda en sí, por contenido, el sentido del lugar de la civilización– y el «derecho a la diferencia» (difícil de que adquiera una existencia formal y jurídica), que es lo que huye al modelo cuantitativo de crecimiento de la sociedad subsumido a la lógica de la acumulación y solamente puede afirmarse «plenamente más allá de lo escrito y de lo prescrito, en la costumbre reconocida como fundamento de las relaciones sociales» (Lefebvre, 1970b p. 45). Para que este entre en la práctica social, es necesario, según el autor, que el principio y la fuente del derecho no se encuentre en la propiedad privada, lo que implica una transformación revolucionaria de la sociedad (Lefebvre, 1970b).

El proyecto que contempla la idea del «derecho a la ciudad» surge, por lo tanto, como necesidad de un pensamiento alrededor de una teoría de la praxis centrada en la consciencia y en el conocimiento acumulado, mostrando las formas de alienación, uniendo

Ana Fani Alessandri Carlos

pensamiento y acción. Un conocimiento como interpretación para orientar la metamorfosis a partir de un proyecto de transformación del mundo. «El acto que inaugura el conocimiento y la praxis es poiético: creador, al mismo tiempo, de conceptos, de imágenes, de conocimiento, de sueño...» (Lefebvre, 1967, p.173). Este es el sentido de la revolución urbana, como constitutivo de una sociedad urbana, en gestación en el momento actual.

REFERENCIAS



Derecho a la ciudad: alienación, contradicción y praxis¹

Ana Núñez

Introducción

En la última década, los investigadores de las ciencias sociales en general –y en Argentina, en particular– se asomaron a la revalorización de la dimensión espacial de los procesos sociales, recuperando, principalmente, a Henri Lefebvre, adquiriendo asombrosa relevancia su noción de *derecho a la ciudad* para hacer especial referencia a los *efectos* de las políticas urbanas neoliberales.

Sin embargo, en esta reiterada *necesidad de incorporar el espacio*, las contribuciones de este autor en torno a dicho derecho resultarían banalizadas, en tanto aquellos trabajos soslayan aspectos epistemológicos cruciales, equiparando sus postulaciones a otras provenientes de posicionamientos investigativos muy disímiles y porque opera en ellos un obstáculo epistemológico: fetichizan el espacio como escenario, como algo dado, reificado, simplificando los aportes de este autor al ceñirse, de forma descontextualizada y casi excluyente, a sus decisivas tesis de que «El espacio (...) siempre ha sido político y estratégico» (Lefebvre, 1976, p. 46), y «el derecho a la ciudad depende (...) de la centralidad» (Lefebvre, 1978).²

Sin embargo, es de destacar que esa *estrategia urbana*, definida a partir de la reflexión sobre el fenómeno urbano, se presenta bajo

¹ Este texto es una versión compendiada de Núñez (2009) y Núñez (2014).

² El capítulo homónimo es el 10,6% del conjunto del libro y, aun así, en la mayoría de los trabajos solo se cita este párrafo.

un doble aspecto: una estrategia del conocimiento y una estrategia política (Lefebvre, 1971, p. 246). De hecho, para Lefebvre (1971, p. 211) «...no existe el espacio urbano, sino espacios urbanos, varios espacios diferenciados, calificados, distintos del espacio geométrico o geográfico. Un espacio es la inscripción en el mundo de un tiempo. Los espacios son realizaciones, inclusiones en la simultaneidad del mundo externo de una serie de tiempos, de ritmos de la ciudad...». Asimismo, dichos trabajos cercan esa centralidad sólo en términos geográficos, omitiendo que este derecho está inscripto en el conocimiento de la tríada dialéctica de la producción del espacio (Lefebvre, 1976, p. 18) y se desatiende el contenido político-revolucionario del conjunto de la obra de este autor, en tanto dicha centralidad refiere, como se verá, a la producción del Hombre libre, el Hombre total, desalienado, retomando la programática de Marx (Lefebvre, 1971a). Explícitamente, para Lefebvre (1972), el problema urbano es un problema revolucionario; y la revolución urbana, en sus términos, constituve una parte de la revolución total.

En efecto, Lefebvre arremete críticamente contra el *recorte* de los hechos llevado a cabo por cada ciencia especializada, las que seleccionan un cierto ámbito y luego se integran los fragmentos (Lefebvre, 1972, p. 56). Claro que «el capitalismo produce un espacio (...) un espacio instrumental: el de la reproducción de las relaciones de producción. Insisto: no se puede comprender la reproducción de las relaciones de producción si no se tienen en cuenta tres elementos: la cotidianeidad; lo urbano (...) y la producción del espacio en general» (Lefebvre, 1976a, p. 237; 1976, p. 5). La exigencia de una síntesis solo puede ser encomendada a una *praxis*, es decir, una crítica científica anclada a una perspectiva orientada políticamente, pasando de la fenomenología al análisis; de la lógica a la dialéctica y «Este análisis—dice—difiere de los estudios que pululan (...) y que no conciernen más que a representaciones (...) o fragmentaciones del espacio (...) Existe una contradicción del espacio» (Lefebvre, 1976, pp. 119,130).

El problema es que «con frecuencia, se aísla (...) de entre lo escrito y publicado por mí, fragmentos, eslabones separados: el que concierne al marxismo, la vida cotidiana, el espacio, la arquitectura,

el urbanismo, etc. No estoy de acuerdo con estas fragmentaciones; un fluido único recorre el conjunto...» (Lefebvre, 1976, pp. 8-9).

Ese fluido que recorre el conjunto y sin el cual no puede comprenderse el sentido de su obra, parte de su posicionamiento epistemológico y su reflexión en torno a las categorías y la programática marxistas, especialmente la alienación, la contradicción, la totalidad y la praxis, la producción del Hombre total, la negación determinada y Aufheben, cuya traducción posible sería conservar y hacer cesar; superar conservando a través del movimiento, de lo que emergerá un concepto nuevo, enriquecido con la negación del precedente (Lefebvre, 1971^a, pp. 29, 34-35). O sea, un salto transductivo: pregunta al presente, en nombre del pasado y proyecta al futuro. En este entramado complejo, pensamos que resulta entonces improcedente reducir su derecho a la ciudad y asimilarlo junto a citas de Iordi Borja, David Harvey, la Carta Mundial por el derecho a la ciudad y/o los organismos internacionales, ciñendo las referencias a Henri Lefebvre solo a párrafos aislados de sus trabajos de las décadas de 1960 y 1970.

En sus palabras, «...diré que mi obra, mi sola obra, es mi vida, mi vivir» (Lefebvre, 1976a, p. 10). Vida que se niega a *contar*, pero que en un par de renglones deja entrever ese nudo de conflictos, ese montón de contradicciones con que se define a sí mismo y que exhibe, quizás, ese fluido que recorre el conjunto: «Dos hadas malignas se inclinaron sobre mi cuna, el comercio y la burocracia, ya que mi madre pertenecía a una familia de comerciantes y mi padre fue funcionario, por lo que odio la tienda y detesto la oficina; estas dos hadas se unieron a dos horribles brujas, la religión y la guerra. Punto» (Lefebvre, 1976a, pp. 14-15). Lo cotidiano, empobrecido en su alienación, se abatió pesadamente sobre él, y solo llegaría a transformarse mediante una previa penetración a través del análisis (Lefebvre, 1976a, pp. 207-209).

En este marco, referirse a Lefebvre partiendo del *derecho* es quedar *entrampado* porque, incluso para las ciencias jurídicas, dos de los puntos más complejos son: 1) determinar cuándo se está o no frente a un derecho fundamental; y 2) la definición de cuáles

derechos, en concreto, pueden ser considerados como sociales. Este difícil acuerdo conduce al *regateo* de su exigibilidad, tendiendo a negar a algunos derechos de tipo social su carácter de derecho fundamental (Espinosa Saldaña, 1997, pp. 202-207), aun cuando los organismos internacionales los reconozcan formalmente. Asimismo, se pierde de vista que, por un lado, no siempre y no toda carencia material se transforma en demanda social (por qué y cómo, nos preguntaríamos), y, por otro, que la demanda y la apropiación de las respuestas a esa demanda es una de las formas en que la rutina burocrática, que descansa omnipotente e infinita sobre la propiedad parcelaria, dirá Marx (1998, p. 120), diluye, fragmenta y dispersa de esa manera la lucha social (Holloway, 1994; Lefebvre, 1971), obturando el análisis sobre cuál es el contenido de la expresión de una lucha de clases como lucha política, económica y teórica (Marín, 1996).

Entonces, en nuestra opinión, para comprender la intensidad y envergadura de su obra, es de crucial importancia internarse en el *fluido que recorre el conjunto*, ya que, contrariamente a lo que postulan autores como Lindón (2003), revela un pensamiento coherente y extremadamente sugerente para entender tanto la reproducción como la producción de la sociedad y, por ende, a qué refiere su derecho a la ciudad.

LA RESTITUCIÓN DE LA PROBLEMÁTICA

Nueve años antes que publicara la primera parte de la *Critique de la vie quotidienne* (1946), Henri Lefebvre está inmerso en una encarnizada lucha que se desarrolla en el interior y fuera del marxismo, y explicita que la filosofía tuvo, para Marx, un carácter *programático*, un programa para lo humano, un proyecto del hombre, que debe confrontarse con la realidad, es decir, con la *praxis* (Lefebvre, 1971a, pp. 9, 16). En el *Prólogo* a la quinta edición francesa de *El Materialismo Dialéctico* ([1939] 1971a), Lefebvre expone los distintos problemas que, para él, estaban inclinando al marxismo oficial «institucional» hacia una filosofía sistemática de la naturaleza, con

especial referencia a que el marxismo institucional no quería oír hablar de *alienación*, por razones políticas.

Así, Lefebvre pone en primer plano el concepto de *alienación* no solo como concepto filosófico, sino como instrumento de análisis, argumentando que su uso no puede limitarse al estudio de la sociedad burguesa, sino que permite desenmascarar y criticar las alienaciones y políticas en el socialismo, en particular durante el período staliniano. Solo cuando el dogmatismo se agote se podrá restituir la problemática del pensamiento de Marx y del marxismo, «que es aún la nuestra» (Lefebvre, 1971a, p. 17).

Esta obra (*EMD*) se estructura en dos Capítulos. El I, *La contradicción dialéctica*, parte de un examen crítico del hegelianismo y recupera el fundamento filosófico de las obras de Marx, reordenando el pensamiento a partir de la teoría de la alienación y la crítica del Estado, para concluir con la *unidad de la doctrina*. Aquí, plantea que la praxis es el punto de partida y de llegada del materialismo dialéctico; su finalidad no es otra que la expresión lúcida de la praxis, del contenido real de la vida y, correlativamente, la transformación de la praxis actual en una práctica social consciente, coherente y libre.

El conocimiento y la acción creadora son inseparables. Los hombres pueden y deben proponerse una solución total, porque el Hombre no existe de antemano, metafísicamente; reflexión que cierra el Capítulo I, para abocarse a la *Producción del Hombre*, en el Capítulo II. Es decir, Lefebvre parte del hombre para llegar al Hombre libre, al Hombre total, una «vuelta del hombre a sí mismo»; la unidad de todos los elementos de lo humano; es el sujeto y el objeto del *devenir*. El hombre total es el hombre «desalienado» (*EMD*, 179), rompiendo con todo determinismo físico y social: «Bajo la forma de teoría general del devenir y de sus leyes, o de teoría del conocimiento, o de lógica concreta, el materialismo dialéctico no puede ser más que un instrumento de investigación y de acción, jamás un dogma. El no define nunca: sitúa los dos elementos de la existencia humana: el ser, la conciencia» (Lefebvre, 1971a, pp. 32, 119).

Sin embargo, aun cuando el hombre viviente es el verdadero sujeto del devenir, alrededor de él, encima de él, las abstracciones toman una forma extraña: los Fetiches.

El Fetichismo es a la vez un modo de existencia de la realidad social, un modo real de la conciencia y de la vida humana y una apariencia, una ilusión de la actividad humana (Lefebvre, 1971a, p. 100). Ahora bien, el fetichismo retoma, eleva a un nivel superior, la teoría de la alienación y de la cosificación del individuo: «La alienación –o más exactamente la "cosificación" – de las actividades humanas es por lo tanto un hecho social, y también, un hecho interior (...) Es así completamente engañado y despojado» (Lefebvre, 1971a, p.83).

El problema, para Lefebvre, es que la alienación sustancial, la «cosificación», niega a los hombres vivos, pero éstos la niegan a la vez. Esta alienación del hombre puede ser superada en condiciones prácticas y a través de una acción que no es puramente moral. Es necesario que este estado de cosas se vuelva «insoportable»; se trata de esperar una nueva etapa de la civilización y de la cultura. De nuevo, son el conocimiento y la acción los que disiparán las nubes del fetichismo, discriminando la forma del contenido. En otras palabras, la alienación es un momento en el poderío y la conciencia creciente de los hombres, en el que el papel del pensamiento filosófico es eliminar las posiciones que impiden la apropiación del contenido de nuestro ser. Cuando los hombres se vuelven instrumentos, cuando las actividades humanas no tienen más que fines utilitarios, existe una condición inhumana. Para poner fin a esto, es necesario superar la subordinación de una clase a otra, cambiando las condiciones de existencia y logrando la unidad espacio-temporal de todas las dimensiones de lo humano, la aprehensión del contenido total, alcanzando plena conciencia de la praxis. Una praxis que es doblemente creadora: a) de conocimiento; y b) de invención, o descubrimiento (Lefebvre, 1971a). El problema, continúa Lefebvre, es que la totalidad del hombre se escinde, también, en múltiples alienaciones, siendo las dos principales la propiedad privada y la que separa la conciencia privada de la vida pública.

EL OBJETIVO REVOLUCIONARIO

«El problema urbano es un problema revolucionario, que pone en cuestión las estructuras de la sociedad actual...La Comuna representa hasta nosotros la única tentativa de un urbanismo revolucionario...» Henri Lefebvre

En 1958, y después de 30 años de lucha, Henri Lefebvre transforma libremente su suspensión del Partido Comunista en exclusión. Unos meses antes publica una serie de textos, entre los que se destaca «Manifiesto para un romanticismo revolucionario», en momentos en que se formaba el grupo «situacionista». La idea de crear «nuevas situaciones», está en estrecha relación con la teoría que expone en su segundo volumen de la *Critique de la vie quotidienne*, la teoría de los *momentos* de la vida, donde afronta el empobrecimiento y adopta como objetivo revolucionario la transformación de la vida cotidiana por una subversión total, postulando la interconexión que enlaza la crítica de la vida cotidiana, la noción de proyecto, de situación, de subversión y el rechazo de la vida prefabricada, programada por el capitalismo (Lefebvre, 1976a).

A partir de la segunda posguerra, en los países europeos se renuevan los estudios urbanos, particularmente en Francia, donde el Estado no solo apoyó, sino que promovió investigaciones referidas a lo que se denominó la «revolución urbana». Por un lado, los instrumentos teórico metodológicos de la sociología norteamericana se mostraban limitados para el abordaje de los estudios urbanos; y, por otro, la reconstrucción urbana de posguerra sacó a la luz conflictos sociales latentes, que propiciaron la aplicación del análisis marxista. Sin embargo, el pensamiento material, en sus diversas versiones «marxistas», operaba con categorías vinculadas con visiones economicistas, con un «hombre de la necesidad». La ruptura epistemológica que hará posible una nueva visión material del espacio fueron, fundamentalmente, las reflexiones acerca del poder, inaugurando un conjunto de nuevos saberes acerca de lo social (Roze, 1995).

Siguiendo literalmente a Castells (1998), tres procesos convergieron para ello³: 1) la renovación intelectual en Francia en la década de 1960, cuando las ciencias sociales se desprenden de la filosofía y se funda la primera escuela francesa de sociología en Nanterre, dirigida por Alain Touraine⁴ e incluyendo a profesores como Henri Lefebvre (y, agregamos, asistentes como Manuel Castells); 2) los movimientos sociales de 1968; y 3) la penetración de las ideas de mayo de 1968 en la élite tecnocrática francesa y en la ideología urbana del gobierno. Esto motivó un megaprograma de investigación en la Escuela de Sociología Francesa, abierto en cuatro corrientes: a) Henri Lefebvre, representado por él mismo; b) el marxismo ortodoxo, con Jean Lojkine, Christian Topalov v Edmond Pretecielle; c) la Escuela de Michel Foucault, organizada alrededor del CERFI; y d) el marxismo estructuralista, con sello althusseriano, representado principalmente por Manuel Castells. Las cuatro corrientes contribuyeron a revigorizar la investigación urbana al colocar el poder y las relaciones sociales conflictivas en el centro de la dinámica urbana v al intentar conectar la teoría con la investigación empírica, con la excepción del esfuerzo puramente teórico de Lefebvre, dice Castells.

Sin embargo, algo que no dice Castells es, en primer lugar, que con Lefebvre trabajaban Jean Baudrillard, Rene Lourau y Henri Raymond, quienes tenían una relación muy estrecha con los estudiantes, entre quienes se encontraba Daniel Cohn-Bendit. Los cursos de Lefebvre, desde la década de 1960, abordaban, sobre todo, el tema

Por supuesto que para Lefebvre (1976a, pp. 107-108) «...mayo del 68 no es Nanterre, ni París, sino elapogeo de un movimiento mundial. Movimiento que se inicia hacia 1957-58 con el fin de la oposición antistaliniana en el seno de un partido comunista que se anquilosa (...) Se dio una lucha intensa en el interior de la Universidad, conflicto entre el cientificismo impávido e indiferente y la contestación. Esta lucha teórica e ideológica, lucha de clases a su manera, alcanzó su apogeo hacia 1968».

En una reunión plenaria del departamento de sociología al comenzar el curso de 1968, Alain Touraine habla extensamente sobre una indispensable modernización de la Universidad que respondiese a las necesidades de la industria y del mercado. Lefebvre toma la palabra y pide a los estudiantes que reflexionen sobre su porvenir. Un estudiante interpela a Touraine, violentamente, diciéndole: «¡Quiere convertirnos en vagones de ferrocarril y ponernos sobre rieles para que salgan a la hora!». Ese estudiante era Daniel Cohn-Bendit. En Lefebvre (1976a, pp. 116-117).

de la alienación política y la crítica de la sociedad contemporánea, sociedad que ya en 1960 él denomina «sociedad burocrática de consumo dirigido», desembocando en la consigna estudiantil «Abajo el Estado policía» (Lefebvre, 1976a)⁵.

En segundo lugar, si bien Lefebvre postula que lo mental y lo espacial están unidos por unos lazos rotos por la filosofía en Europa (1976a, p.221), aborda el problema del espacio por múltiples caminos y dedica entre 10 y 15 años a estudiar los problemas agrarios con el objetivo de contribuir al socialismo, llegando a escribir un libro que nunca pudo publicar. Empero, al sudoeste de Francia se empezaba a fundar la Ciudad Nueva de Mourenx⁶, proceso que estudió in vivo, in statu nascendi, desde que se comenzaron a arrasar los bosques (Lefebvre, 1976a). Por un lado, operaban en la región fuertes transformaciones en la agricultura y, por otro, la irrupción de lo urbano, formando parte de la urbanización y la industrialización, dos aspectos de un proceso conflictivo y dialéctico (Lefebvre, [1968] 1978, pp. 23-24) y del que emergerá el rico y complejo método lefebvriano de investigación, dialécticamente horizontal y vertical. A dichos procesos dedica, precisamente, el primer capítulo de El derecho a la ciudad, titulado «Industrialización y urbanización: primeras aproximaciones», siendo el autor que retoma la génesis del proceso de urbanización, es decir, la transferencia de la renta agraria a la ciudad, como base de expansión de la economía urbana. En el tercer acto del drama de la ciudad⁷, o destrucción de la «urbanidad» con la expulsión del proletariado

⁵ En Nanterre se tendía, en general, a la represión, pidiendo a los profesores cierto *control* sobre los estudiantes, lo que llevó a Lefebvre a decir al decano: «Señor, no soy un policía» (Lefebvre,1976a, p. 113).

Lacq es un poblado situado en el extremo suroriental de Francia donde se descubrió petróleo y gas natural en 1951. Entre 1957 y 1961 se creó el cercano pueblo de Mourenx, para ser habitado por obreros de los campos petrolíferos y es colindante con el pueblo donde Lefebvre pasaba varios meses al año.

Lefebvre ha escrito, también, piezas de teatro: «He imaginado distintas situaciones y personajes de teatro que vivían [el fervor, el temblor, oscuridad y opacidad carnal de la vida] esta problemática esperando que la resolvieran por sí mismos: no lo han hecho. En ellos proyecté mis contradicciones...» (Lefebvre, 1976a, p. 11).

del centro y de la ciudad misma (Lefebvre, 1978:31-32), plantea que, después de la segunda posguerra,

...el derecho al alojamiento aflora, por así decir, en la conciencia social. Se hace reconocer de hecho, en la indignación que los casos dramáticos levantan, en el descontento que la crisis engendra. Sin embargo, no es reconocido formal y prácticamente; es reconocido, por el contrario, como apéndice a los «derechos del hombre». (...) Los grupos y partidos de izquierda se han limitado a reclamar «más alojamientos». Por otra parte, las iniciativas de los organismos públicos y semipúblicos no han sido guiadas por una concepción urbanística, sino simplemente, por el propósito de proporcionar el mayor número posible de alojamientos lo más rápidamente posible y al menor costo (...) Hasta ese punto ha llevado la burocracia de Estado a su forma pura el concepto de *hábitat*, instaurado como suma de presiones, y excluyendo el habitar (Lefebvre, 1978, p. 35).

Para Lefebvre, la sociedad urbana es, por un lado, una referencia empírica insustituible (la sociedad que surge de la industrialización; de la urbanización completa) y, por otro, una hipótesis (la urbanización completa de la sociedad, hoy todavía virtual), un campo de aplicación de las ideas filosóficas (Lefebvre, 1972). La hipótesis de urbanización total de la humanidad imbrica una doble dimensión: es objeto de análisis científico pero, a la vez, objetivo de praxis política. Consiste en considerar la industrialización como un *momento* de la urbanización, un instrumento. Pero no se trata de una *filosofía de la ciudad*, sino presentar un *proyecto* de síntesis y totalidad, y, finalmente, el examen de lo *analítico*, rechazando el *análisis espectral* o, en otros términos, los recortes de la realidad urbana por las ciencias parcelarias, y son los técnicos los que integran los fragmentos, llevando a una política que destruye los *espacios diferenciales* de lo urbano, impidiendo su habitabilidad (Lefebvre, 1972, p. 56).

En este marco, denuncia la estrategia del conocimiento de la *ilusión urbanística* (Lefebvre, 1972, pp. 156 y ss.), y de las otras ilusiones vinculadas a ella: la ilusión filosófica y la ilusión estatal; ilusión en tanto pretende reemplazar la práctica urbana, que no la

estudia pues no la ve, es un *campo ciego*, por el dominio y sometimiento a su *orden* del proceso de urbanización. Es un urbanismo de clase que oculta una estrategia de clase y que implica un doble fetichismo: a) el de la satisfacción, sobre la falsa hipótesis que es posible conocer y clasificar las *necesidades* y proporcionarles un *objeto*; y b) el del espacio, no logrando resolver el conflicto entre el uso y el intercambio.

Pero, ¿cuáles son las *necesidades sociales* inherentes a la sociedad urbana, este objeto virtual, posible, ligado a un proceso y a una praxis? No solamente las antropológicas elaboradas socialmente, sino la necesidad de actividad creadora, de obra, y no solo de productos y bienes materiales consumibles, tendiendo hacia un nuevo humanismo. Aquí señala la urgencia de una transformación de la instrumentalización intelectual, utilizando: a) la transducción, que construye y elabora un objeto teórico, un objeto *posible*; y b) la utopía experimental. En este enfoque, lo utópico se trata de algo real y se halla en el seno de una realidad como es la urbana (Lefebvre, 1972, p. 45). Cada objeto así construido será sometido al examen crítico y es, simplemente, un modelo de realidad urbana, provisional, modificable y criticable. Sin embargo, solo las fracciones de clases sociales capaces de iniciativas revolucionarias pueden llevar hasta su plena realización la solución a los problemas urbanos.

Así, la contradicción del espacio se va ahondando entre lo posible y lo real a través de la transducción, dando lugar a la producción del *espacio diferencial* en el que está implicado y aplicado el derecho a la ciudad, es decir, la eliminación de todas las alienaciones, *proyecto* que requiere extender la lucha de clases al espacio y no *en el* espacio, manteniendo, como dice Marín (1996), una doble lectura: las acciones y relaciones propias del sistema capitalista y aquello constituyente de originalidad, plausible de introducir transformaciones en el orden social vigente.

Por ende, la noción a la que arriba Lefebvre hacia 1968, sobre el derecho a la ciudad, significó un momento en sus reflexiones sobre la ciudad como expresión de la lucha de clases. El derecho a la ciudad, en Lefebvre, no se trata de un derecho natural, ni siquiera

contractual (Lefebvre, 1976, p. 18). El derecho a la ciudad, así formulado, requiere el conocimiento de la tríada dialéctica de la producción del espacio y tender hacia un nuevo humanismo, una nueva praxis creadora de conocimiento y de invención, porque se trata de un cambio de práctica social que proponga y justifique la *centralidad lúdica*, poniendo la apropiación por encima de la dominación. Significa la reconstitución de una unidad espacio-temporal, de una unión, sin eliminar las confrontaciones y las luchas, para llegar al Hombre libre, al Hombre total, una «vuelta del hombre a sí mismo»; el hombre «desalienado» (Lefebvre, 1971, p. 179): he ahí, en nuestra opinión, la *centralidad* del Derecho a la ciudad; y el Derecho a la ciudad como *centralidad*.

Justamente dice Marx (2006, pp. 114-115, 143) que

La propiedad privada se deduce, es producto, del hombre enajenado, de la vida alienada, del hombre alienado; y así como el ser humano se ve alienado de su ser genérico, se ve alienado del otro hombre, y cada uno de ellos se ve alienado de la esencia humana (...) la superación positiva de la propiedad privada, como la apropiación de la vida humana, es la superación positiva de toda alienación (...) el retorno del hombre a su ser humano, es decir, social...

En ese mismo sentido, para Lefebvre (1961, 48-39) la superación de la alienación implica la superación progresiva de la mercancía, el capital y el dinero como fetiches que reinan sobre lo humano. Implica, también, la superación de la propiedad privada de los bienes que deben pertenecer a la sociedad y pasar al servicio de lo humano. Pero lo inhumano (la injusticia, la violencia, la opresión, la miseria) es la alienación de lo humano, y de lo que se escapa a través del Derecho, la Moral y la Religión (Lefebvre, 1971a, p. 164), o, en otras palabras, con la propiedad, la estigmatización, y el sacrificio y la resignación, impidiendo rescatar del pasado el germen de la dominación, es decir, obturando el surgimiento del tiempo-ahora, y permaneciendo oculto el momento social originario de construcción de la norma (lo permitido y lo prohibido, lo bueno y lo malo, lo sano y lo patológico, lo legal e ilegal, etc.), cuya base está determinada por

un conjunto de situaciones estratégicas que definen y reproducen el orden social (Núñez, 2013).

En este marco, llama «revolución urbana» al conjunto de transformaciones que se producen en la sociedad contemporánea para marcar el paso desde el período en que predominan los problemas de crecimiento y de industrialización, a aquel otro en el que predominará ante todo la problemática urbana y donde la búsqueda de soluciones propias a la sociedad urbana pasará a un primer plano (Lefebvre, 1972, p. 12). Revolución que no implica acciones violentas, pero tampoco las excluve, y que tiene un triple carácter: centralidad, dialéctica y praxis urbana. La politización de las cuestiones urbanas implica un proyecto de transformación de la vida cotidiana, que incluya la autogestión generalizada, que puede inducir la autogestión urbana. ¿Qué implicaciones tiene esto? El empobrecimiento del Estado; una incompatibilidad radical entre lo estatal y lo urbano. De ahí que Lefebvre (1972, pp. 184-185) denuncie el urbanismo como un disfraz y como un instrumento a la vez: disfraz del Estado y de la acción política, instrumento de los intereses ocultos de una estrategia y en una socio-lógica; ideología urbanística reductora de la práctica y que actúa como si resolviese la problemática urbana.

Espacio y política

Lefebvre explicita la problemática del espacio en una línea metafilosófica, vinculada a su teoría de lo urbano y a la problemática de la sociedad global. En principio, se trata del espacio «vivido» en correlación estrecha con la práctica social, es decir, se trata de la «espacialidad». El espacio estaría compuesto por lo urbano, que se expresa en los problemas de crecimiento de la ciudad, y lo cotidiano, como ámbito de la alienación, de la sociedad burocrática de consumo dirigido.

En Espacio y Política. El derecho a la ciudad II, Lefebvre ya adelanta lo que expondrá más in extenso en La production de l'espace, pero también recupera, insiste y amplía conceptualmente

preocupaciones presentes en sus obras anteriores. Así, el espacio es un instrumento político intencionalmente manipulado; es un procedimiento en manos de una clase dominante; es ideológico y sapiencial, en tanto comporta representaciones elaboradas; y está vinculado con la reproducción de las relaciones de producción. En este sentido, Lefebvre (1976, p. 26) se pregunta: ¿cuál es la relación existente entre el espacio mental (percibido, concebido, representado) y el espacio social (construido, producido, proyectado, espacio urbano por excelencia)?, es decir, ¿cuál es la relación existente entre el espacio de la representación y la representación del espacio? Un espacio social que no es una sumatoria de hechos históricos, sino relaciones de producción y de reproducción.

Existen, a su vez, contradicciones del espacio, aunque el espacio de la sociedad capitalista pretende ser racional: por una parte, la clase dominante y el Estado refuerzan la ciudad en tanto que centro de poder y de decisión política, por otra, el dominio de dicha clase y de su Estado hace estallar la ciudad (Lefebvre, 1976, p. 130). En este plano, la clase dominante dispone de un doble poder sobre el espacio: 1) a través de la propiedad privada del suelo; y 2) a través del conocimiento, la estrategia o la acción del Estado, es decir, la representación del espacio. En esta contradicción se inscribe su tesis que el espacio ha sido siempre político, estratégico e ideológico. Es una representación plagada literalmente de ideología porque es un producto social. Es decir, las preguntas claves son en qué forma y siguiendo qué estrategia ha sido producido tal o cual espacio; cómo se opera en la reproducción de las relaciones sociales de producción; cómo deja de existir la reproducción de esas relaciones de producción; cuándo y cómo se producen nuevas relaciones sociales (Lefebvre, 1976, pp. 136-137).

Las relaciones sociales propias del capitalismo, o sea, las relaciones de explotación y dominio, se mantienen por y en la totalidad del espacio; por y en el espacio instrumental, responde Lefebvre. Instrumento del que se sirven las clases en el poder con varios fines: dispersar la clase obrera, repartirla en lugares asignados, controlar el espacio y de forma tecnocrática la sociedad, entre otros. Sin embargo,

constantemente aparecen nuevas contradicciones que tornan posible pensar en el arrebato de ese instrumento: la socialización del suelo, es decir, que el pueblo en su totalidad, transgrediendo las relaciones de propiedad, ocupa y se apropie del espacio social; espacio social que, insiste, es el ámbito de las relaciones sociales de producción y reproducción, que engloba la cotidianeidad, lo urbano y la producción del espacio, en general: «Si hay convergencia entre las dos series de problemas [los que provienen de la clase obrera, y los originados por el espacio y los problemas del espacio, ascendentes y no resueltos] ocurrirá algo nuevo. El aparato estatal se resquebrajará y será reemplazado por una organización emanada de la base» (Lefebvre, 1976a, p. 241).

Empero, todo ello hay que enmarcarlo en la desalienación, en el hombre libre, total, a partir del retorno a la unidad espacio-temporal de todas las dimensiones de lo humano (Lefebvre, 1971a, p. 179). Pero ¿cómo se construyen/destruyen las relaciones sociales? El orden capitalista constantemente reproduce relaciones sociales que lo sostienen, fundamentalmente en la vaporosa indefinición de la estatalidad profunda y la estatalidad extensa (Núñez, 2012), construyendo territorialidad burguesa en territorios populares (Núñez y Bordas, 2013). Ello, en la política urbana, a través de un conjunto de heteronomías en torno a la vivienda digna v el fetichismo de la propiedad privada que, a través del espacio-tiempo concebido o la representación del espacio como abstracto, homogéneo, «vacío», se localizan objetos que destruyen el espacio diferencial, abatiendo la dialéctica de la centralidad de lo que se reúne en su contenido. A través de la forma-norma, la propiedad se convierte en una definición cuasidefinitiva y se instituye, perpetuando la dominación (Núñez, 2013). Esos mecanismos se reproducen e interiorizan, es decir, la representación es mediadora y se ubica entre lo vivido y lo concebido (Lefebvre, 1980), lo que hace emerger otra importante contradicción social en forma de contradicción espacial: frente a un espacio concebido, racional, representado, homogéneo, se produce la explosión del espacio (Lefebvre, 1976a, p. 130), no logrando resolver el conflicto entre el uso y el intercambio.

APERTURAS FINALES PARA EL CIERRE

El espacio diferencial es diferente al espacio instrumental del capitalismo, que repetitivamente reproduce las relaciones de producción y del cual se sirven los tecnócratas.

Las contradicciones socio-políticas que articula la representación del espacio ofrecen fisuras que pueden conducir a la consolidación del espacio diferencial, aquel en el que emergen diferencias al orden dominante y otras relaciones sociales diferentes a la propiedad privada (Núñez, 2013).

Las posibilidades preexistentes allí evocan otro sistema de producción, que comportaría no solo la transformación de las relaciones de producción, sino del espacio existente, adentrándose en la teoría del espacio diferencial, que también se inserta en la problemática metafilosófica, estableciendo un movimiento dialéctico entre la diferencia y la simultánea homogeneidad y fragmentación impuesta por la estatalidad.

Empero, esas nuevas formas socioterritoriales que emergen, imbuidas de la desalienación temporal de las prácticas espaciales desobedientes del orden dominante, se desvanecen en el espacio de representación apenas se vislumbra la posibilidad de alcanzar la propiedad privada. En ese proceso, la dialéctica apropiación/expropiación desplegada en la producción y reproducción del orden social deshumanizante del capital, significa la derrota cotidiana del espacio diferencial (Lefebvre, 1972). Es justamente en el intento de escapar de esas derrotas, de esas formas de violencia extendidas homogéneamente en lo cotidiano, que emerge el fetichismo en acto. Esa pérdida, que, en general, es ganancia para el territorio de la burguesía, se bifurca en docilidad y cooptación, prolongando la expropiación entre iguales dominados.

En otros términos, se produce una colisión triádica-dialéctica que nos exige profundizar, entonces, la violencia transformadora que propugnamos de pensar el derecho a la apropiación de tiempos y espacios diferenciales para propiciar otras experiencias de vida en los territorios populares. Para ello, dice Lefebvre (1971a), es necesario superar la subordinación de una clase a otra, cambiando las

condiciones de existencia y logrando la unidad de todos los elementos de lo humano, la aprehensión del contenido total, alcanzando plena conciencia de la praxis. Una praxis que, como ya se dijo, es doblemente creadora: de conocimiento, y de invención o descubrimiento.

Para Lefebvre (1972), solo cuando se hayan superado todas las formas de alienación, en forma de revolución urbana, emergerá el hombre nuevo y la sociedad urbana. Entonces, debemos propugnar el salto de los obstáculos epistemológicos que imponen las *normas* y el fetichismo de la propiedad privada para constituir, así, espacios diferenciales en los que haya una «suspensión» o descentramiento del derecho, en términos de Santos (1991, pp. 34-37), según *escalas*, *proyecciones y simbolizaciones*, dando paso a la interlegalidad.

O, en palabras de Cárcova (1993, p. 23), los niveles:

El discurso jurídico reconoce distintos niveles, el primero corresponde al producto de los órganos autorizados para hablar [...]. El segundo [...] está integrado por teorías, doctrinas, opiniones [...] y manipulación del primer nivel (práctica de los abogados, escribanos y operadores en general). Finalmente, el tercer nivel es donde se juega el imaginario de una formación social [...] en un juego de creencias, desplazamientos y ficciones.

Alienación y propiedad, entonces, están inextrincablemente entrelazadas. Empero, hay un contrapunto interesante entre ambos conceptos y es que, como planteamos en trabajos anteriores (Núñez, 2013), mientras la segunda ha tendido históricamente a constreñirse en su sentido original, la primera se ha ido ampliando (Lefebvre, 1961, 1971a), pero ambas han confluido en el empobrecimiento generalizado del hombre. Ambas se vuelven contra él, conduciéndole a condiciones deshumanizantes. Es decir, la alienación no es solo ideal y teórica sino que es, sobre todo, práctica (económica, social y política), manifestándose en todos los dominios de la vida porque los productos del hombre escapan a su control y toman formas abstractas: el dinero, el capital, la mercancía, los objetos. Y en lugar de servirle como mediaciones, se convierten en realidades opresivas, en beneficio de una clase minoritaria que utiliza,

mantiene y reproduce este estado de cosas, de manera que lo abstracto se transforma en concreto que abruma lo concreto verdadero: lo humano (Lefebvre, 1961, pp. 40 y ss.). Así, la alienación se extiende y profundiza en las mismas direcciones y de la mano de la estatalidad (Núñez, 2013).

Las implicaciones dialécticas de estos procesos deben reflexionarse junto las falacias conceptuales y sus acciones concomitantes en políticas urbanas, ya que articulan obstáculos epistemológicos que obturan posibilidades de nuevos observables. De lo contrario, el discurso sobre el derecho a la ciudad permanecerá vaciado de contenido y como una forma de apéndice de los derechos del hombre.

En la teoría del espacio diferencial de Lefebvre, la reconquista de la cotidianeidad pasa por un collage de temporalidades que resisten a las coacciones, en tanto respeta la pluralidad y la apropiación de la ciudad, como bien de uso colectivo, como obra, como creación. En su intento por hacer aflorar la multiforme relación entre lo concebido y lo vivido, la vinculación de lo cotidiano con la historicidad que emerge, posibilitaría recuperar la riqueza de la vida cotidiana (Lefebvre, 1976a, p. 126).

En definitiva, transitar entre la alienación y el espacio diferencial, como *proyecto*, requiere analizar, como plantea Martins (2008, p. 132), «las pequeñas contradicciones de los sujetos ocultos, como los protagonistas de la Historia, reconociendo el derecho fundamental de decidir sobre su rumbo», porque el proceso de construcción de lo social se imbuye de la lucha de clases, siendo necesario retomar lo que para Marx es la *revolución permanente*; la concepción de la especie como proyecto humano.

Porque, tal como afirma Lefebvre (1976a, pp. 254-255) «Hay una vida social Infra-política, Infra-estatal, como hay una vida Infra-cotidiana [...] hay que agudizar la crítica del Estado y de la cotidianeidad, radicalizarla. Pasado ese dintel, entramos en un nivel distinto, de pensamiento y de praxis».

REFERENCIAS

- CÁRCOVA, C. (1993). Teorías jurídicas alternativas. Escritos sobre Derecho y Política. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina
- CASTELLS, M. (1998). La sociología urbana en la sociedad de redes: de regreso al futuro. Conferencia dictada en la *Community and Urban Sociology Section* de la *American Sociological Association*, San Francisco, agosto 22. Disponible en http://www.urbanauapp.org/wp-content/uploads/Urbana-Spring-2002-Volume-VII-Number-1-Manuel-Castells.pdf
- Espinosa-Saldaña, E. (1997). Apuntes para las dificultades existentes para la protección de los derechos sociales en el modelo de jurisdicción constitucional español. En Bidart Campos, Germán (comp.): *Economía, Constitución y derechos sociales*. Buenos Aires: EDIAR
- HOLLOWAY, J. (1994). *Marxismo*, *Estado y capital*. *La crisis como expresión del poder del trabajo*. Fichas temáticas de Cuadernos del Sur. Buenos Aires: Tierra del Fuego
- Lefebvre, H. (1961). El marxismo. Buenos Aires: EUDEBA

 (1971). De lo rural a lo urbano. Barcelona: Ed. Península

 (1971a). El materialismo dialéctico. Buenos Aires: La Pléyade

 (Traducción de la 5ª edición francesa)

 (1972). La revolución urbana. Madrid: Ed. Alianza

 (1976). Espacio y política. El derecho a la ciudad II. Barcelona:

 Ed. Península

 (1976a). Tiempos equívocos. Barcelona: Ed. Kairos

 (1978). El derecho a la ciudad (4ª ed.). Barcelona: Ed. Península

 (1980). La presencia y la ausencia. Contribución a la teoría de las representaciones. México: Fondo de Cultura Económica
- _____ (2006). Lógica formal, lógica dialéctica. (20° ed. en español). España: Siglo XXI
 LINDON, A. (2003). La miseria y la riqueza de la vida cotidiana en la ciudad: el pensamiento de Lefebvre. Revista Litorales. Teoría, método y técnicas en geografía y otras ciencias sociales, año 2, n° 3. Universidad
- Marín, J. (1996). *Conversaciones sobre el poder* (Una experiencia colectiva). Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani/ Universidad de Buenos Aires

de Buenos Aires: FFyL/Universidad de Buenos Aires

- Martins, J. (2008). A sociabilidade do homen simples. Cotidiano e História na modernidade anômala. (2ª ed.). São Paulo: Editora Contexto
- MARX, K. (1998). *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Buenos Aires: Ed. Libertador

Ana Núñez

- _____ (2006). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Buenos Aires: ColihueClásica
- Núñez, A. (2009). De la alienación, al derecho a la ciudad. Una lectura (posible) sobre Henri Lefebvre. Revista Theomai. Estudios sobre sociedad y desarrollo, 20, segundo semestre, pp. 34-48 ISSN 1515-6443 (2012). Lo que el agua (no) se llevó...Política urbana: poder, violencia e identidades sociales. Buenos Aires: El Colectivo ediciones (2013). Las perspectivas histórica y socio-antropológica en torno a la propiedad y el derecho de propiedad. Revista Theomai. Estudios sobre sociedad y desarrollo, 27-28, pp. 31-41. Buenos Aires: Universidad Nacional de Ouilmes
- _____(2014). Del derecho a la ciudad, al derecho al espacio diferencial. Revista de Direito da Cidade. 06, 01. Pp. 90-110 DOI: 10.12957/ rdc.2014.10703
- Núñez, A. y Bordas, J. (2013). «Venimos a llevarte...» Bifurcaciones espacio-temporales d ela territorialidad burguesa. En Núñez, Ana (comp.). Tiempos itinerantes. Apropiación y expropiación de territorialidades sociales en ciudades argentinas, pp. 61-92. Mar del Plata: EUDEM
- Roze, J. (1995). Espacio y poder. Una mirada material. *Aportes para nuevas teorías de la arquitectura*. *Cátedra de Sociología Urbana*, *Cuaderno* 2, pp. 11-44. Resistencia: FAU/UNNE
- SANTOS, B. (1991). Una cartografía simbólica de las representaciones sociales. Prolegómenos a una concepción posmoderna del derecho. *Nueva Sociedad*, 116, 18-38.

El derecho a la ciudad. ¿Un programa de acción política?

Felipe Link

Introducción

La diversidad y complejidad de los cada vez más frecuentes «conflictos urbanos» en nuestras ciudades han obligado a repensar los marcos de referencia a partir de los cuales se intenta interpretar las contradicciones contemporáneas de la sociedad. En este contexto, reaparecen una serie de conceptos asociados a reivindicaciones sociales que consideran al espacio como una dimensión propia del objeto de reivindicación, tanto o más importante que las dimensiones tradicionales, sociales o históricas, en la comprensión y eventual resolución de dichos conflictos y considerando al espacio mucho más allá del mero soporte o escenario donde ocurren los fenómenos sociales (Soja, 2010). Es decir, entendiéndolo como un elemento relativamente autónomo superestructuralmente, no dependiente exclusivamente de las bases de producción material de la sociedad y, por lo tanto, como un objeto en sí mismo, producto y productor de relaciones sociales (Lefebvre, 1985). Este es el caso, por ejemplo, de nuevos movimientos sociales, que operan en diferentes escalas, rompiendo barreras espacio temporales tradicionales y articulando escalas locales y globales en un proceso discontinuo (Sassen, 2007). También es el caso de numerosos movimientos más o menos organizados a favor de mayor justicia urbana y que han reinstalado, poco a poco, una idea de derecho a la ciudad, entendida como reivindicación política algo simplificada y descontextualizada del proceso general de urbanización que le da origen al concepto (Lefebvre, 1968).

Además de lo anterior, tradicionalmente en América Latina pareció dominar una perspectiva marxista clásica en el análisis de los problemas urbanos y territoriales, asociada a la influencia de Castells (1971) y al aparato conceptual y metodológico de «La Cuestión Urbana». En este sentido, es más probable que la comprensión de lo urbano en nuestra región estuviera más cercana a la idea marxista clásica de entender «la ciudad como un producto consecuente con la acción económica de una clase social históricamente hegemónica, la burguesía, que la usa como instrumento de su afirmación» (Marx y Engels, 1848), que entenderla como un elemento más o menos autónomo en la dependencia de la estructura de producción material de sociedad, invirtiendo la relación entre los procesos de industrialización, subordinándolos a la propia urbanización generalizada y al ámbito de la reproducción social. Lo que en palabras de Lefebvre (1985) se refiere a que: «el concepto de espacio (social) y el espacio mismo escapan a la clasificación base – estructura – superestructura. Parte de la suposición de que el espacio aparece, se forma e interviene unas veces en un nivel y otras en otro; tan pronto lo hace en el trabajo y en las relaciones de dominación (de propiedad) como en el funcionamiento de las superestructuras (instituciones). Desigualmente pero por completo. La producción del espacio no sería "dominante" en el modo de producción, pero enlazaría los aspectos de las prácticas al coordinarlos, precisamente, al reunirlos en una "práctica"» (Lefebvre, (1985) 2013, pp. 56-57).

Entonces, por un lado existe todavía una tradición ortodoxa en la interpretación marxista del espacio y la ciudad, mientras por otro lado, una cierta simplificación y al mismo tiempo abstracción de la idea de derecho a la ciudad, asociada a la justicia urbana entendida como un modelo de ciudad deseada, más allá de la equidad de la distribución, que debería apuntar hacia una ciudad que soporte el completo desarrollo de las capacidades humanas para todos (Marcuse, 2009). Tomando en cuenta esta paradoja y a pesar de sus limitaciones, con el concepto de derecho a la ciudad se abrió

un campo de reivindicación relativamente nuevo, revalorado, en el sentido de ofrecer desde cierta interpretación lefebvriana un ámbito de posibilidad para la transformación socio-espacial, eminentemente urbana. Se trató de la posibilidad de una salida revolucionaria en un campo paralelo o complementario a la lucha tradicional en el ámbito de la producción y el trabajo.

Ya desde Castells (1971) se entendió para la comprensión de nuestras ciudades, la insuficiencia de las determinantes tradicionales de lo urbano, como tamaño, densidad y heterogeneidad social (Wirth, 1938). Se propuso el objeto de estudio de la sociología urbana como: «la relación entre la estructura urbana, la función de las clases sociales, la intervención institucional y el desarrollo de fuerzas opositoras» (Castells, 1971), considerando los fenómenos urbanos como una relación entre el Estado y la espacialización de lo civil, donde los movimientos sociales urbanos tenderían a provocar una transformación estructural del sistema urbano, apuntando a una nueva relación entre Estado y sociedad civil. El espacio urbano se entendía, así, como un síntoma y una fuerza que estructura la organización social y potencia el cambio social. Sin embargo, en esta concepción, el espacio es concebido también de forma estática, en relación con lo social, pero fuera de lo social. Luego -y más aún con la difusión de la idea-fuerza del «derecho a la ciudad» - esta posibilidad de reivindicación autónoma pareció adquirir un carácter propio, independiente de un sistema complejo de interpretación del fenómeno urbano desarrollado por el propio Lefebvre. A partir de aquí, las interpretaciones confusas y arbitrarias respecto a la idea original del «derecho a la ciudad» contribuyen a una simplificación que asumimos equivocada y que no contribuye, precisamente, al espíritu original del autor, en el sentido de comprender las diferentes dimensiones en la relación entre el espacio físico y el espacio social. Siguiendo a Lefebvre: «la investigación sobre el espacio social trata de una globalidad. No excluye, repitámoslo, estudios 'sobre el terreno' precisos y determinados. Sin embargo, el peligro de caer en «lo puntual», valorizado en tanto que controlable -y a veces mensurable- es que separa lo que está involucrado, desune lo que está articulado. Esto es, acepta o ratifica la fragmentación. Esto conduce a prácticas excesivas de desconcentración, de descentralización, que dislocan las redes, los vínculos y relaciones en el espacio, haciendo desaparecer la producción» (Lefebvre, (1985) 2013, p. 59).

Desde nuestra perspectiva, el «derecho a la ciudad» aparece así como una especie de ideal post capitalista, imposible en las actuales condiciones de modernización y muy alejado de un programa concreto de acción política que cualquier movimiento social pueda tomar y utilizar instrumentalmente para sus objetivos en un territorio particular. Lo anterior no quiere decir en ningún caso, que como ideal, no ayude justamente a repensar los límites de lo posible. Para Lefebvre, en la interpretación de Merrifield (2006), la utilidad política de un concepto no consiste en que tenga que corresponder con la realidad, sino precisamente en que nos permita experimentar con la realidad, por lo que el «derecho a la ciudad» no consistiría en la reclamación fácil y abstracta de algo de que está a nuestro alrededor.

Entonces, ¿qué es el derecho a la ciudad? Si bien, esta no es una pregunta simple, dadas las tendencias descritas anteriormente, por un lado a la ortodoxia marxista y por otro a la simplificación e instrumentalización del concepto, de todas formas parecen existir dos respuestas posibles.

En primer lugar, una lectura crítica del concepto original, tanto en sus definiciones, como en el contexto general en el pensamiento de Lefebvre, para concluir que no existen elementos concretos de un programa de acción política más allá de menciones aisladas a acciones posibles en territorios particulares. Desde esta perspectiva. lo que existe, en Lefebvre, es más bien un sistema general de pensamiento, articulado desde la visión del Estado, hasta las formas de la vida cotidiana, donde el derecho a la ciudad se relaciona de manera abstracta y se entiende como un campo abierto de realización del sujeto.

Por otro lado, también es posible una acepción de la idea del derecho a la ciudad, en concordancia con el teorema de Thomas (1928), en el sentido que «si las personas definen las situaciones como reales, éstas son reales en sus consecuencias». Es decir, que el

concepto del derecho a la ciudad se ha ido transformando y alejando del pensamiento que lo originó, en función de la suma de reivindicaciones y conflictos urbanos puntuales, modificando su sentido y sus vínculos con la concepción general de producción del espacio.

En este artículo se adopta la primera interpretación, a partir del análisis del concepto del derecho a la ciudad, a la luz del sistema general de pensamiento en Lefebvre y específicamente, de la idea del derecho a la ciudad en el contexto de producción del espacio. Esta tarea probablemente deje muchos cabos sueltos, dada la magnitud de la obra del autor, pero pretende ser un avance para su comprensión.

El objeto y el sujeto del derecho a la ciudad

Por organizaciones de base se entienden, generalmente, las que promueven un tipo de participación fuertemente vinculada a la ciudadanía. Es decir, que en la distinción Estado - Mercado - Sociedad Civil funcionan desde y para los intereses de la sociedad civil. Otra forma de entender la idea de organización «de base» tiene que ver con la relación marxista entre base y superestructura, donde la base corresponde a las relaciones sociales de producción, propias del modo de producción capitalista. Desde el marxismo clásico, las relaciones sociales de base se entienden exclusivamente en el contexto de la producción industrial. Sin embargo, va desde Engels -y más tarde Lefebvre-, la noción de base se amplía al ámbito de la reproducción social, incluyendo cada vez con mayor fuerza las contradicciones surgidas en el espacio urbano. «El conflicto de clase adquiere otro matiz en la organización social urbana, además de la vida de fábrica, en el alojamiento» (Lefebvre, 1968), donde además, la gran ciudad favorecería la difusión de la solidaridad y la acción política. Así, tanto Castells (1971) en «La cuestión urbana» como Lefebvre (1968) en «El derecho a la ciudad» señalan la importancia del rol de este tercer actor en la producción y transformación del espacio urbano y de la sociedad en general. En palabras de Castells (1974), los movimientos sociales urbanos tenderían a provocar una transformación estructural del sistema urbano, apuntando a una

nueva relación entre la sociedad civil y el Estado. Luego, el objetivo general que podría resumir a las llamadas «organizaciones de base», tiene que ver con la idea original de Lefebvre (1968) de concretar «el dominio de la libertad y la afirmación de un nuevo humanismo, un nuevo tipo de hombre para el cual y por el cual la ciudad y su propia vida cotidiana en la ciudad se convierten en obra, apropiación y valor de uso», contraponiéndose muchas veces a la dinámica y comprensión estructural de la producción del espacio urbano. Así, aunque no estamos ante un fenómeno nuevo, de un tiempo a esta parte se observa un creciente interés de la ciudadanía por manifestar su voluntad para intervenir procesos urbanos, generando iniciativas en pos de conseguir sus objetivos y donde la política institucional, como espacio tradicional de participación, ha perdido protagonismo. Los nuevos movimientos sociales amplían los límites de injerencia política y de la institucionalidad y cuestionan las formas de participación y las alianzas tradicionales (Offe, 1996). La solidaridad de los movimientos sociales contemporáneos (Melucci, 1998), estaría dada por una suerte de convergencia en un contexto de individualización y subpolitización, o lo que algunos autores entienden como la política al margen y más allá de las instituciones representativas del sistema político. Siguiendo a Beck (2002) «la subpolítica quiere decir política directa, es decir, la participación individual (v colectiva) en las decisiones (...) En otras palabras, subpolítica quiere decir, configurar la sociedad desde abajo». (Beck, 2002, p. 58). En este contexto de transformación general de la política, el derecho a la ciudad se entiende en principio como una dimensión alternativa al campo de reivindicación tradicional. Como un campo de «reformas no transformadoras» (Fainstein, 2009), pero donde es posible avanzar en la constitución de una ciudad más justa.

Entonces, el sujeto del derecho a la ciudad parecen ser todos y cada uno de los individuos, habitantes urbanos, en un contexto de subpolitización general y decaimiento de la institucionalidad. Por su parte, el objeto del derecho a la ciudad, parece ser cualquier reivindicación puntual que suponga una distribución más justa de los bienes sobre el territorio.

Sin embargo, para Lefebvre esta parece ser una falsa interpretación. El derecho a la ciudad no se trata, como se mencionó, de una reivindicación puntual o concreta, ni de la suma de ellas. Y esto es así, ya que la producción general del espacio urbano genera contradicciones estructurales con consecuencias coyunturales. En este sentido, «la urbanización de la sociedad siempre va acompañada de un deterioro de la vida urbana (...) existe en este aspecto una contradicción del espacio. Por una parte, la clase dominante y el Estado refuerzan la ciudad en tanto que centro de poder y de decisión política, por otra, el dominio de dicha clase y de su Estado hace estallar la ciudad» (Lefebvre, 1976 [1972], p. 130). Por lo tanto, se sigue en palabras del autor que: «el derecho a la ciudad no se trata de un derecho en la acepción jurídica del término, sino de un derecho análogo a los que quedan estipulados en la celebre Declaración de los Derechos del Hombre, base constitutiva de la democracia. Esos derechos no son jamás literalmente cumplidos, pero se refiere uno constantemente a ellos para definir la situación de la sociedad» (Lefebvre, 1976 [1972], p. 130).

DERECHO A LA CIUDAD EN EL CONTEXTO DE PRODUCCIÓN DEL ESPACIO URBANO

Por lo tanto, hablar del derecho a la ciudad involucra situar el objetivo en el contexto general de la producción del espacio en un modo de producción histórico particular, capitalista. Se ha mencionado, siguiendo a Merrifield (2006), que el derecho a la ciudad se trata de un ideal post capitalista, justamente en el sentido que se trata de «la idea de un espacio social elaborado, complejo y logrado, en una palabra, apropiado, y no tan solo dominado por la técnica y por el influjo político» (Lefebvre, 1976 [1972], p. 131), lo que no parece posible en el contexto actual de modernización capitalista. En este contexto, «la propiedad del suelo ha supuesto un punto de apoyo (para el capitalismo) y, no obstante, destina dicha sociedad a un caos espacial (...) las clases actualmente en el poder tratan hoy en día, por todos los medios, de servirse del espacio como si de un instrumento se tratase. Instrumento con varios fines: dispersar la

FELIPE LINK

clase obrera, repartirla en los lugares asignados para ella, subordinar, consecuentemente el espacio al poder, controlar el espacio y regir de forma absolutamente tecnocrática a la sociedad entera, conservando las relaciones de producción capitalistas» (Lefebvre, 1976 [1972], p. 140) y generando un verdadero consumo productivo del espacio (Lefebvre, 1972).

Por lo tanto, «las relaciones sociales en el seno del capitalismo, es decir, las relaciones de explotación y de dominio, se mantienen por y en la totalidad del espacio, por y en el espacio instrumental» (Lefebvre, 1976 [1972], p. 137). Transformar una situación de este tipo con tal magnitud de interdependencia sistémica no parece posible a partir de acciones individuales o reivindicaciones puntuales en un territorio particular. A pesar de lo anterior, Lefebvre vincula la eventual solución a una cuestión general, señalando lo siguiente: «¿es posible que se pueda arrebatar a las clases dominantes ese instrumento: el espacio? (...) la cuestión del espacio no puede resolverse más que a través de una apropiación colectiva del espacio. Lo que queda ligado, por una parte, a la propiedad del suelo, y por otra, a la gran estrategia planetaria» (Lefebvre, 1976 [1972], p. 140). Sin embargo, el derecho a la ciudad no propone estrategia alguna de apropiación colectiva, aunque sí advierte sobre la necesidad de un cambio de rumbo. Cabe preguntarse si este cambio de rumbo es posible dentro del sistema: «¿detener el crecimiento pura y simplemente? Esto resulta imposible. Lo que sí es necesario, es orientarlo al propio tiempo que se trata de limitarlo, se le debe orientar hacia el desarrollo social cualitativo» (Lefebvre, 1976 [1972], p. 142) (...) «¿calidad de vida? ¿otra forma de vivir? ¿cambiar la vida? Sí, por supuesto, pero ello no puede enfocarse más que tomando en consideración el espacio de la totalidad del planeta, sin excluir la creación aquí y allá de espacios apropiados, cuya apropiación al sustraerse a la propiedad podría servir perfectamente de ejemplo (...) la posesión y la gestión colectiva del espacio plantean, evidentemente, una condición previa: la supresión de la propiedad del suelo. ¿En qué forma? Todavía no se ha logrado dar con la fórmula adecuada (...) quedaría por descontado la socialización, es decir, que el pueblo en

su totalidad, transgrediendo las relaciones de propiedad, ocupase y se apropiase del espacio social» (Lefebvre, 1976 [1972], p. 143).

Como es conocido en Lefebvre, el espacio es producido socialmente con vínculos directos al modo de producción que lo origina, aunque sin determinantes superestructurales. Es decir, que «el modo de producción organiza, produce su espacio y su tiempo, a la vez que algunas relaciones sociales. Es así como se realiza. (...) El modo de producción proyecta sobre el terreno esas relaciones, lo que actúa sobre ellas. Sin que haya una correspondencia exacta, asignada de antemano, entre relaciones sociales y las relaciones espaciales. No se puede decir que el modo de producción capitalista haya "ordenado" desde el principio su despliegue espacial (...) Sin embargo, es un espacio nuevo el que se constituye en el siglo XX a escala mundial, cuya producción sigue en marcha. El nuevo modo de producción (la nueva sociedad) se apropia del espacio existente, modelado anteriormente, esto es, lo dispone según sus fines». (Lefebvre, 2013 [1985], p. 59). Así, el espacio producido en esta etapa posee características muy precisas de homogeneidad, fragmentación y jerarquización, que vuelven una y otra vez sobre las relaciones sociales y éstas, sobre el modo de producción. Por lo tanto, desde esta perspectiva no es posible reducir un concepto de derecho a la ciudad a una realidad particular. No se trata de mejoras en las condiciones actuales de existencia en la ciudad, sino de una transformación socio espacial general, con una cierta autonomía del espacio y con una importancia relativa de la cultura en la producción del espacio. En palabras del autor: «no hay una relación directa, inmediata e inmediatamente aprehendida, así pues, transparente, entre el modo de producción y su espacio. Lo que hay son desfases: las ideologías se intercalan, las ilusiones se interponen. (...) Si el espacio (social) interviene en el modo de producción, a la vez efecto, causa y razón, cambia con dicho modo de producción» (Lefebvre, 2013 [1985], p. 57). Luego, «a su manera productiva y productora, el espacio entra en las relaciones de producción y en las fuerzas productivas. (...) Se dialectiza: producto – productor, soporte de relaciones económicas y sociales» (Lefebvre, 2013 [1985], p. 56). Entra así en la esfera de

FELIPE LINK

la reproducción social ampliada, de relaciones que se ejecutan de forma práctica, cotidiana, sobre el terreno. «De esta forma es como se proyecta sobre el terreno la división del trabajo, técnica y social, determinada a escala planetaria» (Lefebvre, 1972, p. 154).

Es en este contexto general, de producción del espacio, que una idea compleja del derecho a la ciudad puede y debe articularse. Es decir, una idea que pretende revertir un proceso estructural. La alienación para Lefebvre es el resultado de la lógica de segregación socio espacial en el proceso mismo de producción del espacio. Para él, «el hombre se distancia en el espacio, disolviendo relaciones sociales», por lo que la degradación de lo urbano proviene justamente de este proceso general de predominio del valor de cambio por sobre el valor de uso, es decir, de producción general del espacio habitado y donde el derecho a la ciudad se constituye como un ideal que pueda revertir este movimiento.

¿EL DERECHO A LA CIUDAD COMO LA FORMA DEL ENCUENTRO Y LA AUTOGESTIÓN?

Tomando en cuenta todo lo anterior, se entiende desde Lefebvre, que la base del derecho a la ciudad no es contractual ni natural, sino que está relacionada al carácter esencial del espacio. Este carácter esencial tiene que ver con la posibilidad de re articular el proceso de alienación urbana, donde «la ciudad y la vida cotidiana en la ciudad, se convierten en obra, apropiación y valor de uso» (Lefebvre, 1968). En este sentido, el derecho a la ciudad no se puede concebir como «un simple derecho de visita o de retorno hacia las ciudades tradicionales. Solo puede formularse como derecho a la vida urbana, transformada, renovada» (Lefebvre, 1968). Esta idea aparece como un concepto nuevo y revolucionario de ciudadanía, pero en relación a una transformación general del proceso de producción del espacio. Es decir, de un proceso de transformación del modo de producción capitalista. No hay posibilidad de restablecer las conexiones perdidas dentro del sistema: «La revolución del espacio implica y amplifica al mismo tiempo el propio concepto de revolución, definido como un cambio en el orden de propiedad de los medios de producción»

(Lefebvre, 2009 [1974], p. 194). Por lo tanto, si la urbanización planetaria aparece como algo necesario e inevitable para la propia reproducción del sistema capitalista, la consecuencia más probable es lo que Merrifield (2006) identifica como la aparición de una «trágica intimidad», es decir, de proximidad sin sociabilidad, presencia sin representación, encuentro sin acercamiento real, donde la idea del derecho a la ciudad, entendida como: «lo urbano, lugar de encuentro, prioridad del valor de uso, inscripción en el espacio de un tiempo promovido al rango de bien supremo entre los bienes, (que) encuentra su base morfológica, su realización práctico sensible» (Lefebvre, 1968, p. 138) se hace muy improbable. El mismo Lefebvre, a propósito de la situación en Francia, señalaba que: «a pesar de nuestras revoluciones y de nuestra constitución democrática casi todos los elementos de la vida social se encuentran estancados. (En cualquier ámbito) no se encuentra más que desigualdad. Por todas partes se asiste al espectáculo de una vida caracterizada por la esclerosis total de sus reglas» (Lefebvre, 2012 [1976], p. 138), lo que parece tener que ver con un sistema general de producción social del espacio, en su complejidad, como espacio físico, social y mental.

Ahora, si bien el escenario general no es alentador, porque «hay contradicción entre el espacio que produce el Estado y que controla, y el espacio producido por los intereses privados, especialmente los intereses capitalistas; y este fenómeno es particularmente visible en las ciudades (donde) tenemos un espacio extraño y homogéneo, roto y al mismo tiempo igual. (...) hay una contradicción intensa entre centro y periferia (...) contradicción entre una hiperorganización que va de la familia al Estado y una tendencia desenfrenada al individualismo». (Lefebvre, 2012 [1976], p. 146), de todas formas, autores como Merrifield y el propio Lefebvre no abandonan la idea de la ciudad como forma del encuentro, entendiendo que si bien es cierto que la realidad urbana modifica las relaciones de producción, no alcanza a transformarlas (Lefebvre, 1968). En este escenario, Lefebvre pone atención a los sujetos productores de espacio con el ánimo de reivindicar cierta posibilidad emancipatoria, aunque lejos de un programa de acción política coordinada. Por un lado, el rol de

FELIPE LINK

urbanistas, arquitectos y planificadores y, por otro, la revaloración del conocimiento local, apuntan a la producción de espacio con valor de uso. En una escala «macroarquitectónica y microurbanística», entendida como un espacio intermedio donde sí sería posible lograr algún efecto en esta dirección. «De acuerdo a Marx, poner nuevamente al mundo de pie, implica generar un vuelco en los espacios dominantes (y en la dominación del espacio) reemplazando la dominación por apropiación, la demanda por el comando y el valor de uso por el valor de cambio» (Lefebvre, 2009 [1973], p. 194). En este sentido, la idea de autogestión se revela como mecanismo al mismo tiempo que objetivo, como fin v como medio de la transformación del espacio. «En el espacio transformado, puede y debe existir una transformación de las relaciones entre actividades productivas y el retorno al mercado interno, orientado deliberadamente hacia temas del espacio. Es el espacio en su conjunto y su producción, lo que debe ser redefinido, y por lo tanto lo que generará una subversión y conversión necesaria en este sentido» (Lefebvre, 2009 [1973], p. 194). En todo caso, la idea de autogestión es una orientación, ni más ni menos. Desde Lefebvre hav algo en el ambiente que es percibido, imaginado, concebido y tematizado pero aún no sistematizado por la propia sociedad. Lo anterior es graficado por Merrifield (2006) al preguntarse lo siguiente: «si aceptamos lo urbano como un terreno específico para la lucha política, ¿cuál sería la imagen real del derecho a la ciudad?». En este sentido, si el proceso urbano es global, promovido por el capital financiero, la democratización debe ser también global (Merrifield, 2006) y es ahí donde la imagen y posibilidad concreta de la autogestión se diluye. Ante esto, Merrifield propone una alternativa, entendida como reelaboración de la idea del derecho a la ciudad. Plantea la idea de una política del encuentro, en el sentido de momentos radicales, lefebvrianos, que irían generando una «constelación de momentos» sin reclamar ningún derecho, sino, simplemente actuando como mediador entre la vida individual y una fusión grupal emancipatoria (Merrifield, 2006).

CONSIDERACIONES FINALES

Por último, insistimos en el argumento planteado hasta aquí, en el sentido del carácter indispensable de una idea como la del derecho a la ciudad. Justamente, vinculando este concepto con la idea de que: «la producción fue definida por Marx como producción para las necesidades sociales, y estas necesidades sociales, en gran parte, tienen que ver con el espacio: vivienda, equipamientos, transporte, reorganización del espacio urbano, etc. Esto extiende la tendencia del capitalismo de producir espacio, mientras modifica radicalmente su producto» (Lefebvre, 2009 [1973], p. 193). Por lo tanto, desde el espacio es necesario hacer frente a una tendencia general de alienación en este campo. Sin embargo, es necesario tener claridad de las posibilidades reales de este y otros conceptos teóricos, para poder implementarlos de mejor manera, sin crear falsas expectativas. El derecho a la ciudad en Lefebvre es solo posible en un contexto general de transformación del sistema capitalista, específicamente a través de la transformación del derecho de propiedad. A pesar de lo anterior, una transformación del sistema capitalista no ocurre sólo en la esfera de la producción y el trabajo, sino que se complementa y articula en la ciudad. En palabras del autor: «La revolución del espacio implica y amplifica el propio concepto de revolución, definido como un cambio en la propiedad de los medios de producción. Le otorga una nueva dimensión, partiendo por la supresión de una forma particularmente peligrosa de propiedad privada, como es la propiedad del espacio (en sus diferentes formas)» (Lefebvre, 2009 [1979], p. 194). Además, el contexto general de producción del espacio involucra al Estado, entendido como un actor relevante en la coordinación de acciones y en la represión, en función de la producción de espacio instrumental. «(En el modo de producción estatal) el Estado no es solamente un patrón de empresa sino que además y al mismo tiempo produce un espacio construido por él, siendo la planificación del espacio el modo más refinado y sutil de la planificación a través del saldo de materias o mercancías y el saldo financiero. La planificación espacial en manos del Estado (...) se desarrolla por vías que no se comprenden fácilmente: control de las comunicaciones, de las redes eléctricas, de las carreteras, de las autopistas, etc.» (Lefebvre, 2012 [1976], p. 141). Por lo que el Estado se hace parte en un modo de producción social del espacio que limita aún más las posibilidades del derecho a la ciudad, más aún donde las contradicciones se producen en una escala global. «La lucha de clases, obrero-patrono, es una idea superada, (...) el fenómeno esencial se produce a nivel de Estado o a nivel del conjunto de la sociedad global, y se refiere al reparto de plusvalía global» (Lefebvre, 2012 [1976], p. 144).

Desde esta perspectiva, para Lefebvre, la democratización total aparece como la única alternativa y desde una perspectiva bastante ortodoxa del marxismo tradicional. Es decir, que: «El reforzamiento del Estado por la base, que le conduce a fusionarse con la sociedad v a ir extinguiéndose así, es la única forma que permite al Estado actual una acción eficaz contras las compañías multinacionales, es decir, que la democratización, la invención de una democracia más profunda y concreta es la única manera de luchar contra estas terribles potencias, de las que solamente estamos empezando a medir la eficacia v el peligro. Únicamente la democracia permite evitar las catástrofes» (Lefebvre, 2012 [1976], p. 147). Ahora, este parece ser el concepto general del derecho a la ciudad, entendido como un componente en una matriz explicativa de la producción y reproducción del espacio. Tiene vínculos con la práctica política, inspira, ilumina, proyecta acciones concretas sobre el territorio, pero sigue estando en el campo de la teoría crítica. Desde diversos estudios y autores, entendemos que los movimientos sociales vienen reclamando una serie de reivindicaciones relacionadas a las consecuencias socio territoriales de estos procesos, enfatizando en el carácter insustentable y destructivo de las formas actuales de urbanización, por lo que se hace necesaria una alternativa en diferentes dimensiones y escalas de la vida urbana. Brenner, Marcuse y Mayer (2012) señalan claramente cómo en un contexto donde la hipercomodificación de la ciudad está generando consecuencias que intensifican las contradicciones del modelo y generan movilización social y presión al cambio, se hace necesaria también una teoría urbana crítica que pueda dar cuenta, lo más integralmente posible, de un fenómeno urbano que sobrepasa sus propia fronteras,

para encontrar una alternativa a un status quo del proceso capitalista de urbanización (Brenner, Marcuse, Mayer, 2012). Es decir, que la idea del derecho a la ciudad, hoy más que antes, debe ser mantenida como ideal de política urbana general y transformada en práctica política más allá de reivindicaciones puntuales y hasta cierto punto excluyentes. La idea del derecho a la ciudad debe concebir al conjunto de la sociedad y su relación con el territorio para poder, desde ahí, configurar efectivamente el derecho general a la ciudad. El escenario es adverso, justamente en la medida que no existe una alternativa plausible al avance del modelo. Ya no parece tan clara la insistencia de Smith (2009) acerca de un capitalismo muerto pero vigente. Al contrario, se multiplican las adecuaciones internas al sistema a cada una de sus crisis y contradicciones y donde, siguiendo a Harvey (2014): «Las fuerzas de la izquierda tradicional (partidos políticos v sindicatos) son claramente incapaces de organizar una oposición sólida contra el poder del capital. (...) Lo que queda de la izquierda radical actúa ahora mayoritariamente fuera de los canales de la oposición organizada o institucional, esperando que las acciones a pequeña escala y el activismo local puedan a la larga converger en algún tipo de gran alternativa satisfactoria. (...) los puntos de vista y acciones autónomos, anarquistas y localistas abundan por doquier, pero dado que esta izquierda quiere cambiar el mundo sin tomar el poder, la clase capitalista plutócrata, cada vez más consolidada, se mantiene sin que se desafíe su capacidad de dominar el mundo ilimitadamente. Esta nueva clase gobernante se apoya en un Estado de seguridad y vigilancia que no duda en la utilización de sus poderes de policía para aplastar cualquier tipo de disidencia» (Harvey, 2014, p. 14). Es ante este escenario que el derecho a la ciudad debe constituirse efectiva y urgentemente como un programa de acción política.

REFERENCIAS

Brenner, N; Marcuse, P; Mayer, M. (2012). Cities for people not for profit. Critical urban theory and the right to the city. Routledge, London.

CASTELLS, M. (1971). La cuestión urbana. Siglo Veintiuno Ed., Buenos Aires.

FELIPE LINK

- Harvey, D. (2014). Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo. Traficantes de Sueños Ed. Quito.
- LEFEBVRE, H. (1968) 1969). El derecho a la ciudad. Península Ed. Barcelona.

 (1972) 1976). La burguesía y el espacio. En Espacio y Política
 (1976). Península Ed. Barcelona.
- _____ ((1972) 1976). La clase obrera y el espacio. En Espacio y Política (1976). Península Ed. Barcelona.
- _____ ((1976) 2012). El estado moderno. En Geopolítica(s), (3), número 1, 137-149.
- _____ (1971). De lo rural a lo urbano. Península Ed. Barcelona.
- _____ (1985). Prefacio a la Producción del Espacio. En La Producción del Espacio ((1974) 2013). Capitán Swing Ed. Madrid.
- Marx, K. y Engels, F. (1848) 1972). El manifiesto del partido comunista. Roca Ed. México.
- MERRIFIELD, A. (2011). El derecho a la ciudad y más allá: notas sobre una reconceptualización lefebvriana. *Urban*, (2), 101-110.
- SASSEN, S. (2012). Una sociología de la globalización. Katz Ed. Buenos Aires. SMITH, N. (2009). ¿Ciudades después del neoliberalismo?. En Smith, N; Observatorio Metropolitano; Rolnik, R; Ross; A; Davis; M. (2009). Después del neoliberalismo: ciudades y caos sistémico. Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona Ed. Barcelona.

El derecho a la ciudad: praxis de la utopía

Ana Sugranyes

Desde la práctica de su construcción en América Latina, el *derecho a la ciudad* se define como el usufructo equitativo de las ciudades a partir de los principios de sustentabilidad, democracia, equidad y justicia social. Es un derecho colectivo de las y los pobladores que les confiere legitimidad de acción y de organización, basado en el respeto a sus diferencias, expresiones y prácticas culturales, con el objetivo de alcanzar el pleno ejercicio del derecho a la libre autodeterminación y a un nivel de vida adecuado. El *derecho a la ciudad* es interdependiente de todos los derechos humanos internacionalmente reconocidos, concebidos integralmente; incluye, por tanto, todos los derechos civiles, políticos, económicos, sociales, culturales y ambientales, reglamentados por los tratados internacionales de derechos humanos.

El propósito de este artículo es de revisar el origen y el desarrollo del *derecho a la ciudad* a partir de uno de los últimos escritos de Henri Lefebvre abordando el tema del *contrato de ciudadanía*.

El derecho a la ciudad en función de la ciudadanía

En un artículo publicado el año de su muerte (1991), posiblemente escrito en 1986-1987 a partir de un balance del marxismo, Henri Lefebvre hace un inventario de los elementos del *contrato social* (Lefebvre, 1991).

Este documento reporta una querella judicial ocurrida en España en 1986, en tiempos de la incipiente transición democrática, en la cual el cantante y autor catalán Lluis Llach interpuso una

ANA SUGRANYES

demanda en contra del partido socialista español, en el poder en aquel entonces, por el incumplimiento de una promesa al electorado. En este caso particular, ya que las causas catalanas no progresaron mucho desde entonces, el veredicto del juez exigió «la introducción de un contrato político general que ampare legalmente el derecho ciudadano de participar activamente en la sociedad política v civil». Esta anécdota lleva Lefebvre a proponer un contrato político que debiera reemplazar los contratos sociales, una forma de desplazar a los políticos tradicionales. Después de recordar los postulados de Rousseau, basados sobre la sociedad de voluntad general, de revisar las declaraciones sobre humanidad y ciudadanía en la historia de los Estados Unidos y de Europa, Lefebyre avanza en la formulación de los «nuevos derechos ciudadanos»; entre estos, menciona el derecho a la información, el derecho a la libre expresión, el derecho a la cultura, el derecho de identidad en la diferencia, el derecho a la autogestión, el derecho a los servicios y el derecho a la ciudad.

En este artículo, Lefebvre define el derecho a la ciudad como «el derecho a la vida urbana, con todos sus servicios y ventajas». Reconoce que «las implicaciones y consecuencias (de este derecho) aun no están claramente ancladas en la nueva ciudadanía». Sin embargo, constata que «la relación entre el poblador urbano y el ciudadano es inevitable para sociedades en auge de urbanización».

Los *avances del derecho a la ciudad* a partir de los años 90

Lefebvre es el precursor de un movimiento de construcción del *derecho a la ciudad* que empieza a expresarse al inicio de los años 90, centrado en los avances del Foro Nacional de la Reforma Urbana en Brasil (FNRU), cuyo resultado está amparado en el Estatuto de la Ciudad (2001), este conjunto de leyes que define los instrumentos vinculantes de la participación ciudadana a nivel de todas las ciudades, los estados y la federación y que instituye al ministerio de la ciudad para velar el cumplimiento de estos derechos.

El primer documento es difundido en la primera Cumbre de la Tierra en Rio de Janeiro en 1992. La articulación de actores en el marco del Foro Social Mundial, con el transcurso de los años ha llevado a la formulación de la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad (2005). Varias ciudades del mundo han logrado plasmar los derechos ciudadanos en documentos políticos; entre ellas, las más importantes son Montreal y la Ciudad de México. El Ecuador menciona el *derecho a la ciudad* en su carta constitucional.

El Foro de Autoridades Locales, FAL, que forma parte de la Red Mundial de Ciudades, Gobiernos Locales y Regionales, está desarrollando instrumentos para el reconocimiento de los derechos en las ciudades. Hay avances notorios en ciudades europeas, sobre todo en Austria, España, Francia, Italia y Los Países Bajos.

En el sistema de Naciones Unidas, la Unesco es la instancia que lleva más trabajos sobre el tema. En el mundo universitario, más de quinientos académicos avanzan en la formulación de propuestas a través de proyecto *el derecho a la ciudad* de Clacso.

En Chile, la participación ciudadana es un tema que no se ha asumido en la esfera gubernamental ni parlamentaria. De ir prosperando la tendencia del cambio constitucional, para iniciar el proceso de construcción del *derecho a la ciudad*, los desafíos pasan en primera instancia en transparentar la dimensión espacial de los derechos humanos.

Claves para entender el *derecho a la ciudad* de hoy

En América Latina, en los Estados Unidos y de forma dispersa en otras partes del mundo, el derecho a la ciudad está apareciendo como una propuesta política de cambio y alternativa a las condiciones de vida urbana creadas por las políticas neoliberales. Según Purcell, «El derecho a la ciudad de Lefebvre implica reinventar radicalmente las relaciones sociales del capitalismo y la estructura espacial de la ciudad». Es así como Lefebvre afirmaba que «el derecho a la ciudad no puede concebirse como el simple derecho de visita o de regreso a las ciudades tradicionales. Puede formularse solamente como derecho a la vida urbana, transformada, renovada».

Ana Sugranyes

Esta reformulación de la vida urbana propone mayor equidad, donde la mayoría de los habitantes logren ser felices y solidarios, generando y redistribuyendo los beneficios de la ciudad para todas y todos. Conscientes de los desafíos de esta aspiración de justicia social, que algunos las llaman quimera o ilusión, nosotros la llamamos utopía indispensable para otro mundo posible.

En esta gran tarea de (re)inventar condiciones del buen vivir –Sumak kawsay, como lo reclaman los indígenas andinos– es imprescindible construir estrategias globales para crear otra ciudad y otras relaciones humanas. Los movimientos sociales, como dijo Harvey, juegan en eso un importante papel a través de sus luchas cotidianas por una sociedad más igualitaria y, específicamente, por una ciudad más justa.

Cuarenta y dos años después de la primera formulación del derecho a la ciudad, es sorprendente que esta idea siga en pie y convoque a los movimientos sociales, académicos, organizaciones de la sociedad civil, tan heterogéneas y en diferentes partes del mundo. Ni tan sorprendente, ya que las estrategias populares para luchar contra la lógica de la globalización mercantil actúan desde lo local con la perspectiva global del derecho a la ciudad.

Además del debate académico sobre el sentido político del derecho a la ciudad y de los aportes legales para llegar a justicializar este derecho colectivo emergente, también es importante articular las luchas, describiéndolas en función de cada contexto local, con una mirada global para generar nexos, crear redes, y definir alianzas.

Según Jordi Borja, «el desarrollo y legitimación de los derechos ciudadanos dependerá de un triple proceso: i) cultural, de hegemonía de los valores que están en la base de estos derechos y explicitación de los mismos; ii) social, de movilización ciudadana para conseguir su legalización y la creación de mecanismos y procedimientos que los hagan efectivos; iii) político-institucional para formalizarlos, consolidarlos y desarrollar las políticas para hacerlos efectivos».

El mismo autor afirma que los actores principales y emergentes de este proceso no son las estructuras políticas tradicionales de poder (estado y partidos políticos) sino grupos sociales, a veces muy heterogéneos.

Desde hace veinte años, la Coalición Internacional del Hábitat (HIC, por su sigla en inglés) está involucrada en este triple proceso, acompañando movimientos y grupos sociales de diferente índole. Hemos recogido muchas propuestas y experiencias que ilustran la diversidad de estos actores en la construcción del derecho a la ciudad a través de conquistas, derrotas y rearticulaciones (en otras palabras: aciertos, errores y recomposiciones de fuerzas). Buscamos documentar estrategias políticas que emanan de esta diversidad de actores y que buscan incluir este enfoque de derecho colectivo en las instancias de toma de decisión. Es difícil mirar y entender los cambios, las rebeliones y las propuestas que surgen de los barrios y territorios. Cada una de estas expresiones corresponde a problemas distintos, de marginalidad, de delincuencia, de segregación, de autoconstrucción mal asistida, estigmatización de la pobreza. Frente a estas realidades, tenemos que difundir nuevas miradas que entiendan las singularidades locales, respeten la diversidad y rechacen los efectos perversos que conllevan las imágenes negativas creadas por el asistencialismo y el discurso mediático.

Como lo afirma el autor uruguayo Raúl Zibechi, «quienes estamos comprometidos con la causa de la emancipación y de los movimientos sociales, necesitamos promover reflexiones, análisis y formulaciones teóricas que reconozcan y aborden estas "sociedades otras" que las ciencias sociales del sistema tienen dificultad para visibilizar». Y agrega que es por esto que «estamos necesitados de pensamiento e ideas anclados en esas sociedades diferentes, no solo comprometidos con ellas sino formando parte de ellas».

Para entender las distintas facetas de estrategias y experiencias, cabe resaltar cuatro enfoques: las luchas populares contra la marginalización y los desalojos; las iniciativas populares de empoderamiento; la implementación del derecho a la ciudad a través del marco legal; la planificación y políticas públicas.

Estas estrategias están estrechamente articuladas entre ellas y tienen una lógica de continuidad en el tiempo desde la resistencia

ANA SUGRANYES

contra las violaciones del derecho a la ciudad a las acciones hacia su implementación. De esta manera, gracias a estas iniciativas populares de luchas sociales sostenidas durante décadas, se ha logrado en varios países la incorporación del derecho a la ciudad en los marcos constitucionales y normativos como en Brasil, Ecuador, Bolivia y en la ciudad México.

A menudo las políticas públicas y la planificación urbana se evidencian contrarias al derecho a la ciudad y al buen vivir, acelerando y profundizando los efectos negativos de la globalización mercantil. A su vez, pueden ser instrumentos que generan procesos de cambios, revirtiendo situaciones de desigualdad e injusticia.

La diversidad de actores involucrados para alcanzar cambios es el reflejo de esta misma voluntad de dar a conocer las ideas y las prácticas de los movimientos sociales, siempre y cuando mantengamos el respeto a estos movimientos, sin caer en el error de hablar en nombre de ellos. Otro desafío es de acompañar a estos movimientos aportando las capacidades y los conocimientos respectivos. Conscientes de estos retos, se expresa la diversidad de caminos emancipatorios hacia la efectividad del derecho a la ciudad y la construcción de otra ciudad.

Es fundamental reconocer y sacar partido de esta diversidad de pensar el derecho a la ciudad y de actuar para implementarlo. Esto pasa por la articulación y retroalimentación entre los actores así como entre la teoría y la acción. El respeto de los procesos sociales, a través de una autocrítica permanente y una vigilancia de posibles usurpaciones del propósito inicial del derecho a la ciudad, puede evitar la tergiversación del discurso sobre este derecho.

Es importante destacar el rol que el espacio del Foro Social Mundial (FSM) ha facilitado para los movimientos sociales y para su articulación en expresiones globales en torno a diferentes derechos emergentes colectivos en el mundo, entre ellos la marcha mundial de las mujeres, la soberanía alimentaria, los pueblos indígenas, los afro descendientes, los inmigrantes y ahora el derecho a la ciudad.

Los avances hacia el derecho a la ciudad enfrentan ahora un momento decisivo. La ONU, que no se caracteriza particularmente

por su apoyo a las luchas sociales, internalizó el derecho a la ciudad en la convocatoria del Foro Urbano Mundial de 2012 (FUM 5), en Río de Janeiro. Ante este gran desafío, HIC colocó en esta feria urbana institucional y empresarial, el rol de la sociedad civil que viene surgiendo desde hace décadas. Si la ONU ha incorporado el derecho a la ciudad en el FUM 5, es porque Brasil es el país en donde movimientos y organizaciones sociales están construyendo este derecho desde hace más de veinte años. Sin embargo, esta oficialización del derecho a la ciudad también conlleva peligros de instrumentalización de estas luchas y del tema que, por la diversidad de sus estrategias y de actores, puede resultar fácil de vaciarse de su contenido de transformación de la ciudad y del sistema que la rige. En esta perspectiva, la preparación del Foro Social Urbano, organizado por primera vez en Río a la par del espacio institucional del FUM, ha marcado un hito importante en estos esfuerzos de construir un movimiento global por el derecho a la ciudad desde los movimientos sociales.

Instrumentos para implementar el derecho a la ciudad

La reivindicación de la posibilidad necesaria de crear otra ciudad se basa en los derechos humanos y, más precisamente, en los Derechos Económicos Sociales y Culturales (DESC). El fenómeno de la ciudad es analizado y pensado en función de la ciudadanía y del espacio público, con una visión integral e interdependiente de los derechos humanos, para lograr la meta de recuperar la ciudad para todos sus habitantes. Cabe aclarar que el derecho a la ciudad no es un derecho más: es el derecho a hacer cumplir los derechos ya formalmente suscritos por los Estados en tratados internacionales e instrumentalizados en el marco legal y normativo de los países. Por eso el derecho a la ciudad se basa en una dinámica de procesos y de conquistas en las cuales los movimientos sociales son el motor garante de su cumplimiento.

La Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad

Un paso fundamental en la construcción del derecho a la ciudad ha sido la elaboración de la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad, articulada por Habitat International Coalition (HIC).

Un conjunto de movimientos populares, organizaciones y asociaciones profesionales, foros y redes nacionales e internacionales de la sociedad civil, comprometidas con las luchas sociales por ciudades justas, democráticas, humanas y sustentables, construyeron una Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad que busca recoger los compromisos y medidas que deben ser asumidos por la sociedad civil, los gobiernos locales y nacionales, parlamentarios y organismos internacionales para que todas las personas vivan con dignidad en las ciudades.

En forma paralela a estas iniciativas de la sociedad civil, algunos gobiernos tanto a nivel regional como nacional y local han venido generando instrumentos jurídicos que buscan normar los derechos humanos en el contexto urbano. Destacan entre los más avanzados a nivel internacional la Carta Europea de Salvaguarda de los Derechos Humanos en la Ciudad –firmada hasta ahora por más de 400 ciudades–, el Estatuto de la Ciudad de Brasil, decretado en julio de 2001; y, a escala local, la Carta de Montreal y la Carta de la Ciudad de México por el derecho a la ciudad. Cabe destacar también la inclusión reciente del derecho a la ciudad en las constituciones de Ecuador y de Bolivia.

Las dimensiones y los componentes del derecho a la ciudad

La Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad señala que este nuevo derecho es un derecho colectivo de los habitantes de las urbes basado en sus usos y costumbres, en especial de los grupos vulnerables y desfavorecidos, para que se les confiera legitimidad de acción y de organización hacia la libre autodeterminación y un nivel de vida adecuado.

La Carta basa su propuesta en tres ejes fundamentales:

• El ejercicio pleno de la ciudadanía, es decir el ejercicio de todos los derechos humanos, que aseguran el bienestar colectivo

de los habitantes y que promueven la producción y gestión social del hábitat.

- La gestión democrática de la ciudad a través de la participación de la sociedad de forma directa y participativa, en el planeamiento y gobierno de las ciudades, fortaleciendo las administraciones públicas a escala local, así como las organizaciones sociales.
- La función social de la propiedad y de la ciudad, donde predomine el bien común sobre el derecho individual de propiedad, lo que implica el uso socialmente justo y ambientalmente sustentable del espacio urbano.

Las estrategias de conquista del derecho a la ciudad

Basándose en la constatación de que actualmente se ha creado «ciudades sin ciudadanos», el derecho a la ciudad es la bandera de lucha para quienes han perdido el derecho a tener un espacio digno para desarrollarse. El derecho a la ciudad contiene muchos derechos, lo que lo vuelve muy difícil de exigir e implementar.

Para conquistar el derecho a la ciudad, es necesario primero difundir el concepto y la propuesta de cambio, articular los procesos de movilización social e incidir en la formulación de políticas públicas. Este proceso se ha desarrollado de manera amplia en varios países de América Latina. El derecho a la ciudad no es una propuesta que solamente haya tenido resonancia en esta región; tiene un carácter claramente global. Existen docenas de situaciones y experiencias, documentadas en distintos países del mundo, que demuestran el derecho a la ciudad hacia «otra ciudad posible».

El alcance de este desafío implica cambios estructurales profundos en los patrones de producción, consumo y en las formas de apropiación del territorio y de los recursos naturales. El derecho a la ciudad se refiere a la «búsqueda de soluciones contra los efectos negativos de la globalización, la privatización, la escasez de los recursos naturales, el aumento de la pobreza mundial, la fragilidad ambiental y sus consecuencias para la supervivencia de la humanidad y del planeta» (HIC-AL, 2006).

ANA SUGRANYES

Habitat International Coalition (HIC) es parte de esta historia y de esta propuesta. Con sus enfoques de derecho a la vivienda adecuada y a la tierra, de producción social del hábitat y de justicia social, HIC acompaña procesos y articula el intercambio de experiencias y análisis que contemplan el derecho a la ciudad como una bandera de lucha y una propuesta política de cambio.

REFERENCIAS

- BORJA, J. La Ciudad Conquistada. Alianza Editorial. Barcelona, 2003.
- Foro de Autroridades locales, fal. Carta-agenda mundial de los derechos humano en la ciudad, 2008.
- HARVEY, D. El Derecho a la Ciudad como alternativa al neoliberalismo, 2009 www.hic-net.org/articles.php?pid=3107
- HIC, Habitat International Coalition, et. al. Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad, 2005 http://www.hic-net.org/document.php?pid=2663.
- HIC, Habitat International Coalition-América Latina (HIC-AL). El Derecho a la Ciudad y la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad, 2006. http://www.hic-al.org/proyectos/derechoalavivienda/desc/derechociudad2.html.
- Lefebvre, H. 1968. *Le droit à la ville*, Ed. Economica, 3ième édition, 2009, Paris.
- _____ 1990. Du Contrat de citoyenneté, Syllepse, Paris, pp. 17-37
- Nehls, N., Ortiz, E., Zárate, L. (comps.) 2008. El derecho a la ciudad en el mundo. Compilación de documentos relevantes para el debate HIC-AL, Ciudad de México.
- Purcell, M. Le Droit à la ville et les mouvements urbains *contemporains*, Droit de Cité, Rue Descartes, No. 63, 2009.
- Secretaría de Gobierno de la Ciudad de México. Carta de la Ciudad de México por el Derecho a la Ciudad, 2010.
- Sugranyes, A. y Mathivet Ch. (Eds.), *Ciudades para tod@s. Por el derecho a la cidad, propuestas y experiencias*, HIC, 2011, Santiago, Chile, http://www.hic-net.org/document.php?pid=3400
- ZIBECHI, R. 2007, Dispersar el poder, Los movimientos como poderes antiestatales, Editorial Quimantú, Santiago de Chile.

SOBRE LOS AUTORES

Ana Fani Alessandri Carlos

Profesora titular en Geografía del Departamento de Geografía de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidade de São Paulo, USP, donde se ha graduado y obtuvo sus títulos de maestría (1980), doctorado (1987) y libre docencia (2000) en Geografía Humana. Post-doctorado en la Université Paris VII en 1989 y Université Paris en 1994. Entre sus libros publicados se destacan: «Espaço-tempo na metrópole» (mención de honor del premio *labuti* en Ciencias Sociales del 2002), «O espaço Urbano novos escritos sobre a cidade» (2005), « A condição espacial « (2011). Entre los libros que organizó, se destacan: « São Paulo, 450 anos: as geografias da metrópole» (3 volúmenes con Ariovaldo U. de Oliveira), «Urbanização e mundialização: estudos sobre a metrópole « (2004) y «Barcelona y São Paulo cara a cara procesos metropolitanos a la hora de la globalización» (2006) con Carles Carreras. Ha coordinado intercambios internacionales CAPES/MECD y CAPES/COFECUB (Brasil-Francia). Es Miembro de la red «La somme et le reste» de París, del Grupo de estudios Urbanos - GEU; del Núcleo de Apoyo a la investiagción NAP/ USP: «urbanização e mundialização». Es coordinadora del GESP -Grupo de geografia urbana crítica radical de la FFLCH-USP y de la colección «Metageografia» con dos volúmenes publicados en el 2015: «The Urban crisis» y «A cidade como negócio». Recibió en el 2002 el premio geocritica de la Universidad de Barcelona.

ARTURO ALMANDOZ MARTE

Urbanista cum laude, Universidad Simón Bolívar (USB, 1982); Diploma de Técnico Urbanista, Instituto Nacional de Administración Pública (INAP, Madrid, 1988); Magíster en Filosofía, USB (Caracas, 1992); PhD por la Architectural Association School of Architecture,

Open University (Londres, 1996); Posdoctorado por el Centro de Investigaciones Posdoctorales (Cipost), Universidad Central de Venezuela (UCV, Caracas, 2004). Profesor Titular de la USB y Titular Adjunto de la Pontificia Universidad Católica (PUC) de Chile, Santiago. Además de 48 artículos en revistas y actas especializadas y 34 contribuciones en obras colectivas y enciclopedias, es autor o editor de 15 libros que han obtenido premios de la USB y el Municipal de Literatura (1998, 2004) en diferentes menciones investigativas, así como nacionales e internacionales. Destacan Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940) (1997; 2006); La ciudad en el imaginario venezolano, I (2002; 2009), II (2004) y III (2009), Entre libros de historia urbana (2008). Editor de Planning Latin America's Capital Cities, 1850-1950 (2002; 2010) y Caracas, de la metrópoli súbita a la meca roja (2012). También ha publicado Modernización urbana en América Latina. De las grandes aldeas a las metrópolis masificadas (2013) v Modernization, Urbanization and Development in Latin America, 1900s-2000s (2014).

CAMILLO BOANO

Arquitecto, urbanista y educador. Doctor en Planificación por la Universidad de Oxford Brooks, Es senior lecturer en The Bartlett Development Planning Unit de la University College London, donde dirige el MSc en Building and Urban Design in Development. Es codirector del Urban Lab de la misma universidad. Camillo tiene más de 20 años de experiencia en investigación, consultorías de diseño y trabajos sobre el desarrollo en América Latina, Medio-Este, Europa del Este y en el Sudeste Asiático. En sus intereses de investigación circulan los encuentros entre teoría crítica, filosofía radical con procesos de diseño urbano y arquitectónico, donde la mediación colectiva y lo político se encuentra con las narrativas urbanas y estéticas, especialmente con aquellas que surgen en urbanismos en disputa e informales. Es autor, junto a William Hunter y Caroline Newton del libro «Contested Urbanism in Dharavi. Writings and Projects for the resilent city» (London: Development Planning Unit 2013), y de diversos artículos en revistas especializadas sobre la filosofía de Giorgio Agamben relacionada con diseño y arquitectura.

Antonio Daher Hechem

Profesor Titular de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Académico del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales y Coinvestigador del Centro de Desarrollo Urbano Sustentable, CEDEUS, FONDAP 15110020.

Desde 2010 es Secretario General de la Organización de Universidades Católicas de América y El Caribe. Entre 2000 y 2010 fue miembro del Comité Directivo de la Rectoría y participó en el Consejo Superior de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es autor de alrededor de 100 publicaciones en Inglaterra, España, Estados Unidos y Latinoamérica. Es socio de The Regional Science Association International y de la Sociedad Chilena de Estudios Regionales. Ha sido Miembro de la Asociación Española de Ciencia Regional, integrante de la European Regional Science Association.

Ha sido Profesor del Programa de Doctorado en Arquitectura y Estudios Urbanos; del Programa de Magister en Ciencias de la Ingeniería; de la Escuela de Arquitectura y del Instituto de Geografía de la PUC de Chile; y del Departamento de Planificación Urbano Regional de la Universidad de Chile. Ha sido Profesor invitado, conferencista y consultor en más de un docena de países de Norte, Centro y Sudamérica. Fue consultor de diversos Ministerios, del Programa de Gestión Urbana de Naciones Unidas y de ILPES-CEPAL.

CARLOS A. DE MATTOS

Arquitecto, Universidad de la República, Uruguay, 1963. Postgrado en Desarrollo Económico y Planificación, Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES, ONU), Santiago de Chile, 1965.

Actualmente Profesor Titular Adjunto del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales de la Pontificia Universidad Católica (PUC) de Chile, donde imparte cursos en su área de especialización en el Magister de Desarrollo Urbano del IEUT y en el Doctorado de la Facultad de Arquitectura, Estudios Urbanos y Diseño de la PUC.

Se desempeñó como Investigador de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE) en Uruguay, fue miembro de planta del ILPES entre 1968 y 1989, y Director de su Programa de Capacitación (1982-89). También fue Subdirector y Secretario Académico del IEUT y Director de la Revista EURE (2003 a 2009).

Ha sido profesor invitado de diversos centros universitarios en América Latina, Europa e Israel. Coordinó durante varios años la Red Iberoamericana de Investigadores sobre Globalización y Territorio, de la cual es actualmente presidente de su Comité Científico. Sus trabajos han sido presentados en diversos simposios internacionales y publicados en revistas especializadas. Premio Internacional de Geocrítica 2010 «por sus aportaciones a la construcción de una teoría crítica de la ciudad y su contribución al pensamiento urbano iberoamericano».

El autor agradece el apoyo del proyecto Anillos SOC1106 y del Proyecto Fondecyt 1141157.

ROSANNA FORRAY CLAPS

Arquitecta PUC, MSc Urbanismo y PhD en Ciencias Aplicadas, Universidad Católica de Lovaina, UCL. Profesora Asociada de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos, PUC. Profesora invitada en la Facultad LOCI de la UCL, Bélgica. Investigadora del Centro de Desarrollo Urbano Sustentable [CEDEUS, Fondap, Chile] y miembro del Instituto para la Ciudad en Movimiento [IVM Francia-Latinoamérica]. Invitada como académica en Francia, Bélgica, Madagascar, México, Brasil, Nicaragua, Bolivia, Perú, Estados Unidos, ha brindado asesoría en investigación y docencia en procesos de regeneración urbana, desarrollo social urbano, patrimonio industrial y espacio público. Su trabajo de investigación actual orientado a mejorar la experiencia cotidiana del viaje en la ciudad, se focaliza en la planificación y el diseño integrado del espacio público y el transporte.

La autora agradece el apoyo entregado por el Proyecto CONI-CYT/FONDAP 15110020.

SANDRA LENCIONI

Profesora titular del Departamento de Geografía de la Facultad de Geografía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidade de São Paulo, donde hizo pregrado, magíster y doctorado. Con pasantía de postdoc en la Université Paris I, tiene también el título de libre docencia relacionado a la tesis sobre el concepto de región. Ha participado en diferentes investigaciones, en especial a cerca de temas como: teoría de la región, industria y metrópolis, teniendo como referencia principal la metrópolis de São Paulo. Posee varios trabajos publicados en libros y revistas especializadas nacionales y extranjeras participando, incluso, de varias comisiones y asociaciones científicas, coordinando convenios e intercambios internacionales entre diferentes universidades

FELIPE LINK

Sociólogo y Magíster en Investigación Social y Desarrollo, Universidad de Concepción. Doctor en Arquitectura y Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC). Actualmente es profesor asistente en el Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales (IEUT) de la PUC, investigador asociado en el Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES) e investigador en el Centro de Desarrollo Urbano Sustentable (CEDEUS). Ha sido profesor en cursos de sociología urbana, sociología del trabajo y metodología de la investigación social. Es editor de la Revista EURE (www.eure.cl) y director de la Revista Digital Planeo (www.revistaplaneo.uc.cl). Es miembro de la Asociación Internacional de Sociología (ISA) y del comité de investigación en Sociología Urbana y Desarrollo Regional (RC21), de la Red Iberoamericana de Investigadores sobre Globalización y Territorio RII y de la Red de Investigación sobre áreas Metropolitanas de América Latina y Europa RIDEAL.

El autor agradece el apoyo del proyecto Anillos SOC1106 del Proyecto Fondecyt 1141157 y del Proyecto Fondap 15130009.

Ana Núñez

Arquitecta (Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina); Magister en Ciencias Sociales (mención Sociología) y Doctora en Ciencias Sociales, ambos por FLACSO. Es Especialista en Políticas y Mercados de Suelo en América latina, por la Universidad Nacional de Colombia. Profesora Titular Regular del Taller de Urbanismo (FAUD/UNMdP) y Directora del Grupo de Investigación en Socio-Antropología Urbana (FAUD/UNMdP). Investigadora Categoría I, y miembro del Instituto de Investigaciones en Desarrollo Urbano, Tecnología y Vivienda (FAUD/UNMdP). Recibió el Premio Alfonsina Storni a la Investigación Científica, Rubro Ciencias Sociales (2006); y el Premio Lobo de Mar a la Cultura, rubro Investigación Científica (2004), y Primera Mención de Honor en el Concurso de Investigación de Arquisur, categoría Investigadores formados, Paraguay (2007).

Cuenta con una amplia producción científica como autora y coautora de libros, capítulos de libros y artículos en revistas científicas especializadas, todos ellos emergentes de resultados de proyectos de investigación evaluados y subsidiados por distintos organismos públicos, siendo su problema de investigación los complejos procesos sociales que involucran el conjunto de luchas en la dialéctica propiedad/apropiación.

En este retazo de trayectoria de vida asumida como investigación militante, agradezco profundamente a quienes me acompañan en esta tarea colectiva de producción de conocimiento, fundamentalmente el equipo GISAU y mis estudiantes, de grado y posgrado. Agradezco, también, a la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica de Argentina, por la confianza en nuestras investigaciones, y la que actualmente nos financia el PICT 2013-2053, proyecto del que el artículo que integra este libro forma parte.

Francisca Pérez

Antropóloga, Doctora en Arquitectura y Estudios Urbanos de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sus principales líneas de investigación se relacionan con la comprensión del proceso de suburbanización de las elites durante el siglo XX, la construcción del

SOBRE LOS AUTORES

espacio doméstico, las identidades barriales y las prácticas de apropiación espacial de migrantes en la ciudad de Santiago. Actualmente se encuentra desarrollando una investigación posdoctoral sobre imaginarios de la mujer y la vida doméstica entre 1920 y 1960 en el contexto chileno patrocinada por Cedem y financiada por Fondecyt. En el ámbito de la docencia ha dictado cursos de pregrado y posgrado sobre antropología urbana, teoría social y metodologías cualitativas en la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, donde además coordina el Núcleo de Investigación de «Estudios Urbanos» de la Escuela de Geografía de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. La autora agradece al Proyecto Fondecyt posdoctorado 3130670 «Imaginarios de la mujer y la vida doméstica. Chile 1920-1960».

PAULA RODRÍGUEZ MATTA

Master en Comunicación Social, FLACSO-Ecuador. Doctora en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Investigadora asociada en SUR Corporación de Estudios Sociales y Educación. Los apuntes que se presentan en este artículo forman parte de la investigación realizada para la obtención del grado de Doctora en Ciencias Sociales, en la Universidad de Buenos Aires (2009-2014). Este trabajo de tesis se inició con la Dra. Hilda Herzer y luego continuó con la Dra. Carla Rodríguez, de la Universidad de Buenos Aires.

Ana Sugranyes

Chilena, catalana y ciudadana del mundo, es arquitecta de la ETS Friburgo, Suiza (1973), y doctora por la TU-Delft en los Países Bajos (2007). Ha sido Secretaria General de Habitat International Coalition (HIC) de 2003 a 2013. Su especialidad en temas habitacionales urbanos es el resultado de 40 años de investigación y asesorías a movimientos y organizaciones poblacionales, así como a programas y políticas de vivienda social en América Latina, con residencia de muchos años en Guatemala (1976 a 1991) y en Chile (desde 1991). Además tiene una larga trayectoria de cooperación internacional apoyando intercambios, denuncias, defensas y propuestas en materia

CARLOS A. DE MATTOS Y FELIPE LINK

de desarrollo local, con enfoque de derechos humanos; en los años 70 y 80 desde la agencia Cebemo de los Países Bajos; de 1991 a 1998 por haber dirigido un proyecto de la GIZ en el Ministerio de Vivienda y Urbanismo de Chile. Es autora de varios libros y artículos, entre los cuales destaca para el tema aquí presentado: «Ciudades para tod@s. Por el derecho a la ciudad, propuestas y experiencias» (co-editora, 2011), editado por HIC en cuatro idiomas.

Francisco Vergara Perucich

Doctorando en The Bartlett Development Planning Unit, donde está investigando las vinculaciones entre los planteamientos urbanos de Henri Lefebvre y las relaciones de producción espacial neoliberal de Santiago entre 1975 y 2015; estudios financiados por CONICYT a través del programa Becas Chile de Doctorado en el Extranjero (FOLIO: 0029/2013). Es Arquitecto por la Universidad Central de Chile (2009), Magister en Arquitectura de la Pontificia Universidad Católica de Chile (2011) y MSc en Building and Urban Design in Development de la University College London (2013). Docente de la Universidad Central y de la Universidad de Santiago, actualmente se encuentra desarrollando diversas investigaciones en torno a las consecuencias disciplinares de la implementación del modelo neoliberal en el urbanismo de América Latina. Plantea que la ciudad es un fenómeno de alta complejidad política, con fuerte carga ideológica y de vital importancia para el desarrollo de una sociedad democrática y justa. Siguiendo esta línea investigativa, recientemente ha desarrollado proyectos en Chile, Europa, África y Asia.

Este libro se terminó de imprimir en los talleres digitales de

RIL® editores • Donnebaum

Teléfono: 2223-8100 / ril@rileditores.com Santiago de Chile, agosto de 2015

Se utilizó tecnología de última generación que reduce el impacto medioambiental, pues ocupa estrictamente el papel necesario para su producción, y se aplicaron altos estándares para la gestión y reciclaje de desechos en toda la cadena de producción.



On la multiplicación de investigaciones sobre los procesos de crecimiento y transformación urbana, bajo el impacto de la globalización y la financiarización de la dinámica económica mundial, se ha observado un conjunto de trabajos orientados a recuperar y revalorizar la contribución realizada en este campo por Henri Lefebvre. Este autor desarrolló un fundado análisis crítico sobre la evolución previsible de la dinámica urbana, anticipando el avance de una revolución urbana a escala planetaria, en un orden general regido por la lógica de la mercancía.

No obstante la indiscutible relevancia de este análisis, luego de la desaparición de su autor en el año 1991, sus ideas entraron en una larga fase de relegación y olvido, lo que se extendió por más de veinte años. Hoy en día, Lefebvre aparece como una lectura ineludible para la reflexión desde una perspectiva crítica del proceso de transformación urbana que se está acelerando en los inicios del siglo XXI. El libro *Lefebvre revisitado: capitalismo, vida cotidiana y el derecho a la ciudad* busca rescatar el aporte del autor, así como reproblematizar algunas de sus propuestas a la luz de los procesos actuales, considerando las modalidades que ha adquirido la transformación urbana en América Latina.







